

Antonio Rubinos S.J.

**CATECISMO
HISTORICO-LITURGICO DE
LA MISA**



PADRE ANTONIO RUBINOS RAMOS, S.J.

(21-VII-1899 - 21-I-1983)

Febrero de 1948

ACERCA DEL AUTOR

Antonio Rubinos nació en 1899 en A Coruña y se confesaba coruñés de nacimiento y de corazón. Tenía 10 hermanos con los que se crió en la ciudad herculina (uno de ellos, también sacerdote, fue maestro de Fidel Castro en Cuba). Sintió la vocación religiosa siendo muy joven, y con 15 años recién cumplidos, ingresó en los Jesuitas de Carrión de los Condes en Palencia.

Vivió en Cuba y en República Dominicana y no fue hasta el año 1946 cuando pudo regresar a A Coruña, donde vivió los últimos 36 años de su vida. En la ciudad herculina comenzó a desarrollar una labor social que hoy se continúa en la Institución que lleva su nombre.

Una labor que el Padre Rubinos canalizó a través de la dirección del Complejo Residencial que forman el refugio del Patronato coruñés de la Caridad, en funcionamiento desde agosto de 1918. Cuando Antonio Rubinos se hizo cargo del antiguo Refugio, "encontró un edificio ruinoso e inhóspito".

Con mucho empeño y recabando el apoyo de muchos coruñeses, logró poner en marcha la construcción del nuevo refugio en un solar contiguo. Tal y como él decía "El refugio no es un asilo... El Refugio debe ser siempre lo que dice su nombre: un refugio, un puesto de defensa y de abrigo; una estación de parada y fonda para el náufrago de la vida, para el desorientado o desplazado de la sociedad".

Era importante que quien llegara buscando refugio lo encontrase, de ahí que fuese prioritario un espacio acogedor y ordenado. Una vez conseguida la nueva sede, prosiguió nuevos retos que dieran servicio a otros sectores sociales. Fue así como junto al nuevo refugio se construyó en 1971 la "Residencia Padre Rubinos" para personas mayores. Se completaría el complejo social con una Guardería Infantil.

Si algo lo caracterizaba, era su capacidad para conectar con personas de las más diversas procedencias. Lo mismo estaba volcado en procurar donaciones y limosnas de los coruñeses más pudientes, como pasaba las tardes compartiendo con mayores y niños de la residencia. "Sin distinción de trato, marcó con su ejemplo un estilo de convivencia, sin diferencias de años, creencias, medios, inteligencia o idearios", dice su biografía.

"Le pedían consejo y el Padre Rubinos tenía siempre soluciones, palabras de aliento, frases cariñosas. Nunca se enfadaba y sabía encajar las bromas con un aguante y una calma imperturbable", cuentan quienes le conocieron, hasta que en enero de 1983 falleciese.

Capítulo I.- Excelencias- Frutos y Nombres de la Misa.

«Sin la verdad, la piedad es débil e inconsistente; y sin la piedad, la verdad es estéril y huera»

(Fco. SUAREZ)

Preguntas 1 a la 41

«Estamos obligados a reconocer que entre todas las obras, que los fieles han de cumplir, no hay nada tan santo, ni tan divino como este imponente Misterio de la Misa».

(Concilio de Trento)

Excelencias de la Misa

1. ¿Cuál es el acto más importante del culto católico?

La Santa Misa.

2. ¿Por qué?

Porque la misa es:

1, un recuerdo vivo de Jesús; 2, el Sacrificio de la Iglesia Católica; 3, el Convite del Cuerpo y de la Sangre de N. S. Jesucristo, y 4, el gran Sacrificio anunciado por los Profetas.

3. ¿Por qué la Misa es un recuerdo de Jesús?

Es un recuerdo, porque al celebrar Jesús la primera Misa del mundo el día del Jueves Santo, dijo a sus apóstoles: «Haced esto como un recuerdo mio»; (Véase n. 223.)

4. ¿Y por qué es un recuerdo vivo?

Es un recuerdo vivo porque los recuerdos que dejamos los hombres cuando nos ausentamos o morimos son recuerdos muertos que no hablan, ni viven con nosotros: por ejemplo, los restos, la tumba, el cuadro o algún objeto de un ser querido. En cambio, la Misa es un recuerdo lleno de vida, porque en los momentos en que celebramos este recuerdo, el Señor mismo se presenta vivo entre nosotros, aunque envuelto en el manto de las especies sacramentales. (Parsch: Sigamos la santa Misa, págs. 10-13.)

La misa no es sólo un recuerdo vivo de Jesús; es también una representación viva de toda la vida de Jesús: «En cada Misa comenzamos por considerar, tristes y arrepentidos, el estado del mundo pecador sin Cristo (primeras oraciones. Confíteor, Kyries). Adoramos a Jesús como niño divino (Gloria). Le veneramos como divino Maestro (Epístola y Evangelio). Recordamos el ofrecimiento de Jesús por nosotros en toda su vida (Ofertorio), y su cruenta oblación y muerte en la Cruz; la cual se renueva por modo incruento (Consagración). Luego descendemos con los merecimientos de Cristo al Purgatorio, como El descendió a los Infiernos (Memento de los difuntos); y reconciliados por su medio, osamos decir: «Padre nuestro...». Después celebramos la

Resurrección de Cristo (Mezcla de las especies sacramentales en el cáliz, y Comunión), y nos unimos con El, real o espiritualmente, para recibir de su divina mano, como en otro tiempo los Apóstoles, el día de la Ascensión, su bendición postrera, como prenda de la última y definitiva que esperamos en el día del Juicio: «Venite, benedicti (Bendición de la misa). Cfr., Meyemberg: La Práctica del Pulpito (Traduc. Ruiz Amado), n. 509. Cf. n. 203.

5. ¿Por qué la Misa es el Sacrificio de la Iglesia Católica?

Porque es el Sacrificio perpetuo de la Nueva Ley, en el cual, de modo incruento y bajo las especies de pan y de vino, N. S. Jesucristo se ofrece al Eterno Padre por medio de los sacerdotes.

Por eso la Iglesia no celebra ninguno de los misterios de Jesús sin ofrecer el santo Sacrificio: porque el altar es, sobre la tierra, el centro de la religión de Jesús, lo mismo que el Calvario es el ápice y la cumbre de su vida. Todos los misterios de la existencia terrestre de Jesús convergen hacia su inmolación sobre la Cruz... Todo el culto público organizado por la Iglesia gravita alrededor del altar... Cual quiera que sea el misterio de Jesús, que nosotros celebremos, no podemos después de haberlo contemplado y meditado con la Iglesia, participar más perfectamente, ni disponernos mejor a recoger los frutos, que asistiendo con fe y amor al Sacrificio de la Misa, y uniéndonos por la Comunión a la divina Víctima inmolada por nosotros en el altar. Marmion: *Le Christ dans ses Mysteres*, p. 98-99.

6. ¿Por qué la Misa es un sacrificio?

Porque sacrificio es la oblación de un don sensible dirigida a Dios como a soberano Señor de todo lo creado. Ahora bien, en la misa hay una oblación u ofrecimiento: La oblación del Cuerpo de Jesucristo; hay oblación de un don sensible: el mismo Cuerpo de Jesucristo — no sensible en sí mismo, claro está, sino bajo las especies sacramentales—; y dirigida a Dios como a soberano Señor de todo lo creado, pues se dirige para honrarle como a tal, y por eso es un sacrificio latréutico; para darle gracias, y por eso es sacrificio eucarístico; para impetrar algún favor, y por eso es sacrificio impetratorio, y, en fin, para aplacarlo por nuestros pecados, y por eso es sacrificio propiciatorio. Cfr. Denzinger—Banw.: *enchirid. symbol.* 950.

7. ¿Y por qué es un sacrificio perpetuo?

Porque no ha habido, ni nunca podrá haber, otro sacrificio más excelente que el que Jesucristo ofreció en la Cruz; y como la Misa es precisamente una repetición incruenta de aquel sacrificio, por eso en la religión católica, que como toda religión necesitaba un sacrificio permanente, la misa es el sacrificio perpetuo e insustituible.

8. ¿Por qué llamamos a la Misa, el Sacrificio de la Nueva Ley?

Porque aún en la ley natural, no faltaron — ni podían haber faltado, siendo el sacrificio el mejor modo de honrar a Dios — algunos sacrificios, como las ofrendas de Abel, de Abrahán y de Melquisedec (v. nn. 32, 33 y 34); y en la ley antigua o de Moisés hubo, entre otros muchos, el sacrificio del Cordero Pascual (véase n. 41); pero todos estos sacrificios eran tan incomparablemente inferiores al Santo Sacrificio de la Misa que cesaron y fueron abolidos al venir con la Nueva Ley este otro único y verdadero Sacrificio, que concentraba en una sola inmolación de valor infinito todos los diversos fines de aquellos otros sacrificios.

Valor de la Misa. La Misa puede considerarse en si misma, es decir, en su suficiencia o capacidad, y en este sentido tiene un valor intensivo y extensivamente infinito: intensivamente infinito, porque el sacerdote y la víctima es el mismo Jesucristo, o sea, una persona de infinita dignidad; y extensivamente infinito, porque puede extenderse y producir siempre más y más frutos, y

siempre en más y más sujetos sin nunca agotarse su caudal, ni disminuir su potencia, pues la Misa es como el Sacrificio del Calvario, de infinito valor.

Y puede considerarse en su eficacia real, es decir, en sus aplicaciones; y en este sentido, su valor es también infinito en cuanto a sus efectos latréutico y eucarístico: pues Jesucristo es quien ofrece la Misa; aunque es finito y limitado en cuanto a los otros dos efectos, propiciatorio e impetratorio, ya que en su aplicación a los hombres produce efectos finitos y limitados; porque la pena o castigo que merecen los pecados no se perdona, sino según la disposición más o menos perfecta del sujeto, lo mismo que los favores o bienes no se obtienen, sino según esa misma disposición; ahora bien, sabemos que estas disposiciones, por muy perfectas que se supongan, son siempre finitas y limitadas.

9. ¿El Sacrificio de la Misa es el mismo Sacrificio de la Cruz?

Esencialmente, es decir, en lo que propiamente constituye el sacrificio, o sea, en el sacerdote y en la víctima, es el mismo sacrificio de la Cruz; pues en la Cruz y en la Misa, el sacerdote y la víctima es el mismo Jesucristo.

10. ¿Entonces Jesucristo en la misa es el sacerdote o ministro principal del sacrificio?

Así es: pues el celebrante no hace más que obrar en nombre y en lugar de Jesucristo; por esta razón, cuando llega el momento más trascendental del Santo Sacrificio, la Consagración, el celebrante no dice: «Este es el Cuerpo de Jesucristo» sino: «ESTE ES MI CUERPO». Cfr. Denzinger-Banw.: o. c. 940 y 949.

Cristo escoge a ciertos hombres, a los que da una participación real en su sacerdocio. Esos son los sacerdotes que el Obispo consagra el día de su ordenación. Extendidas las manos sobre la cabeza del que va a ser consagrado, el Obispo invoca al Espíritu Santo, rogándole descienda sobre su alma: en este momento se podrían repetir al sacerdote las palabras del Ángel a María: «Spiritus Sanctus superveniet in te»: el Espíritu Santo lo envuelve, por decirlo así, y opera en él una semejanza y una unión tan estrecha con Cristo Jesús, que es como Cristo, sacerdote para toda la eternidad. Marmion: o. c., p. 97-98.

11. ¿Pero en algo se distinguen el Sacrificio de la Misa y el de la Cruz?

Se distinguen en el modo de llevarse a cabo el mismo e idéntico Sacrificio: porque en la Cruz murió Jesucristo derramando su sangre, y en la Misa no muere Jesucristo, ni derrama su sangre; en la Cruz sólo y directamente se ofreció a sí mismo, pero en la Misa se ofrece por medio de los sacerdotes; en la Cruz la víctima, Jesucristo, era pasible y mortal, pero en la Misa es ya impasible e inmortal; y por fin, en la Cruz pagó Jesucristo el precio de nuestra redención, y en la Misa ya no sé merece nada de nuevo, sino que solamente se aplican los méritos infinitos de la Cruz.

12. ¿De qué modo se representa en la Misa el Sacrificio sangriento de la Cruz?

El Sacrificio sangriento de la Cruz se representa misteriosamente en la Misa de modo sacramental, es decir, por medio de un signo o señal exterior.

13. ¿Qué signo o señal exterior es éste?

Ese signo o señal exterior son las especies sacramentales de pan y de vino; la especie de pan como cosa sólida y manjar, representa el Cuerpo de Jesucristo, y la especie de vino, como cosa líquida y bebida, representa la Sangre de Jesucristo. Ahora bien, ambas especies en la Misa están realmente separadas una de otra, como realmente estuvieron separados en la Cruz el Cuerpo y la Sangre de Jesucristo, y así queda representado de modo sacramental el derramamiento de sangre que tuvo lugar en la Cruz.

14. ¿Y la muerte de Jesucristo también se representa en la misa?

Se representa en la comunión del sacerdote: pues entonces al consumirse las especies sacramentales puede decirse que, en cierta manera, muere Jesucristo en cuanto cesa su vida sacramental bajo aquellas especies.

La misa es un verdadero sacrificio no ya por la íntima relación que guarda con el Sacrificio de la Cruz — n. 9; ni solamente por la separación simbólica de las especies sacramentales — nn. 12 y 13; sino también porque «aunque por la misma Consagración Cristo no es destruido substancialmente, es, sin embargo, destruido en cierta manera — humano modo — en cuanto recibe un estado inferior y tal que lo hace incapaz para usos habituales del cuerpo humano, y apto para otros diversos usos a modo de alimento... ; este cambio es suficiente para constituir un verdadero sacrificio; pues hacerse comestible aquello que no lo era, y hacerse comestible de tal manera que ya no sea útil para otros usos, es mayor cambio que todos los demás que, según el común sentir, bastan para un verdadero sacrificio. En ese sentido dijo San Gregorio Niceno que Jesucristo ya declaró el sacrificio cuando entregó su cuerpo a los discípulos para que lo comiesen ; pues el cuerpo de la víctima no es apto para ser comido, si está vivo. Luego reducir aquel cuerpo a estado de alimento comestible fué como matarlo, no físicamente, sino moralmente o humano modo». De Lugo: De Euchar: disp. XIX, sea V.

15. ¿Por qué la Misa es el Convite del Cuerpo y de la Sangre de N. S. Jesucristo?

Porque en ella cuando comulgamos recibimos a Jesucristo, que está verdadera, real y substancialmente presente en la Hostia consagrada.

16. ¿Por qué decimos que Jesucristo está verdadera, real y substancialmente presente en la Hostia consagrada?

Decimos que está verdaderamente presente porque no sólo está en figura, señal o símbolo, como está una persona en su retrato y como afirmaban algunos protestantes (Zwinglio); añadimos que está realmente presente, porque no sólo está con su poder y virtud, o por los efectos que produce, como está, por ejemplo, presente el sol a La tierra por su calor e influencia, según decía Calvino; y por fin, afirmamos que está substancialmente presente, porque no está presente la substancia del pan con Jesucristo, como decía Lutero, sino que toda la substancia del pan — lo mismo que la del vino—, desaparece, quedando solos los accidentes, milagrosamente sustentados, y se pone en su lugar Jesucristo todo entero con su cuerpo, sangre, alma y divinidad bajo cada una de las especies; conversión maravillosa y cúmulo de milagros que con toda propiedad se llama TRANSUBSTANCIACIÓN.

Para explicar de alguna manera el dogma de la Transubstanciación, fijémonos en el significado de esta última palabra, ilustrándolo con una comparación clara y sencilla: la palabra substancia viene de sub y stare, estar debajo, es decir, lo que está bajo las apariencias. Y como la preposición trans, significa cambio, del otro lado de, tendremos que transubstanciación, significará el cambio, la conversión de una substancia, aquí el pan y el vino, en otra substancia, en el cuerpo y sangre de Jesucristo, quedando sólo las apariencias del pan y vino... color, forma, sabor, peso, etc. Mis sentidos sólo perciben estas apariencias, y, si creyese a mis sentidos, juzgaría que lo que está bajo aquellas apariencias, que la substancia era pan y vino verdaderos; pero mi razón ilustrada por la fe me dice que es el cuerpo y sangre de Jesucristo.

Me sucede lo mismo que en este caso: me entregan una rosa de tela, artificial, pero tan linda y tan primorosamente trabajada, que yo, al principio, la tomo por una rosa verdadera y natural... ¿Por qué? Porque mis ojos ven el color y la forma de una rosa, y mi olfato hasta percibe su mismo olor y perfume, pues han tenido la feliz idea de destilar sobre sus hojas unas gotitas de esencia

de rosa... La primera impresión que me transmiten los sentidos, es la de que aquello es una rosa verdadera, y, sin embargo, no veo lo que está bajo aquellas apariencias, la substancia... Pues eso es precisamente lo que me pasa cuando veo una hostia, cuando veo el vino consagrado: veo su forma, color, todas las apariencias exteriores, que son apariencias de pan, de vino..., pero mi razón, iluminada por la fe, me dice que es el cuerpo y sangre de nuestro Señor Jesucristo.

17. ¿El Sacrificio de la Misa fué anunciado por los Profetas?

Fuó anunciado por el último de los Profetas: Malaquías.

En su célebre vaticinio, después de abrogar los antiguos sacrificios, que no eran más que figuras o tipos del Sacrificio de la Misa, se anuncia solemnemente un nuevo y más perfecto sacrificio:

«MI VOLUNTAD NO ESTA CON VOSOTROS, DICE EL SEÑOR DE LOS EJERCITOS; Y NO RECIBIRÉ OFRENDA- sacrificio- DE VUESTRA MANO: PUES DE DESDE DONDE NACE EL SOL HASTA DONDE SE PONE, ES GRANDE MI NOMBRE ENTRE LAS GENTES, Y EN TODO LUGAR SE SACRIFICA Y OFRECE A MI NOMBRE UNA OFRENDA -sacrificio- PURA» (Malaq. I, 10-11)

18. ¿Y ese vaticinio se refiere al Sacrificio de la Misa?

Se refiere al Sacrificio de la Misa, porque en estas palabras: 1. se predice un sacrificio, y 2. este sacrificio será: a) nuevo, pues viene a reemplazar a los antiguos; b) universal, «desde donde nace el sol hasta donde se pone» : y c) puro o agradable a Dios.

Ahora bien, todos estos caracteres sólo convienen al Sacrificio de la Misa: que es, un sacrificio: a) nuevo, pues viene a suceder a los antiguos; b) universal, pues se celebra en toda la redondez de la tierra, por sacerdotes de todas las razas y naciones, y en todos los momentos del día y de la noche; y c) infinitamente puro y agradable a Dios, por ser el mismo Jesucristo el sacerdote y la víctima de este Sacrificio. (cfr-Nicaise-Gevelle : L Histoire Sainte commetée. pág. 256).

19. ¿Cuáles son los frutos o bienes que produce la Misa?

Pueden distinguirse cuatro clases de frutos: 1. un fruto general, del que participan absolutamente todos los fieles, aunque el celebrante no piense en ellos o pretendiera excluir a alguno; fruto tan general que también se extiende indirectamente a los mismos infieles para que sean hechos miembros de la Iglesia; 2, otro fruto especial, que se aplica a cuantos cooperan a la celebración del Sacrificio, como son los que asisten devotamente a él, los que ayudan a Misa y los que recitan las mismas oraciones que el celebrante, o se unen con la intención a lo que él ejecuta ; 3, otro especialísimo, que es tan propio del sacerdote, que a ningún otro puede aplicarse, por lo menos, totalmente; y 4, el fruto ministerial, fruto que el sacerdote, como ministro de Jesucristo y dispensador de los divinos misterios, aplica por la intención de aquellos por quienes nominalmente celebra la Misa. (Cf. 216 y 217.)

¿Puede impedirse el fruto de la Misa? No puede impedirse por parte del sacerdote que la celebra: pues el celebrante no es más que el ministro secundario (v. n. 10); es cierto que a la santidad y fervor del sacerdote celebrante responde un fruto especial, pero este fruto no es más que accesorio, que le pertenece a él.

Pero por nuestra parte puede impedirse o hallar obstáculo si no estamos dispuestos y preparados a recibirlo. No podemos, por ejemplo, obtener el perdón de un pecado y la íemisión de la pena debida por él, mientras conservemos afecto al mismo pecado.

20. ¿Cuál es el mejor sufragio que podemos ofrecer por los tieles difuntos?

El mejor sufragio es la Santa Misa, que con frecuencia se ofrecía aún antes de que muriesen los enfermos, cuando ya se hallaban en estado más o menos grave.

Esta última circunstancia puede explicar satisfactoriamente algunas expresiones del Ofertorio de la Misa de Difuntos: expresiones misteriosas que, a primera vista, pudieran parecer inexactas y aun erróneas: «libra a las almas de todos los fieles difuntos de las penas del infierno y de aquel profundo lago; líbralas de la boca del león: no las absorba el abismo, ni caigan en las tinieblas...».

Así lo comprendió perfectamente desde un principio la Iglesia Católica; por eso, además de que nunca en ninguna de sus liturgias faltó, durante la Misa, una oración por los difuntos — después veremos, v. n. 225, cuan hermosa es la de nuestra liturgia romana —; muy pronto se compuso una Misa especial para ellos, Misa que presenta todos los caracteres de la más remota antigüedad con su Introito entretejido con palabras que ya aparecen en los epitafios antenicens, con su Ofertorio tan misterioso y que más que Ofertorio parece una oración, y, en fin, con su misma prosa «Dies irae», que, aunque posterior, es el mejor modelo de todas las de su género y que al principio se cantaba en la Misa del Primer Domingo de Adviento – Evangelio del fin del mundo y Juicio Universal — para la que está muy bien adaptada, y después trasladóse a la Misa de Difuntos con la adición del último verso: «Pie Jesu Domine, dona eis réquiem. Amen». Es interesante advertir que, en sus orígenes, los funerales cristianos no tenían el carácter de tristeza que después revistieron; ni siquiera en la Misa de Difuntos faltaba elAleluia, y con el cántico del inmortal Aleluia se despedía en la sepultura a los muertos cristianos.

En cuanto a la aplicación de la Misa en sufragio por los difuntos, notemos lo siguiente: aunque los difuntos en nada pueden impedir la aplicación de los frutos de la Misa a sí mismos, pues fuera de esta vida el alma no puede conservar el afecto al pecado, y por eso bastaría una sola Misa para expiar cualquier deuda de pena temporal; sin embargo, como los frutos de la Misa sólo son aplicables per modum suffragii, es decir, a modo de sufragio, o lo que es lo mismo, se ofrece la Misa a Dios, y Dios distribuye los frutos según las normas de su justicia y sabiduría, normas que nosotros no podemos conocer; por eso no se puede tener seguridad que una sola Misa baste a satisfacer enteramente por el alma de un difunto.

21. ¿Y por qué la Misa es el mejor sufragio?

Porque el sacrificio es la mejor obra satisfactoria, y la Misa es el más excelente de todos los sacrificios.

La Misa no puede ofrecerse por difuntos: 1, incapaces de recibir sus frutos, como son los condenados, los niños muertos sin el bautismo, los santos del cielo; 2, por aquellos a quienes la

Iglesia niega sepultura eclesiástica, como son los herejes, cismáticos, masones, suicidas, muertos en duelo, los que mandan quemar sus cuerpos, los excomulgados, etc.

22. ¿Por qué el sacrificio es la mejor obra satisfactoria?

Porque el sacrificio se opone radicalmente al pecado: pues el pecado niega prácticamente el dominio supremo de Dios sobre las criaturas, así como aquél afirma también prácticamente este mismo dominio.

Dios dice al hombre: —Guarda mi ley...—. Y el hombre responde con el pecado: —No quiero—. Y el sacrificio confiesa prácticamente ese dominio supremo, pues el hombre al ofrecer a Dios un sacrificio, se priva de una cosa suya, la destruye en honor de Dios, como si dijera con este acto: —Señor, esta cosa es tuya y porque es tuya no debe ser empleada ni en provecho mío ni de nadie, sino que ha de consumirse toda ella en tu honor... y en tu honor la destruyo, y le quito la vida, y la convierto en cenizas: y lo que hago con esta res debería hacerlo conmigo mismo, porque soy tuyo, y todas las criaturas tuyas son, como quiera que tú eres, por excelencia, el Señor... Cf. Coloma, Gonzalo, S. J.; Sermones varios, tom. V: El Purgatorio y los Sufrag., serm. 6.

Y la Misa es el más excelente de todos los sacrificios, porque, como ya hemos visto, en ella ofrecemos a Dios la preciosísima sangre de Jesucristo, y esta sangre tiene infinito valor satisfactorio.

23. ¿Qué nombres ha recibido el Santo Sacrificio?

San Pablo lo llama «Cena del Señor». Entre los primeros cristianos, se decía «Convivium Dominicvm: Convite del Señor», o simplemente «Dominicum».

Y así, aquellos treinta y un mártires de Cartago que, el 12 de febrero del año 304, fueron conducidos ante el procónsul Amulio, acusándoles de haber asistido al sacrificio del Domingo, cuando los estaban desgarrando con uñas de hierro y el procónsul les echaba en cara haber violado la ley de los emperadores, respondían ellos, con valor: «—Nosotros no podemos omitir el Domingo, porque es ley de Dios»; y como el procónsul insistiese en su acusación, ellos contestaban siempre lo mismo: «—No, no podemos vivir sin el Dominicum». (Pablo Allard; La Persecution de Diocletian, tom. 1, c. 4, 3).

24. Recordando el «gratias agens, dando gracias» de Jesús, también se llamó «Eucaristía», propiamente «Acción de gracias»; nombre que ha venido a designar el Sacrificio, por excelencia, de acción de gracias, o sea, la Santa Misa y también el Santísimo Sacramento.

25. ¿Pero, cuál fué el nombre más usado en la Iglesia primitiva?

Fué el de FRACCIÓN DEL PAN.

Jesús partió el Pan, nos dicen los Evangelios; Mt. 26, 26; Me. 14, 22; Le. 22, 19; y San Pablo 1 Cor. 10, 16 y 11, 24.

Con el mismo nombre lo designan los Hechos de los Apóstoles; 2, 42; 2, 46; 20, 7 y 20, 11.

<¡El día del Señor — el domingo — nos dice la Didajé, escrita entre los años 80 y 90, congregándoos en el lugar citado,partid el pan y dad gracias, después de confesar vuestros pecados para que sea limpio vuestro Sacrificio». V. n. 62.

26. ¿Y por qué se llamó Misa?

Misa era lo mismo que missio o dimissio, y estas palabras significan el envió, la despedida o término de una reunión o asamblea. Así decían los romanos: «Senatum mittere o dimitiere», levantar o terminar sus sesiones el Senado». (Cf. n. 254.)

Designándose con esta palabra la despedida o el término de una reunión cualquiera civil, también se aplicó al fin o despedida de las reuniones eclesiásticas; y como durante el Santo Sacrificio tenían lugar dos envíos o despedidas, la primera, de los catecúmenos y penitentes después del Evangelio, y la segunda, de los fieles, al terminar el Sacrificio, la primera se llamó Misa o despedida de los catecúmenos..., y la segunda, Misa o despedida de los fieles. (Cf. n. 140.)

Después, cuando ya no hubo catecúmenos, cesó la primera despedida y con ella la distinción de las dos partes de la reunión: y comenzó a llamarse a toda la asamblea simplemente «Misa», nombre que prevaleció en Occidente desde el siglo VI.

27. ¿De qué otros nombres o expresiones alegóricas se valían los cristianos para designar la Eucaristía?

Para designar a N. S. Jesucristo en la Eucaristía, se valían del pez, pues por una feliz coincidencia las cinco letras que forman en griego este nombre, vienen a ser precisamente otras tantas iniciales de cada una de las palabras de esta frase: «Jesús-Cristo — de Dios—Hijo-Salvador».

Así, en las catacumbas, hallamos escenas como éstas, alusivas a la Eucaristía: un trípode y sobre él colocados un pan y un pez; el pez figura en las dos multiplicaciones de los panes y en las dos comidas que tuvo Jesús con sus discípulos después de su resurrección.

Este pez se daba a Abercius como alimento para todo su camino; «Ciudadano de población distinguida he levantado este monumento durante mi vida para tener un día en él lugar para mi cuerpo. Soy discípulo de un santo pastor — Cristo — que apacienta sus ovejas en los montes y llanuras, de amables ojos, cuya mirada se extiende a todas partes... La fe me guio por todas partes: en todas me ofreció como alimento un pescado de un manantial muy grande y puro, obra de una Virgen santa que lo dio y lo da sin cesar a comer a sus amigos; posee un vino delicioso que les prepara y se lo da con el pan. Mandé escribir esto, yo Abercius, durante mi vida, a la edad de setenta y dos años. El hermano que lea estas palabras niegue por Abercius». De un célebre epitafio de fines del siglo II o principios del III, hecho grabar por un obispo de Hierápolis, en Frigia, como recuerdo de su viaje a Roma. Kirch: Enchirid. font. hist. eccl. antiquae, n. 133.

El pez era, además, una alusión al bautismo: «Nosotros, pececillos —decía Tertuliano—, según nuestro Jesucristo, nacemos en el agua». De Bapt. P. L. I, 1306.

Clemente de Alejandría aconsejaba a los cristianos que hicieran grabar en sus anillos la palabra 'IXZi'i) para no olvidar su origen. En algunos museos todavía se conservan unos antiquísimos peces de bronce o de cristal que solían llevar consigo los cristianos para darse a conocer como tales; se llamaban testimonios de caridad. Cf. Kirch: o. c. n. 209.

28. Como este sacramento (advirtió Sto. Tomás: 111 p. q. 73, art. 4) expresa la unidad de la Iglesia también se llamó «Comunión o Xynaxis». (Cf. 62, 63 y 287-238).

29. Los Padres, griegos llamaban a la Eucaristía el bien; o si se trataba de ambas especies, los bienes por excelencia.

30. Otros también llamaron a las especies sacramentales, símbolos: símbolo, en griego, es propiamente un objeto, por cuyo medio, se da uno a conocer, y la señal para reconocerse los cristianos era La Eucaristía, como lo fué el Credo, de donde también vino que a éste lo llamaran «símbolo», el Símbolo de los apóstoles.

31. En fin, entre otros preciosos nombres, los mismos griegos le llaman realización del misterio; o acción sagrada ; y, sobre todo, AEITOPTIA o divina liturgia, como queriendo, con este nombre, concentrar en la Misa toda la liturgia y el culto oficial que la Iglesia rinde a Dios Nuestro Señor.

Diversas clases de Misas. Por las circunstancias diversas que pueden acompañar la celebración de algunas Misas, y según el uso o fines particulares por los que pueden ofrecerse, la Misa recibe estos nombres: Misa solemne, cuando se canta y se celebra con asistencia del diácono, del subdiácono y de otros ministros inferiores; rezada, la ordinaria, que se reza o recita en tono bajo de voz; conventual, es, estrictamente hablando, la que están obligados a celebrar cada día los rectores y canónigos de una catedral; parroquial, la que están obligados a aplicar por sus feligreses, todos los que tienen cura de almas, como son los obispos, párrocos, administradores y vicarios; votiva, la que no coincide con el oficio del día, así llamada por celebrarse para satisfacer los piadosos deseos, vota, del sacerdote o de los fieles; de réquiem, la que se celebra en sufragio de los fieles difuntos; nupcial, para bendecir y solemnizar el matrimonio cristiano; de praesantificados, la que se dice en la Iglesia Latina el día de Viernes Santo, con una Hostia consagrada el día anterior, y no tiene consagración. Además de éstas existieron en la antigüedad: la Misa aurea o Misa de oro, que se celebraba en honor de la Virgen los miércoles de las cuatro Témperas y del Adviento; estaba escrita en letras de oro y celebrábase con solemnísima pompa, distribuyéndose al pueblo en esta ocasión regalos, muchas veces costosísimos; Missa solitaria, la celebrada por sólo el celebrante, sin asistencia del pueblo y, aun a veces, sin el mismo ayudante; eran muy comunes en los Monasterios y Comunidades religiosas, y en su celebración empleaban a veces varias horas algunos piadosos varones; Missa vespertina; en África, en el s. V, se decía Misa la tarde del Jueves Santo en memoria de la institución de la Eucaristía, y se celebraba por un sacerdote que había roto el ayuno. En algunas partes prevaleció la costumbre de decir Misas por los difuntos en cualquier hora del día, en que moría algún fiel.

LECTURAS

32. Los tres Sacrificios recordados en el canon como figuras proféticas del Sacrificio de la Misa. (V. n. 224.)

EL SACRIFICIO DE ABEL: Caín y Abel eran dos hermanos.

Pero, ¡qué desemejantes en sus caracteres y sentimientos! Los dos ofrecían sacrificios a Dios para adorarle, es decir, para reconocer su dominio soberano sobre todas las cosas: Caín, el hermano mayor, como labrador que era, ofrecía frutos de la tierra; Abel, como pastor, ofrecía las mejores ovejas de su rebaño.

Pero el Señor miraba con agrado a Abel y a sus ofrendas, porque según insinúa S. Pablo: Hebr. XI, 4. las disposiciones interiores de Abel en sus sacrificios, eran más perfectas que las de Caín.

Y aun parece que Dios manifestaba de modo visible esta complacencia, haciendo bajar fuego del cielo, que consumía las ofrendas del inocente Abel, lo cual no sucedía con las de Caín.

Irritado éste sobremanera, dejóse arrebatado por la envidia, y un día dijo a su hermano menor: — Salgamos fuera.

Y estando los dos en el campo, acometió Caín a su hermano Abel y lo mató.

Era la primera muerte que ocurría en el mundo.

—¿Dónde está tu hermano Abel?—preguntó en seguida Dios a Caín

Y Caín, con incalificable grosería, le respondió:

—No lo sé... ¿Soy yo acaso guardián de mi hermano?

— ¡Qué has hecho! — replicó el Señor —; la voz de la sangre de tu hermano está clamando a mí desde la tierra.

Maldecido por Dios, Caín anduvo errante por la tierra y llegó a ser padre de una raza malvada. Dios concedió a Adán otro hijo, Set, que vino a reemplazar a Abel y a perpetuar la raza de los hijos de Dios.

Abel es figura de Jesucristo: a) porque era pastor de ovejas; b) por el sacrificio que ofreció, y c) por razón de su muerte violenta. La aspersion de la sangre de Jesucristo, dice San Pablo, Hebr. XII, 24, habla mejor que la de Abel, pues es sangre de valor infinito, y al derramarse sobre el altar de la Cruz pide, no como la de Abel, venganza y castigo, sino misericordia y perdón.

33. El Sacrificio de Abrahán.

Mucho había rogado Abrahán a Dios, mucho le había pedido que le concediera algún hijo.

Y Dios, al fin, se lo había concedido cuando el viejo Patriarca acababa de cumplir los cien años.

A aquel niño, en quien debían realizarse las más estupendas promesas divinas, como la posesión de la tierra prometida, la posteridad numerosa como las estrellas del cielo y las arenas del mar y, sobre todo, la BENDICIÓN que haría saltar de gozo al mundo entero, a aquel niño su anciano padre le llamó Isaac, nombre que significa «sonrisa, alegría», para sonreírse de gozo el buen anciano cada vez que le llamara por su nombre. Crecía Isaac, había llegado a la plenitud de la vida, cuando un día dice Dios a Abrahán:

—Abrahán, Abrahán.

—Aquí me tenéis, Señor — responde el obediente anciano.

—Toma a Isaac, tu hijo único, a quien tanto amas, y vete a la tierra de Moriah, y allí me lo ofrecerás en holocausto sobre un monte que yo te mostraré.

Abrahán levantóse antes del alba, aparejó su asnillo, cortó la leña para el sacrificio y llevando consigo a dos diados y a su hijo Isaac, emprendió el camino hacia el lugar que Dios le había mostrado.

Al tercer día de camino, alzó los ojos Abrahán y pudo ya divisar desde lejos el lugar del sacrificio.

Llega al monte, deja abajo en la falda de la montaña a los criados con el asnillo y, después de colocar la leña sobre las espaldas de su hijo, sube animoso por la pendiente con el cuchillo en la mano y la mirada, la última mirada, en su hijo.

Iban caminando juntos los dos, cuando Isaac rompe el silencio:

— ¡Padre mío!

—¿Qué quieres, hijo mío?

—Aquí está — dice candorosamente Isaac — la leña y el fuego... pero, ¿dónde está la víctima?

Qué tranquilo y qué sereno debía de estar el rostro de aquel anciano, cuando, ni aun su hijo pudo advertir en él señal alguna del profundo dolor, que ya hacía tres días venía desgarrando el corazón de su padre...

Y Abrahán, con fe inquebrantable en las promesas de Dios y con profética mirada, que tantos siglos abarcaba, contesta imperturbable:

—Hijo mió, Dios sabrá proveerse, de víctima para el holocausto.

Y caminando, caminando llegaron finalmente al lugar que Dios le había mostrado: con las piedras que allí había erigido un altar, acomodó encima la leña, tomó a su hijo Isaac, lo ató y lo colocó sobre el montón de leña.

Isaac, manso como un cordero, espera ya el golpe. Abrahán extiende entonces su mano firme y toma el cuchillo...

Pero en aquel mismo instante, el Ángel del Señor lanza un grito desde lo alto:

— ¡Abrahán, Abrahán!

—Aquí me tienes — respondió él.

—No extiendas tu mano sobre el muchacho, ni le hagas daño alguno; que ahora conozco que temes a Dios, pues no has perdonado a tu hijo por mi amor.

Alzó los ojos Abrahán y vio detrás de sí a un carnero, enredado por las astas en un zarzal, y habiéndolo cocido, lo ofreció en holocausto en vez de su hijo.

Esta narración de Moisés es uno de los trozos literarios más sublimes.

Nunca el arte humano, arte aquí inspirado al fin por Dios, supo acumular en tan pocas palabras tantas delicadezas y hondas emociones.

Isaac es maravillosa figura de Jesucristo: Jesucristo llevando a cuestas su Cruz, como Isaac llevaba la leña del sacrificio; Jesucristo subiendo al monte Calvario, como subía Isaac al monte Moriah; Jesucristo dejándose prender, como Isaac se dejó atar por su padre, y en fin, Jesucristo dejándose inmolar en el altar de la Cruz con el consentimiento de su Padre, es la realidad a donde ya no podía llegar, con ser tan sublime, el Sacrificio de Isaac.

Dios tampoco perdonó a su propio Hijo, sino que le entregó a la muerte por nosotros; que de tal manera amó Dios al mundo, que le dió a su Hijo Unigénito. Rom. 8, 32 y S. Juan, 3, 16.

34. El Sacrificio do Melquisedec: Gen. 14. Cfr. Verbum Domini. vol. 13. 138-146; 167-172 y 209-214.

A oídos de Abrahán acaba de llegar una triste noticia.

Los príncipes de Sodoma, de Gomorra, de Adama, de Seboin y de Segor, se habían insurreccionado contra el rey de los Elamitas, Codorlahomor, de quien eran tributarios; y este príncipe, aliado a su vez con otros reyes, les había presentado batalla en el valle de las Selvas y los había derrotado completamente, llevándose prisioneros, entre otros, al sobrino de Abrahán. Lot y a la familia de éste, que vivían en Sodoma.

Sin perder tiempo, Abrahán, que tenía en su familia gran número de esclavos y de criados, nacidos en su casa, escoge trescientos dieciocho de éstos, los más valientes y aguerridos, los arma ligeramente y cae sobre sus enemigos en Hoba, cerca de Damasco, desbaratándolos y libertando a Lot y a todos los suyos.

La vuelta de Abrahán constituyó un verdadero triunfo: saliéronle a recibir el rey de Sodoma y MELQUISEDEC, rey de Salem o Jerusalén, quien ofreció un sacrificio de acción de gracias, con PAN Y VINO, porque era sacerdote del Dios excelso, y le bendijo diciendo: ¡Oh, Abrahán, bendito eres del Dios excelso, que creó el cielo y la tierra: y bendito sea el excelso Dios, por cuya protección a han caído en tus manos los enemigos!

Melquisedec es un personaje misterioso: por habernos llamado a sabiendas la Escritura Divina su genealogía, por haber sido rey y sacerdote al mismo tiempo, por su nombre «Melquisedec, rey de justicia», y por su título «Salem, rey de paz», y, sobre todo, por su simbólico sacrificio de PAN Y VINO, es figura de N. S. Jesucristo que, bajo las apariencias de PAN Y VINO, en la Misa, se ofrece todos los días en sacrificio.

Sobre Cristo, sacerdote según el Orden de Melquisedec, véase el precioso comentario de S. Pablo en su carta a los Hebreos, (c. 7.)

LOS SACRIFICIOS EN LA ANTIGUA LEY

35. Había dos clases de sacrificios: los sangrientos y los no sangrientos.

LOS SACRIFICIOS SANGRIENTOS: primero se colocaba la víctima ante el altar, para significar que se ofrecía a Jehová; después, el sacerdote, solemnemente y en nombre de todo el pueblo, imponía sobre ella las manos, indicando con esta ceremonia que sobre aquella víctima pesaba la deuda de todos los pecados, ceremonia que todavía hoy, y con el mismo profundo significado, repiten nuestros sacerdotes sobre la oblata poco antes de la Consagración: (Cf. n. 219); y es que Jesucristo, al inmolarse en la Cruz. tomó sobre sí los pecados de toda la humanidad, y esta inmolación vuelve a reproducirse en el santo Sacrificio de la Misa: Puso Dios en El la iniquidad de todos nosotros. (Isai. 53, 6); tiene, las apariencias de un pecador: (Rom. 8. 3); es como una cosa maldita: (Gal. 3, 13); hecho pecado por nosotros. (II. Cor. 5, 21).

TRES ERAN LOS PRINCIPALES SACRIFICIOS SANGRIENTOS:

36. EL HOLOCAUSTO, en el cual, como indica la palabra, la víctima era completamente consumida por el fuego, sin que nada pudiera reservarse de ella. (Levit, 1, 13).

37. LAS HOSTIAS PACIFICAS: paz entre los hebreos era todo bien ya exterior, ya interior, o la salud del alma o del cuerpo; se ofrecían para dar gracias a Dios por los beneficios recibidos, o por simple devoción y voluntad del que las ofrecía.

Las víctimas, que aquí eran por lo regular bueyes, ovejas y cabras — no palomas ni tórtolas, que dificultosamente pudieran partirse—, se dividían en tres partes: la primera, con la grosura, los riñones, etc., se quemaba toda en honor de la Divinidad; la segunda, que comprendía el pecho y la espadilla derecha, era para los sacerdotes, y la tercera, es decir lo restante de la víctima, pertenecía al que la presentaba. Levit, 3, 1. (Cf. n. 232.)

38. EL SACRIFICIO POR EL PECADO (Sacrificio expiatorio o propiciatorio).

Antes de derramar al pie del altar la sangre de la víctima, el sacerdote mojaba el dedo en ella y teñía con la misma las puntas del altar. De esta víctima nada podía reservarse la persona por quien se ofrecía el sacrificio, porque como se ofrecía por sus pecados, mostraba con esta privación querer castigarse a sí misma. Toda la grosura se quemaba sobre el altar, y la carne se reservaba para los sacerdotes. Levit, 4, 5-12.

Cuando el sacerdote la ofrecía por sus propios pecados y por los del pueblo, se hacían con ella, con la sangre mezclada con agua para que no se coagulase, siete aspersiones delante del velo del Santuario, es decir, del velo que separaba el Santo del Santo de los Santos, y se derramaba lo restante al pie del altar de los holocaustos. Lev. 4, 17-19.

39. LOS SACRIFICIOS NO SANGRIENTOS consistían: 1, en oblacones de harina, pan y aceite; 2, en libaciones de vino, y 3, en fumigaciones de incienso y de aromas.

40. FINES Y VALOR DE ESTOS SACRIFICIOS; Dios los había establecido para que su pueblo escogido le tributara el culto que le era debido y para que se mantuviera alejado de la idolatría.

En cuanto a su valor y eficacia: a) No eran más que imagenes sensibles de la contrición de corazón, sin la cual nada valían ni podían merecer; h) Librada de ciertas impurezas o manchas legales, impurezas legales que no presuponían falta alguna moral; c) Pero en cuanto a la remisión de los pecados propiamente dichos, no podían producirla directamente, sino muy indirectamente, en virtud del único y verdadero sacrificio expiatorio que había de cancelar de la manera más perfecta todos los pecados del mundo, desde el pecado original hasta los pecados personales de los hombres, en virtud del Sacrificio de la Cruz. (Cf. nn. 17-18.)

41. EL SACRIFICIO DEL CORDERO PASCUAL.

Entre los Sacrificios Antiguos, los dos que con más claridad anunciaban el Sacrificio de Jesucristo eran el de la solemne Fiesta de la Expiación (Levit. 16. 1-24) y, más que todos, el Sacrificio del Cordero Pascual (Exod. XII, 1-28).

EL CORDERO PASCUAL es la figura más viva y perfecta de Jesucristo: así lo reconocieron los mismos Apóstoles, S. Pablo. 1 Cor. 5, 7-8, y S. Pedro en su primera carta 1, 19-20: S. Juan 1-29 y 86: Apocí 5.6: Isai. 53, 7 y Jer. 11, 19:

a) El Cordero Pascual debía ser sin tacha y sin defecto, y Jesucristo es llamado por S. Juan el Cordero de Dios, la misma pureza que viene a quitar y a llevar sobre si, según la fuerza del texto original, los pecados del mundo, b) Tenía que ser comido todo entero en una sola casa, y la carne de Jesús, todo entero con su sangre, alma y divinidad no se puede comer más que en la Iglesia Católica, c) No debía rompersele ningún hueso, y sobre la Cruz, aunque se quebraron las piernas a los ladrones, pero no a Jesucristo, S. Juan, 19, 36. d) Había que comerlo con pan sin levadura, y nosotros no podemos comulgar con la levadura del pecado en el corazón: II Cor. 5, 7-8; y e) La sangre del Cordero preservó de la plaga exterminadora las casas de los israelitas, y la sangre de Jesucristo señala nuestras almas para la vida eterna y las preserva del infierno. (Cfr., Nicaise et Gevelle o. c. n. 89.)

«¿Cómo es posible — exclama S. Juan Crisóstomo — que la sangre de un animal, sin razón pudiera librar del pecado a las almas? No, eso no es posible; pero esta sangre era la figura, la imagen, de la sangre de Cristo...; lo mismo que el hombre que viene a refugiarse junto a la estatua de los emperadores es salvado, no a causa del vil metal, sino a causa de aquel de quien la estatua es la imagen, así el signo figurativo, la sangre de la víctima, no tenía valor sino porque era la representación de la sangre de Cristo.» Homilía a los Neófitos: Breviar. Rom. 1 julio: 5a. lecc. (cf. 239.)

CAPITULO II LA MISA Y LA COMUNION

“El sagrado Sínodo desearía que los fieles presentes en cada Misa comulgasen, no sólo espiritualmente, sino sacramentalmente, para que pudiera comunicárseles un fruto más abundante de este santo Sacrificio”.

(Concilio de Trento)

42. ¿Con qué frecuencia solían comulgar los primeros cristianos?

Aunque San Pablo nos habla de la participación en la *cena del Señor*, es decir, en la Misa del domingo, como si entonces sólo se comulgara semanalmente, pero ya los Hechos de los Apóstoles, que describen los primeros fervores de la Iglesia naciente, nos dicen que *todos los días partían el pan en sus casas*. 2, 46. Y. n. 25.

Y lo mismo indican los Santos Padres de los primeros siglos; *«Bebed todos los días la sangre de Cristo — decía San Jerónimo — para que podáis asimismo derramar por Cristo vuestra sangre... Todos los días, saciados con el Pan celestial, decimos: Gustad y ved...»* In Isaiam, 1, 1, 6, 5. Véase el curioso testimonio del mismo Santo sobre la comunión diaria que se acostumbraba en la Iglesia de Roma y en la de España: Ep. a Lucinio Bélico (Edición Mauriana) ep. 52. Migne: P. L., t. 22, col. 672.

En España, durante la dominación romana — o sea hasta el siglo V —, cada día se celebraba el Santo Sacrificio de la Misa. A él debían acudir todos los clérigos; y aunque no por obligación, pero sí por devoción, asistía también la mayoría de los fieles. Las tres semanas que precedían a la Epifanía y los días de Cuaresma era la asistencia obligatoria para toda la comunidad; durante el resto del año sólo los domingos, y el que faltaba a la iglesia tres de éstos seguidos, recibía una penitencia pública hasta que se juzgaba que ya había purgado suficientemente su falta. Durante el Santo Sacrificio se distribuía la comunión a los fieles bajo las dos especies, y era costumbre llevárselas a sus casas y cuando se iba de camino. España fue el primer país occidental donde se introdujo la costumbre de dar a los fieles el Cuerpo de Cristo en la boca. G. Villada: Historia Eclesiástica de España, t. I., parte I, pág. 235. Y en la Iglesia visigótica española (409-711) declaraban los Concilios: *«Los que están sin pecado pueden recibirle diariamente, pero los que tienen sobre sí crímenes que los repelen del altar como muertos, deben hacer antes penitencia. Por lo demás, si los pecados no son tan graves como para quedar por ellos excomulgados, deben los fieles acercarse al convite del Cuerpo de Cristo»*. Ibid. t. II, parte II, pág. 67.

43. ¿Qué frutos producía en ellos la comunión frecuente?

Producía los frutos más admirables: desprendimiento del mundo y de sus riquezas, teniendo todos en común sus bienes y repartiéndolos entre los cristianos más pobres (Act. Ap. 2, 44-45); unión maravillosa y ya proverbial de almas y de corazones, que era la admiración de los mismos gentiles: *«Ved cómo se aman —decían éstos — y cómo están prontos a morir unos por otros»*: Tertul. Apolog. 39, 9; Kirch. 158; constancia en su fe e inquebrantable fortaleza en padecer por ella la cárcel, el despojo y el martirio, y, en fin, aquella prodigiosa expansión del cristianismo, milagro moral de primer orden, que hacía exclamar, triunfantes, a los apologistas del siglo III:

“Somos de ayer y llenamos todo vuestro imperio: vuestras ciudades, vuestras casas, vuestras fortalezas, vuestros municipios, las asambleas, los mismos campos, las tribunas, las decurias, el palacio, el senado, el faro: sólo os hemos dejado los templos». Tertul. Apolog. 37, 125; Kirch 156. Cfr. León XIII: Encíclica *«Mirae caritatis»*, y Pío X en su decreto sobre la Comunión frecuente, que atribuyen el fervor de la primitiva Iglesia a la comunión frecuente, 20 Dic. 1905.

44. ¿Comulgaban fuera de la Misa?

Los primeros cristianos consideraban tan inseparablemente unidas la Misa y la Comunión, que para ellos asistir al Santo Sacrificio era *tomar parte activa en él*, era comulgar, *participar del mismo Pan* que el sacerdote había consagrado para todos; por eso comulgaban *dentro* de la Misa, y comulgaban *todos* los que habían asistido a la misma: sólo tenían que dejar de hacerlo *los excomulgados*.

«*Muchos cristianos ignoran demasiado que la comunión es para ellos el medio por excelencia de participar vitalmente del Sacrificio de la Misa...; se forman el hábito de no comulgar nunca en la Misa, que oyen; sus comuniones son ejercicios de piedad aparte. En ciertas iglesias a los fieles nunca se los pone en la posibilidad de comulgar en la Misa a que asisten; no es, pues, extraño que en su mentalidad, la Misa y la comunión constituyan dos ejercicios piadosos profundamente diferentes y sin conexión, ni aparente, ni oculta.*» D. F. Ryelandt: *Pour mieux communiier*, p. 123.

Conforme a esta costumbre tradicional y a la expresa voluntad de la Iglesia y sobre todo, según el espíritu de la misma institución de la Eucaristía, aquí *dentro de la Misa y después de la comunión del sacerdote* debe tener su lugar propio y preferente la comunión de los fieles: véase *Conc. Trident., sess. 22 c. 6* y Código de Der. Can., 863. *Rituale Rom. T. IV. c. II. n. 10.*

*Para formar bien nuestro criterio sobre este punto, tengamos presente: 1, que lo más importante es el Santo Sacrificio de Cristo, la Misa ; 2, que la Comunión o banquete sacrificial, v. n. 232, como fruto precioso que brota de aquél, pertenece y está íntimamente ligada al Santo Sacrificio, y 3, que se equivocan, según esto, quienes consideran la Comunión como un acto de devoción separado de la Misa — o tienen la Comunión como *la cosa esencial* o prefieren comulgar antes de la Misa para dar después gracias durante toda ella — o en fin, pasan *todo el tiempo* de la Misa preparándose para comulgar... eso es *una devoción a la comunión, no es el Santo Sacrificio*. Cfr. Parsch: *La Sainte Messe*, pp. 235-236.*

45. ¿Quiénes solían comulgar fuera de la Misa?

Solamente los enfermos, los encarcelados, los mismos monjes que en el yermo no tenían a mano algún sacerdote y, en general, *los que se veían imposibilitados de asistir a la misa*, para lo cual se permitía a los fieles llevar y guardar en sus casas la Eucaristía. V. nn. 54 y 136.

En tiempo de Decio, sacerdotes y diáconos van a las cárceles, con intervalos regulares, para celebrar los santos misterios y repartir a los cautivos el Pan *celestial*. Algunos confesores africanos, privados a la vez del alimento corporal y de este otro alimento divino, desfallecían en la cárcel. Uno de ellos tuvo una visión; apareciósele un joven de extraordinaria estatura, que llevaba en cada mano una copa de leche: —*Tened ánimo*, les dijo: *Dios Todopoderoso se acuerda de vosotros...* Hízoles beber, pero las copas no se vaciaban. Puso una a la derecha y otra a la izquierda, y añadió: —*He ahí que ya estáis saciados, y las copas están llenas y se os va a traer una tercera*. Al día siguiente Luciano envió al subdiácono Hereniano y al catequista Genaro, para que les llevaran *el alimento «que no disminuye», alimentum indeficiens*: es decir, la Eucaristía. Luego se permitió a los hermanos visitar a los prisioneros y pudieron, al fin darles algún alivio. P. Allard: *El Martirio*, c. V., pág. 239. Véase: *Wiseman*: Fabiola, 2 p., c. 21: Las cárceles; y C. 22. *El Viático: el martirio de SAN TARSICIO*. Cfr. n. 87.

46. ¿En los primeros siglos comulgaban también los niños?

No sólo los ya mayorcitos, a quienes también se daba la comunión bajo ambas especies; pero *aun a los niños recién nacidos*, después de administrarles el bautismo y antes de que recibieran alimento alguno, solía dárselos la Eucaristía bajo la especie de vino, lo cual se practicaba dándosela a chupar, o en una cucharita, o en el mismo dedo del sacerdote. Cfr. *Ordo. Román. I*, n. 4o.

El gran Obispo de Cartago, San Cipriano, nos refiere que una niña, la cual, por descuido de sus padres y de su nodriza, había comido viandas ofrecidas a los ídolos, fue llevada por su madre a la iglesia. Celebraba la Misa S. Cipriano, y cuando el diácono comenzó a ofrecer a los presentes el

Cáliz de la comunión, también se lo ofreció a la niña; pero ésta no sólo volvió la cara, sino que cerró fuertemente la boca y rechazaba tenazmente el Cáliz. Se lo hicieron tomar a la fuerza, mas al momento la pobre niña, entre vómitos y convulsiones, devolvió la sagrada Forma. *De Lapsis*, c. 25. 1'. L. t., IV, col. 500.

47. ¿Qué ritos o ceremonias solían preceder a la distribución de la Eucaristía?

Solían preceder *estos dos*, sumamente expresivos: *la Fracción del Pan y el Beso de Paz*.

¿En qué consistía la *Fracción del Pan*?

Como entonces no se consagraban más que hostias o panes grandes, en forma de plato, era necesario *fraccionarlas, partirlas*, para distribuir después los trozos del Pan consagrado a sacerdotes y fieles, que comulgaban todos en una única misa: el *Obispo* distribuía el Cuerpo del Señor, y el *diácono*, el Sanguis.

De esta manera el rito de la comunión era muy expresivo, pues los fieles comulgaban realmente de *un fragmento del mismo pan y participaban del mismo cáliz*. La *fracción del pan* exigía bastante tiempo, según el número de los comulgantes, y era entonces cuando se cantaba la antífona, llamada *Confractorium* — es decir, *durante la fracción* —; antífona que, después, al desaparecer este rito, cambió de sitio y quedó reducida al *Communio* de nuestras Misas. (Cf. n. 251.)

Véase uno de estos hermosos y más antiguos motetes o cánticos de comunión: «*Venid, pueblos, a celebrar el misterio sagrado e inmortal, y la libación; acerquémonos con temor y con fe; con las manos puras comulguemos el fruto de la penitencia, porque el Cordero de Dios ha sido ofrecido al Padre como sacrificio por nosotros: a Él sólo adoremos, al mismo glorifiquemos cantando con los ángeles: Aleluia*». Cabrol: La Oración de la Iglesia, pp. 553-554.

Otras de las antífonas preferidas eran aquellas dulcísimas palabras del salmo 33: «*Gústate et videte quoniam suavis est Dominus, Gustad y ved que el Señor es benigno*». En cuanto a este verso eucarístico, es curioso notar el siguiente juego de palabras, a que dio origen: el adjetivo griego XPHETOE —en latín *suavis, benignus* — es muy parecido, como se ve, al nombre, Cristo, y en griego, XPIETOE. Esta semejanza de palabras pronto sugirió a los cristianos un cambio ventajoso en el versículo, y comenzaron a decir; *Gustad y ved que el Señor es Cristo*. Cfr. Parsch: o. c. p. 283. Véase nn. 42 y 235-238.

48. ¿Cuándo se daban los fieles el Beso de paz?

Como la mejor preparación para la comunión se recitaba el *Padre nuestro, la oración eucarística* por excelencia: «*el pan nuestro de cada día, dánosle hoy*», que los antiguos aplicaban sobre todo al Pan Eucarístico; *la oración unitiva de todos los fieles en Cristo*: «*perdónanos nuestras deudas, así como nosotros perdonamos a nuestros deudores*»; y como fruto el mejor y el más maduro de estas últimas palabras florecía en el corazón y se desprendía de los labios el *símbolo del perdón cristiano* y de la amistad renacida: *el Beso de Paz*: v. n. 240.

Así describen este rito las Constituciones de los Apóstoles, redactadas hacia el año 400: «Después diga el diácono: ¡*Atención!* Y el obispo salude a la Iglesia y diga: *La paz de Dios con todos vosotros*. Y el pueblo responda: *Y con tu espíritu*. Entonces, el diácono diga a todos: *Salutate vos invicem in osculo sancto* (era la despedida familiar de los Apóstoles en sus cartas: *I Petr. 5, 14; Rom. 16, 16; I Cor. 16, 20*); y los clérigos besen al obispo, los laicos varones a los laicos, y las mujeres a las mujeres. Los niños estén de pie junto al altar y cuide de ellos otro diácono para que no alboroten... «Kirch, n. 611.»

El celebrante *besaba la Hostia* (así era antiguamente; hoy besa el altar), y el beso de paz se iba extendiendo por el diácono, el subdiácono y los ministros del altar hasta el último de los fieles, situados en el extremo ángulo del templo; verdadera cascada de fraternidad que se derramaba en ondas sucesivas desde el altar hasta los más lejanos pilares: festín viviente que recorría toda la masa de los fieles, cada uno se apoya en el siguiente, como se apoya en el próximo el que quiere escalar las cimas. Trátase aquí de subir hacia Dios: de seguir al Hijo que, en el mismo tiempo, en manos del sacerdote, se eleva hacia el Padre. Los senderos son estrechos, pero los pasos menos

seguros están fortalecidos por los otros más firmes; el que vacila se ve sostenido por la colectividad, que no vacila; cada uno participa de la solidez de la colaboración común». *R. Plus: Cristo en nuestros prójimos*, p. I, lib. I, c. 3.

Sobre el sitio que ha ocupado en la misa el *beso de paz*, véase a Cabrol: *Les Origines liturgiques*, pp. 336-337. Véase *San Justino*, números 136 (5) y 240.

49. ¿Cómo comulgaban bajo la especie de pan?

Llegado el momento de la comunión, el sacerdote elevaba el Cuerpo de Jesucristo y lo mostraba a los fieles, diciendo: SANCTA SANCTIS: *las cosas santas, para los santos*. A lo cual respondía el pueblo: UNUS SANCTUS, UNUS DOMINUS JESUS: *Uno solo es el Santo, uno solo el Señor Jesús*.

Después, todos de pie — ésta era la postura de los judíos cuando oraban, adoptada también por los cristianos —, iban recibiendo el Pan Eucarístico, primero los presbíteros (advírtase que solía haber en cada lugar una sola misa, y ésta celebrada por el Obispo o su suplente) después los diáconos, subdiáconos, etc., y, por fin, el pueblo.

Al entregárselo a cada uno, decía el celebrante: CORPUS CHRISTI: *Cuerpo de Cristo*, a lo que el comulgante respondía, haciendo un acto de fe: AMEN: *Así es verdad*, y besaba la mano del sacerdote. Los hombres recibían el Pan Eucarístico en la mano: «*al acercaros a la comunión — decía a sus fieles San Cirilo de Jerusalén — no lo hagáis con las manos extendidas, ni con los dedos separados, sino haciendo con la izquierda como un trono la derecha, cual conviene a la mano que va a recibir al Rey; recibid en seguida en la parte cóncava de la mano el Cuerpo de Jesucristo, respondiendo: AMEN.*» Catequesis mistagógica 5.

Las mujeres también lo recibían en las manos, pero les presentaban cubiertas con el *dominical*, lienzo muy fino que llevaban para este objeto.

Antes de tomar el Pan Eucarístico les estaba permitido — y así se lo recomendaban los Santos Padres — besarlo, acercarlo a su cuerpo y tocar y santificar con él los ojos, la frente, los sentidos.

Volvían a sus puestos, regresaba el celebrante al altar, cuando éste, inclinado sobre el altar se comulgaba a sí mismo, los fieles hacían lo propio.

50. ¿Cómo comulgaban bajo la especie de vino?

De una de estas tres maneras: después de decir el diácono SANGUIS CHRISTI, *Sangre de Cristo*, y de responder los fieles AMEN, o se les daba a beber el Sanguis directamente del cáliz o, lo que era más ordinario, lo sorbían por medio del *pugillaris*, tubito de oro, plata o vidrio, que introducían en los cálices ministeriales, o, en fin, y esto ya en el siglo XII, se les daba el Pan Eucarístico mojado en el Sanguis. (Cf. n. 107.)

51. ¿Cuándo cesó la comunión bajo la especie de vino?

A principios del siglo XII, cuando se multiplicó extraordinariamente el número de los fieles, fueron prohibiéndola en *Occidente* los Prelados y los Sínodos, por el peligro de que se derramara el Sanguis; aunque en muchas partes no desapareció por completo hasta el siglo XV. Como se sabe, está permitido a los católicos romanos recibir la *Comunión bajo ambas Especies* en el *rito griego*: Der. Can. c. 866.

52. ¿Qué solía hacerse con los fragmentos o partículas que quedaban del Pan consagrado?

Los sacerdotes buscaban, entre los niños que iban a las escuelas, a los más pequeños e inocentes, y estando éstos en ayunas, les daban esos fragmentos.

El II Concilio de Macón, celebrado el año 585, dice expresamente: «*Todas las reliquias o residuos que hayan quedado en el Sagrario después de celebrarse la Misa, el miércoles o viernes, los inocentes (niños) sean traídos a la Iglesia por el rector de ésta; y, habiéndoles ordenado el ayuno,*

reciban esos residuos rociados con vinos. Hefele-Leclercq, t. III, pág. 206. Recuérdese el caso del niño judío, arrojado por su padre en el horno de vidrio. Traval: *Prodigios Eucarísticos*, pág. 39; lo refiere Evagrio en la *Historia Ecles.*, 1. IV, c. 36: P. G. t. 86, col. 2.770.

53. Siendo la Eucaristía no sólo sacrificio, sino también sacramento que permanece para nuestro sustento y compañía, ¿dónde suele guardarse?

Suele guardarse en el *sagrario* o *tabernáculo*, que en nuestras iglesias se halla generalmente colocado en el altar mayor.

54.- Entre las formas que ha adoptado el sacrario a través de los siglos, ¿cuáles han sido las más usuales?

Han sido estas cuatro: *sagrario portátil* o cajita de marfil, o de plata, en la que los fieles, antes de que comenzara a guardarse el Sacramento en las iglesias, lo llevaban a sus casas para comulgarse a sí mismos.

Sobre el guardar la Eucaristía en las casas, tenemos ya en la *Tradición Apostólica* de Hipólito — muerto hacia el 235 — esta preciosa advertencia: «*Todos deben vigilar atentamente para que ningún infiel coma de la Eucaristía, o que los ratones, o cualquier otro animal u otra cosa cualquiera caiga en el vaso, o que se pierda algo de ella. Es el cuerpo de Cristo del que todos los fieles se alimentan; no debe ser tratado con negligencia*». C. 29.

55.- *Sagrario-peristerion, o palomas eucarísticas* (En griego, es paloma), eran unas palomitas de plata, huecas, con su puertecita a la espalda, que se colgaban de lo alto del ciborio sobre el altar, o, si no había ciborio, se suspendían de la voluta de un cayado o báculo de metal a un lado del mismo altar. Y. n. 81. Para el mismo fin, aunque algo más tarde, también se usaron unos vasos o artísticas torrecillas.

56.- *Sagrario-armario*: desde el siglo xii, como precaución contra robos y sacrilegios, comenzó a guardarse la Eucaristía en un hueco practicado en la pared del presbiterio y cerrado con preciosa puerta de una o dos hojas.

57.- Por fin, hacia el siglo XVI aparece el *Sagrario* en la forma actual: es decir, como una pequeña arca o cofre, fijo, adherido al altar y formando cuerpo con el retablo, que ya había hecho su aparición cuatro siglos antes.

58.- ¿Las hostias consagradas que se guardaban en esos sagrarios, eran, como ahora, para poder comulgar todos los que lo desearan?

Eran más bien *para los enfermos* hasta que en el siglo XIII, las grandes *Ordenes Mendicantes*, los *Franciscanos* y *Dominicos* sobre todo, con la mayor frecuencia de sacramentos introdujeron la costumbre de guardarlas para dar la comunión, *fuera de la Misa*, también a los sanos.

59.- ¿Y esta costumbre se extendió mucho?

Parece que no, o por lo menos fue decayendo bastante.

Tanto que, hacia 1580, a la Compañía de Jesús, que cuarenta años antes había comenzado su vida y su apostolado propagando por doquier la frecuente comunión, se acusaba *aporque se dice que en Toledo tenían puestas formas en el altar para que las personas que quisiesen llegasen a comulgar...* Y aun en particular — añade el Memorial — una persona grave dice que, viniendo de Roma con unos Padres de la Compañía, llegaron a un lugar y por no dejar de comulgar hicieron sacar formas de la custodia (*sagrario*), y *sin decir ni oír Misa* las recibieron y comulgaron, lo cual parece que es contra el estilo de la Iglesia». Astrain: *Historia de la Compañía de Jesús*, vol. 3, página 262 y sig. Cfr. Ferreres: o. c. n. 703.

El Concilio I de Toledo supone la celebración diaria: «*Presbyter vel diaconus, vel subdiaconus... si ad ecclesiam ad sacrificium quotidianum non accesserit clericus non habeatur*». Hefele-Leclercq. t. II, p. 123. Después, en tiempos de San Ambrosio (P. L. t. XVII, col. 678), baja el fervor eucarístico y se comulga los domingos; aunque en Cuaresma, insiste el Santo en que oigan Misa y comulguen todos los días. Siguen decreciendo las comuniones, y ya el Concilio de Agda, celebrado el año 506,

ordena en su Canon 18, «*que los seglares que no hayan comulgado el día de Navidad, el de Pascua y el de Pentecostés, no sean juzgados como católicos, ni tenidos entre los católicos*». En fin, Inocencio III, en el Concilio Lateranense IV, celebrado en noviembre de 1215, impuso a todo cristiano, que hubiese llegado al uso de la razón, la obligación de recibir, *por lo menos* una voz al año, los Sacramentos de la Penitencia y la Eucaristía. Denzinger-Banw.: n. 437.

60. LA FRECUENCIA DE SACRAMENTOS fue el arma más poderosa que esgrimió la verdadera reforma católica, como vigorosa reacción contra el Protestantismo, que pretendía extinguir la lámpara del Santuario y la fe en la Eucaristía.

Junto a la brillantísima pléyade de santos, que por aquella época enviaba Dios a su Iglesia, junto a *San Jerónimo Emiliano, Antonio M. Zacarías, Cayetano de Thien, Carlos Borromeo, Felipe de Neri, Angela de Merici*, y los *Beatos Juan de Ribera y Juan de Ávila*, trabajaba por la renovación de la vida eucarística la Compañía de Jesús con sus más esclarecidos hijos: *Francisco de Borja, Pedro Canisio, Roberto Belarmino* y, sobre todo, con su santo fundador *Ignacio de Loyola*.

Inauditos fueron los esfuerzos de Ignacio para poner remedio al lamentable abandono de la vida sacramental en que habían caído los fieles en aquel tiempo. La Confesión y Comunión se tenían, no ya como medios ordinarios y necesarios de unión con Dios, sino casi como penitencia, que había que cumplir una vez al año, en Pascua. En efecto, porque Francisco de Borja, virrey de Cataluña, se confesaba y comulgaba cada ocho días, se produjo tal nerviosismo que cada uno creía deber suyo denunciar el presunto abuso desde el púlpito. Un Sicilia, en 1547, hubo también gran admiración porque toda la familia del virrey, don Juan de Vega, gran amigo de Ignacio, comenzó a recibir, bajo la dirección del P. Doménech, cada ocho días los Sacramentos.

Ignacio reaccionó resueltamente contra esta relajación que era el fruto más palpable de todos los males del tiempo. Entre las reglas, propuestas al fin de los Ejercicios, para conformarse con el espíritu verdadero de la Iglesia, resalta esta clara enseñanza: «*Alabar el confesar con sacerdote y el recibir del Santísimo Sacramento una vez en el año, y mucho más en cada mes, y mucho mejor de ocho en ocho días, con las condiciones requisitas y debidas*».

No admite mayor frecuencia, porque en aquellos tiempos no era concebible; pero en casos particulares, no dudó de exhortar a la comunión diaria, como hizo con la piadosa Teresa Rejadella. Cfr. G. Petralia — G. Novelli: *S. Ignazio di Loyoli; Ignazio e la vera riforma*, pág. 168-109; Tacchi-Venturi: *Storia della Comp. di Gesu in Italia*, vol. I, pág. 207. Monumenta Ignatiana: serie I, tom. I. Ep. 73, pp. 275-27(3: Carta a Teresa Rejadella.

Aunque después sobrevino otra herejía, el respetuoso y solapado Jansenismo, que quería hacer del sagrario una tumba fría y sin amor, tampoco en este caso el contraataque católico se hizo esperar mucho tiempo; y esta vez *fue el mismo Jesucristo quien vino a dar una respuesta clara y definitiva con la devoción de las devociones, con la devoción a su Divino Corazón*.

Gracias a ella y al Pontífice de la Eucaristía, Pió X, vuelve a florecer por todas partes la comunión frecuente y aun diaria, la comunión de los tiempos apostólicos.

LECTURAS

61. PREPARACION PARA LA COMUNION.

«Después de esto — es decir, después del Padre Nuestro que acaba de explicar — dice el sacerdote: «*Las cosas santas, a los santos*», santo es lo que tenemos sobre el altar, recibido el Espíritu Santo, autos sois también vosotros, hechos dignos del Espíritu Santo. Luego decís vosotros: «*Un solo santo, un solo Señor Jesucristo*». Verdaderamente un solo santo, santo por naturaleza. Nosotros también somos santos; pero no por naturaleza, sino por participación, por la práctica y por la oración.

A continuación oís al que canta el salmo, que con voz divina os invita a la comunión de los santos misterios, y os dice; «*GUSTAD Y VED QUE EL SEÑOR ES BUENO*». No confiéis al gusto corporal el discernimiento en este asunto, no, sino a la fe, que no reconoce dudas. Al deciros que gustéis, no os mando gustar el pan y el vino, sino el cuerpo y la sangre de Cristo.

Al acercaros, pues, a la Comunión no lo hagáis con las manos extendidas, ni con los dedos separados, sino haciendo con la izquierda uno un trono a la derecha, cual conviene a la que va a recibir al Rey; recibiendo en seguida, en la parte cóncava de la mano, el cuerpo de Jesucristo, respondiendo: Amén.

Después de haber santificado vuestros ojos con el contacto del santo cuerpo, tomadle cuidando de que no se os pierda nada de él. Lo que perdáis, tenedlo por perdido de vuestros propios miembros. Decidme si no: Si uno os diera a vosotros polvo de oro, ¿no lo guardaríais con todo cuidado y procuraríais no perder nada para no sufrir ningún daño? Pues, ¿no procuraréis que no se os caiga ni una miga de lo que es mejor que el oro y más precioso que las piedras preciosas? (cf. n. 249).

Luego, después de la comunión del cuerpo de Cristo, acercaos al cáliz de la sangre, no extendiendo las manos, sino inclinados a manera del que hace un acto de adoración y reverencia: y diciendo también *Amén*, os santificaréis tomando la sangre de Cristo.

Mientras la humedad persevera en vuestros labios, tocadla con las manos y santificad vuestros ojos, vuestras frentes y los otros sentidos. Por fin, quedando en oración, dad gracias a Dios que os ha hecho dignos de tan grandes misterios.

Conservad estas tradiciones intactas y vosotros conservaos sin ofensa alguna. No os separéis de la Comunión, ni por la mancha de los pecados os privéis a vosotros mismos de estos espirituales misterios. *“El Dios de la paz os santifique a vosotros todos; y todo vuestro cuerpo y alma y espíritu sea conservado para la venida de nuestro Señor Jesucristo, al cual sea la gloria, la honra y el poder, juntamente con el Padre y el Espíritu Santo, ahora y siempre y por los siglos de los siglos. Amén.”* San Cirilo de Jerusalén, Doctor de la Iglesia (315-386): Catequesis mistagógica V. Se llaman *mistagógicas*, porque en estas catequesis se *descubrían a los neófitos los misterios* del culto católico: Cfr. Ubierna: San Cirilo de Jerusalén. Cateq. 23; Kirch, 486-489.

62. ACCION DE GRACIAS: PLEGARIA por la UNIDAD de la gran FAMILIA CRISTIANA.

(Adviértase el sabor arcaico y evangélico de estas preciosas fórmulas, las más primitivas que se conocen: pertenecen a uno de los más valiosos monumentos escritos que nos ha legado la antigüedad cristiana, a la DIDAJE o DOCTRINA DE LOS DOCE APOSTOLES, especie de *catecismo*, redactado, según la opinión más probable, a fines del siglo I, entre los años 80 y 90). Cap. IX. *En cuanto a la Eucaristía, daréis gracias de la siguiente manera: Primeramente por el cáliz: Te damos gracias, Padre nuestro, por la santa viña de David, tu hijo, que os diste a conocer por medio de Jesús, tu hijo, Gloria a ti por los siglos —*

Luego por el pan fraccionado:

Te damos gracias, Padre nuestro, por la vida y la ciencia que nos diste a conocer por medio de Jesús, tu hijo. Gloria a ti por los siglos —

Como este pan fraccionado se halla disperso por las montañas y, reunido, fue uno solo; de igual suerte, reúname tu Iglesia desde los confines de la tierra en tu reino. — Cfr. n. 238.

Porque tuyos son la gloria y el poder, por Jesucristo, durante los siglos.

Nadie coma, ni beba, de Vuestra Eucaristía, sino los bautizados en el nombre del Señor; que acerca de esto ha dicho el Señor: No deis lo santo a los perros.

Cap. X. *Después de haberos saciado, dad gracias de la siguiente manera:*

Te damos gracias, Padre santo, por tu santo nombre, que has hecho habitar en nuestros corazones, y por la ciencia, la fe y la inmortalidad que nos hiciste conocer por medio de Jesús, tu hijo.

Gloria a ti por los siglos. Tú, Señor omnipotente, creaste todas las cosas para gloria de tu nombre, y diste a los hombres comida y bebida para su provecho, a fin de que te rindieran gracias; mas a nosotros nos agraciaste con comida y bebida espiritual y vida eterna, por medio de tu hijo.

Ante todo te damos gracias, porque eres poderoso. Gloria a ti por los siglos. Acuérdate, Señor, de tu Iglesia, para librarla de todo mal y hacerla perfecta en tu amor; y congégala de los cuatro vientos, esta Iglesia santificada, en el tu reino que le has preparado.

Porque tuyos son el poder y la gloria por los siglos.

Venga la gracia y pase este mundo.

Hosanna al Dios de David.

Si alguien es santo, venga; si no lo es, arrepíentase. *Ven, Señor: Maranatha.* Amén.

A los profetas permitidles que den cuantas gracias quieran. Cap. XVI. Cada domingo del Señor, luego que os hayáis reunido, partid el pan y dad gracias, previa la confesión de vuestros pecados, a fin de que sea puro vuestro sacrificio.

Quien tuviere pendencia con su compañero, no se junte con vosotros sin haberse reconciliado para que no se contamine vuestro sacrificio.

Pues de éste ha dicho el Señor: En todo lugar y tiempo ofrecedme un sacrificio puro, porque soy un gran rey, dice el Señor, y mi nombre es admirable entre las gentes. (Traduc. del insigne helenista doctor L. Segalá: Obras escog. de Patrología Griega, tomo 1.) Kirch, 1-3.

63. FRUTOS DE LA COMUNION: LA UNION CON CRISTO Y CON LOS PROJIMOS.

La Comunión realiza de modo divino aquella *unión con Cristo y con los prójimos*, que fue la suprema aspiración de Jesucristo: «*Padre Santo, guarda en tu nombre a estos que tú me has dado para que sean UNO COMO NOSOTROS*». San Juan, 17, 11-26.

La Iglesia es el cumplimiento, la plenitud del cuerpo de Jesucristo: Efes., 1, 23; pues, como explica soberanamente San Agustín, *el Cristo total es cabeza y es cuerpo: cabeza, el Hijo único de Dios; cuerpo, su Iglesia; esposo y esposa, dos en una sola carne*. C. Donat: *De Unit. Eccl. IV, 7*. Y por eso, según la gran definición del mismo santo, *la Iglesia es ese hombre, Cristo, difundido en todas partes, que tiene la cabeza en el cielo y los miembros en el suelo*. In. ps. 48. 1'-L 36, 476.

Ahora bien: por la Comunión ¿no nos unimos todos vitalmente con Cristo?, «**el cáliz de bendición que bendecimos o consagramos, ¿no es comunión de la sangre de Cristo?; y el pan que partimos ¿no es la participación del cuerpo del Señor!** Porque todos los que participamos del mismo pan, bien que muchos, venimos a ser un solo pan, un solo cuerpo». I Cor. 10, 16-17.

«Esta unión con Cristo y con los prójimos, fruto el más precioso de la Comunión, estaba simbolizada en dos ritos antiquísimos: en la CONCELEBRACION y en el FERMENTUM.

He aquí en qué consistía la CONCELEBRACION, usada por lo menos en *Roma*, donde estaba la sede del Pontífice, Cabeza de la Iglesia. Los lugares del culto se habían multiplicado muy rápidamente: sólo en Roma se contaban veinticinco hacia el fin de los cuatro primeros siglos y cada uno tenía al frente un prepósito encargado de velar por la comunidad agrupada en derredor de su iglesia. Pero a menudo el Pontífice se trasladaba de un punto a otro para celebrar personalmente los sagrados misterios; citaba allí a los titulares de las otras veinticuatro iglesias y todos se juntaban para celebrar con él, de modo semejante a lo que se hace ahora en la misa de la ordenación sacerdotal. Los ordenandos pronuncian el *canon* al mismo tiempo que el obispo celebrante. Por su parte, el pueblo cooperaba trayendo oblaciones de pan y vino... Llegado el momento de la comunión, se le devolvía esta parte, pero consagrada. Cada uno había traído su oblación; y esta oblación, transformada en el Cuerpo y Sangre del Señor, volvía a todos...

Así se hacía cada vez una nueva afirmación de la unidad de todos en la participación de un mismo culto, en la oblación de un mismo sacrificio, en la recepción de una misma Hostia». R. Plus, Cristo en nuestros prójimos: p. 1, 1. 1, c. 3.

El FERMENTUM: «*En otras iglesias titulares de Roma, es decir, fuera de la basílica del Papa, se echaba en el cáliz el llamado FERMENTUM*», o sea un fragmento del Pan consagrado que, los domingos o días de fiesta, el Papa remitía a las otras iglesias de Roma, en señal de comunión con la Sede Apostólica. El domingo precedente al domingo de Ramos, el Papa enviaba este «*fermentum*» a los obispos vecinos, para la próxima fiesta de Pascuas. A los sacerdotes recién ordenados, el Papa presentaba un Pan consagrado, del cual ellos debían separar una parte durante ocho días para ir la sumergiendo en el cáliz.

En su Historia Eclesiástica — 18, V, 24—, Eusebio refiere que Ireneo había escrito al Papa Víctor, juzgado demasiado severo, «*que antes que él, los Papas enviaban de buena gana la Eucaristía, en señal de unidad a los obispos del Asia Menor, que residían entonces en Roma...*».

La carta del Papa Inocencio I a *Decentius de Eugubium* es muy interesante. Este último había pedido al Papa algunas normas para el envío de la Eucaristía, que él llama «*fermentum*». El Papa responde describiendo la práctica romana, según la cual, los sacerdotes de las iglesias de Roma, que no han podido tomar parte en el servicio papal, reciben del Papa la Eucaristía llevada por los acólitos; con todo, este envío no tiene lugar para las diócesis *suburbanas*, ni para las basílicas de los cementerios, «*porque el Santo Sacramento no debe ser llevado demasiado lejos*». Así, pues, el FERMENTUM era un *magnífico símbolo* y al mismo tiempo *una señal de la unidad de la Iglesia y de la unidad del sacrificio*. Cfr. n. 237 y 238. Véase Parsch; o. c. pp. 265-266.

CAPITULO III EL TEMPLO CATÓLICO

Num. 64-94

«Me pondría yo a morir mil muertes por la menor ceremonia de la Iglesia»

(Santa Teresa de Jesús)

64. ¿Cuál fue el primer templo cristiano?

El primer templo cristiano fue el Cenáculo de Jerusalen, es decir, una sala grande y bien adornada — Lc. 22, 12— que solía estar situada en la parte alta de la casa. Hechos Apost., 20, 7.

65. ¿Y por qué fue el Cenáculo el primer templo cristiano?

Porque allí celebró Jesús la Primera -Misa, allí descendió el Espíritu Santo sobre los Apóstoles, y allí se reunían los primeros fieles para celebrar la Cena del Señor y para la oración.

66. ¿En qué otros lugares celebraban los primeros cristianos los sagrados misterios?

En las casas particulares de los mismos cristianos; así nos consta que en Efeso se escogieron las casas de Aquila y de Priscila—1 Cor. 16, 19—, y en Roma, la del senador Pudens, la de Lucina, la de Entropía y la de Cecilia.

Con el tiempo algunas de estas casas quedaron exclusivamente dedicadas al culto, y aun llegaron a construirse algunas modestas iglesias; de las cuales, sin embargo, ningún vestigio nos ha quedado. Sólo durante la persecución de Diocleciano sabemos que fueron destruidos cuarenta de estos edificios. Cf. Duchesne; *Origines du culte chretien*, pág. 406; Eusebio: *Histor. Eccl.* 8, I (Kirch, n. 403).

67. Y al levantarse las persecuciones, ¿dónde se reunían?

En cualquier sitio. Como dice el historiador Eusebio — *Histor. Eccl.* 7, 2—, «cualquier lugar en que pasábamos nuestros trabajos, el campo, la soledad, una nave, el establo, la cárcel nos servían de templo para congregarnos en asamblea»,

Según Allard, la Iglesia atravesó 6 años de sufrimientos, el s. I, 86 el II, 24 el III, 13 al principio del IV: por consiguiente fue perseguida durante ciento veintinueve años, y gozó de paz relativa por un espacio de ciento veinte años.

Sobre las persecuciones de los cristianos, en los tres primeros siglos, puede consultarse, por ejemplo, a García Villada: Rosas de Martirio, c. I.

68. Pero, sobre todo, ¿dónde se reunían durante las persecuciones?

Para celebrar las «memorias», o aniversarias de los mártires, se reunían en las catacumbas, galerías subterráneas, largas y estrechas, que sirvieron de sepultura, de Osario, etc., y en cuyas altas paredes se cavaban nichos, donde los cristianos guardaban con veneración las reliquias de sus mártires y los despojos mortales de los demás fieles. En las explanadas que había de trecho en trecho, adornadas con pinturas e inscripciones, iluminadas con la luz de las lámparas o antorchas, celebraban la Sagrada Liturgia, sirviéndoles de altar los arcosolios, que se abrían junto a las tumbas de los mártires.

Sobre las catacumbas puede verse, García Villada: o. c. c. 13; P. Allard: El Martirio, c. 7; Wiseman: Fabiola, p. 2, cc. 1-5; y, sobre todo, el Manual de Spencer y Bronwlow: Rome souterraine, resumé des decouvertes de M. ROSSI. (Trad. franc. por P. Allard.)

69. ¿Cuándo aparecieron, por fin, los nuevos y magníficos templos?

Después que Constantino publicó el famoso Edicto de Milán, año 313, por el que se concedía completa libertad religiosa a los cristianos y se disponía la restitución de los bienes que injustamente se les habían arrebatado.

70. ¿Cómo se llamaron generalmente estos templos?

Se llamaron «basílicas», palabra con que se designaban ciertas grandes salas públicas, divididas en tres naves con tribuna y hemiciclo, donde se traficaba y se administraba justicia.

71. ¿Y por qué se llamaron basílicas?

Ya porque algunos de estos edificios, gracias a la generosidad de Constantino, fueron entonces elegidos y consagrados al culto divino; ya también, porque de la estructura de la basílica pagana, tomó el templo cristiano sus formas arquitectónicas.

72. ¿Es importante conocer la forma de las primitivas basílicas cristianas?

Es importantísimo, porque sirvieron de modelo a los demás templos cristianos. Cfr. Naval: Arqueología y Bellas Artes, tom. T, n. 125 ; Sintherrf: Roma Sacra (traducción de Brates, S. .T.): Prólogo pp. 21-32.

73. ¿)e qué partes constaba la primitiva basílica cristiana?

De tres: ATRIO, NAVE y ABSIDE o presbiterio.

74. ¿Cómo era el atrio?

Como el de las casas romanas, el atrio venía a ser un patio cuadrado, al aire libre, casi siempre con un claustro alrededor.

En el centro había un pilón de agua de lluvia, impluvium, o fuente donde los fieles, antes de penetrar en el templo, se lavaban las manos y la cara, expresando así la limpieza del alma; y además porque para comulgar, solían recibir en sus manos el Pan consagrado. (Véase n. 49.)

Aquí está el origen de nuestras pilas de agua bendita.

«De muchas veces tengo experiencia — dice Santa Teresa, hablando del agua bendita — que no hay cosa con que huyan más los demonios para no tornar, como el agua bendita. De la cruz también huyen, mas vuelven luego. Debe ser grande la virtud del agua bendita: para mí es particular y muy conocida consolación la que siente mi alma cuando la tomo. Es cierto que es lo muy ordinario es sentir una recreación, que no sabría yo darla a entender con un deleite interior, que toda el alma me conforta. Esto no es antojo, ni cosa que me ha acaecido sólo una vez, sino muchas; y mirándolo con gran advertencia, digamos como si uno estuviese con mucho calor y sed, y bebiese un jarro de agua fría, que parece todo él sintió refrigerio. Considero yo qué grande cosa es todo lo que está ordenado por la Iglesia, y regálame mucho el ver que tengan tanta fuerza aquellas palabras, que así la pongan en el agua, para que sea tan grande la diferencia que hace a la que no es bendita».Autobiograf. c. 31. S. Aicardo, abad de Jumieges, en el s. VII, tenía la costumbre de recorrer todas las noches los dormitorios del monasterio, una vez acostados los monjes, rociando todos los sitios con agua bendita y haciendo la señal de la Cruz. Durante este piadoso acto tuvo muchas visiones celestiales, que le sirvieron para mejor gobernar a sus súbditos.

75. ¿Quiénes se colocaban en el atrio?

En el atrio de las basílicas se colocaban los penitentes más culpables por sus escándalos y pecados públicos, y se llamaban flentes, porque arrodillados y cubierta la cabeza de ceniza lloraban sus culpas, implorando las oraciones de los fieles, que penetraban en el templo.

Los pobres a las puertas de las iglesias. Dando la razón por qué la Iglesia permite que pidan a las puertas de sus templos, dice San Juan Crisóstomo: «Esto es para que todos puedan purificar sus manos y su conciencia por medio de la limosna antes de entrar en el templo. La costumbre de establecer fuentes delante de las puertas de las iglesias, para que se puedan lavar las manos antes de entrar y orar en ellas, es sin duda muy laudable y santa; pero más santa y más necesaria es todavía la de colocar a los pobres en la puerta de nuestras iglesias para lavar las manchas de nuestra alma antes de presentarnos ante la majestad de Dios, tres veces Santo... Así es que nuestros padres pusieron a los pobres en las puertas de las iglesias como fuentes de purificación, pues la limosna es más eficaz para purificar nuestras almas que el agua para lavar nuestras manos». De verbis Apostoli: «habentes autem eundem spiritum», n. II. P. G. t. 51, c. 300.

76. ¿Qué venía a continuación del atrio?

A continuación venía una especie de vestíbulo interior, llamado nartex, donde solían estar los catecúmenos y los penitentes ordinarios, llamados audientes, porque eran despedidos después de haber oído el sermón.

77. Después del atrio y del nartex, ¿qué seguía?

La nave, donde se colocaban los fieles, a un lado los hombres y al otro las mujeres.

Cuando las naves eran tres, separadas por hileras de columnas, entonces la nave central era más alta y más ancha que las laterales y tenía pintadas curiosas escenas del Antiguo y Nuevo Testamento en las paredes de encima de las arcadas.

Separándola del ábside y cruzando la nave mayor, había otra nave transversal, que con aquélla formaba el crucero.

78. ¿Qué solía haber en la pared frontal donde terminaba la nave central y comenzaba el ábside?

Solía haber un arco, llamado «triumfal», porque a imitación del arco de triunfo, que los romanos levantaban a sus generales vencedores, estaba ricamente decorado, y era como la entrada del santuario.

79. ¿Cuál era la parte más principal de la basílica?

Era el ábside o presbiterio: situado en plano superior al de las naves, era de forma abovedada y semicircular, con el techo decorado con preciosos mosaicos. En el mismo fondo y arrimado a la pared se alzaba el trono o sede del Obispo; y en plano inferior, rodeando en semicírculo al trono, estaban los asientos de los presbíteros.

Delante del presbiterio, se levantaba el altar, que venía a caer precisamente encima de la tumba—confesión— de un mártir, enterrado en la cripta o bóveda subterránea.

Y en fin, sobre este altar, único en toda la basílica y severamente desprovisto durante la celebración de todo lo que no fuera la materia del Santo Sacrificio, se elevaba el Ciborium.

80. ¿Qué era el Ciborium?

Era un alto templete o pabellón, formado por cuatro columnas, unidas por otras cuatro arcadas falsas — o simuladas, cuya luz estaba cegada por una superficie vertical—, y coronadas por una a manera de copa invertida, que eso significa la palabra griega correspondiente.

81. ¿Para que servía el Ciborium?

Servía para tener suspendida con una cadena, desde su techo, sobre el altar la torrecilla o paloma eucarística (véase n. 55).

Al Ciborium sucedió el Baldaquino, uno de cuyos mejores ejemplares es el de S. l'edro de Itoma, que mide 30 metros de altura.

83. ¿Cuál es la iglesia, madre de todas las iglesias católicas del mundo?

Es la Archibasílica del Salvador, en Roma, conocida, desde el siglo XII, en que fue dedicada a S. Juan Bautista, con el título de San Juan de Letrán.

Situada en el monte Celio, donde Fausta, esposa de Constantino, tenía sus palacios, fue generosamente cedida por el Emperador al Papa San Silvestre, quien la consagró al culto el 9 de noviembre del año 324. Cfr. Wiseman: Fabiola, p. 2, c. 6.

84. ¿Cuál es el lugar del templo donde se verifican los más sublimes misterios de la religión católica?

Es el ALTAR: lugar alto, como dice su nombre — alta res —, es el centro de toda la grandiosa arquitectura de nuestros templos y el foco luminoso de la fe, adoración y piedad a donde convergen las miradas y los corazones de todos los fieles, y de donde irradia la vida divina, que incesantemente comunica Dios a su Iglesia.

Antiguamente los fieles nunca se acercaban al altar sin besarlo. Los soldados, que la emperatriz Justina envió a la iglesia, donde San Ambrosio estaba reunido con los fieles, apenas entendieron que el Emperador había revocado la orden de asaltar la basílica, se acercaron al altar como mansos corderos para besarlo en señal de respeto y de paz. S. Ambros. Epist. ad Mar. sor., n. 26.

Como se sabe, no había más que un solo altar en cada iglesia, costumbre que aun se guarda en el Oriente. En Occidente se ha procedido muy diversamente. Batiffol, en una de sus obras, ha reunido con gran precisión histórica las diversas fases de la evolución de la multiplicidad de los altares: «la antigüedad cristiana construyó sus basílicas como demostración de la unidad de la iglesia local. Una plebs, un obispo, una cátedra, un altar con su obispo en los días de la Misa estacional. Esta es la arquitectura de los siglos III y IV. Después fue necesario separar de la Misa estacional la Misa per parochias et per coemeteria. Vinieron las misas de devoción o las Misas privadas; y, por último, llegó el día en que estas Misas tuvieron lugar en las basílicas. En aquel día, que remonta al s. V-VI, fue sacrificado el principio de la unidad del sacrificio». Batiffol: Lecons sur la Messe (citado por Gubianas: o. c., p. 236).

85. ¿Qué forma tenían y de qué materia eran los primeros altares?

Eran sencillamente mesas de madera, como aquella del Cenáculo en que Jesús celebró la Primera Misa; después, al ofrecerse el Santo Sacrificio junto al sepulcro de los mártires, en sus capillas, o bajo el arcosolio que coronaba esos mismos sepulcros, los altares comenzaron a ser de piedra y a labrarse en forma de arca o sarcófago.

Los altares paganos, aunque en un principio eran simples elevaciones del terreno, y después fueron de piedra, en la época de más refinamiento artístico llegaron a ser monumentos ricos y grandiosos: el altar de Zeus (Júpiter), en Olimpia, media de circunferencia 125 pies, y de altura 32; y el de Pérgamo, descubierto no hace muchos años, y que se ha reconstruido en el museo de Berlín, tenía 12 metros de altura. En general, los altares paganos más se parecían a pedestales de estatua que a nuestros actuales altares cristianos. Los cristianos no quedaron rezagados en la fabricación y ornamentación de sus altares; y aunque el altar en que celebraba S. Pedro y que hoy se conserva en S. Juan de Letrán es de madera, sabemos que también los hubo de plata, de oro y aua de piedras preciosas. Sozomeno nos cuenta que la emperatriz Pulquería, hermana del emperador Teodosio, regaló a la iglesia de Constantinopla un riquísimo altar, casi todo de oro, como confirmación del voto de castidad que había lucho a Jesucristo. (Histor. I. IX, c. 1). Y Constantino regaló a la misma basílica siete altares de plata, que pesaban 200 libras; uno de oro a la basílica de la Sta. Cruz, que llegaba a pesar 250 libras; y otros de parecido valor a las más famosas basílicas de Boma. Anasilisio: Vida de S. Silvestre. P-L., t. 34 y 128, c. 1519 y 1515. (Cita de Diez tíut. ONéil, o. u.)

86. ¿Cuáles son las partes esenciales del altar?

Son estas cuatro: el ara, los manteles, la luz litúrgica v el Crucifijo.

87. EL ARA es una piedra rectangular, consagrada, que contiene en una pequeña concavidad — sepulcro — algunas reliquias de santos, especialmente de mártires.

Sobre esta piedra, reducido sepulcro de algún mártir de Cristo, se han de colocar los corporales, y sobre éstos la Hostia y el Cáliz: ¡no podía haberse encontrado sitio más digno!

De San Luciano, presbítero de Antioquía, nos refiere San Juan Crisóstomo que la víspera de su muerte — iba a ser dividido su cuerpo en cuatro partes y a ser arrojados al mar los pedazos —, para complacer a sus discípulos, que así se lo rogaban, como no tuviese a mano ningún altar, celebró el Santo Sacrificio dentro de la cárcel, sirviéndole de altar su mismo pecho. Cfr. n. 157.

88. TRES MANTELES de lino deben cubrir el altar, ya por la reverencia debida al mismo altar, ya para recibir la preciosa sangre en caso de derramamiento.

El mantel que, en otros tiempos, cubría por completo los cuatro lados del altar, hoy, desde que éste quedó adosado a la pared y comenzaron a usarse los frontales — hacia el siglo XI—, sólo llega hasta el suelo por los lados.

89. LA LUZ LITURGICA. En las vigiliias nocturnas, lo mismo que en las misas y ágapes cristianos, y sobre todo en las galerías subterráneas de las catacumbas, era imprescindible el uso de abundantes luminarias: Hechos Apost. 20, 8.: v. n. 133.

Se usaban entonces, sobre todo, lámparas de aceite, las lucernas romanas, que eran unas copas o vasos alargados de barro o de bronce, con su asa y una o varias mechas, y que solían colocarse sobre algún mueble o pedestal, o también suspenderse del techo: lucerna pensilis.

Muy pronto estas lámparas comenzaron a usarse en las catacumbas y en otros recintos sagrados para señalar algunos sepulcros notables: así comenzaba a brillar la luz litúrgica, que para el cristiano, más que su natural utilidad, encerraba múltiple y maravilloso simbolismo y venía a difundir en su alma honda y significativa alegría.

Las dos velas que arden en la Misa rezada, las cuatro o seis de la Misa solemne, la lámpara del Santísimo, la vela del bautismo, la de la primera comunión, la de la Extrema Unción, las de los funerales, la profusión de luces en las grandes solemnidades, para los ojos del alma cristiana son todavía más brillantes, que para los del cuerpo.

Para conocer el maravilloso simbolismo de la luz en la liturgia católica hay que leer y meditar atentamente el «Exsultet», o bellísima «Angélica» del Sábado de Gloria: «En la liturgia romana no hay, tal vez, composición de más subido lirismo y emoción que ésta, llamada la Angélica, atribuida ordinariamente a S. Agustín. Su mismo canto es algo inimitable y sublime, en melio de su ática sencillez.» Lefebvre.

La «Angélica», todo luz y alegría, desarrolla poéticamente el simbolismo del Cirio Pascual y entreteje un florido elogio — mucho más amplio en los misales antiguos — a la pequeña e industriosa abeja, que con tanto arte fabrica la cera de nuestros altares. Cfr. Juan B. Ferreres, S. J.: Historia del Misal Romano, nn. 931-941.

90. EL CRUCIFIJO.

Podemos distinguir, con Gomá — El valor educativo de la Liturgia Católica, pág. 244 y sig. —, estas fases o conquistas del culto de la Cruz en la Liturgia: Cruz-acción; Cruz-procesional; Cruz de altar y Altar del crucifijo.

De la Cruz-Acción, informando la vida del cristiano, ya nos habla Tertuliano, en el siglo III, y lo hace casi en los mismos términos en que lo hará catorce siglos después el P. Astete en su áureo catecismo:

«Siempre que andamos y nos movemos, cuando entramos, al vestirnos y calzarnos, en la mesa y en el baño, al sentarnos y al acostarnos, marcamos nuestra frente con la señal de la Cruz». De Corona Milit. 3, 11: Kirch. n. 189.

En los primeros siglos, la señal de la cruz sólo se trazaba sobre la frente. Con frecuencia también se hacía en la boca y, a veces, en el pecho, según las regiones. Al introducirse el modo actual, se tocaba primero la sien derecha y después la izquierda, como todavía se hace en el rito griego. En el modo de disponer los dedos, existieron y aun existen curiosas variedades: el modo más común en la Iglesia latina era situar los tres primeros dedos de la mano derecha extendidos y unidos, cerrando los otros dos; estos dos dedos así cerrados y unidos a la palma de la mano simbolizaban las dos naturalezas de Jesucristo contra los Eutiquianos, que admitían una sola; los otros tres indicaban el misterio de la Trinidad. El Papa, al impartir su bendición, observa esta antigua disposición de los dedos. Los griegos cruzan primero el dedo pulgar con el anular de la mano derecha, doblan el meñique dándole la forma de una C; tienen derecho el índice y, doblado el dedo medio como el meñique, alzan la mano y trazan la señal de la cruz: los dedos así dispuestos forman las primeras letras de la palabra «Jesucristo», en griego: 1-X.

La Cruz-Procesional y la Cruz del Altar, están íntimamente relacionadas, tanto que litúrgicamente son una misma cruz.

Cuando la asamblea de los fieles que solía reunirse en una iglesia, iglesia de la reunión — en latín *ecclesia collecta* —, avanzaba procesionalmente hacia la otra iglesia — iglesia estacional — donde iba a celebrarse la Misa, la cruz que venía presidiendo esta procesión era la misma del altar que, para este fin, se adaptaba al asta y luego se volvía a poner a un lado del altar, y, más tarde, en el mismo altar. Grea: La Sainte Liturgie, pág. 171. Cfr. 141.

El Altar del Crucifijo: la Cruz en el altar, ya por sus dimensiones, ya por la distancia, queda relegada a un segundo término; por eso, a la entrada de los templos y en nuestras catedrales, en el centro del coro, la piedad de nuestros mayores ha dedicado un altar al Crucifijo, o ha situado estas gigantescas imágenes, suspendiéndolas a veces de los arcos triunfales, para que se ofrecieran de una manera más visible a los ojos del pueblo. Gomá: o. c., página 245.

La costumbre de colocar en los altares crucifijos exageradamente pequeños, que se pierden y sepultan entre multitud de candelabros, ángeles, flores y otros adornos del altar, no puede ser más antilitúrgica, y ha sido expresamente reprobada por el Papa Benedicto XIV: «Son violadas las leyes de la Iglesia cuando se coloca solamente una diminuta imagen del Crucifijo, que sea más pequeña que el cuadro o estatua del Santo.»

LA CRUZ, que informa y anima la vida cristiana en sus actos más grandes y más sencillos, alcanza su máxima exaltación en la Misa:

HASTA TREINTA Y CINCO VECES, sólo en la Misa de los fieles, traza el sacerdote la señal sacrosanta de la Redención, ya sobre sí mismo, ya sobre los sagrados objetos o personas que le rodean. Cfr. 210 y 223.

La Cruz abre las fuentes divinas de todos los Sacramentos, la Cruz corona las torres y campanarios, preside la sacristía y está, en fin, grabada profusamente en los ornamentos, en los corporales, purificadores, sacras, misales, etc.

91. ¿Cuándo aparecen los retablos en los altares?

Los retablos — retro-tabula—, detrás de la tabla o mesa del altar, aparecen en el siglo XII, y probablemente traen su origen de los antiguos dípticos. Véase n. 217. Los dípticos eran unas placas de madera, marfil o metal, decoradas con pinturas y relieves, de dos o más hojas — dípticos, trípticos— que se plegaban como las tapas de un libro, y en las cuales constaban los nombres de personas beneméritas de la Iglesia; había dípticos de vivos y dípticos de difuntos — de ellos provienen los Mementos de la Misa—, y sus nombres se leían durante el Santo Sacrificio; de estos dípticos eclesiásticos, y sobre todo de los dípticos piadosos, que eran como retablos portátiles y pequeños oratorios, proceden los retablos.

Como se sabe, los retablos españoles descuellan entre todos los del mundo por su incomparable riqueza. Los mismos autores extranjeros — por ejemplo Abel Fabre; Pages d'Art Chretien (tercera serie)— citan estos diez, como los mejores, pertenecientes al arte del Renacimiento: el de la

catedral de Vich, de 1420; el de la de Tarragona, de 1426; el de la Seo de Zaragoza, de 1445; el de la Cartuja de Miradores, de 1496; el de la catedral de Sevilla, de 1497; el de la de Toledo, de 1500; los de Burgos, el de S. Nicolás y el de la catedral, de 1503; el de Nuestra Señora del Pilar, de Zaragoza, de 1511, y el de la primacial de Teruel, de 1536.

92. ¿Y el culto en las iglesias comenzó muy pronto?

Aunque los cristianos, al principio, vivían entre los judíos, y a éstos, por su tenaz propensión a la idolatría, les había Dios prohibido fabricarse imágenes y estatuas, Exodo 20, 4; Deut. 5, 8, pronto, sin embargo, comenzó este culto entre los cristianos, como se ve en los numerosos y variados frescos de las catacumbas, en las estatuas tan conocidas del Buen Pastor, en los sarcófagos, lámparas, vasos o vidrios, embellecidos con diversas figuras y escenas bíblicas, si bien, por hallarse entonces los cristianos mezclados y casi absorbidos por el elemento pagano, groseramente idólatra, no pudo el culto de las imágenes hacer grandes progresos hasta después del siglo IV, en que cesó ese impedimento.

Cfr. la revista «Bíblica», vol. 15, año 1934, pp. 265-300: La cuestión de las imágenes entre los judíos, a la luz de los recientes descubrimientos, por J. B. Fret, c. s. Sp.

«Actualmente, en el altar mayor suele estar la imagen del santo, a quien la iglesia está particularmente, dedicada y de quien toma el nombre. Con todo eso, en las iglesias modernas es más frecuente consagrar el altar mayor a CRISTO, colocando alguna de sus imágenes (el Sagrado Corazón, vgr.) en la parte superior, y en el centro, el trono o tabernáculo para la exposición del Santísimo Sacramento. Las devociones a los Santos patronos (San Martín, San Boque, etc.), tan absorbentes en la Edad Media, van colocándose en segundo término, dejando el centro para las Personas de la Sagrada Familia, Jesús, María y José: mudanza en la cual no es posible desconocer el progreso de la cultura cristiana.» Fisher-Ruiz Amado: El Culto Católico, p. 14.

LECTURAS

93. EL TABERNACULO, FIGURA DEL TEMPLO CATOLICO:

Fue el templo portátil de los Israelitas durante su larga peregrinación por el desierto; como indica su nombre era una tienda de campaña de 30 codos de largo, es decir, de unos 15 metros (pues el codo agrado mide Om. 525) y de 10 codos de alto, y de ancho, sostenida por soportes de madera, recubierta de las más preciosas telas y protegida exteriormente por tapices de piel de camello.

EL ATRIO: A su alrededor corría un gran atrio o patio rectangular de 100 codos de largo por 50 de ancho; aquí, en el atrio, por el lado oriental donde estaba la puerta, se hallaba primero, el altar de los holocaustos y después, un gran recipiente donde los sacerdotes tenían abundante agua para lavarse manos y pies antes de acercarse al altar o de entrar en el tabernáculo. Cfr. n. 74.

LAS DOS PARTES PRINCIPALES DEL TABERNACULO eran el Santo y el Santo de los Santos — o Santísimo, pues éste es uno de los modos de expresar en hebreo el superlativo —; un riquísimo velo separaba entre si el Santo y el Santo de los Santos, velo que se rasgó de alto a abajo en el momento de expirar N. S. Jesucristo, dejando visible y accesible a todos el interior del Santo de los Santos. Cfr. n. 156.

¿QUE HABIA EN EL SANTO? Según se entraba a mano izquierda, se encontraba el candelero de siete ramos o brazos, todo de oro purísimo y cuyas luces debían brillar toda la noche; a la derecha, y enfrente del candelero, estaba la mesa con los doce panes — uno por cada tribu — de la proposición, así llamados porque estaban siempre expuestos ante el Señor. Estos panes se elaboraban con la harina más pura y se presentaban ante el Señor, cuando todavía estaban calientes, todos los sábados, retirándose los añejos, que sólo podían ser comidos por los sacerdotes.

Esta mesa con los panes de la proposición es viva imagen de la mesa eucarística siempre abastecida con el pan vivo e indeficiente, Jesucristo.

Por fin, en el fondo, y entre el candelero y la mesa, se hallaba el altar de los perfumes, donde se quemaban los más finos inciensos.

¿QUE HABIA EN EL SANTO DE LOS SANTOS? Estaba el ARCA DE LA ALIANZA, donde el pueblo de Dios guardaba sus más queridos recuerdos.

En este pequeño cofre de madera preciosa, aproximadamente de 1m-30 de largo por 0,80 de ancho y de alto, recubierto por dentro y por fuera con láminas de oro y con cuatro anillas, fijas en sus cuatro ángulos para poder ser transportado más fácilmente, se guardaban en otro tiempo: 1- las dos nuevas tablas de la ley; 2-el Pentateuco, o sea los cinco libros de Moisés; 3-la vara florida de Aarón, y 4-el vaso de oro con un poco de maná.

LA CUBIERTA DEL ARCA era una placa de oro con dos magníficos querubines del mismo metal, uno a cada lado que, mirándose uno al otro en actitud de extática adoración, desplegaban hacia lo alto sus amplias alas, formando una bóveda, que cobijaba el Arca sagrada: ésta era EL

PROPICIATORIO: aquí, en el Santo de los Santos, entre los dos querubines y sobre el Arca de la Alianza, había asentado Dios su trono entre los hombres; aquí venía «el amigo de Dios», Moisés, a consultar al Señor; aquí se mostraba Dios propicio y misericordioso con su pueblo.

En el SANTO DE LOS SANTOS, sólo entraba el Sumo Sacerdote, y una sola vez al año, en el gran día de la Fiesta de las Expiaciones.

EL TABERNACULO es, sobre todo, figura de nuestros SAGRARIOS, verdaderas tiendas de campaña, donde Dios, durante nuestra breve peregrinación por este mundo, vive y habita entre nosotros.

LOS TRES CELEBRES TEMPLOS que después habían de construir los judíos, el grandioso de Salomón, el más humilde de Zorobabel y el de Herodes el Grande, sólo comparable al de Salomón, reproducían el plan del tabernáculo de Moisés. (Cfr. Exod. 25-27.)

94. EL CRUCIFIJO: Está compuesto de dos elementos, Cruz y figura o Cristo.

Estos dos elementos no aparecen juntos desde el principio.

REPRESENTACIONES DIRECTAS de la Cruz sola — elemento que aparece en las Catacumbas primero, y ya muy conocido desde la más remota antigüedad —, no se encuentran más que unas veinte, según Mgr. Wilpert: y por cierto, algo disimuladas entre las palabras de un epitafio, o entre las letras de un nombre propio.

Sus formas preferidas, son: la forma de Tan, T, la griega de cuatro brazos iguales +, la latina -J- y, por fin, la de aspa o de San Andrés, X.

REPRESENTACIONES INDIRECTAS, en cambio, existen muchas y muy variadas: el tridente solo o con un pez enroscado en él; este pez ya sabemos a quién representaba: V. n. 27; el áncora es la cruz salvadora del naufragio durante la vida, por eso aparece junto al nombre de un difunto y acompañando a una paloma, símbolo del alma cristiana libertada por la muerte; el martillo, la lanza del coche dirigida hacia lo alto, el pájaro con las alas desplegadas, un simple cruce de líneas, hablaban bien elocuentemente al corazón de los cristianos, así como nada decían al profano. En fin, la cruz aparece simbolizada en el hombre, que está orando de pie y con los brazos levantados, y en el navio, que se desliza sobre las olas a velas desplegadas, y con el mástil cruzado por un travesaño horizontal.

La letra griega X (JI) análoga a la cruz en aspas, era abreviatura de XPIXTOE; la cruz ansada o con asa con una argolla encima y la cruz gamada o suástica, formada de cuatro gammas acopladas, signo este último antiquísimo, que se encuentra ya veinte siglos antes de Cristo, ofrecieron a los primeros cristianos imágenes del leño redentor.

La Invención de la verdadera Cruz en Jerusalén por la emperatriz Santa Elena y la aparición de la cruz luminosa a Constantino, introducen definitivamente en el arte cristiano la Señal de la Redención; la Cruz sale entonces de las Catacumbas y se ostenta en el pecho de los fieles, y aparece en la fachada de sus casas, en el sarcófago de sus difuntos, en las monedas imperiales, en los dípticos consulares, sobre los estandartes, sobre el cetro y la diadema del mismo Emperador, que regala a la tumba de San Pedro, una cruz de oro, de 150 libras de peso, y coloca otra, también de oro y de piedras preciosas, en el artesonado de la sala principal de su palacio de Constantinopla.

Pero la Cruz toma ahora un nuevo significado, del triunfo de Cristo sobre el paganismo: Cristo aparece como Rey en su trono, con real diadema en vez de corona de espinas, con vestido de púrpura en lugar de tosco sayal; todavía no se manifiesta doloroso, paciente, muriendo en un patíbulo.

Hacia el siglo VI, como fuerte reacción contra los herejes monofisitas, que absorbían la naturaleza humana de Jesucristo en su divinidad y como pública afirmación de la naturaleza humana y pasible de Cristo y de la realidad de su Pasión dolorosa, aparece ya Cristo muriendo en la cruz; aunque siguió prevaleciendo el simbolismo triunfal, hasta que vinieron las decisiones de los Concilios — siglo VIII— que recomendaban expresamente la representación del Crucifijo bajo una forma directa «Jesucristo muriendo en la Cruz», abandonando ya los emblemas y símbolos antiguos. Abel Fabre: *Pagos d'Art Chrétien: Première serie, Le Crucifix*.

Véase: Obras de Mella: Vol. XX. Filosofía: Teología: Apologética II, pp. 228-238; La Catedral: *ibid* ; Ideario III, p. 284; El beso al Crucifijo: Imagen de la agonía del sabio. Coloma. G: Sermones varios: t. II; Los Novisimos: muerte, s. 3. V: El Crucifijo entre las manos de un moribundo; Toth. Tihamer: El Joven y Cristo. c. 3, XV: El Crucifijo en la mesa del estudiante.

CAPITULO IV ORNAMENTOS Y VASOS SAGRADOS. EL MISAL

(Números 95-124)

«Todos los días en nuestras Iglesias es Viernes Santo».

(Bossuet)

95. ¿Al principio existía alguna diferencia entre las vestiduras profanas y las sagradas?

Ninguna diferencia existía, pues la Misa se celebraba con los mismos vestidos preciosos de los nobles romanos —no con los de la gente plebeya— que se usaban en la vida civil.

96. ¿Y después?

Aun habiendo pasado de moda el traje talar en los seglares y habiéndose introducido los vestidos cortos y ceñidos, la Iglesia, sin embargo, continuó usando las principales prendas del antiguo traje romano, si bien en el transcurso de los siglos y con el desarrollo siempre creciente y admirable de su majestuosa liturgia, fue embelleciéndolos y adaptándolos cada vez más a sus usos y ceremonias sagradas.

97. ¿Cuáles son los principales ornamentos sagrados?

Son estos seis y por el orden con que se los reviste el sacerdote:

EL AMITO, EL ALBA, EL CINGULO, EL MANIPULO, LA ESTOLA y LA CASULLA.

Además, en la Misa solemne, el diácono y el subdiácono usan la dalmática.

98. ¿Dónde hay que buscar el simbolismo sólido y bien fundado de los ornamentos sagrados?

En las oraciones que pone la Iglesia en los labios del sacerdote cuando éste se los reviste: estas oraciones se deben en toda probabilidad al abad Autpert, muerto hacia el 780.

99. EL AMITO —de *amicire*, cubrir— es un trozo cuadrado de tela blanca, que primero se coloca sobre la cabeza como un casco de salvación para rechazar los asaltos del demonio, y luego se ciñe alrededor del cuello para indicar al ministro —como dice el Pontifical— la circunspección que debe observar en sus palabras.

Primitivamente, el amito, además de servir, como ahora, para rodear el cuello e impedir que el sudor pasara a los ornamentos, se utilizaba también como capucha para cubrir la cabeza, como todavía lo usan algunos religiosos en la misa; hasta que a fines de la Edad Media, vino a sustituirle en este menester el birrete o bonete. Así se explica la oración que se dice al revestírsele y la ceremonia de ponérselo primero en la cabeza.

También se llamó humerale, superhumerale, porque cubre los hombros: el *Ordo Romanus* lo llama *anagolai*, porque ciñe el cuello (*gula*).

Los romanos, como los griegos, por lo regular, no usaban sombrero, si no eran los enfermos, los viajeros o los que por su oficio tenían que estar al sol mucho tiempo; ordinariamente se contentaban con taparse la cabeza con la punta de la toga. En cambio, en los sacrificios, el sacerdote pagano rodeaba su cabeza con guirnaldas y la adornaba con flores y vendas sagradas, para tratar de ahuyentar, según parece, los pensamientos tristes que pudieran conturbarle. Entre los judíos, los sacerdotes de la antigua Ley usaban en las funciones litúrgicas la mitra, una especie de turbante de lino fino.

ORACION: Pon, Señor, sobre mi cabeza el yelmo de salvación, para rechazar los asaltos del demonio.

100. EL ALBA. Vestido interior, largo, generalmente de lino, de color blanco y, a veces, de púrpura, que en sus orígenes tenía mangas muy cortas o carecía de ellas, aunque ya en el siglo III, por influjo de las costumbres orientales, se usaban albas «manicatae», es decir, albas, que llegaban hasta las muñecas.

Se llamó también túnica alba, o túnica talaris, porque en las mujeres bajaba hasta los talones, aunque en los hombres, al principio, no pasaba de las rodillas.

El Concilio de Cartago, año 398, prescribe «que el diácono use el alba solamente en el tiempo de la oblación y de la lección»: señal de que los obispos y sacerdotes la usaban aun fuera de las funciones litúrgicas.

Por su misma blancura designa la inocencia blanqueada por la sangre del Cordero, y por eso la vestían los neófitos durante la semana pascual.

En las antiguas representaciones cristianas lleva dos galones que corren por delante y detrás, desde los hombros hasta los pies.

Del alba se derivaron el roquete y la sobrepelliz; pero el roquete tiene las mangas más largas y estrechas, sencillamente como las del alba; la sobrepelliz debe su nombre a la sotana de pieles, abrigo ordinario de piel usado por los antiguos eclesiásticos, sobre todo cuando acudían al coro.

ORACION: Blanquéame, Señor, y limpia mi corazón, para que blanqueado con la sangre del Cordero disfrute los gozos eternos.

101. EL CINGULO, es el cordón que ciñe el alba al cuerpo.

También se llamaba cintura, zona, cestus y balteus; servía, además, para llevar colgados de él la bolsa, la espada o cuchillo, las tablillas u otros objetos. Era de cuero, de cuerda o a manera de cadena con su cerradura — grafe — en el extremo.

En los romanos nobles, llevar el cingulo de la túnica demasiado flojo, male cinctum esse, o andar del todo desceñido, Aiscinctum esse, era señal de costumbres relajadas :

Haud paravero — derla Horario: Epod. I, 32—

quod aut avarus ut Chremes térra premam,

Discinctus aut perdam nepos.

«No amontonaré lo que vaya después a ocultar bajo tierra, como el avaro Cremes, o a perderlo como un disoluto disipador de sus bienes.»

De ahí su significado de continencia, de castidad, de severidad de costumbres.

ORACION: Cíñeme, Señor, con el cingulo de la pureza y apaga en mi carne el fuego de la concupiscencia, para que permanezca en mi la virtud de la continencia y de la castidad.

102. EL MANIPULO, hoy franja estrecha de tela y, antiguamente, pañuelo que los romanos llevaban en la mano y los sacerdotes en el brazo izquierdo, para enjugarse el sudor y las lágrimas; e indica que por las lágrimas y el dolor se merece recibir con alegría la recompensa del trabajo.

ORACION: Merezca, Señor, llevar el manípulo del llanto y del dolor, para que pueda con alegría recibir el premio del trabajo.

103. LA ESTOLA, que el sacerdote lleva cruzada ante el pecho y el diácono en el lado izquierdo, es el distintivo de la dignidad eclesiástica, y por eso se usa en la predicación y sobre todo en la administración de los Sacramentos.

Mencionada ya por la Biblia, la estola era una vestidura de honor que los personajes nobles y aun las matronas romanas usaban antiguamente.

ORACION: Devuélveme, Señor, la estola de la inmortalidad, que perdí con la prevaricación del primer padre, y aunque indigno me acerco a tu sagrado misterio, merezca, sin embargo, el gozo sempiterno.

104. LA CASULLA, es el ornamento sacerdotal más noble.

Como la paenula de los romanos, que era un capote de agua y de viaje, sin mangas, la casulla antigua fue un amplio manto cerrado por todas partes y con una sola abertura en el centro para introducir la cabeza como en un yugo... «el yugo suave y la carga ligera del Señor».

El sacerdote venía así a quedar como encerrado en una especie de tienda o casita — casula en latín — que le dió su nombre de casulla.

La molestia que suponía para el sacerdote sacar los brazos, y sobre todo alzarlos en las elevaciones de la Hostia y del Cáliz, en las incensaciones, etc. — pues tenía que replegar el amplio manto sobre los brazos —, dió origen a la costumbre de alzarle un poco la casulla en esas acciones, lo cual todavía sigue practicándose, aunque aquella molestia ha cesado después que las casullas se han abierto y notablemente recortado por ambos lados.

Esta forma de la antigua casulla también explica el origen de la rúbrica, que todavía se observa hoy en las Misas celebradas por los obispos, y antes se observaba en todas las Misas: después del Confiteor y al terminar el Indulgentiam, el preste ayudante se acerca al obispo celebrante para colocarle en el brazo izquierdo el manípulo, pues hasta ahora el celebrante ha tenido brazos y manos completamente cubiertos por la casulla, pero al acercarse al altar y al tener que sacar los brazos, es el momento oportuno de colocarle el manípulo.

San Pablo tenía su paenula o casulla: «la paenula que dejé en Tróade, en casa de Carpo, tráela contigo, cuando vengas», dice a su discípulo Timoteo (II-4, 13). Y por Tertuliano sabemos que los cristianos la usaban cuando oraban. De Orst. XV.

ORACION: Señor, que dijiste: Mi yugo es suave y mi carga ligera; haz que lo lleve de tal manera que consiga tu gracia. Amén.

105. LA DALMATICA, era una túnica con mangas, que los romanos adoptaron de los Dálmatas, y llegó a ser un traje de distinción: ordinariamente era blanco, con franja de púrpura.

Primeramente fue llevada por los obispos y por el Papa, reservándose después para los diáconos. Sin embargo, es tal la fuerza de la tradición que, en memoria del uso primitivo, el Obispo en las misas pontificales viste aún debajo de la casulla, dalmática y túnica, llamadas entonces tunicelas, que han venido a ser traje de los diáconos y de los subdiáconos. Cabrol, La Oración de la Iglesia, c. 31, p. 436.

106. ¿Cuáles son los colores litúrgicos, su significado y su uso?

Aunque en los primeros siglos sólo se usaba el color blanco, ya en el siglo VII aparece el rojo, y después otros colores, hasta que en el siglo XIII encontramos, ya reglamentado con rúbrica fija, el uso de los cuatro colores principales: blanco, rojo, verde y negro; a los que se añade muy pronto el morado, que fue en otros tiempos el color de la realeza, de las fabulosas riquezas y altas dignidades. Históricamente significa la realeza y el imperio de la gracia, fruto de la maceración y de la penitencia.

El blanco significa alegría, inocencia, virginidad, y se usa en las fiestas del Señor, de la Virgen, de los Angeles y de los Santos no mártires.

El rojo indica sangre y amor, y se usa en las fiestas de los Mártires, de Pentecostés y de la Preciosísima Sangre de N. S. J. C.

El verde expresa esperanza, y se usa en los domingos y ferias, desde la Octava de Epifanía hasta Septuagésima, y desde la Octava de Pentecostés hasta el Adviento.

El negro denota duelo y tristeza, y se usa en las Misas de difuntos y el día de Viernes Santo.

El morado simboliza la penitencia, y se usa en Adviento y Cuaresma, en las Témporas, excepto las de Pentecostés, y en las Vigilias.

También puede usarse el color rosa en las dominicas «Gaudete» (tercera de Adviento) y «Laetare» (cuarta de Cuaresma); y el color azul celeste en la fiesta de la Inmaculada, donde está concedido.

En los primeros siglos, nada se reparaba en el color de los ornamentos. Y aun hoy día, entre los orientales, no se usan determinados colores, prefiriendo de ordinario el color blanco. Los días de luto celebran con ornamentos encarnados, por ser éste el color que simboliza entre ellos la tristeza; y por la misma razón emplean este color en los días de ayuno y de penitencia. La tendencia a clasificar con determinado simbolismo los colores, se inició hacia el siglo XII, época en que comienza a estudiarse el simbolismo como manantial de belleza y de arte.

107. ¿Cuáles son los principales vasos sagrados?

Son EL CALIZ, LA PATENA, EL COPON y LAS VINAJERAS.

EL CALIZ, o copa en que se consagra la sangre de Jesucristo y que hoy tiene que ser de algún metal precioso, fue primero probablemente de vidrio, después de oro y de plata, y más tarde, hasta de piedra preciosa, como ónix o ágata—como el famoso cáliz, llamado de la Cena, que posee la catedral de Valencia—, y aun llegaron a ser de madera.

Curiosa es la respuesta de S. Bonifacio, obispo de Maguncia, en el Concilio Tiburiense (c. 8), cuando le preguntaron si podían usarse cálices de madera: «En otros tiempos — contestó el Santo —, sacerdotes de oro usaban cálices de madera: ahora, al contrario, sacerdotes de madera usan cálices de oro.»

Acerca de los cálices de vidrio, 8. Gregorio de Tours, en su obra «Miraculorum», nos refiere que cierto diácono, en la Basílica de San Lorenzo de Milán, mientras se atareaba recogiendo los ornamentos en la solemnidad que acababa de celebrarse, cayósele al suelo un cáliz de vidrio, que, naturalmente, se hizo añicos. Al pobre diácono no se le ocurrió otra cosa que recoger cuidadosamente todos los fragmentos y depositarlos sobre las reliquias de un mártir. Toda la noche veló en oración rogando a Dios volviese a juntar las partes del cáliz... A la mañana siguiente apareció el cáliz tan nuevo y entero que ni las señales de las juntas se conocían. Admirado el pueblo, no paró hasta conseguir una solemnidad especial para conmemorar el hecho. (Citado por Diez Gut., o. c.)

En el siglo IV ya se hizo bastante común usar vasos sagrados de metales preciosos: cuando Juliano, el Apóstata, ordenó saquear las iglesias de Antioquía, el oficial encargado de esta orden exclamó, al ver los vasos preciosos de la iglesia: «He aquí los suntuosos vasos en que se sirve al Hijo de María».

Y según nos refiere S. Gregorio de Tours (Histor. Franc., 1.3, c. 10; P. L., t. 71, c. 250), el rey francés Childeberto se llevó de España a Francia muchos objetos preciosísimos, entre ellos 60 cálices y 40 patenas. Y cuando Recaredo, rey de España, anunciaba a San Gregorio Magno su propia conversión y la de todo el pueblo español, le regalaba al mismo tiempo un magnífico cáliz de oro cuajado de piedras preciosas.

LOS CALICES MINISTERIALES servían para administrar la Sangre de Jesucristo a los fieles, cuando éstos comulgaban también bajo la especie de vino: véase n. 50.

Eran estos cálices muy grandes y con dos asas, por donde el diácono los sostenía junto al Pontífice, mientras los fieles tomaban el Sanguis.

LOS CALICES OFERTORIOS se utilizaban para recoger el vino que los mismos fieles traían para la ofrenda. Cf. n. 193.

108. ACCESORIOS DEL CALIZ son el purificador para limpiarlo y limpiarse el sacerdote los dedos y labios; los corporales, «nuevo sudario del Cuerpo de Jesucristo», como los llama la Iglesia, y que antiguamente eran mucho más amplios, hasta llegar a cubrir con sus bordes el cáliz, como lo hace ahora la palia que, a modo de palio, lo tapa desde el Ofertorio.

109. LA PATENA es como el plato (patena en latín), plato ancho donde se deposita el Pan Eucarístico.

Había también patenas ministeriales, más grandes y hondas que las nuestras, pues en ellas se recibía el pan que el pueblo ofrecía como materia del Sacrificio, y con ellas se distribuía la Comunión a los fieles, que entonces comulgaban todos dentro de la Misa. Cf. n. 44.

Su forma primitiva era como de anchas bandejas con grandes asas, y algunas pesaban 25 y más libras. Constantino regaló a la Basílica de Letrán 20 patenas, 7 de oro y 13 de plata, que cada una pesaba 30 libras.

Corno estas grandes patenas si se colocaban sobre el altar estorbaban durante el Santo Sacrificio, el subdiácono las retiraba y estaba sosteniendo mientras no eran necesarias, ceremonia que todavía se observa con nuestras patenas en la Misa solemne, después del Ofertorio. V. n. 197.

110. EL COPON es el vaso sagrado donde se guardan las Hostias que han de distribuirse a los fieles en la comunión.

En la antigüedad tenía la forma de una arquita o caja. En la Iglesia Oriental, la Comunión sigue dándose en la patena, como también se hacía en la Occidental, y se reserva el Santísimo para los enfermos en una cajita de plata; no se conocen, por lo tanto, nuestros copones.

Custodias u Ostensorios. Comenzaron a usarse con las procesiones y exposiciones, hacia el siglo XV. «En nuestras catedrales, monasterios e iglesias, existen más de 60, que son verdaderas obras de arte. Se deben citar, entre las más notables, la de Sevilla, obra de Arfe: mide tres metros y medio de altura y consta de cuatro cuerpos sostenidos por columnas estriadas, y es rica en filigranas y emblemas. La de Toledo, hecha también por Enrique de Arfe durante los años 1517-1528, tiene doscientas pequeñas estatuas, ciento cuarenta y ocho kilos de plata y catorce de oro. La de Barcelona, con más de tres mil piedras finas y un peso total de doscientos sesenta kilos, labrada, según se cree, en 1408.» Gubianas, o. c., p. 253.

111. LAS VINAJERAS, como hoy se usan, de cristal o metal, y que sirven para llevar al altar el vino y agua necesarios para la Misa, vinieron a reemplazar a las antiguas ánforas o grandes cálices donde se depositaba el vino ofrecido por los fieles, y de donde se trasegaba después al cáliz más pequeño «ministerial» la cantidad que se necesitaba para la Misa del día.

112. ¿Cuál es, después de las Sagradas Escrituras, el libro más santo?

El Misal: y por eso es el mejor devocionario, así como la Misa es la mejor de las devociones. Cfr. Gomá. El valor educativo de la Liturgia Católica, 2.a parte, 3.a sec., c. 2, pág. 351.

Misales manuales para uso de los fieles existen, entre otros, los siguientes:

F. T. D.: Misal cotidiano.

F. T. D.: Misal breve. Con las misas de los domingos y fiestas principales.

F. T. D.: Misalito romano. Para niños.

Gubianas: Misal de los Fieles.

Lefebvre (Trad. Prado): Misal diario y vespéral.

Lefebvre-Prado: Misal diario popular.

Lefebvre (Trad. López Jáuregui): Misal breve diario. Adaptado para niños.

Molina: Misal completo.

Molina: Misalito litúrgico. Para niños.

Sánchez Euiz: Misal completo latino-español.

Rambla: Misal romano.

Pérez de Urbel-Díez: Misal con Devocionario y Ritual.

113. ¿Qué es el Misal?

Es el libro litúrgico por excelencia, donde se contienen las misas de todos los días del año con las rúbricas y los ritos o ceremonias que acompañan la celebración del Santo Sacrificio.

114. En la primera Misa del mundo, el día del Jueves Santo, usó N. S. Jesucristo algún libro?

Ningún libro usó entonces; ni tampoco parece que después los Apóstoles, por lo menos al principio, usaron ningún otro libro más que la Biblia.

115. ¿Cómo se llamó el primer núcleo de oraciones y fórmulas usadas en el Santo Sacrificio?

Se llamó «Oración Eucarística», y estaba compuesta, fundamental y substancialmente, de las palabras que pronunció Jesucristo en la Cena Eucarística, y de los actos que entonces realizó: 1, Consagraciones (del pan y del vino); 2, Fracción del Pan, y 3, Distribución o Comunión.

En torno a las palabras y actos de Jesucristo, con el tiempo, se fueron entretejiendo oraciones verdaderamente eucarísticas o de acción de gracias, que parece que eran más o menos improvisadas por el celebrante.

Si a esta oración eucarística, en su parte substancial, verdadero canon ya fijo e inmutable, añadimos — como después se añadieron —, algunos formularios independientes entre sí, como dípticos, preces litánicas, bendición, etc., tendremos el misal primitivo y más sencillo de los cuatro primeros siglos. Cfr. Bojo del Pozo: La Misa y su Liturgia, c. 35.

116. Para conocer la historia de la composición del misal, ¿qué hay que tener presente?

Hay que tener presente que en la antigüedad: 1, por regla general todas las misas eran solemnes y cantadas, y al intervenir en su celebración además del celebrante otros ministros, como el diácono, subdiácono y los cantores, cada uno de estos tenía su libro correspondiente: el celebrante tenía el Sacramentario, que era propiamente el misal de aquellos tiempos, ya que contenía todo lo que debía decir el obispo o sacerdote celebrante; el diácono tenía el Evangelionario; el subdiácono, el Epistolario, y los cantores, el Gradual o Antifonario; y 2, que el celebrante no leía nada de lo que los demás ministros o el coro leían o cantaban.

117. ¿Cuál de estos libros influyó más en la composición del misal?

Naturalmente, los que más influyeron y los que pueden llamarse verdaderas fuentes del misal son los Sacramentarios.

118. ¿Qué contenían los Sacramentarios?

Los Sacramentarios — así llamados porque estaban destinados a la confección de los sacramentos y especialmente el de la Eucaristía — contenían: 1, las oraciones (colectas, secretas, postcomuniones); 2, los prefacios (muchos más que el actual misal); 3, el CANON de la Misa, ya entonces fijo y completo, y 4, los ritos para la administración de los demás sacramentos íntimamente relacionados con la Misa.

«La fórmula del bautismo y de la confirmación se hallaba formando parte de la vigilia de Pascua de Resurrección; la de la absolución formaba parte de los ritos para la reconciliación de los pecadores el Jueves Santo; las preces de la extrema Unción seguían a la absolución de los enfermos ad succurrendum, antes de la Misa y del Viático (reconciliatio paenitentis ad mortem): los Ordenes se hallaban compenetrados con las ceremonias de la Estación que se tenía por la noche en San Pedro, el sábado de las Cuatro Témperas, y la bendición nupcial formaba parte de la Misa votiva pro sponsis». Ferreres: o. c., n. 24.

119. ¿Cuáles son los principales Sacramentarios?

Son estos tres: el LEONIANO, el GELASIANO y el GREGORIANO.

EL LEONIANO fue coleccionado en tiempos de S. León I (440-461), y muchas de sus oraciones han pasado al misal romano actual y algunas al mismo ordinario de la Misa: como el «Aufer a nobis», «Detis qui humanae substantiae», que perteneció a la Misa primera de Navidad, el «Quod ore sumpsimus».

EL GELASIANO, que parece de principios del siglo V, y es atribuido al Papa S. Gelasio: por ser el más metódico y completo, y porque sus fórmulas pasaron en gran parte al Sacramentario Gregoriano, y de éste al misal romano, es llamado por Cabrol «el documento más importante de la Liturgia romana».

EL GREGORIANO, obra de S. Gregorio Magno (590-604), que pasó a formar nuestro misal, aunque con múltiples adiciones, que le hicieron cada nación e iglesias en particular, adiciones que, entonces, de ninguna manera estaban prohibidas.

120. Necesitándose entonces tantos libros para poder decir Misa, ¿que sucedió cuando comenzaron a generalizarse las misas rezadas?

Al multiplicarse las Misas rezadas, antes muy raras, y en la Edad Media ya muy frecuentes, sobre todo desde el siglo XIII, con la fundación de las Ordenes Mendicantes, hubo necesidad de simplificar las ceremonias, de reducir los ministros y, sobre todo, de reunir, para mayor comodidad del celebrante, todos aquellos libros en un solo volumen pleno y completo: así nacieron primero, hacia el siglo VII, los misales votivos — missale parvum o charta missalis—, que contenían algunas misas votivas completas o casi completas; y desde el siglo XI, lenta y gradualmente, fueron apareciendo, por fin, los misales plenarios y completos.

121. ¿Cuáles eran las principales características de estos misales?

En CUANTO AL DOMINICAL O TEMPORAL —misas de dominicas y de ferias—, venía a ocupar la mayor parte del misal, pues las misas que entonces se celebraban eran casi todas de dominica o de feria, al arbitrio del celebrante, que las escogía de un COMUN. Ferreres: o. c-, nn. 739 y sig. 2. En cambio, EL SANTORAL o PROPIO DE SANTOS tenía muy poca extensión, de tal manera que en los primeros siglos sólo se celebraban fiestas de los mártires (Cf. n. 218, b), y solamente más tarde comenzaron a celebrarse las de los Confesores, entre los que ocupó uno de los primeros lugares el popularísimo S. Martín de Tours.

El Santoral, principalmente desde el siglo XII, en que Alejandro III (1150-1181) consideró como derecho exclusivo de la Santa Sede la canonización, e introdujo en el misal muchas misas de santos de diversas naciones, va tomando un carácter más universal e invadiendo de tal manera el mismo dominical que, contra esta tendencia, han tenido que luchar siempre todas las reformas del misal — y paralelamente las del Breviario — desde S. Pío V hasta Pío X.

Hasta Alejandro III, los Obispos hacían la canonización para sus diócesis — *elevatio ossium* — y los Concilios para circunscripciones más extensas; es cierto que no precedían a la canonización las largas y minuciosas informaciones que ahora se estilan, pero todas aquellas canonizaciones tenían lugar bajo el testimonio unánime y digno de fe de la voz popular — *fama sanctitatis et miraculorum*.

Las fiestas de los Santos tienen su origen en la celebración de los días natales, o aniversarios de los mártires, cerca de las tumbas, donde reposaban sus restos.

Advertimos, sobre todo, una gran variedad de Misas y aun de ritos en cada misal, pues los obispos y monasterios tenían derecho a introducir fiestas y ritos especiales para sus respectivas jurisdicciones; fiestas que muchas veces fueron adoptadas por el Papa y prescritas a toda la Iglesia, como la Conmemoración de los Fieles Difuntos, las fiestas de la SS. Trinidad, Transfiguración del Señor, Inmaculada, Santa Ana., San José, etc. Cfr. Ferreres: o. c., n. 1229.

122. La unificación de todos estos misales en uno solo, como el que ahora usamos nosotros, ¿cuándo se llevó a cabo?

Se llevó a cabo en el año 1570, cuando el Papa San Pío V, atendiendo a los deseos del Concilio Tridentino, que pedía urgente reforma en punto tan importante para la unidad de la Iglesia, publicó el MISAL ROMANO como obligatorio para toda la Iglesia latina, aunque dejando subsistentes los misales que ya en esta fecha tuvieran por lo menos doscientos años — como el de los dominicos, el de los carmelitas y otros—, y respetando también los ritos mozárabe y ambrosiano, que se reducen, el mozárabe a una capilla de la catedral de Toledo, y el ambrosiano a algunas parroquias de las diócesis de Milán, Bérgamo, Novara...

El misal que sirvió como tipo y fundamento para esta reforma fue el llamado «Misal de Curia», o sea el usado en la Curia Romana o capilla Papal; así se explica por qué el misal actual tiene tantos Santos y festividades de la ciudad de Boma, y el Canon recuerda Santos, en su mayor parte romanos o que, por lo menos, tenían iglesia propia en Roma. Cf. n. 218 (b).

123. ¿Cómo están distribuidas las misas en el Misal Romano?

Están distribuidas en tres grandes grupos:

1. CICLO TEMPORAL, o Misas del Propio del Tiempo: es decir, las misas de las dominicas, ferias y vigiliias desde el Adviento hasta el domingo XXIV después de Pentecostés.

2. CICLO SANTORAL o misas propias de los Santos, con su Común de las Vírgenes, Apóstoles, Mártires, Confesores, etc.

EL COMUN DE LOS SANTOS o conjunto de Misas para las fiestas que no tienen fórmulas litúrgicas propias, debe su origen a algunas fiestas particulares: las Misas de los Apóstoles Pedro y Pablo, la de S. Lorenzo, la de S. Martín, la de Sta. Cecilia, etc., comenzaron a utilizarse en las fiestas de la misma categoría, apóstoles, mártires, confesores, vírgenes... El Misal actual contiene doce Misas comunes.

MISAS VOTIVAS y oraciones diversas, que puede decir el sacerdote con las Misas de difuntos y las propias de algunos lugares.

EL ORDINARIO DE LA MISA, o sea la parte más sagrada del misal, se encuentra hacia el centro del misal, en medio del Ciclo Temporal, entre el Sábado Santo y el día de Pascua, sin duda para mayor comodidad del celebrante y mejor conservación del libro.

Como APENDICE suele traer las misas propias de algún reino o nación y también las de alguna Orden religiosa.

En fin, como INTRODUCCION se hallan las Constituciones de algunos Papas que lo han reformado, el Calendario de la Iglesia Universal, las rúbricas del misal, sus ceremonias, los defectos que pueden ocurrir en su celebración, y la Preparación y Acción de Oracias.

Tiempo que se emplea en celebrar la Misa.

¿Cuál es la Misa más breve? La de Difuntos, que sabemos que tiene 15.702 letras.

Ahora bien: una curiosa experiencia nos prueba que en quince minutos no pueden leerse más de: 10.374 letras con una lectura atenta y devota.

12.959 » » » regular y correcta.

14.959 » » » apresurada e incorrecta.

La consecuencia inmediata que de esto se desprende es: que para decir una Misa de Difuntos de modo apresurado e incorrecto se necesitan algo más de quince minutos, exactamente 15' 44" ; para decirla regular y correctamente, se necesitan 18' 10", y para decirla devota y atentamente, 22' 42".

Pero adviértase que no contamos las interrupciones y pausas, que son más de treinta; y que son más de cien las palabras que tienen que pronunciarse en correspondencia con las acciones.

Luego se puede decir (prescindiendo de ciertas pronunciaciones excepcionalmente rápidas, y a pesar de eso correctas) que, por lo regular, la duración de la misa tendrá que acercarse a los veinticinco minutos.

LECTURAS

124. EL SIMBOLISMO DE NUESTRA LITURGIA.

1. LA MANO. ¡Cuántos sentimientos se pueden expresar con la mano! Basta observar a dos hombres que hablan: la mano repentinamente levantada, un movimiento casi imperceptible, un mudo gesto, dice más que la palabra más clara. Pues bien, si el espíritu se manifiesta en la postura y el movimiento de las manos, al hablar dos hombres entre sí, ¡cuánto más ha de manifestarse cuando el hombre habla con Dios! Por lo tanto, es un error lo que muchos creen: que no importa el juntar las manos para orar, o tenerlas en el bolsillo, porque lo principal es el espíritu.

¿Cómo no ha de importar?

a) El que habla con Dios en una oración silenciosa, tranquila, humilde, ¿cómo tiene las manos? Las tiene juntas. ¿Por qué? Porque con esto expresa respeto, suplica y confianza. No parece sino que juntamos las manos para ponernos en las manos de Dios:

«¡Señor, sois nuestro Padre!»

Mira a un niño de tres o cuatro años de edad al pedir algo a su madre: «¡Mamaíta, dámelo!». ¿No tiene las manos juntas, aunque nadie se lo haya enseñado?

b) El devoto que en el momento santo del rezo queda completamente absorto en Dios, ¿cómo tiene las manos? Las tiene cruzadas y apretadas contra su pecho. Como si quisiera guardar, con una especie de temor, la santa y preciosa fuerza que inunda su alma, para que nada se pierda, sino que pase de una mano a la otra y así vuelva de nuevo a su pecho... ¿No es natural este gesto?

c) La oración tiene también sus momentos de éxtasis. Momentos en que no parece sino que un órgano entona el Te Déum en nuestro interior y el alma está radiante de alegría. ¿Cómo rezamos en estos momentos? Como el sacerdote, cuando canta el texto magnífico del «Prefacio», exaltando a Dios: con los brazos extendidos y las manos completamente abiertas, para que sean como antenas de una emisora de radio, y envíen nuestra gratitud hacia Dios.

Pero vienen los momentos de las tentaciones vehementes o de las grandes desgracias, en que necesitamos de un modo perentorio la gracia de DIOS. En estos trances rezamos con los brazos en alto, para que sean como antenas de una receptora que recojan la corriente amplia de la ayuda divina.

¿Verdad que es natural esta postura? ¡Con tal que no haya nada de teatral! ¡Con tal que no sea todo un gesto vacío! ¡Con tal que vibre nuestro espíritu detrás de las formas exteriores!

d) Cosa grande y santa: el santiguarnos.

¡Ah! El que sabe lo que significa la cruz, no se santigua como avergonzado, aprisa y a hurtadillas. Hay algunos que al llegar a la iglesia, dan como un pasito corto y se tocan el pecho con las puntas de los dedos. ¿Qué quieren hacer? ¿Arrodillarse y santiguarse? ¿Este gesto raquítico, este movimiento apenas esbozado, esto es «santiguarse»? No. La señal de la cruz se hace bien, despacio, con dignidad. Y mientras llevo la mano de la frente al pecho, y de un hombro al otro, me parece sentir cómo se extiende sobre mí y me ampara por completo la santa cruz del Redentor, y toma posesión de mi entendimiento, de mi corazón, de mis actos. Cristo me redimió en la cruz y me santifica con su cruz. Me santiguo antes de la oración, para que durante el rezo sean suyos todos mis pensamientos. Me santiguo después de la oración, para que Cristo se quede conmigo. Me santiguo en el peligro, para que me salve. Me santiguo en la tentación para no caer. Y trazo la señal de la cruz para bendecir a otro, para que lo bendiga N. S. Jesucristo. Pero la señal de la cruz ha de trazarse bien, despacio, con conciencia, con devoción.

2. LA GENUFLEXION. Con el mismo espíritu hemos de hacer la genuflexión. Es otro símbolo. El orgulloso yergue la cabeza y enarca el pecho: «¡No soy como tú!». Pero el que siente que está en la presencia de un señor más poderoso que él, inclina la cabeza, tanto más profundamente, cuanto más distinguido es el señor con quien trata. Y ¿si ese señor es Dios? Entonces llega al extremo de doblar la rodilla en el suelo. ¿No es natural?

Cuando la conciencia de nuestra pequeñez se apodera de nosotros en el augusto acatamiento de Dios, y queremos humillarnos, entonces nos arrodillamos. ¿Hay cosa más noble y bella que un hombre de alma pura, hincado de rodillas ante Dios?...

Pero en este punto quiero llamar la atención sobre el modo de arrodillarnos. No hincamos la rodilla, a no ser ante Dios, y la augusta majestad de Dios reclama que ante El hincemos la rodilla de verdad y no nos contentemos con una apariencia de genuflexión. No hemos de arrodillarnos con precipitación, corriendo. Hemos de hacerlo con verdadero espíritu. Si salgo de la iglesia o si entro en ella, volviéndome hacia el Santísimo Sacramento, doblaré la rodilla despacio, con respeto, profundamente hasta el suelo, y al mismo tiempo se rendirá también mi alma, mi corazón: «Dios mío todopoderoso...».

Sí; esta es la genuflexión verdadera, vivificadora.

3. EL PONERSE EN PIE. Hay todavía otra manera de rendir homenaje. Lo contrario de la genuflexión: el ponerse en pie.

Estás sentado en tu escritorio. Llamen. «Adelante». Entra un señor distinguido. ¿Qué haces tú entonces? Te levantas sin demora.

Y estás de pie ante el rey o ante el tribunal. Estás de pie, porque el sentarse en estos casos es falta de respeto, es una desatención, que no se consiente. Estoy de pie; es decir: espero como el siervo fiel; estoy preparado como el soldado valiente. Al leerse el Evangelio en la Misa, nos levantamos por respeto.

Cuando los padrinos hacen la promesa bautismal por su pequeño ahijado, cuando los niños de primera comunión renuevan las promesas del bautismo, cuando los novios se prometen fidelidad eterna delante del altar, todos están de pie... y es muy natural, prometen una cosa ruda, seria; han de estar preparados para la lucha.

4. EL ALTAR. Es un vocablo que oímos con frecuencia, un vocablo que no suscita pensamientos: «altar, altar». Y, sin embargo, el espíritu creador del hombre no puede presentar una obra, que muestre de un lado más sublime nuestra naturaleza, que el hecho, al parecer insignificante, de levantar altares. El hombre levanta rascacielos de cincuenta y ocho pisos, y con ello demuestra que es dueño de la arquitectura. Levanta estaciones de radios con inmensas antenas, y con ello demuestra que es dueño de la electricidad. Levanta chimeneas de fábricas, construye campos de aviación, estaciones ferroviarias, y con ello demuestra que no hay ser superior a él en esta tierra... Pero levanta también altares, ante los cuales dobla las rodillas y se postra en el polvo, y con ello demuestra que hay alguien por encima de él: el Dios lleno de majestad. Ofrece sacrificios a Dios en el templo de piedra, sobre el altar de piedra; pero sabe que esto no basta, porque Dios exige además otro sacrificio: un sacrificio que se ofrece en el templo vivo del ser humano, en el altar vivo del corazón. Este sacrificio, es una vida según la voluntad de Dios.

5. LOS GOLPES DE PECHO. Empieza la santa Misa. El sacerdote no se atreve todavía a subir al altar. Antes, reza delante de las gradas. Hace la confesión de sus pecados. «Confíteor Deo omnipotenti...» «Confieso al Dios todopoderoso...» «Mea culpa... Por mi culpa...», dice tres veces, dándose al mismo tiempo tres golpes de pecho. Y siempre que la conciencia del pecado se apodera de nosotros, siempre que preparándonos para la confesión, nos movemos a

arrepentimiento; siempre que en el confesonario repetimos: «Me arrepiento de todo corazón...», o decimos en la letanía: «Cordero de Dios que quitas los pecados del mundo», o recordamos nuestra calidad de pecadores cuando vemos la Hostia santa, momentos antes de la comunión, y decimos: «Señor, no soy digno...», nos damos golpes de pecho. ¡Hermoso símbolo! Llamamos... ¿Cuándo solemos llamar a la puerta? Cuando alguno duerme y hay que despertarlo. ¿A quién queremos despertar allá dentro en nuestro interior? A nuestra alma soñolienta y soñadora, que tranquilamente agoniza... ¡Cuidado! ¡Despiértate! ¡Medita! No te duermas en la muerte del pecado. ¿No es natural este simbolismo?

6. LA LUZ. Y ahí están las velas, las lámparas, el fuego, la luz, la llama; símbolos de los más sugestivos en la liturgia. ¡Velas encendidas en el altar del sacrificio! ¡Lámpara delante del Santísimo Sacramento! ¡Un cirio en el bautismo! ¡Otro cirio en la primera comunión! ¡Otro a la cabecera del moribundo! ¡Velas encendidas en el entierro...!

Pero este culto de la luz, ¿no brota de lo más profundo de la naturaleza humana? Una noche de tardío otoño... Estamos sentados en un cuarto oscuro... El ambiente es tan frío, tan adusto... Encendemos el fuego en la chimenea... cruje la leña seca..., danzan las lenguas de fuego, y todo el cuarto se transforma, un ambiente de intimidad lo envuelve.

¡El fuego! ¡La claridad! ¡La luz! ¡La llama! El símbolo más hermoso de la vida es la llama: caliente, alumbra y con llamarada intranquila sube de continuo hacia arriba. Sopla una leve brisa y marca su propia dirección a la llama. Juega con ella a su antojo. ¿Se la lleva también consigo? ¡Ah, no! De esto no es capaz.

La llama, después de una inclinación momentánea, vuelve al núcleo del fuego, y al volver la calma, se dirige otra vez a las alturas... ¿No véis en esta llama nuestro propio espíritu? Los soplos de la tentación la desvían de tiempo en tiempo, pero ella no puede separarse definitivamente de Dios, y después de vacilar algún tiempo, su llamarada anhela otra vez las alturas santas.

La lámpara que arde en el tabernáculo, la veja encendida en el altar, son tu símbolo. Arden y despiden luz, pero entre tanto se menguan, y llegan a consumirse por completo...

—¡Ah! — me dices—, ¿qué sabe de esto la pobre lamparilla? No tiene alma. Tienes razón. Pues infúndescla tú. ¡Lléna de alma! Por esto la enciende nuestra Madre la Iglesia. La lámpara nada es en sí, si no hay en ella un alma humana: un alma que dice: «Señor, te amo tanto que ardo por Ti. Señor, toda mi vida está tan cerca de tus mandamientos, como está de Ti esta lamparilla, que de día y de noche arde delante del labernáculo. ¡Señor, soy yo quien ardo aquí delante de Ti!».

¡Cuánto calor, cuánta suavidad, cuánta poesía, qué fino sentimiento hay en nuestras simbólicas ceremonias! Son bellas, son amables, son útiles... Con tal que en ellas haya un espíritu vivo, una vida fervorosa. Tihamer Toth: Los Diez Mandamientos, t. I, pp. 277-284.

Sobre este mismo punto puede verse a Cabrol: La Oración de la Iglesia, c. 8: De la disposición del cuerpo durante la oración, y las acciones litúrgicas; y el c. 24: Los elementos santificados: agua, sal, ceniza, fuego y luz; el incienso y las campanas en la liturgia; a Gomá: El valor educativo de la Liturgia Católica: 2.a parte. I sec., c. 4; Elementos propiamente litúrgicos: Diez Gut., o. c., c. II: El Incienso.

CAPITULO V ORIGENES DE LA MISA

Números 125-142

«Haced esto en memoria mía»

A. MISA PRIMITIVA:

Reuniones de los primeros Cristianos.

Siglos I – III.

125. Después de Pentecostés, ¿cuántas clases de asambleas o reuniones observamos en los primeros cristianos?

Observamos dos clases de reuniones: unas sin Fracción del Pan o sin Eucaristía, dedicadas propiamente a la instrucción y a la oración; y otras con Fracción del Pan o Eucaristía, consagradas a conmemorar la Cena del Señor.

Acerca de las primeras reuniones véase, por ejemplo: Col. 3, 16; Kfes. 5, 19; 1 Tim, 2, 1 sig. ; 4, 13, etc.

De las segundas copiaremos en seguida algunos testimonios.

126. ¿Cuál era el origen de las primeras reuniones?

Procedían de las asambleas de las sinagogas judías.

LAS SINAGOGAS — literalmente reuniones — eran edificios, en general muy sencillos, situados en lugares elevados, o en valles bien regados por ríos o fuentes para las múltiples purificaciones de los judíos. Dentro, en el fondo de la sala, había una especie de armario, cubierto con un velo o cortina: aquello era el tabernáculo o santuario, el arca o «tebah», donde religiosamente se guardaban los libros sagrados.

Hacia el centro se levantaba una plataforma, donde estaba el pupitre para el lector y donde el rabino o doctor de la Ley, rodeado de los miembros más respetables de la asamblea, hacía sus explicaciones, desenrollando, a medida que iba leyendo, las largas hojas de pergamino que, enrolladas en un bastón de marfil o de madera, constituían los libros de entonces.

Los fieles, los hombres a un lado y las mujeres al otro, se situaban frente a esta tribuna.

No había, en fin, altar ni ornato alguno: sólo ardía una lámpara como en nuestras iglesias, se veía algún cepillo para las limosnas y alguna que otra alhacena para guardar las trompetas y demás objetos litúrgicos.

127. ¿Qué actos se tenían en las sinagogas?

A la sinagoga acudían los judíos, sobre todo los sábados, para asistir a estos tres actos:

1. Oración. 2. Lecturas: una tomada de la LEY, y otra, de los PROFETAS. 3. Interpretación edificante y moral de lo leído por el escriba o doctor.

Entre una y otra lectura se cantaban Salmos.

Recuérdese la estancia de Jesús en la sinagoga de Nazaret: en aquella ocasión N. S. Jesucristo se levantó para hacer la segunda lectura, la de los PROFETAS, quizá por propia iniciativa o, tal vez, invitado por el jefe de la sinagoga. S. Lc. IV, 14.

128. ¿Los judíos cristianos seguían acudiendo al Templo y a los oficios de la sinagoga?

Al principio seguían acudiendo, pues ningún inconveniente podían ofrecer para ellos esas reuniones, y más bien brindaban a los Apóstoles y discípulos de Jesús ocasión muy oportuna de exponer el Evangelio a sus connacionales. Cfr. Act. Ap. XIII, 14-16.

129. ¿Pero qué innovación introdujeron muy pronto los cristianos en sus asambleas?

A las lecturas del Antiguo Testamento fueron añadiendo otras del Nuevo, como las Cartas de San Pablo, los Hechos de los Apóstoles y los Evangelios.

130. ¿Con qué nombre se designaron estas reuniones?

Se llamaron «VIGILIAS», porque tenían lugar por la noche, y la noche solían dividirla los romanos en cuatro vigiliias o espacios de tiempo de unas tres horas cada uno.

De éstas y de las siguientes reuniones ya nos habla Plinio — entre los años 111-113 — en la famosa carta que dirigió a Trajano sobre los cristianos. Plinio: Epist, lib. 10, ep. 96. Kirch. 24.

131. ¿Cómo celebraban la segunda clase de reuniones, o sea, las consagradas a conmemorar la Cena del Señor?

Como Jesús había instituido la Eucaristía en un banquete o comida, en el banquete del Cordero Pascual, ellos comenzaron a hacer lo mismo: de este modo se originaron las que pudieran llamarse «MISAS-AGAPES».

132. ¿Qué eran los ágapes?

Los ágapes (del griego amar) eran los convites de amor de los primeros cristianos y que ordinariamente solían preceder a la Fracción del Pan.

«En nuestras comidas, decía Tertuliano, nada haya vil, o inmodesto. Nadie se eche en su lecho o triclinio sin haber comenzado orando a Dios; no comamos más que lo preciso para apagar el hambre; no bebamos más que lo suficiente a hombres modestos. Se come sin olvidar que Dios nos escucha. Después que se han lavado las manos y se han encendido las antorchas, se invita a cada uno a cantar en medio de la asamblea las alabanzas del Señor, recurriendo a las Santas Escrituras, o al propio impulso. Por ahí se conoce si ha guardado templanza en la bebida. Con la oración se termina igualmente la comida.» Apol. 31.

133. ¿De estas «Misas-Agapes», se conservan en los Libros Sagrados algunas descripciones?

Podemos citar estas tres, pertenecientes al primer siglo del Cristianismo y que se refieren a diversos puntos del mundo: JERUSALEN, TROADE (Asia Menor) y CORINTO.

EN JERUSALEN, nos dicen los Hechos Apost. II, 46, que los creyentes asistían cada día largos ratos al Templo, unidos con un mismo espíritu, y PARTIENDO EL PAN POR LAS GASAS DE LOS PIELLES, TOMABAN EL ALIMENTO CON ALEGRIA Y SENCILLEZ DE CORAZON.

EN TROADE: Como el primer día de la semana — ya el domingo, el día de la Misa — nos hubiésemos congregado para partir y comer el Pan, Pablo que había de marchar al día siguiente, conferenciaba con los oyentes y alargó la plática hasta la media noche.

Es de advertir que, en el cenáculo donde estábamos congregados, había gran abundancia de luces — ya la luz litúrgica —; y sucedió que, a un mancebo llamado Eutico, estando sentado sobre una ventana, le sobrecogió un sueño muy pesado, mientras proseguía Pablo su largo discurso; y vencido al fin del sueño, cayó desde el tercer piso de la casa abajo, y le levantaron muerto. Pero habiendo bajado Pablo, echóse sobre él, y abrazándole dijo: «No os asustéis, pues está vivo...» Y subiendo luego otra vez, PARTIO EL PAN, y habiendo comido y platicado con ellos hasta el amanecer, después se marchó. Hechos Apost., XX. 7-11.

EN CORINTO: «Primeramente oigo — escribe S. Pablo a los fieles de Corinto — que al juntaros en la iglesia, hay entre vosotros parcialidades o desuniones. Y en parte lo creo... Ahora, pues, cuando os juntáis para los ágapes, ya no es para celebrar la Cena del Señor. Porque cada uno come allí lo que ha llevado para cenar, sin atender a los demás. Y así, sucede que los unos no tienen nada que comer, mientras los otros comen con exceso. ¿No tenéis vuestras casas para comer y beber? ¿o venís a profanar la iglesia de Dios, y avergonzar a los que no tienen nada? ¿Qué os diré sobre eso? ¿Os alabaré? En eso no puedo alabaros.

Porque yo aprendí del Señor lo que también os tengo enseñado, y es que el Señor Jesús, la noche misma en que había de ser entregado, tomó el pan, y dando gracias, lo partió, y dijo a sus discípulos: «TOMAD Y COMED: ESTE ES MI CUERPO, que por vosotros será entregado: HACED ESTO EN MEMORIA MIA». Y de la misma manera el cáliz, después de haber cenado, diciendo: «Este cáliz es el Nuevo Testamento en mi sangre; haced esto cuantas veces lo bebiereis en nombre mío... Por lo cual, hermanos míos, cuando os reunís para esas comidas, esperaos unos a otros». Si alguno tiene hambre — y no puede esperar la cena frugal del ágape —, coma en casa, a fin de que el juntaros no sea para condenación vuestra». 1 Cor. XI, 18-34.

134. ¿Qué observamos en esta última descripción, la más completa que conservamos de las «Misas-Agapes»?

Observamos que el apóstol San Pablo reprende los abusos a que ya entonces — hacia el año 56— daban lugar estas reuniones; abusos que se dieron no sólo en Corinto, sino también en otras partes y que obligaron, ya en el primer siglo, a separar el ágape de la misa, y, más tarde, a fines del siglo IV, a suprimirlo del todo. Concilio de Teodicea (entre 341 y 381), c. 27. Kirch, n. 470;

Tercer Concilio de Cartago (391), c. 301. Como saludable reacción contra los abusos de los ágapes, prescribióse entonces el ayuno eucarístico, que permanece en vigor hasta nuestros días.

Del ayuno eucarístico ya nos habla la Tradición Apostólica, de Hipólito, compuesta hacia el 218, en estos términos: «Todo fiel debe vigilar atentamente para no tomar nada antes de recibir la Eucaristía. Porque cuando los fieles la reciben, aunque se le ofreciera a uno un veneno mortal, no podría causarles ningún efecto». C. 28.

135. ¿Qué sucedió al cabo de algún tiempo con estas dos clases de reuniones?

Que naturalmente terminaron por juntarse y formar una sola reunión litúrgica.

«Estos dos ritos, están bien hechos el uno para el otro, debían encontrarse y unirse. Era muy natural que, después de la reunión en que se habían cantando salmos, leído la ley, los profetas, los Apóstoles y el Evangelio y se había predicado al pueblo, se tuviese la idea de celebrar la Eucaristía. No había preparación más conveniente. Desde el siglo II, por lo menos, esta adaptación está hecha, y llega a ser universal en una época en que todavía no existían las diferencias entre las diversas familias litúrgicas.» Cabrol: *Les Origines Liturgiques*, IV: La Messe, pág. 137.

136. ¿Dónde vemos ya juntas ambas reuniones?

En la célebre descripción, que nos dejó de la Misa de su tiempo, el gran apologista y mártir del siglo II, San Justino— murió entre 163 y 167—. En ella y ya diecinueve siglos de distancia de nosotros!, reconocemos los rasgos característicos de nuestra Misa: el orden ha permanecido esencialmente el mismo.

1. El día del sol — es decir, el domingo; ¡ya es el día de la misa! — todos los que viven en las ciudades o en los campos, se reúnen en un mismo sitio:

2. Y cuando lo permite el tiempo, se leen las Memorias de los Apóstoles y los escritos de los Profetas (LECTURA DE LA SAGRADA ESCRITURA: EPISTOLAS Y EVANGELIOS).

3. Después, cuando ha cesado el lector, el presidente — el Obispo — toma la palabra para hacer una exhortación e invita a seguir tan hermosos ejemplos (PREDICACION: HOMILIA).

4. Luego, todos nos levantamos a un tiempo y recitamos oraciones por nosotros mismos... y por todos los otros de todas partes del mundo. (ORACIONES DEL VIERNES SANTO.)

5. Después que terminamos de rezar, nos saludamos mutuamente con el ósculo de paz. (Hoy EL OSCULO DE PAZ se da inmediatamente antes de la comunión: en otras liturgias, como se ve aquí, en S. Justino, y en las Constituciones de los Apost. — siglo V —, precedía a la Ofrenda u Ofertorio, según el mandato del Señor: San Mateo, V, 23-24.) V. 48.

6. Luego se lleva al que preside a los hermanos, pan y una copa con agua y vino, y éste, cogiéndola, da rienda suelta a la alabanza y gloria al Padre de todos, en nombre del Hijo y del

Espíritu Santo, y prosigue con prolongada eucaristía, o acción de gracias, por los dones recibidos de Aquél. Después que las oraciones y la eucaristía han terminado, todo el pueblo responde por aclamación: AMEN. (PLEGARIA EUCARISTICA: PREFACIO Y CANON.) Cfr. n. 212 y 230.

7. Entonces, los que entre nosotros se llaman diáconos — propios ayudantes—, reparten el pan, el vino y el agua con los que se ha dado gracias, los reparten entre los asistentes y lo llevan a los ausentes (COMUNION BAJO AMBAS ESPECIES). V. n. 45.

8. Los que viven en la abundancia y quieren hacer limosnas, dan cada uno lo que puede; lo recolectado se envía al presidente — Obispo—, quien los distribuye entre los huérfanos, las viudas, los enfermos, los necesitados, los prisioneros y los huéspedes extranjeros. (COLECTA, DERECHOS DEL CULTO, LIMOSNAS.) Cfr. 193.

9. Nos reunimos en el día del sol, porque es el primer día en el cual Dios, sacando la materia de las Tinieblas, creó el mundo, y en este mismo día, Jesucristo, nuestro Salvador, resucitó de entre los muertos (EL DOMINGO, EL DIA DEL SEÑOR, sustituyendo al sábado judío).

Este alimento se llama entre nosotros Eucaristía, del que nadie puede participar, si no tiene por verdaderas nuestras doctrinas y recibido el baño para el perdón de los pecados y para un nuevo nacimiento y vive como Cristo ha enseñado; pues no recibimos esto como pan ordinario y vino común, sino que sabemos que el alimento consagrado en la acción de gracias, es la carne y sangre de Aquel encarnado. Porque los Apóstoles en sus comentarios, que se llaman Evangelios, enseñan que así se lo encargó Jesús... S. JUSTINO: Primera Apología, dirigida al emperador Antonio Pío (138-161). Kirch, nn. 42, 44.

137. ¿De dónde salió, pues, nuestra misa actual?

De la combinación de las dos clases de reuniones, que celebraban los primeros cristianos: de las vigili­as cristianas o antiguas asambleas de la sinagoga judía, prontamente remozadas y cristianizadas por el catolicismo naciente; y de las reuniones eucarísticas o reproducciones conmemorativas de la Cena del Señor.

138. ¿Cómo se llamó la parte de la misa formada con los elementos de las vigili­as cristianas?

Se llamó «ANTE-MISA» y también «MISA DE LOS CATECUMENOS», abarcando, en líneas generales, los mismos actos que las vigili­as; es decir, 1, Oración (Preces al pie del altar, cantos, etc.); 2, Lecturas (dos, Epístola y Evangelio; y hasta el siglo VII, antes se leía la Profecía, o lectura del A. Testamento, como todavía se hace en ciertas Misas: miércoles de Tém­poras, miércoles tercero de Cuaresma, etc.), y 3, Predicación u Homilía.

139. ¿Por qué se llamó a esta parte «ante-misa»?

Se llamó «ante-Misa», porque se encuentra antes de la Misa, o sacrificio propiamente dicho, que comienza con el Ofertorio, y porque viene a ser la mejor preparación y el vestíbulo más digno del grandioso templo donde van a celebrarse los divinos misterios.

140. ¿Y por qué fué llamada «misa de los catecúmenos»?

Porque a esta parte de la Misa, podían asistir los catecúmenos, penitentes públicos y, aun a veces, los mismos gentiles pero al terminarse la homilía y al decir en voz alta el diácono: *Recedant catechumeni*, retírense los catecúmenos, salían todos éstos o se retiraban al atrio del templo.

EL CATECUMENADO, la gran institución de la Iglesia para la preparación o iniciación de los aspirantes al bautismo — que en su mayoría eran adultos —, comprendía escrutinios o exámenes sobre la vida de los conversos, exorcismo, unciones, signaciones y sobre todo CATEQUESIS (del griego, hacer resonar al oído, instruir de viva voz) se desarrolla durante los tres primeros siglos, alcanza su plena madurez en el siglo IV con la paz concedida a la Iglesia por Constantino y termina hacia el siglo VI, por la práctica, ya general, de administrar el bautismo a los niños — pues antes era frecuente retardar este sacramento hasta la edad adulta —, y también por razón de la modificación de la penitencia pública.

Los ritos principales del catecumenado persisten, sin embargo, en nuestro bautismo y vuelven a recobrar su antigua actualidad en las misiones entre infieles. Para completar la materia, véase: «Una Misa a principios del siglo III»: Cabrol: *La Orac. de la Iglesia*, c. VII.

B. MISA ESTACIONAL ROMANA:

Expansión y florecimiento de la Misa

(siglos IV-VI).

141. Al salir la Iglesia de las catacumbas y concederse libertad religiosa al Cristianismo, ¿cuáles son las innovaciones más importantes que hallamos en la celebración de la Misa?

En este período de verdadera revolución religiosa, es admirable el despliegue de la Misa y el crecimiento de sus ceremonias: imitando las fiestas estacionales, que ya venían celebrándose en los Santos Lugares de Jerusalén y de Belén — así también se explican los nombres que recibieron algunas de las basílicas romanas: Sta. Cruz de Jerusalén, Sta. María la Mayor—, comenzaron a tenerse en Roma las llamadas «Misas estacionales».

La palabra «estación», en latín: *statio*, es un término militar que puede traducirse por «centinela o puesto de guardia». Todavía nuestros misales siguen indicando al frente de las Misas la iglesia estacional: actualmente hay señalados 89 días de estación, la mayor parte de ellos en Adviento y en todas las ferias de Cuaresma.

Todas las Misas de Cuaresma tienen su Estación. El Papa iba celebrando sucesivamente la Misa solemne en las grandes Basílicas de Roma, en sus 25 parroquias. Estas parroquias, que existían ya en el siglo V, se llamaban «títulos», y los sacerdotes de Roma que las servían se

llamaban Cardenales (incardinati), que quiere decir ligados a estas Iglesias. Por eso aun hoy día los Cardenales son titulares de cada uno de estos santuarios.

La Misa estacional dió origen, entre otras menos importantes, a las siguientes innovaciones:

1, Colecta. 2, Kyries. 3, Introito. 4, Gloria.

1. Reunión en la basílica de la Colecta.

En los días más señalados, la comunidad cristiana de Roma comienza por esta época a acudir a una de las basílicas de la Ciudad Eterna, para reunirse allí con el Papa y el clero romano; una vez reunida la asamblea de los fieles — ecclesia collecta—, se canta un salmo y el Papa recita una oración que se llama «COLECTA», es decir, «oración sobre la iglesia reunida». Cfr. 168-171.

2. Procesión hacia la basílica estacional: Kyries.

Da la bendición el Pontífice, y se organiza una solemnísima procesión, con la Cruz estacional al frente, llevada por un subdiácono —V. n. 90—; durante el trayecto se canta una oración litánica, o sea, una serie de breves y ardientes súplicas, seguidas de repetidos KYRIES. Cfr. 162-164.

3. Entrada del clero en la basílica: INTROITO.

Llega la procesión a la basílica estacional: el pueblo penetra en el templo y el Papa o el Obispo se desvía hacia un lado del atrio —V. n. 74-75— para entrar en el «secretarium o sacristía», situada entonces a la entrada de la iglesia; cuando el Pontífice y su cortejo, revestidos ya de preciosos ornamentos salen de la sacristía y avanzan por entre la compacta multitud de los fieles para dirigirse al altar, el mismo pueblo — más tarde una afinada schola cantorum — prorrumpe en un entusiasta cántico de entrada: el INTROITO. (V, n. 159-161.)

Durante los primeros siglos, como a la Misa precedía siempre la Vigilia — V. n. 130 —, no era necesario este cántico o salmo de entrada.

4. Comienzo de la Liturgia: GLORIA.

Comienza la liturgia, la Misa, con un cántico matinal, el GLORIA, ya usado en el Oriente en el Oficio divino. Cfr. n. 150.

LAS FIESTAS ESTACIONALES llegaron a su máximo esplendor bajo el pontificado de S. Gregorio Magno (590-604); comenzaron a decaer hacia el siglo VIII, y finalmente desaparecieron del todo a principios del s. XIV con el destierro de los Papas en Avignon.

LECTURAS

142. LA LENGUA DE LA LITURGIA

«Nuestras ceremonias, realmente, son hermosas, emocionantes, dignas de Dios — se me podría objetar —, pero sería mayor su eficacia si se hiciesen, no en lengua latina, sino en lengua vernácula. Antiguamente, cuando los hombres hablaban el latín, podía seguirse la liturgia. ¿Pero hoy? ¿Quién sabe el latín? Aun aquellos que lo estudiaron en el bachillerato, ¡cuán aprisa lo han olvidado! ¿No sería más lógico que la Iglesia permitiese a cada pueblo hacer las ceremonias culturales en su propio idioma? ¿No irían los hombres con más gusto a la iglesia y no sacarían más provecho de los actos del culto?...

Así raciocinan muchos. Y nosotros hemos de contestar a estas cuestiones.

Ante todo, confesamos el hecho de que hoy día — descontándose el clero — son pocos los fieles que entienden la lengua latina de nuestras ceremonias. Pero la Iglesia no procedió en este punto según un plan preconcebido; lo que hay ahora en realidad, es el resultado de un desarrollo histórico. Al principio, la lengua latina era la lengua viva del pueblo en la parte occidental de la Iglesia; al principio, por tanto, la liturgia tenía la misma lengua del pueblo. El latín murió en los labios de nuestros mayores, pero la Iglesia lo conservó y lo conserva aún hoy, aunque dificulte la comprensión de la liturgia.

Nadie lleva más que la Iglesia Católica sobre el corazón, el que los hombres sean profundamente religiosos. Por tanto, si ella guardó con venerable piedad la lengua latina, tendrá sus motivos serios para ello.

¿Cuáles son éstos?

1. Ante todo, la Iglesia necesita una lengua universal, porque universal es ella; y para hacer patente por doquiera su unidad, necesita una lengua única, común a todos. En atención al desarrollo del comercio mundial se ha creado una lengua artificiosa, universal: el esperanto; ¡cuánto más necesaria es para la Iglesia Católica, que tiene fieles por todas partes, desde Groenlandia hasta el Cabo de Buena Esperanza, desde el Oriente hasta el Occidente!

Por otra parte, si la Iglesia universal necesita una lengua universal, es un consuelo para los pueblos pequeños, que la lengua de la Iglesia no sea ni el alemán, ni el francés, ni el inglés, sino el latín, que en la actualidad ya no es de ningún pueblo, y por lo mismo, no hiera la sensibilidad nacional de nadie. En este punto podríamos aducir un gran número de motivos sentimentales, que prueban el acierto con que procede la Iglesia. Veamos unos pocos casos. Un buque llega a América. Lleva emigrantes húngaros. Hombres de piel curtida, húngaros castizos de la región de Tisza, entran en la Babilonia del puerto americano... No conocen a nadie, no entienden una sola palabra... Con un sentimiento de amargura van y vienen por las calles desconocidas de la ingente metrópoli..., cuando un día se encuentran con una iglesia católica. Entran, y en seguida se sienten en casa... En casa, porque la lámpara del santuario brilla de la misma manera que allá lejos, en la pequeña aldea húngara, y el celebrante — inglés o español, o de otra nacionalidad cualquiera — canta el «Gloria» de la misma manera, y los saluda con las mismas palabras que el viejo párroco allá en casa: «¡Dominus vobiscum! El Señor está con vosotros». ¡Qué oleadas de consuelo entran

entonces en el corazón! ¡Sólo puede saberlo quien ha pasado mucho tiempo lejos, en el extranjero!...

Pero ¡qué satisfacción también para nosotros, sacerdotes, y qué prueba más contundente de la unidad de nuestra fe sacrosanta el ver que en cualquier punto del mundo, doquiera que vayamos, en todas partes, nuestra Misa es la misma! En cierta ocasión, yo viajaba por el Lago Maggiore, justamente cuando el pueblo de una pequeña isla, Isola Bella, celebraba la fiesta de su titular. El párroco me invitó a celebrar la Misa mayor. La iglesia estaba atestada de fieles italianos, y ni siquiera notaron que, entre los dos ministros italianos, un sacerdote húngaro celebraba la misa de fiesta.

De la misma manera, en una isla holandesa rodeaban el altar piadosos pescadores, y yo cantaba la Misa solemne. Y lo mismo en París, en la parroquia del XII distrito... En Chicago, los acólitos eran muchachos americanos, que no había visto en mi vida ; y todo iba con tanta precisión y ajuste como si me hubiesen ayudado durante años... Y podría aducir otros muchos ejemplos. Esta manifestación magnífica de la unidad, es uno de los motivos, por los cuales la Iglesia tiene apego a la liturgia unificada, a la lengua única, el latín.

2. Y no es este el motivo principal. Hay otro más profundo que aconseja este proceder a la Iglesia, y es: CONSERVAR LA PUREZA DE NUESTRA FE.

Supongamos, por ejemplo, que el Papa Silvestre II, al enviar la corona a San Esteban, le hubiese dado permiso de celebrar las funciones litúrgicas en húngaro. ¿Qué habrían hecho con este permiso los antiguos húngaros? ¡Qué apuro para ellos! ¿Cómo expresar en su idioma primitivo los pensamientos más difíciles de la filosofía y de la teología, aquellas sutilezas que muchas veces no son más que diferencias de matiz, pero que, en los dogmas, pueden tener una importancia suma?

Pero supongamos que se hubiese logrado expresarlo todo en la antigua lengua húngara de hace mil años. ¿Cómo estaríamos hoy? O tendríamos que usar las primitivas traducciones, y entonces todo el mundo se reiría durante la Misa, o habríamos de traducir continuamente, en consonancia con la evolución de la lengua, el texto de la Misa, y entonces habría tantas costumbres y tantos textos húngaros como iglesias. Este cambio continuo, ¿no sería en detrimento de la piedad? ¿No sacudiría la fe que tenemos en la invariabilidad de nuestra doctrina? ¿No quitaría a nuestro culto la fuerza y el encanto misterioso que le da justamente la pátina de la antigüedad?

3. Y llegamos al tercer pensamiento, a la tercera razón por la cual la Iglesia no quiere renunciar a la lengua latina. Y es: su antigüedad en la liturgia.

La Humanidad estuvo cegada durante cierto tiempo por la fiebre de la innovación. Había que innovar a toda costa. «Nada de lo antiguo es bueno, y todo lo nuevo trae la salvación», ésta era la divisa. Hoy día — después de amargos experimentos — ya estamos desengañados. Ya sabemos que «no todo lo que brilla es oro», y estamos convencidos, además, de que «no todo lo nuevo es bueno». Concedemos que el hombre no puede ser anticuado, que no es posible detenernos en las costumbres rancias de épocas pasadas; pero hacemos constar también que no podemos correr

tan sin freno por los caminos de la innovación, que hayamos de echar por la borda tradiciones antiguas, que aun hoy día son valiosas.

El hombre de hoy va sabiendo apreciar de nuevo el pasado, y esto es un fenómeno alentador. Hay quienes se pavonean con la antigüedad de su prosapia. Guardamos con esmero la espada de gala, las alhajas de la familia, los retratos y .los muebles que nos vienen de nuestros antepasados. Hay millonario americano que darla un potosí para hacer remontar a cien o cincuenta años la antigüedad de su árbol genealógico.

Pues bien; la lengua latina de nuestras ceremonias tiene dos mil años. Supongamos por un momento que el gramófono existía hace ya cien años, y que de repente en el círculo familiar se oye la voz del bisabuelo o tatarabuelo. ¡Cómo se enturbiarían de pura emoción los ojos de los nietos! ¿Pues no hemos de sentir nosotros la misma emoción en las ceremonias de la santa Misa, en que llega a nuestros oídos la voz de nuestros mayores, cristianos de hace mil y dos mil años?

«CHRISTE, AUDI NOS, CHRISTE, EXAUDI NOS», «CRISTO, OYENOS...» ¿Quién pronunció estas palabras? Nuestros primeros mártires, al sentir en su cuerpo los zarpazos de fieras hambrientas, de fieras que tenían sed de sangre, allá en las arenas del circo romano, mientras el público aplaudía. «CHRISTE. AUDI NOS»

«DOMINUS VOBISCUM», «EL SEÑOR ESTA CON VOSOTROS». ¿Quién pronunció estas otras palabras? Nuestros mayores, los primeros mártires del cristianismo, cuando por la noche, en los corredores subterráneos de Roma, hincados de hinojos, rodeaban al Papa que celebraba la Misa y esperaban temblando el momento de ser acometidos por los verdugos que los perseguían...

¿Se puede renunciar con ligereza a esta preciosa herencia?

No ha mucho, en Alemania, hubo entre los no católicos un movimiento para suprimir de su culto las pocas palabras extranjeras que todavía quedaban, como, por ejemplo, «Aleluia», «Hosanna», «Kyrie eleison o Amén». ¿Cuál fué la solución? Un pastor protestante contestó..., entonando el panegírico del papado, por haber logrado extender por todo el mundo una lengua litúrgica común, y con todo, respetar los diferentes rasgos raciales. Aquel pastor protestante dijo textualmente: «La Misa en latín es un lazo que une a todos los católicos del mundo entero, mientras que nosotros, protestantes, al encontrarnos en un país cuya lengua desconocemos, nos sentimos extraños frente a las ceremonias de nuestra propia religión. El latín nunca debiera haber desaparecido de nuestro culto». «Osservatore Romano», 16 nov. 1927.

«Si lo observan los otros, nosotros tenemos motivo más que suficiente para estar orgullosos». Tihamer Toth: Los Diez Mandamientos, t. I, pp. 293-298.

El hecho de que la Iglesia Católica, para su Liturgia posea actualmente una lengua particular, el latín, ininteligible para quien no lo haya estudiado, no es un hecho insólito, raro o aislado. Nada de eso: todas las razas y pueblos han tenido y tienen su propia lengua litúrgica, y tan diversa de su lengua vulgar actual, que se requiere especial estudio para entenderlas: los coptos, por ejemplo, usan en su liturgia la lengua cóptica, pero tan diversa de la suya actual, que ha sido necesario traducir al árabe — lengua ahora vulgar en aquella región—: las rúbricas del misal, no

ya para uso del pueblo menos instruido, sino de los mismos sacerdotes; algo parecido puede afirmarse de los griegos, de los sirios, caldeos, eslavos, armenios, etiópicos, etc. La lengua del Corán, el árabe clásico, en que está escrito este libro sagrado de los mahometanos, hace mucho tiempo que dejó de hablarse entre el pueblo. El Veda, de la India, a solos los Braemanes les está permitido leerlo, y a los ministros inferiores se les prohíbe escuchar su lectura o hablar de él. Lo mismo que la lengua llamada Pali, lengua litúrgica de Ceilán, Maduré, de gran parte de Java y de la Indochina y de todo el Japón, hace muchos siglos que dejó de hablarse... No hay que multiplicar más los ejemplos; es éste un fenómeno histórico, por otra parte muy natural y obvio: el escrupuloso cuidado y la sagrada veneración con que se aprenden de coro y se guardan y heredan de generación en generación las fórmulas, plegarias, ritos y ceremonias religiosas no permiten los cambios y alteraciones que producen la inestabilidad y evoluciones filológicas de las lenguas vivas modernas.

LA PRIMERA MISA DE N. S. J. C. tuvo su oblación u Ofertorio en la ULTIMA CENA; y su inmolación o Consagración dilatose a través de toda la Pasión, consumándose, por fin, en el Calvario con la muerte de la VICTIMA en la Cruz.

En tiempo de N. S. J. C. se comía al estilo griego y romano, es decir, echados o reclinados sobre el costado izquierdo en lechos o divanes, muy parecidos a nuestros canapés, y que solían recibir tres, cuatro y aun cinco comensales; la mesa, generalmente cuadrada, era, por lo tanto, más baja que las nuestras. Todo parece indicar que Jesús, Pedro y Juan pertenecían al mismo lecho: Jesús, en el medio y apoyado en el codo izquierdo, tenía delante de sí a S. Juan y detrás a S. Pedro. Así se explican satisfactoriamente algunos detalles interesantísimos de la ULTIMA CENA. El lugar más honorífico era el lectus medius, y en éste, el puesto de honor destinado al convidado más distinguido, era el locus medius.

(Cf. LAURAND : Manual de Est. Grieg. y Lat., I, 51 y IV, 125).

CAPITULO VI MISA DE LOS CATECUMENOS O ANTE-MISA

NUM. 143-189

A): PURIFICACION DEL ALMA

143. ¿Qué carácter tiene esta primera parte de la Misa?

Es una verdadera preparación de los que van a ofrecer el Santo Sacrificio, es decir, del sacerdote y de los fieles. Cfr. n. 217.

144. ¿En qué consiste esta preparación?

Consiste: 1, en purificar el alma por medio del fervoroso arrepentimiento de nuestros pecados; y 2, en ilustrar y robustecer nuestra fe por medio de lecturas y de la predicación.

145. ¿Cómo se trata de obtener la purificación del alma?

Con dos series de oraciones: a) unas que se recitan al pie del altar, y b) otras que se dicen ya en el mismo altar.

146. ¿Cuáles son las oraciones que se recitan al pie del altar?

Son, después de la señal de la cruz — véanse nn. 90 y 94: 1, el salmo 42; 2, el Confiteor con la absolución y algunos versículos; y 3, subiendo las gradas del altar, dos breves súplicas pidiendo el perdón de nuestros pecados.

El salmo y los versículos son dialogados; el Confiteor lo recitan también los asistentes.

Sacerdote y Fieles: En el nombre del Padre (santiguarse), y del Hijo, y del Espíritu Santo. Amén.

S. Me acercaré al altar de Dios.

P. Al Dios que es la alegría de mi juventud.

S. Hazme justicia, oh Dios, y defiende mi causa de la gente malvada: líbrame del hombre injusto y engañador.

147. ¿En qué circunstancias históricas se compuso el salmo 42?

Es el canto de un desterrado y de un perseguido injustamente por sus enemigos, que deja en las manos de Dios su causa, y en medio de su desgracia sólo le entristece verse alejado del Santuario de Jerusalén.

Absalón, el hermoso hijo de David, se ha rebelado contra su padre. David tiene que huir a toda prisa de Jerusalén y se dispone a pasar con toda su gente al otro lado del Jordán. Lloraba todo el pueblo con grandes sollozos; los sacerdotes querían llevarse el Arca Santa, y ya la habían sacado de Jerusalén, cuando el rey, dirigiéndose al Sumo Sacerdote, Sadoc, le dice: «Vuelve a llevar el Arca de Dios a la ciudad; que si yo hallare gracia en los ojos del Señor, El me hará volver y me dejará ver otra vez su Arca y su Tabernáculo».

Devolvieron, pues, el Arca a Jerusalén, y David partió llorando para su destierro; pero en su corazón entristecido llevaba una esperanza consoladora: «Volvería a ver el Arca de Dios y su Tabernáculo...». Y fue allá, en el destierro, donde se compuso este salmo, que tan bien expresa los temores y los deseos, la confianza y la alegría del sacerdote, que se acerca a celebrar los divinos misterios. Cfr. II Reg. 15; Zorell, S. J.: Psalterium, Ps, 42.

P. Pues que Tú eres, oh Dios, mi fortaleza, ¿por qué me has desechado, y por qué he de andar triste, mientras me aflige el enemigo?

S. Envíame tu luz y tu verdad; éstas me guiarán a tu monte santo y a tus tabernáculos.

P. Y me acercaré al altar de Dios; al Dios que es la alegría de mi juventud.

S. Te cantaré al son de la citara, oh Dios mío; ¿por qué estás triste, alma mía, y por qué me llenas de turbación?

P. Espera en Dios, porque todavía he de alabarlo, a El que es mi Salvador y mi Dios.

S. Gloria al Padre, y al Hijo, y al Espíritu Santo.

P. Como era en el principio, y ahora y siempre, y en los siglos y los siglos. Amén.

S. Me acercaré al altar de Dios.

P. Al Dios que es la alegría de mi juventud.

148. ¿Por qué se escogió este salmo para el comienzo de la Misa?

Se escogió, sobre todo, por el verso cuarto que es como la clave de todo el salmo: «Me acercaré al altar de Dios, — al Dios que es la alegría de mi juventud»; verso que refleja el pensamiento fijo — por eso lo repite tres veces — que absorbe en aquellos instantes al sacerdote: va a entrar en comunicación con el Altísimo, y a este contacto se despoja de la decrepita vejez del pecado para revestirse de la alegre juventud de la gracia, como ya en el siglo IV explicaba S. Ambrosio este verso a los neófitos cuando, después de recibir el bautismo, se dirigían con blancas vestiduras y cantando este salmo hasta el altar para recibir por vez primera la Sagrada Comunión. S. Ambrosio: Migne, P-L: t. 16, col. 437.

149. ¿En qué misas se omite este salmo?

Se omite — no la antífona «Me acercaré al altar de Dios...» que siempre se dice — en las Misas de difuntos y en las feriales, desde el Domingo de Pasión hasta el Jueves Santo; omisión que se explica por una razón histórica, porque esas Misas muy antiguas, no han sufrido influencias

posteriores y se conservan según el rito primitivo, cuando la Misa comenzaba por el Introito. Cfr. nn. 141 y 159-161.

150. ¿Cómo se termina el salmo?

Se termina con el «Gloria Patri...» o doxología menor, así como por oposición se llama doxología mayor al «Gloria in excelsis...».

De sus dos partes, la primera, «Gloria Patri et Filio et Spiritui Sancto», es la más antigua. Después, los mismos griegos añadieron «et nunc et semper et in saecula», e insistiendo los españoles en esta última palabra, pusieron «in saecula saeculorum». Por fin, los latinos, para oponerse a los arrianos, interpusieron entre ambas expresiones el «sicut erat in principio».

«Quizá no hay en la liturgia otra fórmula alguna de más precioso valor dogmático: fue compuesta indudablemente en tiempo de los errores de Arrio y de Macedonio contra la Trinidad — siglo IV —, oponiéndola como respuesta a sus engaños. Realmente expresa en pocas palabras la fe en el Padre, en el Hijo y en el Espíritu Santo, en su divinidad, en su igualdad, les honra con el mismo título; es una profesión de fe en la Trinidad lo más breve posible... En el siglo V, Casiano afirma que en todo el Occidente se decía el Gloria al fin de todos los salmos; rezábase también en Oriente y en Egipto, aunque no con tanta frecuencia. San Benito adoptó este uso, que pronto prevaleció en toda la Iglesia occidental. Esta confesión solemne de la Trinidad al fin de cada salmo, tiene gran importancia: es como imponerles el sello del bautismo cristiano, que es la confesión del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo». Cabrol: La Oración de la Iglesia, c. 19, pág. 271.

Esta o parecidas fórmulas trinitarias se repiten en la Misa más de veinte veces; y en el Oficio divino de cada día, 85 veces. Cada día, pues, glorificamos a la SS. Trinidad más de cien veces, y cada año, por lo menos, 40.000 veces... y en veinticinco años de sacerdocio ¡UN MILLON DE VECES!

151. ¿Cuál es la principal de las oraciones que se recitan al pie del altar?

Es el Confíteor con su prelude: «Nuestro auxilio está en el nombre del Señor, que hizo el cielo y la tierra». El sacerdote, con este arranque valiente, con esta innovación magnífica que sintetiza todo el poder de Dios y todo el poder del hombre cuando se apoya en Dios, vence al fin sus temores y vacilaciones, arma su frente y su pecho con la señal de la Cruz, victoriosa en tantos combates, y se inclina profundamente con las manos juntas y los ojos bajos para hacer su apología o justificación, como se llamaba antiguamente al Confíteor.

S. Nuestro auxilio (santiguándose) en el nombre del Señor.

P. Que hizo el cielo y la tierra.

S. Yo, pecador, me confieso...

P. Dios todopoderoso tenga misericordia de ti, y perdonados tus pecados, te lleve a la vida eterna.

S. Amén.

152. ¿Qué escena se representa en el Confíteor?

Se representa la escena de un juicio en dos actos:

Primer acto: El sacerdote, como reo encadenado — recuérdese la segunda adición: S. Ignacio de Loyola: Ejercicios Espir.: Adiciones para mejor hacer los Ejercicios—, se siente trasladado ante el tribunal de Dios todopoderoso, a quien acompañan la Sma. Virgen, S. Miguel, S. Juan Bautista, los Príncipes de los Apóstoles y todos los Santos... todos ellos le señalan y acusan como reo culpable; consciente él de sus delitos, se golpea repetidamente el pecho agravando y exagerando su culpa... es el momento más emocionante.

Segundo acto: Al ver el dolor y la contrición del reo, los Santos, de acusadores que, antes eran, se truecan en intercesores y abogados del pobre pecador, y todos con él ruegan y obtienen de Dios N. S. la indulgencia, la absolución y la remisión de todos sus pecados.

P. Yo, pecador, me confieso a Dios Todopoderoso, a la bienaventurada siempre Virgen María, al bienaventurado San Miguel Arcángel, al bienaventurado San Juan Bautista, a los Santos Apóstoles Pedro y Pablo, a todos los Santos y a vos, Padre, que pequé gravemente con el pensamiento, palabra y obra: por mi culpa, por mi culpa, por mi gravísima culpa.

Por tanto, ruego a la bienaventurada siempre Virgen María, al bienaventurado San Miguel Arcángel, al bienaventurado San Juan Bautista, a los Santos Apóstoles Pedro y Pablo, a todos los Santos, y a ti, Padre, que roguéis por mi a Dios nuestro Señor.

S. Dios todopoderoso tenga misericordia de vosotros y, perdonados vuestros pecados, os lleve a la vida eterna.

P. Amén.

S. El Señor todopoderoso y misericordioso nos conceda el perdón, la absolución y remisión de nuestros pecados.

P. Amén.

S. Oh, Dios, volviéndote hacia nosotros, nos darás la vida.

P. Y tu pueblo se regocijará en Ti.

S. Muéstrame, Señor, tu misericordia.

P. Y danos tu Salvador.

S. Escucha, Señor, mi oración.

P. Y llegue hasta Ti mi clamor.

S. El Señor sea con vosotros.

P. Y con tu espíritu.

Aquí, en Klosteneuburg — nos dice el eminente liturgista Pio Parsch — destino cada semana una hora de liturgia a nuestros muchachos...; a fin de que se fijasen mejor, hicimos una representación real — un niño era Dios Padre; otro, la Madre de Dios; el tercero, S. Miguel, y así siguiendo—. Uno, empero, había de ser el pobre pecador: mientras tanto pronunciábamos todos la oración. En la primera parte, los Santos miraban sombríamente al pobre pecador, como si quisieran condenarle. Pero en el momento de golpearse éste el pecho y pronunciar las palabras: Por mi culpa..., cambió de expresión el semblante de los Santos, quienes se volvieron a Dios levantando sus manos hacia el Juez eterno en demanda de indulgencia y misericordia. Desde entonces nuestros muchachos comprenden muy bien el Confíteor. Parsch: Sigamos la santa Misa, p. 43. El Confíteor aparece en los misales hacia el siglo VIII; aunque la mutua confesión de los pecados, al comienzo de las asambleas religiosas, es tan antigua como el mandato del apóstol Santiago: «Confesaos mutuamente vuestros pecados y orad unos por otros para que seáis salvos». 5. 16. El Confíteor es un «Sacramental», y, por lo tanto, tiene virtud de borrar los pecados veniales de los que se tiene contrición.

153. Después del Confíteor y de los clamores de confianza, que en animado diálogo brotan del corazón del sacerdote y de los fieles, ya aliviados de sus pecados, ¿qué saludo dirige el celebrante a la asamblea cristiana?

Les dirige el antiguo y hermoso saludo que ya Booz dirigió a sus segadores, y el Arcángel a la Sma. Virgen, y los Apóstoles a los primeros cristianos: «El Señor sea con vosotros» (Cfr. II Timot. 4, 22; Tesal. 3, 16-18; Golos. 4, 23, etc.).

154. ¿Y qué significa este saludo en labios del celebrante?

Viene a expresar esta idea: «Voy a hablar a Dios en nombre de todos: unios conmigo para expresarle juntos los mismos anhelos y la misma oración...».

Por eso, este saludo precede generalmente a una oración colectiva, repitiéndolo el sacerdote en la Misa hasta ocho veces; y por eso, cuando aquél ha terminado su oración, el pueblo responde con solemne afirmación: «AMEN, ASI ES... muy bien has expresado nuestra oración». «Si tú alabas a Dios — dice S. Pablo: I Cor. 14, 16 — solamente con el espíritu (usando una lengua que no se entiende), el que está en la clase del pueblo sencillo, ¿cómo ha de decir: Amen, esto es; así sea, al fin de tu acción de gracias?; puesto que no entiende lo que tú dices». Texto que también prueba el empeño que se debe poner en que el pueblo entienda las oraciones públicas.

155. ¿Y cómo corresponde el pueblo a este saludo?

El pueblo corresponde al saludo del sacerdote deseándole lo mismo... «Y CON TU ESPIRITU». Pero en esta respuesta hay, además, una delicada alusión al poder sagrado que el sacerdote ha recibido del Espíritu Santo; por eso el «Dominus vobiscum» sólo pueden pronunciarlo los sacerdotes y los diáconos; no los demás, porque no se les puede contestar con esta alusión. De suyo la frase «et cum spiritu tuo» es un hebraísmo, y significa sencillamente: «y contigo», pues el hebreo gusta de substituir con frecuencia el pronombre personal con expresiones como estas: «con tu espíritu... con tu alma».

156. Subiendo ya a las gradas del altar, ¿qué oración recita el sacerdote?

Recita una de las oraciones más antiguas, como que es del Sacramentario Leoniano, siglo V (n. 119): es uno de los últimos toques a nuestra purificación, y con él entramos ya con paso firme en el Santo de los Santos, como se llama aquí al altar cristiano, con mucha más razón que al recinto misterioso de Moisés. Cfr. 98.

S. Oremos.

Te suplicamos, Señor, que quites de nosotros nuestras iniquidades, para que merezcamos entrar con conciencia pura en el Santo de los Santos. Por Cristo, N. S. Amén.

Te rogamos, Señor, por los méritos de tus Santos, cuyas reliquias están aquí (besa el ara), y por los de todos los Santos, que te dignes perdonarme todos mis pecados. Amén.

157. ¿Qué es lo primero que hace el sacerdote cuando llega al altar?

Lo besa, con una oración a las reliquias de los Santos, contenidas en el ara: este beso es para esas reliquias y para Jesucristo, de quien es figura el altar. ¡Feliz encuentro! En la entrada misma del Santuario nos encontramos con los Santos, con los amigos de Dios que vienen a acompañarnos y a concelebrar con nosotros el Santo Sacrificio de la Misa. (Véase n. 87.)

Y en efecto, el sacerdote, dirigiéndose a la izquierda del Crucifijo, vuelve a persignarse, porque ahora es cuando comienza la Misa; pues las oraciones precedentes, por no pertenecer propiamente a ella, solían decirse más o menos privadamente en la sacristía, en el camino o en otro altar.

158. ¿Cuáles son las oraciones, que con el mismo fin de purificar el alma, se recitan ya en el altar?

Son: 1, El Introito; 2, Los Kyries; 3, El Gloria, y 4. La Oración solemne o Colecta.

159. ¿Qué era el Introito primitivamente?

Como indica su nombre — entrada—, era un salmo o cántico de entrada que el coro cantaba alternando con el pueblo, mientras el Pontífice hacía su entrada solemne en el templo y se dirigía, acompañado de su clero, desde la sacristía o secretarium—situada entonces a la entrada del templo — hasta el altar. Algunas veces suplía al salmo una aclamación, que recibía el mismo nombre, como por ejemplo, el Gaudeamus de algunas de nuestras Misas. Cfr. 141.

160. ¿Y qué es ahora el Introito?

Ahora ya no es un cántico de entrada, ni consta de todo un salmo; pues primero se introdujeron las preces al pie del altar, en la Edad Media, y más tarde, al suprimirse la entrada solemne del clero — por haberse colocado la sacristía junto al altar mayor—, se fue abreviando

hasta quedar reducido, hacia el siglo VIII, a una antífona, a un verso del salmo con el Gloria Patri y a la repetición de la antífona.

161. ¿Es importante el Introito en la liturgia?

Es muy importante porque suele condensar en pocas palabras el carácter general de la Misa del día, y también porque viene a ser, por sus preciosas y variadas melodías, como la abertura o pieza musical, que sitúa nuestra alma en el ambiente propio del misterio o fiesta que se celebra.

162. Después del Introito regresa el sacerdote al centro del altar, y ¿qué plegaria recita?

Recita los Kyries. Los Kyries son restos venerables de una de las más populares y antiguas formas de la oración cristiana, de la oración llamada litánica o súplica dialogada entre el clero y el pueblo.

Reunidos previamente los fieles en una iglesia — iglesia de la reunión—, se dirigían procesionalmente a la basílica estacional, donde debía celebrarse la misa; en el trayecto, un diácono o sacerdote iba enumerando diversas súplicas, a las que el pueblo o un coro de niños contestaba: KYRIE ELEISON, SEÑOR TENED PIEDAD DE NOSOTROS. Recuérdense las letanías del Sábado Santo: son una verdadera oración litánica con sus súplicas contestadas por el pueblo: Te rogamos, óyenos... líbranos, Señor; muchas de estas invocaciones es verdad que son modernas, como los nombres de los Santos; pero en el fondo, como hacen notar Duchesne y Cabrol, es muy antigua, es ciertamente la letanía de los siglos IV y V. La misma forma de oración, tan sencilla y popular, han adoptado las letanías de la Virgen y otras mucho más modernas. Cfr. Cabrol: o. c. cap. 5, pág. 83. Cfr. 141.

PRIMERA INCENSACION DEL ALTAR, EN LAS MISAS SOLEMNES, NO DE DIFUNTOS

INTROITO: (del domingo 7 después de Pentecostés).

ANTIFONA: todas las gentes aplaudid con las manos: vitoread al Señor con voces de júbilo. Salmo 46, 2.

VERSO: del salmo con el Gloria Patri: «Porque el Señor es excelso y terrible; es el Rey grande de toda la tierra». GLORIA AL PADRE...

REPETICION de la Antífona: «Todas las gentes»...

163. ¿Y por qué se dicen en lengua griega esas invocaciones?

Porque la lengua litúrgica de los tres primeros siglos fue el griego: tan popular era esa invocación, que se ha respetado en la Misa, en su lengua original. Otro vestigio de la primitiva lengua oficial de la Iglesia, son los Improperios del Viernes Santo. Recuérdese la frase de Cicerón: Graeca leguntur in omnibus fere gentibus. Latina suis finibus, exiguis sane, continentur. Pro Arch. 23.

164. Al suprimirse la procesión a la basílica estacional, ¿qué sucedió con la oración litanica?

Que se abrevió notablemente y los Kyries se colocaron después del Introito; y aunque al principio se repetían alternando con el *Christe Eleison* — este último ya de origen romano — un número indeterminado de veces; ya a fines del siglo VI, el Papa, San Gregorio el Grande, los redujo a nueve: tres Kyries a Dios Padre; tres *Christe* a Dios Hijo, y tres Kyries a Dios Espíritu Santo. Desde entonces, los Kyries son en todas las Misas el clamor incesante de la miseria humana, son la oración más breve, sencilla y emocionante del pueblo cristiano, son el eco de las humildes plegarias de la cananea, del ciego de Jericó, de los leprosos del Evangelio: Mt. 15, 22; Lc. 18, 39 y 17, 13.

KYRIES.

AL PADRE

Señor, misericordia.

Señor, misericordia.

Señor, misericordia.

AL HIJO

Cristo, misericordia.

Cristo, misericordia.

Cristo, misericordia.

AL ESPIRITU SANTO

Señor, misericordia.

Señor, misericordia.

Señor, misericordia.

165. Al terminar el rezo de los Kyries, ¿qué ceremonia o gesto muy expresivo ejecuta el sacerdote, allí mismo, en el centro del altar?

El sacerdote extiende sus manos, como las alas del alma para elevarse en la oración, las levanta hacia el cielo, vuelve a juntarlas e inclinando la cabeza entona la doxología mayor o el «Gloria in excelsis Deo». Cfr. 150.

166. ¿Qué es el Gloria?

El Gloria es la jubilosa respuesta del cielo a los Kyries suplicantes de la tierra, es el alegre cántico de la Redención del mundo, es la más viva explosión de gozo y alabanza que ha resonado en la tierra.

Sobre su autor, el Liber Pontificalis y S. Anastasio lo atribuyen a S. Telesforo, s. II, quien, al instituir la Misa de media noche de Navidad, lo habría compuesto. El sacerdote, cuando recita el Gloria, hace una pequeña inclinación de cabeza al pronunciar el nombre de Jesús, lo mismo que al indicar los fines primordiales de la Misa: latréutico: «os adoramos»; eucarístico: «os damos gracias por vuestra gloria», e impetratorio y expiatorio: «recibid nuestras súplicas».

167. ¿De cuántas partes consta este cántico?

Consta, primero, de una introducción: Gloria a Dios en las alturas y en la tierra paz a los hombres de buena voluntad: introducción que fue el cántico de Belén y la canción de cuna, con que los ángeles arrullaron al Niño-Dios en aquella noche, en que los cielos destilaban miel y dulzura; introducción que ofrece el doble tema del cántico: Gloria a Dios — Paz a los hombres, y que es al mismo tiempo el programa de la Redención de Jesucristo, el fin de la Iglesia Católica en la tierra y también el fin del mismo Sacrificio de la Misa.

Después, la Iglesia, ya por su cuenta, pero con la misma inspiración y en el mismo tono que le han dado los Angeles, consagra la primera parte del cántico a Dios Padre, y le tributa alabanzas y acción de gracias por su gran gloria, es decir, por su obra creadora, redentora y santificadora del género humano; obra que a Dios rinde infinita gloria y a nosotros los mayores beneficios; la segunda parte está dedicada a Dios-Hijo, a quien no sólo se tributa homenaje de alabanza, sino que además se hacen humildes, repetidas y crecientes súplicas, hasta llegar a su divino Corazón con los epítetos más gloriosos para El y más hermosos para nosotros... Cordero de Dios que quitas los pecados del mundo; y en fin, en la tercera parte se invoca a Dios Espíritu Santo, glorificándole juntamente con el Padre y con el Hijo.

El Gloria, de origen griego como el Kyrie, se introdujo hacia el siglo V, en la primera Misa de la Navidad del Señor, para la que está maravillosamente adaptado. A principios del siglo VI, el Papa Simaco lo señaló también para los domingos y fiestas de los Mártires, pero sólo para las Misas de los obispos; más tarde — hacia el siglo IX— fue extendiéndose este privilegio episcopal a los sacerdotes y a mayor número de fiestas, hasta que, en el siglo XVI, el Papa S. Pio V reglamentó su uso. El Gloria no se dice cuando se usan ornamentos morados y negros, ni en las ferias — si no es tiempo pascual —, ni, en fin, en las Misas votivas ordinarias. Cfr. n. 254.

GLORIA.

INTRODUCCION

Gloria a Dios en las alturas; y en la tierra paz a los hombres de buena voluntad.

AL PADRE

Alabámoste. Bendecímoste. Adorámoste. Glorificámoste. Gracias te damos por tu excelsa gloria. Oh, Señor Dios, Itcy celestial, Dios Padre omnipotente.

AL HIJO

Oh, Señor, Hijo unigénito. Jesucristo, Señor Dios, Cordero de Dios, Hijo del Padre. Tú, que quitas los pecados del mundo, ten misericordia de nosotros.

Tú, que quitas los pecados del mundo, recibe nuestras súplicas. Tú, que estás sentado a la diestra del Padre, ten misericordia de nosotros. Porque Tú solo eres Santo, Tú solo Señor, Tú solo Altísimo, oh Jesucristo.

AL ESPIRITU SANTO

Con el Espíritu Santo (santiguarse) en la gloria de Dios Padre. A mén.

168. ¿Cuál es la oración que reúne los deseos de todos los que asisten al Santo Sacrificio?

Es la solemne oración llamada «Colecta»: para la cual, el sacerdote, después del Gloria (o del Kyrie), nos prepara con el saludo cristiano: «El Señor sea con vosotros...» y con la invitación a orar: «Oremos».

Antiguamente, en vez del Oremus se empleaban también otras fórmulas, como: «silentium facite... aures ad Dominum»; y solía, además, añadirse una admonición indicando el objeto de la plegaria, como aún se hace el Viernes Santo.

169. ¿Y por qué se llama «Colecta» esta oración?

Se llama así, porque esta palabra significa «reunida», y era antiguamente la oración que se recitaba sobre la asamblea cristiana reunida — Collecta — en una iglesia para ir desde aquí en procesión a la iglesia estacional. V. n. 141. Cfr. Bona: Rer. liturg. I-II, c-5. De hecho, aun hoy día continúa siendo verdadera oración colecta, pues reúne y funde en una sola plegaria los votos y deseos de todos los asistentes al Santo Sacrificio. Durante muchos siglos no hubo en la Misa más que una sola colecta, como todavía se observa en las fiestas principales del año litúrgico, en los días de primera y segunda clase.

Si había una segunda fiesta se celebraba una segunda Misa: ese es el origen de la segunda Misa de Navidad, que primitivamente era la Misa de Santa Anastasia. Suprimida esta segunda Misa, vinieron a sustituirla las Conmemoraciones.

170. ¿De qué partes constan generalmente las Colectas?

Constan: 1, de una invocación o saludo; 2, de alguna alusión al misterio o fiesta del día; 3, de la súplica, en consonancia con la fiesta o misterio, y 4, de una fórmula final, que es como el sello oficial y la firma favorable de N. S. Jesucristo a nuestra súplica: «Si algo pidiereis al l'adre en mi nombre, os lo dará». S. Jo. 16, 22.

He aquí una de las colectas más antiguas, la de la Epifanía del Señor, con sus diversas partes: 1, oh, Dios; 2, que por medio de una estrella revelaste tu Unigénito Hijo a los gentiles; 3, concédenos propicio que, los que ya te conocemos por la fe, seamos conducidos hasta contemplar tu

hermosura y tu grandeza; 4, por el mismo Señor nuestro, Jesucristo, que contigo vive y reina en unidad del Espíritu Santo, Dios, por todos los siglos de los siglos. AMEN.

En su inmensa mayoría las oraciones se dirigen al Padre Celestial, por medio del Hijo; hay alguna que otra dirigida al Hijo, pero ninguna al Espíritu Santo. La conclusión «que contigo vive y reina» (Cristo Rey), es una fórmula de fe en la SSma. Trinidad.

171. ¿Es muy grande el valor de estas oraciones?

Tienen un valor sin igual, porque son la verdadera oración oficial de la Iglesia Católica: es decir, la oración que el Papa, los Obispos y, en su nombre, todos los sacerdotes, dirigen a Dios en cuanto son los representantes auténticos de Cristo, que es nuestro Abogado ante Dios en los cielos.

«Es oración pública, ya que emana de una sociedad visible; pero también es oración interna, particular y más intensa que otras cualesquiera, porque en el sentido completo de su nombre es la oración de todo el cuerpo místico de Cristo: del Jefe y de los miembros. Oración una, santa, católica, apostólica, romana, la reza la Iglesia de la tierra dependiente enteramente del «gran Pontífice, que posee un sacerdocio eterno...» (Hebr. 7, 24. 25); Cfr. Lefebvre: Para comprender la Misa, pág. 32.

Además de que su estructura es generalmente muy rítmica y armoniosa, estas oraciones se distinguen: 1, por su brevedad, 2, por su profunda sencillez; 3, por su vigor y sobriedad de afectos, y 4, por su venerable antigüedad muchas de ellas son de los Sacramentarios Leoniano, Gelasio y Gregoriano, es decir, de los siglos VI al VIII. Si rezamos con especial devoción las oraciones atribuidas a los Santos, a un S. Bernardo, a un Sto. Tomás de Aquino o a un S. Ignacio de Loyola, con qué fervor debemos recitar estas plegarias de la Misa, que han pasado por el corazón y los labios de tantas generaciones de Santos.

ORACION O COLECTA.

S. El Señor sea con vosotros.

P. Y con tu espíritu.

S. Oremos: «1. Oh, Dios, 2, cuya providencia no se engaña jamás en sus disposiciones; 3, humildemente te suplicamos que apartes de nosotros todo lo dañoso y nos concedas todo lo saludable, 4, por nuestro Señor Jesucristo... (Del mismo domingo 7 después de Pentec.).

172. TRANSICION: DE LA PURIFICACION DEL ALMA A LA ILUSTRACION DE LA FE.

a) Nuestra madre la Iglesia, queriendo prepararnos para el Santo Sacrificio, ha tratado hasta aquí de purificar nuestra alma por medio del fervoroso arrepentimiento de nuestros pecados, y ha logrado levantarnos desde la miseria y bajeza de nuestras culpas hasta la misma presencia de Dios N. S., a quien acabamos de exponer nuestras súplicas en la solemne oración de la «Colecta». El

procedimiento, que ha usado la Iglesia para esta sublime ascensión, no ha podido ser más natural y sencillo: pretendíamos acercarnos a Dios... Lo hicimos como si nos presentáramos ante un señor poderoso para dirigirle una petición. En el umbral limpiamos el calzado, pusimos orden en nuestros vestidos — el Confíteor — y llamamos a la puerta con mesura — los Kyries—. Al entrar y ser admitidos a la presencia del Señor poderoso, le saludamos — Gloria—, y por fin le expusimos nuestra demanda — Colecta—. Mas, para que nuestra súplica sea verdaderamente escuchada, sacamos una carta de recomendación o tarjeta de visita del señor párroco, o de otro conocido: esto cabalmente hicimos en la Colecta, refiriéndonos a Jesucristo... «Por Jesucristo...», al final de la oración. Parsch: o. c. pág. 65.

b) Dios N. S., infinitamente amable, se ha dignado recibir muy complacido nuestra visita y nuestra súplica ; pero ahora, es El quien va a hablarnos a nosotros — pues hasta ahora hemos sido sólo nosotros los que hemos hablado a Dios—, y va a hablarnos primero por medio de sus legados y embajadores, los Profetas y los Apóstoles— en la EPISTOLA—, y después, por medio de su propio Hijo — en el EVANGELIO—, es decir, va a hablarnos con la lectura de los libros sagrados, con la BIBLIA... He aquí el libro de texto del Cristianismo, el libro incomparable y divino que la Iglesia pone en nuestras manos para ilustrar y robustecer nuestra fe; por eso la Misa, donde se lee y se comenta ese libro, es también la escuela y la cátedra popular donde Dios mismo es el maestro soberano que enseña, que corrige, que educa a su pueblo.

173. ¿Qué nos recuerdan estas lecturas?

Las lecturas de la Epístola y del Evangelio, separadas por el canto del Gradual y del Aleluia — o del Tracto — y seguidas de la predicación, nos recuerdan las asambleas de las sinagogas judías, donde se tenían también dos clases de lecturas, separadas por el canto de los salmos y seguidas de la interpretación o explicación de lo leído. Cfr. 126 y 127.

174. ¿Cómo comenzaba la Misa en los tiempos más remotos?

Comenzaba por estas lecturas, como puede verse en la descripción de S. Justino 136 (2) y en la Misa del Viernes Santo, que es el ejemplo más genuino y primitivo que conservamos de la Misa de los catecúmenos. El Introito, como se sabe, se añadió en el siglo V y se atribuye al Papa Celestino (+ 432). V. 141 (3) y 159.

Entonces, además de leerse «las memorias de los Apóstoles (el Evangelio) y los escritos de los Profetas», como dice S. Justino, también se leían a veces las cartas de los Papas, de los Obispos y de otras iglesias; cartas que solían llamarse «pacíficas o comunicatorias», porque tendían a conservar la unión y la paz entre los Obispos y el Papa. Era también frecuente leer las actas de los mártires. «Por ahí se ve cuán llena de vida era esta parte de la Misa, aun me atreveré a decir, que ésta era la que le daba la nota de actualidad. Imagínense, por ejemplo, los sentimientos que habrían de experimentar los fieles al escuchar la lectura de una carta recibida entonces mismo de sus hermanos de Lyon, que se hallaban encarcelados por Cristo, algunos de los cuales habían ya sufrido la tortura, el potro o las uñas de hierro, u oían ya los rugidos de los leones, destinados a devorarlos dentro de algunos días, quizá de algunas horas: «Lectura de las cartas de las iglesias de Viena y Lyon: los siervos de Cristo, que están en Viena y en Lyon, en la Galia, a los hermanos de Asia y de Frigia, que tienen la misma fe y la misma esperanza de redención que nosotros, paz y gracia y gloria a Dios Padre y a Cristo, nuestro Maestro». Cabrol: o. c., cap. 7, pág. 111.

Hasta el siglo V, en que comenzaron a fijarse para cada Misa fragmentos escogidos de la Biblia, las lecturas seguían un solo trazo, es decir, se continuaba al día siguiente en el punto donde se había dejado en la última asamblea, siguiendo siempre la dirección del Obispo.

175. Actualmente en nuestras misas, ¿cuántas lecturas suele haber?

Suele haber, por lo regular, dos lecturas: 1, la Epístola (de epistello, enviar), o sea algún trozo escogido de una carta o misiva de los Apóstoles, o algún pasaje del Antiguo Testamento, y 2, el Evangelio.

Decimos por lo regular, porque hay Misas que, por ser muy antiguas — Cuatro Témperas, Vigilias, Semana Santa...—, tienen tres y aun siete lecturas: como antiguamente estas epístolas no se cantaban, sino que sólo se leían, el misal les da siempre el título de lectura... Lectura de la Epístola... Lectura del libro de la Sabiduría.

176. ¿Cuáles son las epístolas que con más frecuencia se leen en la Misa?

Aunque en las Misas de algunos Santos y, sobre todo, en las ferias de Cuaresma no faltan preciosas lecturas del Antiguo Testamento; pero, en general, son las epístolas inmortales del gran Apóstol de las Gentes, San Pablo, las que forman el fondo doctrinal de nuestras lecturas.

San Pablo es, por excelencia, el Apóstol de Jesucristo, y es también nuestro apóstol. Desde el momento en que el mismo Jesucristo le llamó de entre sus más encarnizados perseguidores para convertirle en instrumento elegido que anunciase su nombre a todas las naciones, a los reyes y a los hijos de Israel, Pablo no pensó, ni respiró, ni vivió más que para Cristo... IN CHRISTO JESU es la fórmula sublime que, con estas o parecidas palabras, repite hasta 164 veces en sus cartas. Y es nuestro apóstol, porque nosotros tenemos la gloria de haber sido los gentiles a quienes él vino a predicar a Cristo. Sus catorce cartas, desarrollando, entre otros, estos tres temas favoritos suyos: la necesidad de la fe, lo gratuito de la justificación y, sobre todo, la universalidad del cristianismo no pueden envejecer y presentan hoy la misma actualidad que cuando se escribieron. «Entregado asiduamente a la lectura de las cartas del bienaventurado Pablo — decía S. Juan Crisóstomo, confesando que les debía toda su elocuencia —, lo que siento y me llega al alma es que no todos, como sería justo, conocen a tal varón; y algunos lo desconocen hasta el punto de no saber ni el número de sus epístolas. Esto no proviene de su incapacidad, sino de que no quieren tener continuamente en sus manos los escritos de este santo varón.» Pref. a las Epist. de San Pablo (Breviar. Rom: Domin. 11 post Epiphani., 2 Noct.)

EPISTOLA.

Lectura de la Epístola del Bienaventurado Apóstol Pablo a los Romanos (VI, 19-23). Hermanos: Hablaré a lo humano, en atención a la flaqueza de vuestra carne: así como habéis empleado los miembros de vuestro cuerpo para servir a la impureza y a la iniquidad, así ahora empleadlos para que sirvan a la justicia, para la santificación. Porque érais esclavos del pecado sacudisteis el yugo de la justicia. ¿Y qué fruto sacasteis entonces de aquellos desórdenes, de que ahora os avergonzáis? En verdad que la muerte es el fin a que conducen. Por lo contrario, ahora que estáis libres del pecado y que habéis sido hechos siervos de Dios, cogéis por fruto vuestro la

santificación, que tiene como fin la vida eterna. Porque la paga del pecado es la muerte; el galardón de la virtud es la vida eterna, en J. C. N. S.

P. Gracias a Dios.

177. ¿Con qué fórmulas litúrgicas responde el pueblo a la lectura de la Epístola y del Evangelio?

A la lectura de la Epístola responde con esta fórmula de origen apostólico: 1 Cor. XV, 57; II Cor. II, 14; Tesal. V, 18, y que fue respuesta de muchos mártires cuando recibían la sentencia de muerte: DEO GRATIAS, GRACIAS A DIOS; fórmula tradicional en tantos actos de la vida religiosa y tan arraigada en nuestro pueblo cristiano que, a un «muchas gracias», sabe todavía responder con nobleza: «A Dios sean dadas».

Hasta los niños cristianos sabían responder con el DEO GRATIAS al oír la sentencia de los tiranos: el año 304, en Cartago, los perseguidores sorprenden al niño Hilarión en una asamblea eucarística junto con sus padres y hermanos. El procónsul, después de haber martirizado a muchos, reservó para el último lugar al pequeño Hilarión. Ni caricias, ni halagos pudieron arrancarle la fe a aquel valiente niño. Al fin le amenazó con hacerle arrancar el pelo, la nariz y las orejas. Pero el intrépido niño le contestó: «Haz como quieras: yo soy cristiano». Y cuando por fin el procónsul mandó llevarlo a la cárcel, el niño se contentó con replicar: DEO GRATIAS. Acta Sanct. Saturnini, Dativi, etc., 17: Ruinart, pág. 346.

A la lectura del Evangelio precede el «GLORIA A TI, SEÑOR», ya de uso corriente en el siglo IV, y a su terminación se añade esta otra fórmula, también muy antigua: «ALABANZA A TI, CRISTO».

178. Terminada la lectura de la Epístola, ¿qué suele cantarse en las misas solemnes o leerse en las privadas?

Suele cantarse o leerse el GRADUAL y el ALELUIA, o en lugar de este último, el TRACTO.

EL GRADUAL, más antiguo que el Introito, era en otros tiempos todo un salmo que cantaba un cantor desde las gradas del pulpito — de ahí su nombre—, y que venía a expresar con sencilla melodía los sentimientos que despertaban la Epístola que acababa de leerse, o la fiesta del día. Hoy ha quedado reducido a un versículo con su respuesta.

179. «La historia del ALELUIA es todo un poema» (Cardenal Pitra).

Palabra hebrea, compuesta, que significa «Alabad o alabanza a Dios», ha pasado inalterable a todas las lenguas: para los mártires era el grito que los animaba en su postrer combate (Cornel. A. Lapide: Comment. in Ep. ad Eph. V, 20); para el labrador era grito de alegría en sus faenas del campo; para los bretones recién convertidos — año 429 — fué lo primero que aprendieron a cantar (S. Gregorio: I 27 c-8), y el canto de victoria con que triunfaron de sus enemigos. De persecut. vandal. I (Migne: P. L. 58, 108.) Por su carácter de gozo se omite en los días de penitencia: en este caso le sustituye a veces el TRACTO: o sea un canto de tristeza y de penitencia formado por algunos versículos que se cantaba — como indica su nombre tractos, arrastrado, seguido — seguidamente, todo de una vez, sin modulaciones en la voz.

180. El canto del Aleluia dio origen a las SECUENCIAS.

La última a se alargaba con multitud de notas musicales: en seguida, a cada nota se añadió una sílaba, y a cada grupo de notas una palabra, una frase... ; así nacieron las SECUENCIAS, o sea las cosas que siguen.

Antes, casi cada fiesta y cada domingo tenían sus secuencias; se han llegado a contar 900 de estas composiciones de muy diverso mérito y gusto literario; la reforma del misal admitió cinco, que escogió entre las más bellas: «Victimae paschali laudes», que se atribuye a Wipo, 1050, capellán de Conrado II y de Enrique III; «Veni, Sancte Spiritus», atribuida a Inocencio III (1198-1216); «Lauda Sion, Salvatorem», de Sto. Tomás de Aquino (1226-1274); «Dies irae», de Tomás de Celano (1260), y «Stabat Mater», de Iacopone de Todi (+ 1306), aunque no se introdujo en el misal hasta 1727.

GRADUAL

VERSO (del salmo 33): Venid, hijos, y oídme: yo os enseñaré el temor del Señor.

RESPUESTA (del mismo salmo): Acercáos a El, y seréis iluminados: y vuestros rostros no serán confundidos.

ALELUIA

Aleluia, aleluia. Todas las gentes aplaudid con las manos; vitoread al Señor con poces de júbilo. Aleluia.

181. ¿Cuál es el punto culminante de la Misa de los catecúmenos?

Es la lectura del EVANGELIO.

Aunque los encargados de leer el Evangelio fueron desde la antigüedad los diáconos, en muchas iglesias, en las fiestas principales, le leía algún sacerdote, y a veces hasta los mismos reyes y príncipes cristianos. «En el día santo de la Natividad del Señor — nos dice Alberto Argentínense en su Cronicón —, el Rey Garlos comulgó y leyó en la Misa del Gallo, en voz alta y teniendo en la mano la espada desenvainada, el Evangelio: «Exiit edictum a Caesare Augusto». Este texto (advierte oportunamente Diez Gut. O'Neil) nos recuerda la costumbre de la Edad Media, en la que todos los militares oían el Evangelio con la espada desnuda y levantada en alto. ¡Espectáculo impresionante para todos los cristianos, quienes comprendían perfectamente su significado!: todos los presentes estaban decididos a defender con las armas las verdades del Evangelio. De aquel uso nació la tan popular y gráfica manera de expresar la amistad entre la Iglesia y el Estado, en la España Imperial del tiempo de los Reyes Católicos, con la frase: «CRUZ Y ESPADA».

182. ¿Cómo se prepara el sacerdote para este acto?

En medio del altar, con las manos juntas y profundamente inclinado, recita en voz baja una plegaria pidiendo a Dios que purifique su corazón y sus labios como purificó los labios del profeta Isaías.

Con grandiosa inspiración, inmediatamente antes del Evangelio, la liturgia Católica nombra a Isaías, al mayor de los profetas, al «Profeta-Evangelista», como se le ha llamado, sobre todo, por sus sorprendentes visiones de los dolores y de la Pasión de N. S. Jesucristo...— ¡Ay de mi! —, exclamó Isaías, cuando Dios le llamaba al ministerio profético — ¡Ay de mi!, que soy hombre de labios impuros y estoy viendo con mis propios ojos al Rey, Señor de los Ejércitos. Pero uno de los serafines, que planeaba en torno del Señor, vino volando hacia mi, y en su mano tenía una brasa ardiente que con las tenazas, había tomado del altar. Con ella tocó mi boca y dijo: —Tu iniquidad ha sido quitada... Así tiembla el sacerdote cuando va a cumplir el oficio del heraldo del Evangelio, y suplica a Dios renueve en su favor el milagro del carbón ardiente. Cfr. Isai. 6.

EVANGELIO

PREPARACION: «Purifica mi corazón y mis labios, oh Dios todopoderoso, que purificaste los labios del profeta Isaías con un carbón encendido; dignate por tu grata misericordia purificarme del mismo modo, para que pueda anunciar dignamente tu santo Evangelio. Por Jesucristo nuestro Señor. Amén.

Dame, Señor, tu bendición.

El Señor esté en mi corazón y en mis labios, para que pueda anunciar digna y competentemente su Evangelio. Amén.

183. ¿Por qué el Evangelio se lee en el lado derecho del altar?

Porque es universalmente considerado como el lugar más honorífico; y también por esta razón simbólica: ese lado en las basílicas antiguas venía a coincidir con el Norte, pues se construían generalmente de tal manera que los fieles orasen cara al Oriente — del Oriente vino Jesucristo, los Profetas le llamaron «Oriente, Luz Verdadera, Sol de Justicia»—; y como en la S. Escritura el lado Norte, región fría y oscura, simboliza al paganismo y, en cambio, el Sur representa a los adoradores del verdadero Dios, por eso el Evangelio, que viene a iluminar las tinieblas del paganismo, se lee en el lado Norte, así como la Epístola, que es para los ya cristianos, se lee en el lado Sur.

184. ¿Con qué honores y ceremonias ha rodeado la Iglesia la lectura del Evangelio?

Como para ella el libro de los Evangelios representa al mismo Jesucristo, que vive siempre y palpita en sus páginas, la Iglesia le rinde los mayores honores.

Los Evangelios son los principales documentos que refieren la buena noticia — eso significa en griego la palabra —, o sea, la salvación del mundo traída por Jesús, el hecho de la revelación cristiana, la vida y doctrina de N. S. Jesucristo. Decimos que son los principales, porque entre los documentos cristianos, que hablan sobre lo mismo, hay, además, otros, como los Hechos de los Apóstoles y los demás escritos del Nuevo Testamento; y entre los no cristianos, están los escritos de los judíos, Josefo y Filón: y los latinos, de Plinio, el joven — su famosa carta 97—, los de Suetonio— vidas de Claudio y de Nerón — y, sobre todo, Tácito. —Anuales, lib. XV.

En el curso del año Litúrgico, la Iglesia nos ofrece en su Misal cerca de doscientos trozos evangélicos diferentes:

65 de San Mateo. — 63 de San Juan. — 58 de San Lucas. — 12 de San Marcos.

Después del Smo. Sacramento, nada puede haber para nosotros más precioso que el «Verbum vitae», la palabra de vida, encerrada en este libro sagrado por excelencia.

185. ¿Dónde se despliegan con toda su magnificencia esos honores al libro de los Evangelios?

En la Misa solemne: el diácono toma el Evangeliario y lo coloca sobre el altar, manifestando así la identidad que existe entre el Verbo de Dios, que vamos a oír en el Evangelio, y Nuestro Señor, de quien el altar es representación o imagen. Bendecido el incienso por el celebrante, el diácono se arrodilla sobre el peldaño más elevado del altar y recita la oración «Purifica mi corazón»; se levanta, vuelve a tomar el Evangeliario que, Jesucristo, figurado por el altar, parece confiarle, y prosternado a los pies del celebrante le pide su bendición: se la da en nombre de la Sma. Trinidad, y el diácono besa la mano del sacerdote, mano que éste ha colocado sobre el libro en ademán de entregárselo y de que lo lea en nombre suyo. Se organiza en seguida la procesión para el canto del Evangelio: Cfr. 251: hacia el atril o pulpito avanza el turiferario, dos acólitos con sendos ciriales, el sub-diácono y, por fin, el diácono llevando con respeto y con cariño delante del pecho el Evangeliario... Saludo a la asamblea: Dominus vobiscum, anuncio del trozo evangélico que va a leerse, cruces sobre el libro y sobre sí mismo: en la frente; el cristiano no debe avergonzarse del Evangelio: en la boca, debe confesarlo en todas partes: en el pecho, debe llevarlo siempre impreso en el corazón... Aclamación entusiasta del pueblo a Jesucristo: Gloria a Ti, Señor... tres golpes de incienso al Evangeliario y, por fin, la lectura alegre, reposada, del texto evangélico. Un beso de amor al libro de los Evangelios y de agradecimiento a Cristo, que acaba de hablarnos, viene a cerrar todo el magnífico ceremonial con que la Iglesia quiere honrar a su libro más querido. Cfr. Gueranger: La Santa Misa, explicada, pág. 48-54. Antiguamente también los fieles besaban ahora — mientras se recitaba el CREDO — el Evangeliario, que ante ellos iba pasando un sub-diácono: los seglares lo besaban cerrado, y los clérigos abierto.

186. ¿En qué actitud debe oírse la lectura del Evangelio?

En señal de respeto al Evangelio y de obediencia pronta y enérgica a sus enseñanzas, debe oírse de pie.

Los Obispos se quitan la mitra, y en otros tiempos los caballeros cristianos y las Ordenes militares presentaban armas, desenvainando sus espadas, y hasta los emperadores, los reyes y sus esposas deponían en este momento sus brillantes diademas.

¡Con qué cariño miraba el pueblo cristiano al libro de los Evangelios! «¿No ves — nos dice S. Juan Crisóstomo — cómo las mujeres y los niños pequeñitos llevan los Evangelios suspendidos del cuello, como un escudo de defensa?» Homil, 19 ad pop. Cfr. n. 257. Y de Santa Cecilia nos dicen las Actas de su martirio, que siempre llevaba en el pecho, como la más preciosa reliquia, el Evangelio de Cristo. Todavía hoy este libro, que ricamente encuadernado presidió los Concilios y recibió los más solemnes juramentos de los fieles, de los caudillos y de los jefes supremos de los pueblos, sigue ahora testificando las afirmaciones más graves de la vida, recibiendo la profesión de los sacerdotes y de los doctores. —¿Existe alguna relación entre las dos lecturas: entre la Epístola y el Evangelio?: Aunque no siempre, pero en muchos casos podemos hallar alguna de estas relaciones: de la promesa al cumplimiento, o de la moral al dogma...

LECTURA DEL EVANGELIO:

S. El Señor sea con vosotros.

P. Y con tu espíritu.

S. Continuación del santo Evangelio, según S. Mateo (7, 15-21):

P. Gloria a Ti, Señor.

S. En aquel tiempo: Dijo Jesús a sus discipulos: Guardaos de los falsos profetas que vienen a vosotros disfrazados con pieles de ovejas, mas por dentro son lobos voraces. Por sus frutos los conoceréis. ¿Acaso se recogen uvas de los espinos, o higos de los zarzales? Asi, todo árbol bueno da buenos frutos; y todo árbol malo produce frutos malos. No puede el árbol bueno dar malos frutos, ni el árbol malo darlos buenos. Todo árbol que no da fruto será cortado y echado al fuego. Asi, pues, por sus frutos los conoceréis. No todo el que me dice: «Señor, Señor», entrará por eso en el reino de los cielos; sino el que hace la voluntad de mi Padre celestial, ése es el que entrará ni el reino de los cielos.

P. Alabanza a Ti, oh Cristo.

187. CON LA HOMILIA o comentario familiar del Evangelio — eso significa homilía—, solía terminar la primera parte de la Misa, o Misa de los catecúmenos: era ahora cuando tenía lugar la despedida — missa — de los catecúmenos: «Después del sermón — nos dice San Agustín: Serm. 49, 8 — se despide a los catecúmenos, y quedan sólo los fieles». Cfr. nn. 127 y 138.

188. EL CREDO. Pero ya a principios del siglo VI, primero en Oriente, en Constantinopla, después en Occidente, en España — Concilio de Toledo, año 589—, y luego en toda la cristiandad, comienza a recitarse en la Misa EL CREDO, como afirmación pública y solemne, clara y distinta de las creencias católicas.

Antes, el CREDO, en su forma más antigua y simplificada — como el que aprendemos en el Catecismo, y que se llama «Símbolo de los Apóstoles» porque representa el fondo de la predicación apostólica—, estaba únicamente reservado para las ceremonias del BAUTISMO, donde realmente la profesión de fe, más aún que en la Misa, tiene su lugar propio y natural.

EL CREDO NO SE RECITA EN TODAS LAS MISAS: La Iglesia, al reglamentar su uso, ha tenido presente, sobre todo, estos dos motivos:

1. EL CONCURSO DEL PUEBLO: todos los domingos del año — Patronos principales —, Dedicación de las iglesias.

2. RELACION DEL CREDO CON LA FIESTA QUE SE CELEBRA: fiestas del Señor — de la Sma. Virgen —, de los Santos Angeles (invisibilium), Apóstoles y Doctores.

CREDO o Símbolo Niceno-Constantinopolitano.

CREO EN DIOS PADRE

Creo en un solo Dios (inclinación).

Padre Todopoderoso, creador del cielo y de la tierra, de todas las cosas visibles e invisibles. (Angeles.)

CREO EN DIOS HIJO

Y en un solo Señor, Jesucristo, Hijo unigénito de Dios.

Y nacido del Padre antes de todos los siglos. Dios de Dios, Luz de Luz, Dios verdadero de Dios verdadero. Engendrado, no hecho, consubstancial al Padre, por quien todas las cosas fueron hechas.

El cual por nosotros los hombres y por nuestra salvación, bajó de los cielos (arrodillándose) Y SE ENCARNÓ POR OBRA DEL ESPIRITU SANTO, DE MARIA VIRGEN: Y SE HIZO HOMBRE.

Fue crucificado también por nosotros: padeció bajo el poder de Poncio Pilatos, y fue sepultado.

Y resucitó al tercer día, según las Escrituras.

Y subió al cielo: está sentado a la diestra del Padre.

Y otra vez ha de venir con gloria a juzgar a los vivos y a los muertos; y su reino no tendrá fin.

CREO EN DIOS ESPIRITU SANTO

Creo en el Espíritu Santo, Señor y vivificador. Que del Padre y del Hijo procede.

Que con el Padre y el Hijo juntamente es adorado y glorificado. Que habló por medio de los Profetas.

189. ¿Cómo se llama el Credo o Símbolo que recitamos en la Misa?

Se llama «SIMBOLO NICENO-CONSTANTINOPOLITANO», porque viene a ser una fusión de los dos Símbolos redactados por esos Concilios, celebrados el de Nicea en el año 825, y el de Constantinopla en 381.

En realidad, en la Iglesia Católica nunca ha existido más que un solo Símbolo, firme e inalterable en cuanto al fondo; pero en cuanto a la forma, es decir, en cuanto al modo de proponer más explícitamente éste o aquél dogma, y de desarrollar uno u otro artículo, ya contenido en el Símbolo de los Apóstoles, pero que requería mayor declaración y más rotunda afirmación ante los ataques del error y de la herejía, estos dos Concilios Ecuménicos — o sea, Concilios a los que asisten Obispos de todo el mundo, al de Nicea asistieron 318, y ostentando la representación del PAPA, acudió nuestro célebre OSIO de Córdoba — dieron nueva forma al símbolo de los Apóstoles: el de Nicea, para combatir la herejía de Arrio, que negaba la divinidad de Jesucristo, explicó más detalladamente el segundo artículo del Credo; y el de Constantinopla confirmó plenamente la divinidad del Espíritu Santo para oponerse a Macedonio.

Como uno de los mejores comentarios del CREDO, recomendamos a nuestros lectores el original libro del Coronel Igotus (José de Elola) «EL CREDO Y LA RAZON» (3 edic.).

CREO EN LA IGLESIA

Creo en la Iglesia que es una, santa, católica y apostólica.

Confieso que hay un solo Bautismo para el perdón de los pecados.

Y espero la resurrección de los muertos.

Y la vida del siglo venidero (santiguándose). Amén.

CAPITULO VII MISA DE LOS FIELES PARTE PRIMERA

Números 190-206

Preparados en la ANTE-MISA

con la purificación del alma y

con la ilustración de la fe, entramos

ya en la Misa propiamente dicha,

es decir, en el SANTO SACRIFICIO.

190. El Santo Sacrificio ¿de cuántas partes consta?

De tres partes:

I. Del Ofertorio u ofrecimiento de la materia del sacrificio.

Desde el mismo Ofertorio hasta el Prefacio.

II. De la Consagración o realización del sacrificio.

Desde el Prefacio hasta antes del Pater Noster.

III. De la Comunión o banquete del sacrificio.

Desde el Pater Noster hasta el fin.

191. OFERTORIO.

Plegarias

(Antífona-restos del Salmo de la procesión de las Ofrendas)

A Dios Padre

1 OFRENDA del PAN: «Súscipe Sancte Pater»

2 Mezcla del agua con el vino: «Deus, qui humanae» 3 OFRENDA del VINO: «Offerimus tibi» 4 OFRENDA DE NOSOTROS MISMOS: «In spiritu humilitate»

A Dios Espíritu Santo

5 INVOCACION al Espíritu Santo «Veni... Sanctificator» 6 Lavatorio de las manos: «Lavabo inter innocentes»

A la Santísima Trinidad

7 RESUMEN de las plegarias del Ofertorio: «Suscipe, S. Trin.»

INVITACIÓN a orar y respuesta de los fieles: «Orate Fratres» y «Suci piat»

8 ORACION sobre las ofrendas separadas; SECRETA

AMEN-FINAL

192. ¿Cómo empieza la Misa de los Fieles?

La Misa de los Fieles empieza con el acostumbrado saludo cristiano: «Dominus vubiscum» y la invitación a orar: «Oremus».

En la Liturgia primitiva, después de este saludo e invitación a orar — invitación que ahora queda sin respuesta y claramente indica que existe aquí un vacío—, tenía lugar toda una serie de oraciones por el Papa, el Obispo, los enfermos, los cautivos, etc., como en las hermosas plegarias del Viernes Santo. Así sucede en las demás Liturgias, que tienen todas, en este momento, esta oración colectiva de los fieles, y así lo colegimos de los documentos litúrgicos más antiguos; véase p. e., a 8. Justino: n. 136 (4).

Hoy, a esta invitación a la plegaria sigue una antífona sencilla y ordinaria en apariencia... pero cuánta historia encierra esta antífona y cuán herniosos recuerdos evoca: es el OFERTORIO.

193. Durante muchos siglos ¿quiénes eran los que ofrecían la materia para el sacrificio y para la comunión de los fieles?

Eran los mismos fieles. Una vez terminada la misa de los catecúmenos, y despedidos éstos del templo, se dirigían los fieles en procesión hacia el altar, primero los hombres y después las mujeres, llevando unos el pan y el vino — vino tinto era el único que entonces se consagraba — que habían de servir para el sacrificio, y otros también otras ofrendas, o en especie, como cera, aceite, frutas, lana, o en dinero. También era costumbre presentar algunas flores, como rosas y azucenas.

Después de los fieles solían hacer su ofrenda los reyes o emperadores, luego los diáconos, sacerdotes y, por fin, el mismo Obispo celebrante. Teodoreto, hablando del emperador Teodosio, nos dice: «Al llegar el momento de ofrecer los dones a la Sagrada Mesa, Teodosio, levantándose y con lágrimas en los ojos, subió al santuario, y ofrecidos los dones, quedóse junto a la reja, como solía. Mas entonces no se calló el gran Ambrosio, sino que le enseñó la diferencia de lugares... «La entrada — le dijo — a los lugares más interiores, oh emperador, a solos los sacerdotes les está permitida: para todos los demás invia sunt et intacta... por lo tanto, sal y ponte con los demás: nam purpura imperatores facit, non sacerdotes, porque la púrpura hace emperadores, pero no sacerdotes». Citado por Cirera: o. c., página 491. Teodoreto: *Histor, eccl.*, 1. V., c. 17. P. G. t. 82, c. 1235.

Colocábanse estas ofrendas sobre un blanco mantel, en la mesa del sacrificio — prothesis—, situada a un lado del altar; los diáconos separaban el pan y vino que debía consagrarse, y

reservaban lo demás para los pobres, los enfermos, las viudas y para las diversas necesidades de la Iglesia.

Léase esta emocionante enumeración de los necesitados, a quienes socorría la Iglesia en el siglo III. «Cada uno de nosotros aporta todos los meses su módico tributo, cuando y como quiere, según sus posibilidades, pues a nadie se le obliga, todo es voluntario, y forma como un depósito de piedad que no se gasta en banquetes ni en estériles disipaciones, sino que se emplea en alimentar a los pobres, en darles sepultura, en el sustento de los infelices huérfanos, de los criados extenuados por la edad y de los náufragos, en alivio de los condenados a las minas, de los desterrados lejos de su patria, o de los detenidos en las cárceles por la Causa de Dios». Tertul. apolog. c. 93. P. L. t. I, col. 533. Ya a mediados del siglo III, en tiempos de San Cornelio, la Iglesia de Roma mantenía a más de 1500 pobres. Jaffé: Eegest. Pontif. n. 106, p. 17.

Parte de los panes, no consagrados, después de recibir una bendición especial — por eso se llamaban «Eulogios o pan bendito» —, se distribuían a los catecúmenos, ya que éstos no podían comulgar, y también se remitían a los ausentes en señal de unidad y caridad cristiana. Reminiscencias de estas ofrendas en especie, son todavía en la Misa de la consagración de los Obispos los dos cirios, dos panes y dos barrilitos de vino que, el que va a ser consagrado, ofrece al Obispo consagrante lo mismo que los cirios que ofrecen en sus ordenaciones los nuevos sacerdotes y demás ministros del altar. 194. ¿Qué significación tenían estas ofrendas espontáneas de los fieles?

Con estas ofrendas se unían los fieles al Santo Sacrificio y participaban activamente en su celebración; de este modo la Misa aparecía lo que es, un acto verdaderamente colectivo y social.

Además, la ofrenda representando a los mismos fieles era símbolo de la entrega que hacían éstos de sus personas a Dios — la ofrenda particular e insignificante de cada fiel, al unirse y fundirse con las de los demás, se transformaba en un solo y grandioso donativo de la comunidad—, y, en fin, el pan y vino que ofrecían se les devolvía después divinizado y transformado en el Cuerpo y Sangre de Jesucristo: esta transformación era símbolo de la que en ellos obraba la Eucaristía: «No vivían ya ellos, sino que Cristo vivía en ellos»».

Para comprender el Ofertorio, que es hoy concretamente el ofrecimiento del pan y del vino que ha de servir como materia del sacrificio, hay que tener presente que es un acto de adoración: es decir, un acto por el cual reconocemos a Dios como soberano Señor de todas las cosas y, en particular, del pan y del vino, que son el alimento ordinario de nuestra vida.

En el Ofertorio hay, pues, una substitución: el pan nos sustituye, está en nuestro lugar... Y el pan, ¿no representa nuestra vida? ¿No decimos con mucha verdad que ganamos el pan, o ganamos la vida?

En estos momentos del Ofertorio, en que se realiza el acto más humano de toda la Misa, la entrega de lo que tenemos y de lo que somos, hemos de colocar sobre la patena y junto al pan candeal, fruto de nuestros trabajos y sudores, todas nuestras oraciones, nuestros deseos, nuestras penas, nuestros sufrimientos y también nuestros pecados, para que sean lavados con la sangre inmaculada de la Víctima Divina.

195. Durante esta procesión de las ofrendas, ¿qué solía cantarse?

Aunque al principio — hasta el siglo IV— el Ofertorio se hacía en silencio, pero pronto se vió la conveniencia de amenizar religiosamente estas procesiones, muchas veces de larga duración, cantando, como en el Introito, algún salmo antifonado que despertara el alegre fervor de los donantes.

Este es el origen de nuestro actual Ofertorio, que, al cesar la ofrenda popular, quedó reducido a sólo la antifona, sacada siempre de algún salmo en las misas antiguas y que cambia como el mismo Introito en cada misa, para reflejar mejor el ambiente y espíritu de la solemnidad del día.

La Misa del Sábado Santo es la única que carece de Ofertorio; pues siendo en sus orígenes una Misa nocturna — la Misa que ahora se celebra el Sábado Santo, se decía antiguamente en las primeras horas del domingo de Resurrección —, los fieles no traían a ella sus acostumbradas ofrendas.

196. ¿Hasta cuándo duraron estas ofrendas en especie?

Hasta el siglo XI: en el cambio de la naturaleza de las ofrendas influyeron, entre otras, estas dos causas:

- 1, la introducción del pan ázimo o pan sin levadura, pues hasta entonces se consagraba indiferentemente con pan ordinario o fermentado — y esto era lo más común—, o con pan ázimo.
- 2, la gradual disminución del número de los comulgantes. De esta manera fueron quedando casi solamente las ofrendas en dinero.

Hoy la ofrenda popular consiste ordinariamente en los estipendios que los fieles ofrecen voluntariamente a sus sacerdotes, y también en la colecta que se verifica durante la Misa.

Por supuesto que en estos estipendios, o limosnas, o intenciones de misas que los buenos católicos entregan al sacerdote, no hay ni asomos de sórdida simonía: «no hay compra de valores espirituales por un precio temporal en que se tasara la Misa; todo el oro del mundo no bastara a pagar condignamente la menor miguita de la gracia divina, cuánto menos el tesoro inagotable de bienes que encierra una sola misa. El estipendio, además de ser un sacrificio meritorio hecho a la divinidad, resulta un acto de caridad, y 3 veces de justicia para con el sacerdote, sobre todo si es nuestro párroco o pastor. El que sirve al altar, debe vivir del altar, dice S. Pablo, y nada tiene de extraño que si el sacerdote nos da los bienes espirituales, nosotros le respondamos alargándole siquiera un mendrugo de pan y aquello que necesita para su congrua sustentación.» G. Prado: Curso Popular de Liturgia, n. 169.

OFERTORIO

S. El Señor sea con vosotros.

P. Y con tu espíritu.

S. Oremos: Como recibías el holocausto de carneros y de toros, y los sacrificios de millares de pingües corderos, así sea grato hoy nuestro sacrificio en tu acatamiento: pues no son confundidos los que en Ti confían. (Dan. 3, 40).

197. ¿Cómo ofrece el sacerdote el pan y el vino que va a consagrar?

EL PAN.—El sacerdote toma en sus manos consagradas el plato de oro o patena, que contiene una hostia grande y redonda marcada con un ligero relieve de la imagen del Crucifijo, sostiene levantada esta patena a la altura de los ojos y, acompañando con el gesto las palabras que pronuncia, alza los ojos hacia la Cruz del altar, los baja en seguida sobre la Hostia Inmaculada — ya ahora, por anticipación, se llama así a la hostia que en seguida va a ser el Cuerpo del Cordero sin mancha—, mientras recita la oración: «Recibe, Padre santo», anterior al siglo X y la más rica y substanciosa de todas las del Ofertorio.

Antes de depositar la Hostia sobre el altar, traza, con la patena que la contiene, una cruz sobre los corporales — así en forma de cruz se colocaban los panes que iban a ser consagrados —, deja sobre aquéllos la Hostia y coloca a su lado derecho, parcialmente cubierta con los corporales, la patena ya vacía, o, si es misa solemne, la toma el subdiácono y la sostiene envuelta con el velo humeral: véase n. 109.

OFRECIMIENTO DEL PAN: Recibe, oh Padre santo, omnipotente y eterno Dios, esta inmaculada hostia, que yo, indigno siervo tuyo, ofrezco a ti, Dios mio y verdadero, por mis innumerables pecados, ofensas y negligencias, y por todos los circunstantes, y también por todos los fieles cristianos vivos y difuntos; para que a mi y a ellos nos aproveche para la salvación y vida eterna. Amén.

Esta oración es como un breve programa de todo lo que puede decirse sobre el Sacrificio de la Misa, pues nos declara: 1, A quién se ofrece el sacrificio; 2, Qué se ofrece; 3, Quién lo ofrece; 4, Por quiénes se ofrece; 5, Con qué fines lo ofrece.

198. EL VINO.—Después, fuera de los corporales, prepara el CALIZ limpiando su copa e infundiendo en ella un poco de vino; lo mezcla en seguida con algunas gotas de agua que previamente bendice con la señal de la cruz — si no es Misa de difuntos—, al mismo tiempo que recita una de las más bellas oraciones: «¡Oh, Dios, que creaste de modo admirable!...» — véase n. 119—; vuelve al centro del altar y con las mismas ceremonias con que ofreció la Hostia, pero ahora sin bajar los ojos en toda la oración, hace la oblación del Cáliz, diciendo la oración: «Ofrecémoste, Señor, el Cáliz de salud», oración también muy antigua y perteneciente al rito mozárabe o español, y no en singular como el pan, porque esta oración la decían juntos, celebrante y diácono, mientras este último le ayudaba a sostener el gran cáliz antiguo, del que debían comulgar los fieles. V. n. 107.

La materia del Sacrificio de la Misa es el pan de trigo y el vino de vid completamente fermentado, no corrompido. Siendo verdadero pan lo mismo el pan ázimo que el fermentado, con uno u otro puede válidamente consagrarse, si bien está mandado que los sacerdotes de la Iglesia latina usen pan ázimo y los de la griega pan fermentado donde quiera que celebren. Der. Can.: cc. 814. 816.

199. ¿Qué origen y qué significación tiene esta mezcla del agua con el vino?

Tiene un origen histórico: en la época de Jesucristo no se bebía el vino puro o «merum» que llamaban los romanos. Solían éstos aguar sus vinos fuertes mezclándolos casi en partes iguales;

sólo hacia el fin del convite aumentaban la cantidad de vino: tres cuartas partes de vino por una de agua.

Pero esta mezcla pronto sugirió a los fieles preciosos simbolismos: el vino representa la naturaleza divina de Jesucristo, y el agua, la naturaleza humana; la mezcla del vino y del agua simbolizarán la unión de la naturaleza divina y de la naturaleza humana en la única persona de Jesucristo... Y así como las pequeñas gotitas de agua desaparecen en la masa del vino y en seguida son cambiadas, como el mismo vino, en la sangre de Jesucristo, así nosotros debemos anegarnos, perdernos, desaparecer en Jesucristo, divinizados y transformados en El por la participación de su Cuerpo y de su Sangre.

Para los griegos esta agua es símbolo de la que brotó del costado de Jesús, atravesado por la lanza: por eso en la «Proskomidia» o preparación de la ofrenda, sus sacerdotes atraviesan con una especie de lanceta el pan del Sacrificio.

La oración: «Deus qui humanae substantiae», que con ocasión de este rito recita el sacerdote, es antiquísima, pues ya se encuentra en el Sacramentario Leoniano: V. n. 119. Sobre el estilo, la profundidad y el ritmo de esta oración clásica romana puede verse a Cabrol: *Les Origines Liturgiques*, pp. 110-111.

OFRECIMIENTO DEL VINO «(al mezclar el vino y el agua)»: Oh Dios, que maravillosamente criaste la naturaleza humana y más maravillosamente la reformaste, concédenos que, por el misterio que representa la mezcla de esta agua y vino, participemos de la divinidad de aquel que se dignó participar de nuestra humanidad, Jesucristo, Hijo tuyo y Señor nuestro, que, siendo Dios, vive y reina contigo en unidad del Espíritu Santo, por todos los siglos de los siglos. Amén.

200. ¿Cómo se ofrece a sí mismo el sacerdote?

Colocada ya la ofrenda sobre el ara — el Cáliz hacia el centro de los corporales, cubierto con la palia, y la Hostia delante del mismo Cáliz—, el celebrante, algo inclinado, con las manos juntas y apoyadas sobre el altar, se ofrece a sí mismo y con él a los fieles, valiéndose de aquella bellísima plegaria que resonó por vez primera entre las gigantescas llamas del horno de Babilonia.

Aquellos tres jóvenes hebreos, Ananías, Misael y Azarias, se habían negado valerosamente a adorar la estatua del soberbio rey de Babilonia; arrojados en el horno encendido, lo convirtieron en templo ardiente y llevaron su heroísmo hasta las cumbres más sublimes... Pues mientras paseaban ilesos y victoriosos entre las llamas, generosamente se ofrecían a sí mismos «con espíritu humilde y ánimo contrito», como víctimas expiatorias por los pecados de su nación, de su desgraciada nación que allí, en el destierro de Babilonia, no podía ofrecer los sacrificios que su santa ley les imponía...; «y los tres, como si no tuvieran sino una sola boca, alababan, y glorificaban, y bendecían a Dios en medio del horno, diciendo: «Bendito seas tú, oh Señor, Dios de nuestros padres...» Dan. 3. Hazaña gloriosa de jóvenes heroicos que la Iglesia Católica, con altísima inspiración, ha sabido situar en el preciso momento de la misa donde debe realizarse el sacrificio propio, la ofrenda más costosa de nosotros mismos a Dios

(Al ofrecerse el cáliz): «Ofrecémoste, Señor, el cáliz de salud, implorando tu clemencia, para que, en olor de suavidad, suba hasta la presencia de tu divina Majestad, por nuestra salvación y por la de todo el mundo.

201. Mientras el celebrante recitaba estas oraciones, el coro cantaba tres veces el «Ven, Santificador, Todopoderoso Dios», invocación al Espíritu Santo, para que así como El santificó la virginal fecundidad de María, formando en su seno la Humanidad de Jesucristo, y sigue con sus dones santificando a la Iglesia y a las almas, así ahora santifique — santificar es retirar, apartar — el pan y el vino cambiándolos en el Cuerpo Eucarístico de Jesús.

Hoy esta invocación — especie de «epiclesis» o llamada al Espíritu Santo — la dice el sacerdote mientras con verdaderas ansias levanta hacia el cielo sus brazos para atraer la bendición del Espíritu Santificador sobre el Santo Sacrificio ya preparado. Cfr. 224.

OFRECIMIENTO DE SI MISMO: «Con espíritu humillado y corazón contrito recíbenos, Señor, y de tal manera sea ofiegido hoy nuestro sacrificio en tu presencia, que sea agradable a Ti, oh Señor Dios».

INVOCACION AL ESPIRITU SANTO: «Ven, Santificador Todo poderoso, eterno Dios: y bendice este sacrificio, preparado para lu gloria de tu santo nombre.»

202. Después que el celebrante ha ofrecido el pan y el vino, y a si mismo con los fieles, ¿qué ceremonia realiza?

EL LAVATORIO DE LAS MANOS: para lo cual se encamina hacia el lado de la Epístola, donde lava las extremidades de los dedos que van a tocar el Cuerpo de Jesucristo, recitando mientras tanto los últimos versos del salmo 25. Este lavatorio fue en sus orígenes una medida de orden práctico: convenía lavar las manos que habían estado recibiendo las ofrendas, pero ya desde entonces simbolizó la pureza de corazón con que hay que acercarse a los divinos misterios.

Fue un día Fray Diego de Yepes a celebrar misa en el convento de las Carmelitas de Medina del Campo; y las monjas, para el Lavabo, le pusieron un lienzo muy fino y muy bien perfumado. Esto parecióle al buen Padre un lujo excesivo e impropio de la pobreza religiosa, y así no dejó de manifestarlo después de la misa. Santa Teresa lo sabe y, tomando en el momento la pluma, le escribe estas saladísimas palabras: «Sepa, Padre, que esa imperfección han tomado mis hijas de mí. Pero cuando me acuerdo que Nuestro Señor se quejó al fariseo, en el comité que le hizo, porque no le había recibido con mayor regalo, querría desde el umbral de la puerta de la iglesia que todo estuviese bañado en agua de ángeles; y mire, mi Padre, que no le dan ese paño por amor de V. R., sino porque ha de tomar en esas manos a Dios, para que se acuerde de la limpieza y buen olor que ha de llevar en la conciencia, y si esa no fuere limpia, váyanlo siquiera las manos.» Ribera: Vida de Santa Teresa de Jesús, lib. 4, c. 12, pg. 423.

Antiguamente se lavaban por completo las manos, no como ahora sólo las extremidades: pues además de haber recibido en ellas las ofrendas, el Obispo, al despedir a los catecúmenos, se las ponía sobre sus cabezas, y muchos de ellos eran obreros y esclavos.

SEGUNDA INCENSACION: de la Hostia, del Cáliz, del Crucifijo, del altar, del preste, del coro, del subdiácono y, en fin, de toda la asamblea cristiana.

LAVATORIO DE LAS MANOS (del salmo 25): Lavaré mis manos entre los inocentes, y rodearé, Señor, tu altar. Para oír la voz de tu alabanza y pregonar tus maravillas. Señor, he amado la hermosura de tu casa y el lugar donde reside tu gloria. No pierdas, Dios mio, mi alma con los impíos, ni mi vida con los hombres sanguinarios. Cuyas manos están llenas de iniquidades, y cuya diestra está colmada de presentes. Mas yo he caminado en la inocencia; sálvame y ten misericordia de mi. Mi pie ha permanecido firme en el camino recto: en las asambleas de los fieles te bendeciré. Señor.

Gloria al Padre...

203. Terminado el lavatorio de las manos, que ha interrumpido momentáneamente las plegarias del Ofertorio, ¿qué oración recita el celebrante cuando regresa al centro del altar?

Inclinado en actitud suplicante y con las manos juntas y apoyadas en el borde del altar, recita la oración: «Recibe, ¡oh, Santa Trinidad!», que ya forma parte de la liturgia ambrosiana, aunque hasta el siglo XVI no fue obligatorio el rezarla.

Esta oración, que se dirige no ya sólo al Padre o al Espíritu Santo, como las anteriores, sino a la Santísima Trinidad, viene a ser como el resumen de las plegarias del Ofertorio, y nos indica con todo orden los fines primordiales del Santo Sacrificio, que son:

1, recordar la vida de Jesús (Haced esto en memoria mía), en sus tres grandes misterios: Pasión, Resurrección y Ascensión,

2, honrar a todos los Santos, nombrando entre éstos particularmente a los mismos del Confíteor y aquellos cuyas reliquias están en el ara, pues como se sabe, siendo la Misa un sacrificio impetratorio, obtiene de Dios, para los Santos, un acrecentamiento de gloria accidental;

3, conseguir nuestra salvación, y

4, lograr especialmente que intercedan por nosotros en el cielo aquellos santos cuya memoria y festividad celebramos aquel día en la tierra.

HESUMEN DE LAS PLEGARIAS DEL OFERTORIO: «Recibe, oh Trinidad Santa, esta oblación que te ofrecemos en memoria de la Pasión, Resurrección y Ascensión de Jesucristo N. Señor, y en honor de la bienaventurada siempre Virgen Maria y del bienaventurado San Juan Bautista, y de los santos Apóstoles Pedro y Pablo, y de éstos (cuyas reliquias están en el ara), y de todos los Santos para que a ellos les sirva de gloria y a nosotros para nuestra salva ción, y se dignen interceder por nosotros en el cielo aquellos cuya memoria veneramos en la tierra. Por el mismo J. C. N. Si Amén.

204. ¿Cómo termina el Ofertorio?

Termina con el «ORATE, FRATRES» y con la oración llamada «SECRETA».

El «ORATE, FRATRES» que el celebrante recita volviéndose a los fieles y completando el círculo por la parte del Evangelio — no se vuelve por el mismo lado porque ahora va a leer inmediatamente en el libro que está en el otro lado — es:

- 1, una invitación a orar, la más solemne y persuasiva que existe en toda la Misa ; y
- 2, es como la despedida que antes de penetrar en el Santo de los Santos dirige el celebrante a los fieles, pues ya no se volverá hacia ellos hasta después de la comunión.

En otros tiempos, a semejanza de lo que se practicaba en la Antigua Ley, cuando el sacerdote se internaba en el Santo de los Santos, se corría ahora, después del «Orate, fratres», un velo o cortina entre el celebrante y el pueblo, o se cerraba el presbiterio por medio de una puerta; era ésta una precaución, dictada por la disciplina del arcano, vigente en los primeros siglos.

205. LA «SECRETA»: es ahora la última oración del Ofertorio, y era antes, en los orígenes de la misma, la UNICA ORACION que se recitaba sobre las ofrendas SEPARADAS — eso significa «secreta»... cosas separadas, escogidas—, pues ya hemos visto que no todas las ofrendas eran escogidas para la Consagración. (V. n. 193.)

La «Secreta» es, por consiguiente, la oración más antigua del Ofertorio, y todas las que hasta aquí le han precedido, no son más que hermosas variedades o diversos motivos inspirados en el mismo tema de esta oración venerable. La idea que encierran las «Secretas» de estilo antiguo, podemos, decir con Cabrol que es siempre «la de que Dios acoja favorablemente las ofrendas, y correspondiendo a ellas conceda su gracia o sus dones a los fieles. Casi me atrevería a decir que es la idea de un canje entre la tierra y el cielo; los fieles ofrecen dones materiales que ven santificarse, y piden en cambio los dones celestiales». La Oración de la Iglesia, c. 7. p. 117.

Parecía muy natural que esta oración se recitara en voz alta y aun se cantera, como así se hacía antiguamente y sigue ahora haciéndose en el Oremus que inicia el Ofertorio y el Per omnia saecula saeculorum, que eran el principio y conclusión de esta oración; pero desde hace no pocos siglos se viene diciendo en voz baja, secreta, sin duda por haberse olvidado la verdadera etimología de esa palabra («secreta», de secerno, separar), después que cesó el primitivo rito de las ofrendas.

S. ORAD, HERMANOS: para que este sacrificio mío y vuestro sea aceptable a Dios Padre Todopoderoso.

P. El Señor reciba de tus manos este sacrificio para alabanza y gloria de su nombre y también para utilidad nuestra y de toda su santa Iglesia. Amén.

206. Como afirmación solemne a lo que el sacerdote acaba de decir en voz baja a Dios N. S., resuena ahora en todo el templo un AMEN sonoro y unánime de la asamblea cristiana reunida en torno al altar.

LAS OFRENDAS, es decir, el pan, el vino y nosotros mismos hemos recibido ya como una primera consagración que nos ha separado del uso común y profano y nos ha aproximado cerca, muy cerca de Dios... Tan cerca que divisamos ya el Calvario, con la Cruz y la Víctima del Sacrificio...

¡Muy alta está la cumbre!, ¡la Cruz muy alta!

para llegar al cielo, ¡cuan poco falta! (Fdez. Grilo.)

ORACION SOBRE LAS OFRENDAS SEPARADAS (SECRETA): Oh, Dios, que quisiste reemplazar las diferentes hostias de la antigua Ley por un solo y perfecto Sacrificio, recibe el que te ofrecen tus devotos siervos, y santifícalo con la misma bendición con que bendijiste al de Abel; y lo que cada cual ha ofrecido en honor de tu Majestad, aproveche a todos para su salvación. Por N. S. J. C.... (última parte de la conclusión en voz alta): POR TODOS LOS SIGLOS DE LOS SIGLOS. —P. AMEN.

CAPITULO VIII MISA DE LOS FIELES PARTE SEGUNDA

Números 207-220

Preparados en la ANTE-MISA

con la purificación del alma y

con la ilustración de la fe, entramos

ya en la Misa propiamente dicha,

es decir, en el SANTO SACRIFICIO.

CONSAGRACION

207. La CONSAGRACION o realización del Sacrificio de la Misa, ¿cómo se lleva a cabo en la Iglesia Católica?

Se lleva a cabo según las preces, ritos y ceremonias prescritas por el CANON.

208. ¿Qué es el Canon?

Como indica esta misma palabra griega— es regla o norma—, el CANON es la regla fija y el formulario invariable, que desde los primeros siglos instituyó la Iglesia Católica para la realización del Sacrificio de la Misa; «está de tal manera exento de todo error, que no contiene nada que no respire santidad y piedad, y que no eleve a Dios las almas de los que ofrecen el sacrificio, porque se compone de las mismas palabras de N. S. Jesucristo, de las tradiciones de los Apóstoles y de las piadosas instituciones de los santos Pontífices». Conc. Trid.: sess. 22, De Sacrif. Missae, c. IV.

«El origen del Canon, su antigüedad y su uso, hacen de él un arca santa tan venerable como inviolable. Si alguna oración de la Iglesia ha sido compuesta con la influencia y la inspiración del Espíritu Santo, es el Canon. Está penetrado del espíritu de fe y embalsamado del perfume de la piedad, está lleno de fuerza y de unción. Su lenguaje sencillo tiene un carácter viril, un sabor arcaico y bíblico; produce una impresión conmovedora en quien lo pronuncia, semejante a la que produce en el alma la obscuridad misteriosa de las basílicas de la Ciudad Eterna. ¡Qué delicioso poder repetir en el altar las mismas palabras con que tantos sacerdotes fervorosos han celebrado el santo sacrificio durante tantos siglos en toda La Iglesia! Estas oraciones del Canon fueron ya consagradas en la era de los mártires y en las capillas funerarias de las catacumbas. ¡Qué elevación y dulzura se halla en este pensamiento! Ghir: Le Saint Sacrifice de la Messe.

209. EL CANON.

El Canon

(Realización del sacrificio)

1

PREFACIO o prólogo

Cántico de acción de gracias y alabanzas a Dios.

2

PLEGARIAS antes de la Cons.

Mementos I, II y III

Frutos del Sacrificio Plegarias sacrificales

I-Aceptación de las ofrendas.

II-Transubstanciación de las ofrendas.

3

CONSAGRACION

Relato de la última Cena

Consagración del pan y del vino.

Plegaria Memorial.

Ofrecimiento de la Víctima.

4

PLEGARIAS después de la Consagración.

Plegarias Sacrificales.

III- Aceptación de la Víctima.

IV- Entrega de la Víctima.

Mementos IV y V.

Frutos del Sacrificio.

5

CONCLUSION

Doxologias:

A Jesucristo.

Al Padre y ESPIRITU SANTO

¡AMEN!

210. EL CANON, ¿De cuántas partes consta?

Consta: 1, de un PREFACIO o prólogo; 2, de cinco MEMENTOS o súplicas: tres antes y dos después de la Consagración; 3, de cuatro PLEGARIAS SACRIFICALES: dos inmediatamente antes y dos inmediatamente después de la Consagración; y, por fin, 4, de una DOXOLOGIA final o conclusión.

Las cruces que traza el sacerdote también están simétricamente distribuidas: tres al principio y al fin del Canon, y cinco inmediatamente antes y después de la Consagración.

Todos estos elementos litúrgicos sirven de marco incomparable y de riquísimo engarce a la CONSAGRACION, la cual, a su vez, se compone: 1, del RELATO DE LA ULTIMA CENA; 2, de la misma CONSAGRACION, seguida de la PLEGARIA MEMORIAL.

211. EL PLAN ARQUITECTONICO DEL CANON ES GRANDIOSO Y ARTISTICAMENTE DIVINO: LA IDEA QUE INSPIRA TODAS SUS PARTES NO PUEDE SER MAS SUBLIME.

Jesucristo había dicho: «Cuando fuere levantado sobre la tierra, todo lo atraeré a mi mismo». Jo. XII, 32.

Y efectivamente, toda la creación anhelando su renovación y rescate converge desde entonces hacia la Cruz, donde Cristo se ha levantado entre el cielo y la tierra; converge hacia la Consagración que es el momento culminante en que Jesucristo reproduce tantas veces en la tierra el Sacrificio de la Cruz, y en cada Misa todas las criaturas tienden sus brazos suplicantes hacia el Redentor del mundo y le dirigen la misma humilde y tierna plegaria que el buen ladrón le dirigiera en el

Calvario:«MEMENTO»...: —Acuérdate, Señor, de nosotros, dice la Iglesia militante, la Iglesia de la tierra con el Papa, los Obispos y todos los fieles que estamos luchando por conseguir la aplicación de los frutos de la Redención... MEMENTO I Acuérdate, Señor, de nosotros, dice la Iglesia triunfante, la Iglesia del cielo con su glorioso cortejo de Santos que, gracias a Jesucristo, han triunfado y continúan ahora en el cielo la obra de la Redención, rogando por nosotros... MEMENTO I Acuérdate de nosotros, dice la Iglesia paciente, la Iglesia del Purgatorio con sus almas rescatadas pero no todavía definitivamente redimidas..., y en fin, también nosotros pecadores, NOBIS QUOQUE PECCATORIBUS, que nos hemos colocado los últimos, decimos al Señor que se acuerde de sus siervos y nos deje un rinconcito allá en su reino...

Mientras tanto, las plegarias sacrificales despiden su incienso, las cruces se multiplican como destellos luminosos de la única Cruz Redentora, y en el Santuario, rompiendo el silencio más profundo y misterioso, se oye al mismo Jesucristo, a la misma VICTIMA DIVINA que exclama desde la Cruz: «TOMAD Y COMED... PORQUE ESTE ES MI CUERPO... TOMAD Y BEBED... PORQUE ESTE ES EL CALIZ DE MI SANGRE, DEL NUEVO TESTAMENTO... LA CUAL SERA DERRAMADA POR VOSOTROS Y POR MUCHOS PARA LA REMISION DE LOS PECADOS. Pío Parsch: o. c.: pp. 187-189.

212. ¿Qué es el Prefacio?

Es un magnífico cántico de acción de gracias y de alabanzas a Dios, que el celebrante, imitando a Nuestro Señor Jesucristo, quien también en la Última Cena, antes de consagrar el pan y el vino, dió gracias a su Padre Celestial (Lc. XXII, 19; Mt. XX, 27, y Mc. XIV, 23), entona ahora como introducción al Canon. Prefacio parece provenir de praefari, pronunciar solemnemente fórmulas consagradas por el derecho o por el ritual. El Sacramentario Gregoriano lo toma en el sentido de introducción al Canon, y esta última acepción es la que ha prevalecido. Actio no es abreviación de gratiarum actio, sino en el sentido clásico de esta palabra latina, es la contracción de sacrum agere, operare, facere, expresiones con que los antiguos designaban el sacrificio.

Los orígenes del Prefacio, de este cántico de acción de gracias, hay que buscarlos, sin duda ninguna, en la oración o himno con que el jefe de la familia judía, durante las alegrías del banquete pascual, exaltaba las obras maravillosas con que Dios había siempre regalado a su pueblo escogido: la creación, la salvación de Noé, la vocación de Abrahán, la revelación del Sinaí y la conquista de la tierra prometida... Jesucristo, jefe y cabeza de la gran familia cristiana, inauguró la nueva Alianza celebrando la verdadera Pascua, pues se inmoló a sí mismo, como verdadero Cordero de Dios, y también El entonó en esta memorable ocasión un nuevo cántico de acción de

gracias: este cántico eucarístico dió su nombre al Sacrificio y sacramento por excelencia y constituyó la gran plegaria de la Consagración. El Prefacio formaba, pues, un todo con el Canon de la Misa, y era como el fondo y la idea dominante de toda la gran plegaria consecratoria; en un principio era improvisado por el celebrante que, sin interrupción, lo amplificaba hasta después de la Consagración. Cfr. San Justino: n. 136 (6).

En la actualidad aparece desligado del Canon por el canto del Sanctus y del Benedictus — el Sanctus se introdujo en la primera mitad del siglo II , y el Benedictus algo después—; pero este desligamiento es sólo aparente, como bien lo indican las palabras con que empieza el Canon: «TE IGITUR... A TI, PUES», y el espíritu eminentemente eucarístico de todo el Canon.

En el Sacramentario Leoniano hallamos 267 prefacios; en el Gelasiano, 54 y en el Gregoriano, 10; nosotros tenemos 15, pero con la tendencia a aumentar su número.

PREFACIO:

S. El Señor sea con vosotros.

P. Y con tu espíritu.

S. Arriba los corazones.

P. Los tenemos elevados al Señor.

S. Demos gracias al Señor, Dios nuestro.

P. Digno y justo es.

(Prefacio común: días ordinarios.)

Verdaderamente es digno y justo, equitativo y saludable, El darte gracias en todo tiempo y en todo lugar, Señor Santo, Padre omnipotente, Dios eterno, POR CRISTO, NUESTRO SEÑOR.

(Aquí suele venir el embolismo o intercalación del motivo especial de acción de gracias.)

Por quien los Angeles alaban tu Majestad. La adoran las Dominaciones, tiemblan ante ella las Potestades. Los Cielos, y las Virtudes de los Cielos y los bienaventurados Serafines, La celebran con mutuos transportes de alegría. Rogamoste, pues, que juntamente con sus alabanzas, Te dignes aceptar las nuestras, Al decirte con humilde alabanza:

SANTO, SANTO, SANTO ES EL SEÑOR DIOS DE LOS EJERCITOS. LLENOS ESTAN LOS CIELOS y LA TIERRA DE TU GLORIA.

¡HOSANNA EN LAS ALTURAS! ¡BENDITO SEA EL QUE VIENE EN EL NOMBRE DEL SEÑOR ¡HOSANNA EN LAS ALTURAS!

213. ¿Cuántas partes podemos distinguir en el Prefacio?

Podemos distinguir: 1, una INTRODUCCION o diálogo entre el celebrante y los fieles; 2, una ALABANZA GENERAL a Dios, seguida muchas veces de un EMBOLISMO o intercalación de algún motivo especial de acción de gracias; y 3, una CONCLUSION con los cánticos del SANCTUS y del BENEDICTUS.

La fórmula «POR CRISTO NUESTRO SEÑOR» que ha venido a resolver el problema más trascendental, planteado entre Dios y los hombres, constituye el núcleo y el centro giratorio de todo el Prefacio: no sólo nuestras humildes alabanzas humanas, sino también las angélicas y celestiales pasan por Jesucristo, y pasando por Jesucristo tienen por necesidad que llegar directamente hasta el mismo trono de Dios.

1. INTRODUCCION o diálogo: comienza con el cristiano saludo, siempre antiguo y siempre nuevo del «Dominus vobiscum»— véase n. 163—: ahora si que está próximo el cumplimiento de este deseo, pues el Señor va a estar con nosotros dentro de pocos instantes; y al dirigir este saludo no se vuelve el sacerdote hacia el pueblo, como antes, porque ya se encuentra en el monte dentro de la nube, como Moisés y cara a cara con el Señor... «ARRIBA LOS CORAZONES», se oye exclamar al sacerdote con los brazos levantados, mientras va subiendo más alto y acercándose al trono de Dios... «ARRIBA LOS CORAZONES» es, por decirlo así, el «aúpa» cristiano con que el celebrante anima a los pequeños, a los fieles para que se levanten con él de la tierra y le sigan en su vuelo hacia Dios. Y el pueblo, como queriendo tranquilizar a su sacerdote, responde en seguida: «SI YA LOS TENEMOS ELEVADOS A DIOS», si ya están desprendidos de la tierra y desarraigados de todo lo pecaminoso, culpable y aun distractivo... Pues si es así, replica el sacerdote, «DEMOS GRACIAS

AL SEÑOR DIOS NUESTRO», es decir, según el sentido primitivo: «Eucaristicemos»..., pongámonos a celebrar el Santo Sacrificio, que es la acción de gracias más cumplida...

—»Es digno y justo que así lo hagamos», termina respondiendo el pueblo cristiano.

2. Y el sacerdote, reafirmando estas últimas palabras de la asamblea, las amplifica poética y solemnemente, celebra los atributos de Dios con ETERNO AGRADECIMIENTO — semper et ubique, siempre y en todo lugar — e INTERCALA DIVERSAS ALUSIONES, siempre concisas y bellas, al misterio o festividad que se celebra; y todo ello deslizándose sobre un recitado griego antiquísimo, tan melódico y sencillo, con tan pocas notas musicales y un efecto tan sorprendente, que es la admiración de los genios musicales, de un Mozart, por ejemplo, que habría dado, según se cuenta, toda si: obra musical por el Prefacio.

3. La Iglesia, con la grandiosa inspiración de los momentos más solemnes de su liturgia, recuerda ahora que allá, en el cielo, los ángeles y los espíritus bienaventurados están eternamente cantando a Dios otro Prefacio que escuchara el Profeta Isaías en una de sus famosas visiones, Isai., 6, 3, y con humilde plegaria ruega a la Majestad de Dios que permita juntar nuestras débiles voces humanas con las sublimes adoraciones de los Angeles, de las Dominaciones, de las Potestades y de las demás jerarquías angélicas — que se describen en el Prefacio, cada una en actitud diferente — para formar así un solo Prefacio y un solo coro angélico-humano que llene los cielos y la tierra con el más sonoro, armonioso y universal himno de la santidad y del poder de Dios:

SANTO, SANTO, SANTO ES EL SEÑOR DIOS DE LOS EJERCITOS. LOS CIELOS Y LA TIERRA ESTAN LLENOS DE VUESTRA GLORIA.

El celebrante, imitando a los ángeles del cielo que, al decir estas palabras, cubren con las alas sus rostros, inclina reverente la cabeza y junta ante el pecho las manos, mientras la campanilla advierte a los fieles que nos bailamos en uno de los momentos más importantes del Santo Sacrificio.

AL TRISAGIO en honor de la Sma. Trinidad — así se llama al Sanctus con vocablo griego, que significa TRES VECES SANTO — sigue un saludo popular y cariñoso al Salvador del mundo: es el mismo saludo, son las mismas aclamaciones entusiastas y espontáneas que las turbas y los niños hebreos le dirigieron en su entrada triunfal en Jerusalén, el domingo de Ramos... ¡Cómo se siente el hondo dramatismo de la Misa! ¿No viene ahora Jesucristo a inmolarse sobre el altar, como entonces entraba en Jerusalén para consumir su Sacrificio?...

214. ¿Cuál es el origen de la imagen del Crucifijo que suele llenar la página izquierda que precede al Canon en nuestros misales?

Procede de la primera letra con que comienza el Canon.

En efecto: esta letra es una T mayúscula que, como se ve, presenta la forma de una cruz; los monjes antiguos, que con admirable paciencia y arte inimitable pasaban la vida copiando códices e iluminando con lindas miniaturas las letras iniciales de los viejos manuscritos, comenzaron también a adornar la T del Canon; a la cruz, que les ofrecía la forma natural de esta letra, sobrepusieron muy pronto la imagen del Crucificado, agrandaron la figura, hasta que, por fin, en el siglo XI, desprendiéndose de la letra que le dió su origen, aparece el Crucifijo en cuadro separado y, por cierto, en el lugar más digno, presidiendo el Canon y llenando la página más bella y artística de nuestros misales.

215. PLEGARIAS ANTES DE LA CONSAGRACION.

FRUTOS DEL SACRIFICIO

a) Para la Iglesia:

Paz-Proteccion-Unidad: «TE IGITUR»

b) Para los que encargan la MISA y asistentes a ella:

Perdón de sus pecados-salvación de sus almas y salud de sus cuerpos: «MEMENTO, DOMINE»

c) Para los mismos: Participación en los bienes espir. de los Santos: «COMMUNICANTES» ACEPTACION de la OFRENDA-APLICACION de sus frutos: «HANC IGITUR» TRANSUBSTANCIACION de la OFRENDA:

«QUAM OBLATIONEM»

216. PRIMER MEMENTO: POR LA IGLESIA — FRUTO GENERAL DE LA MISA: Véase n. 19.

a) ¿Qué gestos o ceremonias ejecuta ahora el sacerdote?

En una escena muda, pero majestuosa, extiende los brazos el celebrante, los eleva y, juntando en lo alto las manos, levanta al mismo tiempo sus ojos hacia el cielo; en seguida los vuelve a bajar, y

profundamente inclinado ante el altar, apoyadas en él las manos, comienza a recitar la primera oración del Canon.

Antes de las palabras «que aceptes y bendigas», besa el altar, que simboliza a Jesucristo, para sacar de allí el poder de bendecir... como efectivamente bendice en seguida con tres grandes cruces las ofrendas que están sobre el ara, y prosigue después su oración con los brazos levantados, como las figuras Orantes de la Catacumbas.

b) ¿A quién va dirigida esta plegaria?

Va dirigida, como todo el Canon, al PADRE ETERNO, y valiéndose, como siempre, de la mediación de Jesucristo: mediación que, sobre todo aquí, al principio de la gran plegaria sacrificial, se pone tan de relieve... POR JESUCRISTO, NUESTRO SEÑOR, TU HIJO.

c) ¿Cual es el contenido de este primer Memento?

Podemos distinguir dos partes de diferente época y enlazadas por la partícula «un primis, en primer lugar»; la segunda, posterior a la primera, es de mediados del siglo VI.

MEMENTO I

A Ti, pues, clementísimo Padre, por Jesucristo, nuestro Señor, tu hijo, humildemente te rogamos y pedimos que aceptes y bendigas estos dones, estos presentes, estos santos sacrificios inmaculados, que en primer lugar te ofrecemos por tu santa Iglesia Católica; para que te dignes darla paz, custodiarla, unificarla y gobernarla en toda la redondez de la tierra; juntamente con tu siervo, nuestro Papa N., con nuestro Obispo N., y con todos los ortodoxos y los que promueven la fe católica y apostólica.

EN LA PRIMERA PARTE: rogamos y pedimos humildemente la aceptación, que sean agradables a Dios; y la bendición, es decir, LA CONSAGRACION de las ofrendas del pan y del vino. Estas ofrendas se llaman dona, porque a Dios libremente se las ofrecemos; munera, porque, además, se las ofrecemos por razón de nuestro cargo, de sacerdotes, y por razón de nuestra naturaleza, de criaturas de Dios; y sacrificios, por anticipación, porque van a ser en seguida consagradas en el Cuerpo y en la Sangre de Jesucristo.

«Donum», de do, es el don libre; «munus», es el don que resulta de un cargo — donum, quod officii causa datur— (Festus), por ejemplo, los espectáculos que los magistrados por su cargo, debían dar al pueblo. Estas dos palabras, cuyo sentido se completa, aparecen con frecuencia reunidas, como aquí, en los clásicos latinos, sobre todo en Cicerón: Pro Arch., VIII, 18: aliquo dono atque munere; De Senect, XII. 40: divino muneri ac dono; Pro Cluentio XXIV, 66: donis dalis muneribusque...

EN LA SEGUNDA PARTE: pedimos que nuestro Sacrificio, primero y antes que a nadie, aproveche a la IGLESIA DE DIOS; a esta Iglesia que, como obra maestra de Jesucristo, nacida de su pensamiento y de la sangre y del agua de su costado, es la prolongación de su vida entre nosotros; y a la que ya en los primeros siglos de su existencia, como indica esta oración, podemos distinguir, divinamente ataviada, con dos de sus más brillantes notas o signos que la señalan como la única y verdadera esposa de Jesucristo: SANTIDAD y CATOLICIDAD... «por tu santa Iglesia católica».

Y para esta Iglesia, tomada, no en abstracto, sino muy en concreto en cuanto es la congregación o reunión de los fieles cristianos que actualmente viven, pedimos estos cuatro bienes: PAZ, PROTECCION, UNIDAD y DIRECCION DIVINA, orando nominalmente por el PAPA y por el Obispo, donde se celebra la Misa y, en fin, por «TODOS LOS ORTODOXOS», o sea, por todos los cristianos que profesan la fe pura, y por LOS QUE PROMUEVEN LA FE CATOLICA Y APOSTOLICA, es decir, por los sacerdotes y misioneros y también por los apóstoles seculares que trabajan en las filas de la Acción Católica.

Leyéndola en latín se advertirá el ritmo de esta hermosa plegaria que ha logrado juntar las palabras en grupos de dos, tres, cuatro o cinco; y comparándola con la sublime oración de Jesús al fin de la Cena, Jo. XVII, 11-26, y con las fórmulas litúrgicas de los primeros cristianos — véase p. e. la Didaje: n. 62, cap. X—, se hallará la misma unanimidad de deseos y aspiraciones... LA UNIDAD, LA PAZ, EL BIENESTAR DE LA IGLESIA UNIVERSAL. A ROGAR POR LA IGLESIA Y POR EL PAPA nos enseña la Liturgia con sus oraciones verdaderamente católicas y universales: ésta es la devoción predilecta de los Santos y de las almas grandes... ¡Cómo aman a la Iglesia los Santos! Citemos solamente a «la hija de la Iglesia», Santa Catalina de Sena, que llamaba al Papa: «el dulce Cristo en la tierra», y escribía a la Reina Madre de Hungría: «Debemos apasionarnos por la Santa Iglesia»; y al Papa Gregorio IX: «Yo quiero dar mi sangre y la medula de mi sangre por la Santa Iglesia...». Y Santa Teresa de Jesús, cuando se hallaba en su lecho de muerte... «Daba a Dios muchas gracias porque la había hecho hija de la Iglesia y porque moría en ella, y muchas veces repetía esto: —EN FIN, SEÑOR, SOY HIJA DE LA IGLESIA», Ribera Francisco: Vida de Santa Teresa

de Jesús, lib. 3. c. 15. Para amar a la Iglesia y sentir con ella, léanse las áureas reglas de S. Ignacio de Loyola en su libro de los Ejercicios.

217. SEGUNDO MEMENTO: POR LOS QUE ENCARGAN LA MISA, Y LOS ASISTENTES A ELLA. FRUTO MINISTERIAL Y ESPECIAL DE LA MISA.

¿A quiénes recuerda ahora el celebrante?

El celebrante, profundamente recogido, junta ahora las manos y las eleva casi a la altura del rostro, mientras con los ojos bajos y la cabeza algo inclinada recuerda:

1. Mentalmente, a aquellas personas por quienes aplica el fruto ministerial de la Misa.

Son momentos de silencio y de gran recogimiento: es también ahora cuando los fieles que asisten a la misa deben recomendar sus intenciones particulares. Cuánto deseaba Sta. Teresita del Niño Jesús tener un hermano sacerdote para lograr la fortuna de ser recordada cada mañana, aquí en el Memento de los vivos.

2. Poco después, y ya con las manos extendidas, hace mención de TODOS LOS CIRCUNSTANTES, en los cuales la Iglesia supone — y así se lo manifiesta a Dios N. S. con maternal complacencia — que asisten a la Misa con FE y DEVOCION: virtudes tan propias del sencillo pueblo cristiano y que son como las dos alas con que se remonta al cielo el culto católico.

La expresión, muy antigua: «circumstantes» — en latín los que están de pie y en derredor —, indica que los asistentes a la misa permanecían de pie durante la misma, y además que rodeaban al altar, el cual, en las primitivas basílicas cristianas, como se sabe, estaba situado hacia el medio del templo. Véase nn. 79 y 82.

3. En fin, la Iglesia, volviendo a su oración característica, la oración universal y católica, ruega también «POR TODOS LOS SUYOS», es decir, por los padres, familiares y amigos de aquellos a quienes acaba de encomendar.

¿Qué pide para todos ellos?

La «redención de sus almas», es decir, el perdón de sus pecados; la salvación del alma, y también la conservación o salud del cuerpo.

¿Qué observamos en cuanto a las dos fórmulas: «por quienes te ofrecemos o que ellos te ofrecen?».

Que esta segunda «que ellos te ofrecen», es la única fórmula original y más antigua; porque presenta a los asistentes a la Misa como verdaderos OFERENTES de este «sacrificio de alabanza»: pues como todos ellos — ya lo hemos visto—, participaban activamente en el OFERTORIO, por todos ellos naturalmente solía rogarse. La primera fórmula no se encuentra en los antiguos Sacramentarios y viene a romper la construcción de la frase... «y de todos los circunstantes»... (por quienes te ofrecemos o) que te ofrecen este sacrificio... Se introdujo en el Canon hacia el siglo X, cuando cesó la ofrenda popular.

MEMENTO II

Acuérdate, Señor, de tus siervos y siervos NN...; y de todos los circunstantes, cuya fe te es conocida y manifiesta su devoción, poi quienes te ofrecemos o ellos te ofrecen este sacrificio de alabanza por si y por todos los suyos, por la redención de sus almas, por la esperanza de su salvación y conservación, y rinden sus votos o Ti, Dios eterno, vivo y verdadero.

En las antiguas liturgias se pasaba del Prefacio, por medio de una corta transición, al mismo relato de la Cena: La doble enumeración, la de los vivos y la de los difuntos — mártires o santos propios de cada iglesia, obispos bienhechores y fieles más significados —, tenía lugar en la parte preparatoria, antes de la plegaria eucarística; pronto, sin embargo, el fervoroso deseo de los fieles de ser recordados dentro de los divinos misterios hizo que los diáconos comenzaran a leer en alta voz estas listas de nombres o DIPTICOS, después que el celebrante había recitado el comienzo siempre invariable: «MEMENTO, DOMINE...» El Memento o díptico de vivos se situó antes, y el de difuntos, después de la Consagración; lo mismo se hizo con el díptico de los Santos, invocándose a unos antes y a otros después de la misma Consagración. Esta lectura o recitación de los dípticos en alta voz aparece claramente atestiguada desde el siglo IV al X, al cesar esta costumbre, que, como se deja entender, presentaba graves inconvenientes, los Misales conservaron las fórmulas inicial y final del los antiguos dípticos, con las letras N. N., o sea, nombres que puede recordar mentalmente el celebrante en el cuerpo de los Mementos.

218. TERCER MEMENTO: LOS SANTOS.

¿Qué título lleva en el Misal este Memento?

«INFRA-ACTIONEM», o sea, dentro o durante al ACCION sacrificial o Canon: título que nos indica que el texto del Comunicantes, como presenta algunas variedades en determinados tiempos litúrgicos — ahora en el Jueves Santo, Navidad, Epifanía, Pascua, Ascensión y Pentecostés, y antes, además, en otras festividades—, se colocaba antiguamente fuera del Canon, como una parte variable de la Misa; este título advertía, pues, al celebrante que debía intercalarlo dentro del Canon.

Nótese que este Memento, lo mismo que el anterior, están unidos al primero formando todos una sola oración continua, que comienza con el TE IGITUR y termina con el AMEN del Comunicantes: por eso en muchos Misales antiguos, antes del Comunicantes, no había punto, sino sólo una coma; de modo que el sentido es: «...Y te suplicamos todo esto..., no solos, sino unidos con TODOS LOS FIELES, en comunión de los méritos, oraciones y satisfacciones de los otros miembros, y de la INTERCESION DE LOS BIENAVENTURADOS del cielo».

¿Cuál es el dogma católico que aquí se recuerda?

Es el dogma grandioso de la COMUNION DE LOS SANTOS: dogma que es una síntesis de la teología católica. y por el cual los fieles tenemos parte — eso significa comunión—, participación, en los bienes espirituales de los otros, como miembros de un mismo cuerpo que es la Iglesia.

Formando un solo corazón y una sola alma, un solo corazón que late a impulso de la misma caridad, y una sola alma que vive con la misma vida de Jesucristo; todos los fieles — los de la tierra, los del purgatorio y los del cielo —, venimos así a reunimos junto a la cruz y en torno a la Consagración. La Misa, donde con inagotable largueza se distribuyen y comunican los tesoros comunes de la Iglesia Católica es, por consiguiente, el abrazo común de la gran FAMILIA DE DIOS y el lazo de unión de todos sus miembros con su CABEZA, JESUCRISTO, y entre sí mismos.

MEMENTO III

Uniéndonos en la misma comunión y venerando en primer lugar la memoria de la gloriosa siempre Virgen María, Madre de nuestro Señor Jesucristo, también la de tus bienaventurados Apóstoles y

Mártires Pedro y Pablo, Andrés, Santiago, Juan, Tomás, Santiago (el menor), Felipe, Bartolomé, Mateo, Simón y Tadeo— Lino, Cleto, Clemente, Sixto, Cornelio — y Cipriano, Lorenzo, Crisógono, Juan y Pablo, Cosme y Damián y de todos tus Santos, por cuyos méritos te suplicamos nos concedas que en todas las cosas nos defienda el auxilio de tu protección. Por el mismo Cristo, nuestro Señor. Amén.

¿A qué Santos particularmente invocamos en este Memento?

a) EN PRIMER LUGAR, In primis, presidiendo este antiquísimo retablo, donde sólo figuran Santos de los cuatro primeros siglos, descuella majestuosa la REINA DE TODOS ELLOS, «la gloriosa siempre Virgen María, Madre de Nuestro Dios y Señor Jesucristo».

La veneración a la Madre de Dios, ya en los primeros siglos de la Iglesia, aparece claramente atestiguada por las pinturas de las Catacumbas — primera mitad del siglo II, en el cementerio de Priscila —, representando la profecía de Isaías sobre la Virgen que había de dar a luz; y por las alusiones de los Santos Padres, de los siglos II y III; por ejemplo, S. Ignacio de Antioquía ensalzando su Virginitad, y S. Ireneo estableciendo un paralelo entre Eva y María... En 370 se celebra, en Antioquía, una fiesta en honor de la Madre de Dios. San Cirilo de Alejandría alude a diversas iglesias con la advocación de María, y de hecho sabemos que la iglesia donde se reunió el tercer Concilio Ecuménico, año 431, estaba dedicada a la Madre de Dios... En fin — para terminar esta nota, forzosamente muy breve—, en el siglo VI, lo mismo en Oriente que en Occidente, va se celebraban estas cuatro fiestas en honor de la Virgen: LA PURIFICACION, LA ANUNCIACION, LA ASUNCION y LA NATIVIDAD. Cfr. BAUDOT; Catechisme Liturgique, t. II: Le propre des Saintes, pp, 76, 79. ALAMEDA: La Virgen en la Biblia y en la Primitiva Iglesia: Parte 3.

b) DOCE APOSTOLES Y DOCE MARTIRES. En seguida, con perfecta simetría, se citan los nombres de doce Apóstoles y los de doce Mártires.

Entre los Apóstoles no hallamos a S. Matías, que, agregado más tarde al Colegio apostólico, es nombrado en la segunda lista; y advertimos, en cambio, la presencia de S. Pablo, inseparablemente unido por la liturgia con S. Pedro, como unidos estuvieron los dos en el martirio, en la preeminencia del apostolado y en la avasalladora conquista de Roma para el cristianismo. En cuanto a la colocación de sus nombres — fuera de Andrés, que sigue de cerca a su hermano Pedro, y de los dos hermanos Santiago y Juan—, los demás parece que siguen el

orden de sus fiestas en el calendario: Tomás, con su fiesta en diciembre; Santiago y Felipe, en mayo; Bartolomé, en agosto; Mateo en septiembre; Simón y Tadeo, en octubre.

Entre los Mártires reconocemos a cinco PAPAS: S. Lino, año 67-79; S. Cleto, 79-90 ; 8. Clemente, 90-99 ; 8. Sixto I, 116-125 (o tal vez el segundo de este nombre: años 257-258), y S. Cornelio, 251-253. A continuación de los Papas, y estrechamente unido a San Cornelio por la lucha victoriosa que ambos sostuvieron contra el cisma de Novaciano, figura el célebre mártir africano y elocuente defensor del martirio, S. Cipriano, Obispo de Cartago (muerto el 258); viene después el famoso diácono español, S. Lorenzo, asado en unas parrillas el 10 de agosto del 258 y asimilado en su culto, desde los primeros tiempos de la Iglesia de Roma, a S. Juan Bautista, teniendo su vigilia y octava por lo menos a partir del siglo V; S. Crisógono, soldado y mártir bajo Diocleciano, el 24 de noviembre del 304; los dos hermanos Juan y Pablo, martirizados en la persecución de Juliano el Apóstata, el 26 de junio del 362, y, en fin, los dos hermanos médicos, de origen árabe, Cosme y Damián, decapitados en tiempos de Diocleciano, el año 306.

«Citar a los Apóstoles y a los mártires, en el momento en que la Sangre de la Divina Víctima va a correr místicamente sobre el altar, es tributar a aquéllos el honor más excelso. Es, en alguna manera, unir su sangre derramada a la de su Divino Maestro, por amor de quien ha dado su vida» (Bravant).

LAS RAZONES HISTÓRICAS que explican la inserción en el Canon de Santos mártires solamente, y de mártires romanos, véanse en los nn. 121 (2) y 122.

Incluir el nombre de alguno en los dípticos del Canon equivalía a declararlo oficialmente merecedor del supremo honor de los altares, es decir, a canonizarlo, palabra que pasó a significar la introducción de esas personas en el Catálogo de los Santos, así como ser borrado de los dípticos era señal de excomunión.

219. PLEGARIA SACRIFICIAL, I: ACEPTACION DE LA OFRENDA V APLICACION DE SUS FRUTOS.

a) ¿Qué ceremonia ejecuta ahora el sacerdote?

Mientras recita esta oración que antiguamente variaba según las circunstancias — hasta 38 Hanc igitur trae el Sacram. Gelasiano—, y que hoy recibe una ligera adición sólo en Pascuas y en Pentecostés; el celebrante tiene extendidas las manos sobre el Cáliz y la Hostia, expresando con esta ceremonia la satisfacción del pecado por substitución; véase n. 35. El tañido de la campanilla

que en estos momentos viene a romper la silenciosa recitación del Canon, nos invita a postrarnos de hinojos y a concentrar toda nuestra atención en los instantes más solemnes del Sacrificio.

A nosotros esta ceremonia nos debe indicar que ha llegado el momento de renovar las OFRENDAS que antes hicimos: DEL PAN, DEL VINO Y DE NOSOTROS MISMOS.

Este rito de colocar las manos abiertas y juntas sobre la OBLATA fue extendido a toda la Iglesia en tiempos de PIO V, pues antes, el celebrante recitaba esta plegaria profundamente inclinado hacia el altar.

En cuanto al inciso: «DISPON EN TU PAZ NUESTROS DIAS», sabemos que es una de las últimas adiciones al Canon, y que fue incorporada a éste por el Papa S. Gregorio Magno con ocasión de las guerras e invasiones de los pueblos bárbaros, particularmente de los Lombardos, que penetraron en Italia en el año 538, apoderándose del valle del Po — llamado por esto, después, Lombardía —, y que, al fin, fueron convertidos al Cristianismo por el mismo S. Gregorio.

b) ¿Qué pedimos en esta oración?

En esta oración, además de continuar — nótese la partícula unitiva: IGITUR, PUES — la misma súplica con que empezamos el Canon, o sea la ACEPTACION DE LAS OFRENDAS... «Suplicamos que te dignes aceptar benigno esta OBLACION de nuestra servidumbre (del sacerdote), y también de toda tu familia (de los fieles)...»; pedimos estos tres frutos, tan propios del Santo Sacrificio: 1, LA PAZ... pero «TU PAZ, la paz que el mundo no puede dar», la paz con todo el sentido cristiano, consolador y amplio de esta palabra en los labios de Jesús; 2, LA PRESERVACION DE LA ETERNA CONDENACION; 3, LA ADMISION EN LA GREY DE LOS ESCOGIDOS o predestinados.

Las imágenes de la familia y de la grey, que en esta oración se recuerdan, no pueden ser más cristianas y hermosas.

PLEGARIA SACRIFICAL I

Te suplicamos, pues, Señor, que te dignes aceptar, benigno, esta oblación de nuestra servidumbre y también de toda tu familia, y dispongas en tu paz nuestros días y haz que seamos libres de la eterna condenación y contados en la grey de tus escogidos. Por Jesucristo, nuestro Señor. Amén.

220. PLEGARIA SACRIFICAL, II: TRANSUBSTANCIACION DE LA OFRENDA.

¿Cómo se llama esta plegaria?

Esta plegaria, una de las más antiguas del Canon — pues ya aparece en el Tratado de S. Ambrosio sobre los Sacramentos, hacia el año 370—, se llama «la PLEGARIA DE LA CONSAGRACION», porque en ella pedimos a Dios N. S. que realice, ahora mismo, entre nosotros esta conversión estupenda, que se llama en lenguaje teológico: TRANSUBSTACIACION. Véase n. 16 y 224:

«A fin de que nuestra ofrenda se convierta PARA NOSOTROS— recuerda el Christus natus est nobis... Nobis datus, nobis natus —en el CUERPO Y SANGRE DE TU AMADISIMO HIJO, NUESTRO SEÑOR JESUCRISTO».

«Un vivo sentimiento de ternura, provocado por las palabras: «dilectissimi Filii tui», obliga al sacerdote a juntar las manos, como para abrazar y estrechar contra su pecho al Hijo amadísimo del Padre. Coelho: Cours de Liturg. Rom. pág. 216.

«La sencillez con que pedimos el gran milagro de la transubstanciación se asemeja a la que emplea la Sagrada Escritura, tan sublime cuando refiere el poder de Dios en el acto de la creación: Que exista la luz, y la luz existió, y la maravilla no menos grande de la Encarnación del Verbo en el seno de María: Hágase según tu palabra. Y el Verbo se hizo carne.» S. di Franza:Luce Eucarística, p. 76.

PLEGARIA SACRIFICAL II

La cual oblación te rogamos, oh Dios, que te dignes hacerla en todo bendita, legítima, ratificada, razonable y aceptable, a fin de que se convierta para nosotros en el Cuerpo y Sangre de tu amadísimo Hijo, nuestro Señor Jesucristo.

Es en verdad sorprendente, pero muy significativa, la insistencia con que vuelve la Iglesia una y otra vez sobre su idea, LA ACEPTACION, POR PARTE DE DIOS N. S., DE NUESTRA OFRENDA; pero sobre todo aquí al llegar el momento sublime de la Consagración, acumula tantas expresiones, no todas fácilmente traducibles — algunos de estos epítetos son términos del derecho romano, p. e., adscriptam, lo conforme a lo escrito, y aquí a lo prescripto o instituido por Jesucristo; ratam, lo ratificado, aprobado —; y acompaña y refuerza estas expresiones con tantas cruces — aquí traza cinco—, y la cruz, como se sabe es el gesto más sagrado y significativo de la Liturgia; que bien se adivina, con todos estos insistentes anhelos, que nos hallamos ya en la misma cumbre del

Calvario, junto a la Cruz de Jesús y cayendo sobre nuestras almas, gota a gota, la sangre redentora de la Víctima divina del Sacrificio...

«¡Cuerpo de Cristo, sálvame;

Sangre de Cristo, embriágame !»..

CAPITULO IX MISA DE LOS FIELES PARTE SEGUNDA

Números 221-230

221. CONSAGRACION.

I. RELATO DE LA ULTIMA CENA.

¿Cómo se obra la Consagración?

La Consagración se obra mediante el RELATO LITURGICO de la ULTIMA CENA.

AL DECIR «RELATO LITURGICO» entendemos:

a) Que la Consagración — acto esencial y como el corazón y núcleo del Sacrificio de la Misa —, ES UNA REPRODUCCION FIEL Y EXACTA DE LA ULTIMA CENA: véanse nn. 3 y 4.

b) Que el sacerdote, en este acto, no hace más que obrar en nombre y en lugar de Jesucristo, CON SU PODER Y AUTORIDAD: véase n. 9, y

c) Que al referir el hecho y las circunstancias históricas de la Ultima Cena, reproduciendo al vivo los gestos y acciones de Jesucristo y repitiendo con toda exactitud las mismas palabras y la misma fórmula consecratoria que empleó Jesús, EL CELEBRANTE NO ES UN MERO NARRADOR, sino que sus palabras, como palabras de Jesús, SON TAN EFICACES Y CREADORAS que obran la misma maravillosa conversión total, o transubstanciación, que obraron en la última Cena las palabras de Aquél... «Tomad y comed... PORQUE ESTE ES MI CUERPO...»

¿Cómo se compuso este RELATO LITURGICO?

Se compuso con elementos suministrados principalmente por los Evangelistas y por S. Pablo: Mt. XXVI, 25-28; Mc. XIV, 22-24; Lc., 19-20 y I Cor. II, 23-25; y también por algún que otro pequeño detalle añadido por la TRADICION APOSTOLICA.

Comparando, en efecto, el RELATO LITURGICO de la Cena del Señor que figura en el Canon, con las narraciones que del mismo hecho nos ofrecen los escritores sagrados, observamos: a) que aquél, aunque está entretelado con los textos bíblicos de éstos últimos, no reproduce, sin embargo, todas y cada una de sus expresiones, sino solamente las necesarias para el rito sacramental y su descripción; y b) que la tradición apostólica, comentando sobria y

cariñosamente estos textos, para ella tan queridos, añadió por su cuenta algunos pocos elementos, detalles preciosos que vienen a completar el cuadro incomparable de la CENA DEL SEÑOR. Tales detalles son, p. e., «en sus santas y venerables manos», «Levantados sus ojos al cielo, a Ti, Dios Padre suyo poderoso» (Cfr.: Jo. 11, 41; Mt. XIV, 19; Mc. VI, 41; Lc. IX, 16...), «precioso cáliz», que es del salmo 22, 5, y, en fin, «misterio de fe», expresión esta última que, según parece, era una llamada de atención, que en estos momentos daba al pueblo un diácono y que después, al multiplicarse las Misas rezadas, tuvo que decirla el mismo celebrante, quedando, por fin, intercalada, y como entre paréntesis, en la fórmula consecratoria del vino.

II. CONSAGRACION DEL PAN Y DEL VINO.

Es el Jueves Santo. NUESTRO SEÑOR JESUCRISTO, en este día, VISPERA DE SU PASION, TOMO EL PAN EN SUS SANTAS Y VENERABLES MANOS (el celebrante también toma la Hostia con los dedos pulgares e índices, pues sólo ellos la tocarán desde ahora), Y LEVANTADOS LOS OJOS AL CIELO (el celebrante también los levanta), A TI, DIOS, PADRE, SUYO, OMNIPOTENTE, DANDOTE GRACIAS (el celebrante, en un gesto de agradecimiento, inclina reverente la cabeza), LO BENDIJO (el celebrante también bendice con la señal de la Cruz el pan que sostiene en sus manos), LO PARTIO Y LO DIO A SUS DISCIPULOS, DICIENDO (estas acciones de Jesús, la Fracción del Pan y su distribución o Comunión, tendrán lugar después): TOMAD Y COMED TODOS DE EL... Y ahora, el sacerdote, inclinándose sobre el altar y apoyándose en él, atentamente, con voz silenciosa y clara, pronuncia las cinco palabras divinamente eficaces y creadoras:

PORQUE ESTE ES MI CUERPO

Al instante el sacerdote cae de rodillas para adorar a la Majestad de Dios, humildemente oculta en la Hostia consagrada; se levanta, la muestra al pueblo, la deposita sobre los Corporales y vuelve a adorarla.

En seguida, para consagrar el vino, descubre el Cáliz y prosigue el RELATO LITURGICO:

DE MODO SEMEJANTE, DESPUES DE HABER CENADO, TOMANDO ESTE PRECIOSO CALIZ EN SUS SANTAS Y VENERABLES MANOS (el celebrante toma también el Cáliz con ambas manos), DANDOTE IGUALMENTE GRACIAS (el celebrante inclina la cabeza), LO BENDIJO (el

celebrante bendice el Cáliz) Y LO DIO A SUS DISCIPULOS, DICIENDO: TOMAD Y BEBED TODOS DE EL.

Y apoyándose, como antes, en el altar, pronuncia las palabras consecratorias del vino:

PORQUE ESTE ES EL CALIZ DE MI SANGRE DEL NUEVO Y ETERNO TESTAMENTO: (MISTERIO DE FE) QUE SERA DERRAMADO POR VOSOTROS Y POR MUCHOS PARA EL PERDON DE LOS PECADOS. CUANTAS VECES HICIEREIS ESTO, HACEDLO EN MEMORIA MIA

Mientras dice estas últimas palabras el celebrante, doblando como antes la rodilla derecha, adora la sangre de la Divina Víctima, levanta después el Cáliz para que también el pueblo la adore, y cubriendo luego el Cáliz con la Palia y haciendo una última genuflexión, prosigue con los brazos abiertos la Plegaria Eucarística.

LA ELEVACION DE LAS SAGRADAS ESPECIES

A principios del siglo XIII suscitóse entre los teólogos de la Universidad de París esta controversia: «¿Las palabras esenciales para la consagración del pan—ESTE ES MI CUERPO — producen inmediatamente su efecto cuando se acaban de pronunciar, o no lo producen hasta que se han terminado de pronunciar las palabras esenciales para la consagración del vino, ESTE ES EL CALIZ DE MI SANGRE...?» La respuesta segura y cierta a esta pregunta la dio, del modo más claro y popular, el Obispo de París — Eudes de Sully (1199-1208) — ordenando a todos sus sacerdotes que inmediatamente después de pronunciar las palabras consecratorias del pan elevaran la Sagrada Forma para que el pueblo adorase a Jesucristo, ya realmente presente en ella. A esta elevación de la Hostia, que pronto se extendió a toda la Iglesia, siguió, naturalmente, la del Cáliz — hacia el siglo XIV— y el toque de la campanilla, que es también de fines del siglo XIII; la incensación, del siglo XIV, y, en fin, la genuflexión del celebrante aparece prescrita por vez primera en el Misal de S. PIO V.

La antigua plegaria eucarística o Canon primitivo, sin los mementos ni plegarias sacrificales que ahora encierra, venía a ser toda ella, por así decirlo, una continua consagración o narración consecratoria: no había, pues, necesidad, como ahora, de llamar la atención hacia este momento culminante de la misa, y por eso, solamente al terminar la gran plegaria o Canon es cuando el sacerdote, que, como ya se sabe (V. n. 82), celebraba vuelto al pueblo, mostraba a éste las

Sagradas Especies, diciendo estas palabras, que al mismo tiempo eran una invitación a la Comunión: He aquí el Cuerpo y la Sangre del Señor. Esta elevación, como en seguida veremos, sigue todavía hoy ocupando el mismo lugar; pero al introducirse las anteriores elevaciones fue quedando en la penumbra hasta reducirse a la mínima expresión que presenta ahora: v. n. 228.

¿Qué deben hacer los fieles durante la Consagración? Las rúbricas no prescriben nada más que el arrodillarse.

«En ciertas regiones, la gente se persigna y se golpea tres veces el pecho. La señal de la Cruz tiene, ciertamente, un sentido: pretende expresar que nos apropiamos la realización de la muerte sacrificial de Cristo. Pero golpearse el pecho no tiene aquí ningún sentido; es un gesto de penitencia que no está ciertamente en su lugar en este momento. Del mismo modo la inclinación de la cabeza durante la elevación es un contrasentido, ya que las especies se muestran al pueblo para que las mire. Actualmente se va imponiendo cada vez más la costumbre de omitir todo signo y aun toda palabra durante la Elevación de las especies; y va introduciéndose la práctica muy litúrgica de levantar los ojos hacia la Hostia y el Cáliz en las Elevaciones, y de inclinar la cabeza a las genuflexiones del sacerdote. Tengamos bien presente, en efecto, que en el Canon y generalmente en la Misa, la ofrenda sacrificial es el punto más importante, mientras que la adoración de las Santas Especies es secundaria. Habituémonos a considerar sobre todo el acto sacrificial. La Misa no es ni una devoción a la Eucaristía, ni una adoración de la Eucaristía: es el Sacrificio de Cristo, al mismo tiempo que nuestro Sacrificio... Hay que realizar un trabajo de educación para llevar a nuestra generación a una manera diferente de ver.» Parsch: o. c. pp. 214-215.

Muy atinadas nos parecen estas observaciones del sabio liturgista austríaco, y por eso las hemos dejado traducidas aquí, casi al pie de la letra; pero si alguna jaculatoria quiere espontáneamente brotar de nuestros labios en estos momentos, no nos olvidemos de aquella rotunda afirmación de fe y de amor en que prorrumpió el apóstol Santo Tomás ante las llagas de su Divino Maestro: «SEÑOR MIO Y DIOS MIO».

(Indulgenciada por PIO X — siete años, plenaria semanal — mirando a la S. Hostia durante la Elevación o, también, en la Exposición solemne).

222. PLEGARIAS DESPUES DE LA CONSAGRACION.

Ofrecimiento de la Víctima

Plegar. Memor. «UNDE ET MEMORES»

Aceptación de la Víctima

Plegar, sacr. III «SUPRA QUAE»

Entrega de la Víctima:

Plegar, sacr. IV «SUPPLICES»

Frutos del Sacrificio:

PARA LOS DIFUNTOS: MEMENTO IV «MEMENTO ETIAM» PARA NOSOTROS: MEMENTO V «NOBIS QUOQUE»

223. PLEGARIA MEMORIAL: OFRECIMIENTO DE LA VICTIMA.

¿Por qué se llama «memorial» esta plegaria?

Se llama «memorial» — en griego, memoria o recordación — por las palabras con que comienza: «Unde et MEMORES... Por tanto, RECORDANDO».

PLEGARIA MEMORIAL

Por tanto, recordando, Señor, nosotros tus siervos y también tu pueblo santo, la dichosa Pasión del mismo Cristo, Hijo tuyo, Señor nuestro, y su Resurrección de entre los muertos y su gloriosa Ascensión a los cielos, ofrecemos a tu excelsa Majestad de tus dones y dádivas la Hostia pura, la Hostia santa, la Hostia inmaculada, el Pan santo de vida eterna y el Cáliz de salud perpetua.

Esta oración es: a) un precioso comentario de las últimas palabras con que ha terminado el Relato Litúrgico de la Consagración: «Cuantas veces hiciereis esto, hacedlo en memoria mia»: con ellas está unida lógica y gramaticalmente... «Unde Por tanto...»; b) el testimonio de que la Iglesia

cumple con fidelidad y cariño este postrer encargo de su Divino Maestro, encargo divinamente fecundo que dió origen al sacerdocio católico y fundó el Sacrificio de la Nueva Ley; c) un compendio admirable de las sublimes excelencias de la Misa (véanse nn. 3-16), es un recuerdo de Jesús... Por tanto, recordando... la Pasión... su Resurrección... y Ascensión...; es el Sacrificio de la Iglesia Católica... «Ofrecemos esta Hostia o Sacrificio...»: es el Convite del Cuerpo y de la Sangre de Jesucristo... «Él Pan santo de la vida eterna y el Cáliz de perpetua salud».

En esta oración, también se expresa una vez más — véase n. 208 — que el Sacrificio de la Misa, no sólo es MEMORIAL principalmente de la Pasión y Muerte de N. S. Jesucristo, conforme a lo que San Pablo escribe inmediatamente después del Relato de la Cena: «Pues cuantas veces comiereis de este pan y bebiereis de este Cáliz, anunciaréis o representaréis la muerte del Señor», 1 Cor. II, 26, sino también de toda su obra redentora, compendiada aquí en sus tres grandes actos: PASION, a la que se llama dichosa, beata, por sus frutos dichosos, RESURRECCION Y ASCENSION a los cielos: cfr. n. 13.

Probablemente de origen apostólico, esta oración ya aparece en la anáfora o Canon más antiguo, en el de Hipólito, hacia el año 200. En ella se nombra, como en el HANC IGITUR, a las dos clases de personas que componen la familia de Dios en la tierra: NOS SERVI TUI, NOSOTROS SIERVOS TUYOS, al clero o sacerdocio católico que se designa a sí mismo con toda humildad, con el nombre de «siervo»; y «PLEBS TUA SANCTA, TU PUEBLO SANTO», a los fieles, a quienes aquel clero designa con el epíteto más honorífico: SANTO. Así se llamaba a los fieles en la Iglesia primitiva. SANTO, DE HECHO quiere significar aquí: a) haber recibido el germen de santidad, al ser incorporados en el Cuerpo místico de Jesucristo y al ingresar en la familia de Dios y de los Santos; y b) estar separados del mundo y ser propiedad de Dios.

Plebs, pueblo, es el viejo título romano que conservaron al principio las nacientes comunidades cristianas. San Cipriano endereza su carta al Clero et plebibus de León-Astorga y Mérida; y en Elvira se abre el primer Concilio Español, adstante omni plebe, en presencia de todo el pueblo. G. Villada, *Histor. Beles, de España: t. I, Parte I, p. 210.*

La expresión: DE TUIS DONIS AC DATIS, DE TUS DONES Y DADIVAS, se refiere al Cuerpo y a la Sangre de Jesucristo: Dios nos los dió y a Dios se los devolvemos...

¿Qué significación encierran las Cruces que traza ahora el sacerdote después de la Consagración?

«El sacerdote, después de la consagración — nos responde Santo Tomás de Aquino—, no usa la señal de la Cruz para bendecir y consagrar (como antes) la Oblata, sino solamente para recordar la virtud de la Cruz y la representación de la Pasión de Jesús: Summ. Theol. III, 83, 5 ad 4. Estas Cruces son otras tantas repetidas y solemnes afirmaciones de la identidad del Sacrificio de la Cruz y de la del Sacrificio de la Misa.

Los Cartujos y los Dominicos recitan esta oración con los brazos extendidos en forma de Cruz: es un rito del siglo XII, que prescribían algunos misales anteriores al de PIO V, y que estos Religiosos siguen conservando, porque conservan todavía la Liturgia de aquellos tiempos. Cfr. n. 122.

PLEGARIAS SACRIFICALES III Y IV:

ACEPTACION Y ENTREGA DE LA VICTIMA

224. Con la Víctima divina, ya sacramentalmente inmolada, sobre el altar (véanse nn. 12-14), nuestras plegarias después de la Consagración, tienden:

1. A OFRECER a la «preclara o excelsa Majestad de Dios esta Hostia pura, santa e inmaculada». Eso acabamos de hacer en la Plegaria Memorial,
2. A lograr que «sobre estos clones se digne el Señor mirar con rostro propicio y sereno y ACEPTARLOS, así como se dignó ACEPTAR los dones de Abel y los sacrificios de Abrahán y de Melquisedec; sacrificios que, sin embargo, eran incomparablemente inferiores y sólo fueron anuncios balbucientes y figuras toscas e imperfectas de este otro único y verdadero Sacrificio... SACRIFICIO SANTO, HOSTIA INMACULADA. (A este fin se dirige la Plegaria sacrificial III: Supra quae. Sobre los cuales...)

Esta plegaria pertenece también al antiguo Canon romano: su rico contenido, los tres preciosos Sacrificios y las disposiciones interiores de sus célebres protagonistas: la inocencia de Abel, la Fe y obediencia de Abrahán y la regia generosidad de Melquisedec, brindan al comentarista de la Misa interesantísimas aplicaciones; y

3. A rogar humildemente (por eso el celebrante reza esta oración profundamente inclinado sobre el altar) a Dios Todopoderoso que ordene sean llevados estos dones por manos de su SANTO ANGEL a su sublime altar del cielo, para, que una vez allí, entregada nuestra Ofrenda, todos cuantos participamos de este altar — de la tierra—(besa el altar, símbolo de Cristo, con un beso eucarístico que exhala el alma, deseosa de unirse por la Comunión con la Divina

Víctima) recibiéremos el sacrosanto Cuerpo y Sangre de tu Hijo (traza la señal de la Cruz sobre la Hostia y sobre el Cáliz), seamos colmados (se santigua) de toda bendición celestial y de toda gracia... En estas últimas palabras encontramos la más hermosa definición de la COMUNION.

PLEGARIA SACRIFICIAL III

Sobre los cuales dones dignate mirar con rostro propicio y sereno y aceptarlos así como te dignaste aceptar los dones de Abel y el su crificio de nuestro patriarca Abrahán y el que te ofreció tu sumo sacerdote, Melquisedec — SACRIFICIO SANTO, Hostia inmaculada.

¿Qué es comulgar? COMULGAR ES PARTICIPAR DEL ALTAR —del Santo Sacrificio de la Misa—, RECIBIENDO EL CUERPO Y LA SANGRE DE JESUCRISTO PARA SER COLMADOS DE TODA BENDICION Y DE TODA GRACIA CELESTIAL. Cfr. n. 44.

Hay en esta última plegaria sacrificial, una de las más sublimes de toda nuestra liturgia, misteriosas bellezas que en vano han tratado de explicar los más sabios liturgistas... ¿Quién es, por ejemplo, este SANTO ANGEL encargado de presentar ante la Majestad de Dios nuestro Sacrificio? ¿Es S. Miguel, el Arcángel Protector de la Iglesia, o es tal vez nuestro Angel de la Guarda?... ¿O se trata de una invitación o llamada a los ángeles en general, pues por la Santa Escritura, p. e., en el libro de Tobías 12, 12, sabemos que ellos llevan a la presencia de Dios nuestras oraciones y buenas obras?... Si este SANTO ANGEL es el ESPIRITU SANTO — nótese que ángel, en griego, es lo mismo que ENVIADO, y que en algunas liturgias se dice solamente ESPIRITU —, entonces tendríamos en esta plegaria una EPICLESIS, es decir, una solemne invocación al ESPIRITU SANTO para que, transformándola en el Cuerpo y Sangre de N. S. Jesucristo, lleve y presente nuestra Ofrenda y nos obtenga los frutos de la Comunión o participación en la Víctima inmolada. En este caso también nuestro Canon romano tendría — cosa muy discutida entre los doctos — esta célebre oración, que poseen y colocan en este mismo lugar, después de la Consagración, las liturgias antiguas y, todavía hoy, las orientales... Lo que parece más probable es que aquí se alude a esta visión del Apocalipsis: «Vino entonces otro Angel y púsose ante el altar con un incensario de oro; y diéronsele muchos perfumes, compuestos de las oraciones de todos los santos, para que los ofreciese sobre el ALTAR DE ORO COLOCADO ANTE EL TRONO DE DIOS. Y el humo de los perfumes o aromas encendidos de las oraciones de los santos SUBIO POR LA MANO DEL ANGEL AL ACATAMIENTO DE DIOS». Apoc. 8, 3-4.

Otra oración que también presenta algunos caracteres de la EPICLESIS tradicional, es la Plegaria Sacrifica! II: «QUAM OBLATIONEM»: v. n. 220, Cfr. 201.-

Reanúdase ahora la LECTURA DE LOS DIPTICOS, comenzada antes de la Consagración: v. n. 217; por eso se dice en este MEMENTO IV: «Memento ETIAM, Acuérdate TAMBIEN», y en el siguiente: «Nobis QUOQUE, TAMBIEN a nosotros», uniéndose con el Memento de los vivos y con el de los Santos.

PLEGARIA SACRIFICAL IV Humildemente te suplicamos, Omnipotente Dios, que ordenes sean llevados estos dones por manos de tu Santo Angel a tu sublime altar, unte la presencia de tu divina Majestad, para que todos cuantos, participando de este altar, recibiéremos el sacrosanto Cuerpo y Sangre de tu Hijo, seamos colmados de toda bendición y de toda gracia celestial. Por el mismo Cristo, nuestro Señor. Amén.

225. MEMENTO IV: FRUTOS DEL SACRIFICIO.

a) Para los DIFUNTOS. Ya el celebrante había ofrecido— en. el Ofertorio, n. 197 — la Hostia Inmaculada por todos los fieles cristianos vivos y DIFUNTOS ; mas ahora, al recoger a manos llenas los frutos preciosos del Sacrificio de la Misa, nos recordamos en primer lugar de nuestros queridos hermanos difuntos... Hacemos lo mismo que hizo Jesucristo al consumir el Sacrificio de la Cruz: El bajó al Limbo o seno de Abrahán para aplicar a los justos del Antiguo Testamento las primicias de su Sacrificio: nosotros, al consumir el mismo Sacrificio, también bajamos al purgatorio para aplicar a las almas, allí detenidas, los primeros frutos de la Misa.

EL MEMENTO DE LOS DIFUNTOS ES UN FLORILEGIO DE LAS MAS HERMOSAS INSCRIPCIONES FUNERARIAS DE LAS CATACUMBAS: ni allí, sobre aquellas losas sepulcrales, ni aquí, en esta oración tan hermosa y delicada, leemos la palabra «muerte»...; nada que indique desaparición absoluta, aniquilamiento de los seres queridos:

MEMENTO IV Acuérdate también, Señor, de tus siervos y siervas NN..., que nos han precedido con la señal de la fe y duermen el sueño de la paz (pausa y oración en silencio por los difuntos). A éstos, Señor, y a todos los que descansan en Cristo, te rogamos les concedas el lugar del refrigerio, de la luz y de la paz. Por el mismo Cristo, nuestro Señor. Amén.

Ellos son LOS QUE NOS HAN PRECEDIDO: es una partida, nos han precedido en el camino de la vida, han partido antes que nosotros; pero también nosotros partiremos, porque todos somos viajeros, y cuando hayamos partido... ¡nos volveremos a ver!

LOS QUE NOS HAN PRECEDIDO CON EL SELLO O SEÑAL DE LA FE: con la señal de la Cruz que los regeneró para Jesucristo, con el carácter indeleble del Bautismo, con todas las bendiciones y cruces del sacerdote que los asistió en su partida.

Y DUERMEN EL SUEÑO DE LA PAZ, esperando plácidamente tranquilos en el «dormitorio», eso significa la palabra cristiana «cementerio», a que Dios los despierte de su sueño confortador, de ese sueño que tiene que ser muy dulce, porque descansan en los brazos de Jesús: ET OMNIBUS IN CHRISTO QUIESCENTIBUS.

TE ROGAMOS LES CONCEDAS EL LUGAR DEL REFRIGERIO, DE LA LUZ Y DE LA PAZ. He aquí definida la eterna felicidad del cielo, y atestiguada, al mismo tiempo, la fe de la primitiva Iglesia en la existencia y en la naturaleza del PURGATORIO... ¿Qué es el PURGATORIO? Ardores de fuego expiatorio... por eso pedimos el refrigerio de esos ardores — refrigerio es una de las palabras más repetidas en los epitafios de las Catacumbas—; es región oscura, noche tenebrosa, Job X, 21-22, ausencia de la vista de Dios... por eso pedimos la luz increada, la visión de Dios; es inquietud, anhelo, atracción-repulsión de Dios..., por eso pedimos la Paz.

La rúbrica que prescribe aquí, al terminar esta oración y sin pronunciar el nombre de Jesús, una inclinación de cabeza, parece ir referirse al «Nobis quoque» que sigue (Brinktrine, citado por Parsch). Véanse en CABROL: La Orae. de la Iglesia, los cc. 23 y 33: La mansión del descanso y La muerte.

226. MEMENTO V: FRUTOS DEL SACRIFICIO.

b) Para NOSOTROS. Él celebrante alza ahora la voz al pronunciar las palabras «Nobis quoque, peccatoribus, también a nosotros, pecadores». Es que estas palabras eran la señal convenida para que los subdiáconos que durante la recitación del Canon habían estado profundamente inclinados en torno al altar, cambiaran de posición y comenzaran a preparar la FRACCION DEL PAN que ya se aproximaba; entonces, en aquellos primeros siglos — tal vez hasta el siglo VII—, el Canon se decía todo él en voz alta, pero cuando comenzó a pronunciarse en voz baja, estas tres palabras, que habían de ser oídas por los subdiáconos, fueron las únicas del Canon que continuaron pronunciándose en voz alta.

ESTA PLEGARIA RESPIRA UNA HUMILDAD ENCANTADORA: comienza con un golpe de pecho, en señal de arrepentimiento y contrición de nuestros pecados, y nos recuerda aquella conmovedora respuesta de la Cananea, que tanto enterneció el Corazón de Jesucristo — Mt. XV, 21-28 y Mc. VII, 24-30— ; como ella, nos reconocemos indignos del pan de los hijos, del trato de Dios a sus Santos, y solamente le pedimos, «confiando en la multitud de sus misericordias», que nos deje arrebañar las migajitas de los hijos, que caen de la mesa espléndida de la gloria... «ALGUNA PARTE en la compañía de tus Santos, Apóstoles y Mártires... en compañía de los cuales te pedimos nos recibas, no como apreciador del mérito, sino como generoso, pródigo, manirroto dispensador del perdón, veniae largitor.»

MEMENTO V

También a nosotros, pecadores (golpe de pecho), siervos tuyos que esperamos en la multitud de tus misericordias, dínate hacer que tengamos alguna parte y compañía con tus santos Apóstoles y Mártires: Juan (el Bautista), Esteban, Matías, Bernabé, Ignacio, Alejandro, Marcelino, Pedro, Felicidad, Perpetua, Agueda, Lucia, Inés, Cecilia, Anastasia y con todos tus Santos: en cuya compañía te pedimos nos recibas, no como apreciador del mérito, sino como pródigo dispensador del perdón. Por Cristo, nuestro Señor. Amén.

SEGUNDA LISTA DE SANTOS

Como en la primera parte de este díptico — v. n. 218 —, aquí también los Santos — Apóstoles y Mártires — pertenecen todos ellos a los cuatro primeros siglos; allí la proporción era 1-12-12 (Virgen María, Apóstoles, Mártires) ; aquí es 1-7-7 (S. Juan Bautista, Hombres. Mujeres).

A San Juan Bautista que, en frase de Jesucristo, fue el último y el mayor de los profetas, sigue el diácono y protomártir San Esteban, los dos nuevos Apóstoles Matías y Bernabé, el primero, sucesor de Judas, y el segundo, discípulo de Jesús, y más tarde de San Pablo; Ignacio, el célebre obispo de Antioquía, despedazado por los leones en el anfiteatro romano el 20 de diciembre del año 107; el Papa Alejandro I, decapitado hacia el 119, y los dos compañeros de cárcel, el presbítero Marcelino y el exorcista Pedro, también decapitados en Roma hacia el año 304, y cuya

iglesia, levantada por Constantino, llegó a ser uno de los títulos de Roma. En el díptico de los Santos del Canon, verdadero pórtico de la gloria donde la Iglesia ha colocado a los hijos que la han plantado y regado con su sangre también figuran algunas santas mujeres: las dos grandes madres cristianas, Felicidad y Perpetua, mártires de Cartago, hacia el año 203; pero todos los demás nichos de este retablo son para las VIRGENES CRISTIANAS, tan admiradas y queridas de la Iglesia primitiva: son para las sicilianas, Agueda y Lucía, aquella amable protectora de Catania en las erupciones del Etna, y ésta, siracusana, que murió en la hoguera después de anunciar la paz de la Iglesia (año 304); para la doncellita romana Inés, mártir a los trece años (334), tan elocuentemente celebrada por San Ambrosio; para la nobilísima y angelical Cecilia, que recibe tres golpes de espada y muere al cabo de tres días; y por fin, para la mártir de Sirmium — hoy Mitrovitza—, Anastasia, tan venerada por los Pontífices romanos, que acostumbraban celebrar en su Iglesia la segunda Misa de Navidad, y ahora sigue haciéndose conmemoración de ella en la Misa de la Aurora.

Las Vírgenes cristianas eran el ornamento máspreciado de la primitiva comunidad cristiana; su consagración se hacía por medio de una ceremonia emocionante, llamada velatio, o imposición del velo. Vivían entre los demás fieles, o en sus casas, o reunidas en comunidad. Tenían un puesto especial en las iglesias; ninguna matrona salía de allí sin haberles dado antes el ósculo de paz. Lo mismo que Santa Inés, también Santa Eulalia de Mérida, cuando sólo contaba doce años de edad, sufre el martirio por conservar la virginidad. O. Villada: *Histor. Beles.*, t. I, Parte I, p. 213.

227. CONCLUSION DEL CANON:

DOXOLOGIAS

(o Fórmulas de GLORIFICACION)

Fórmula I: Glorificación de JESUCRISTO

Fórmula II: Glorificación del PADRE y del E. S.

por mediación de JESUCRISTO AMEN final del CANON

228. GLORIFICACION DE JESUCRISTO.

Al cerrarse el paréntesis de los dípticos — colocados antes en otro lugar, como ya sabemos: v. n. 217—, vuelve a abrirse la gran Oración Eucarística, que en su última plegaria sacrificial: v. n. 224 (3), había, concluido con estas palabras: «Por el mismo Cristo N. S.». A estas palabras hay, pues, que referir el «Per quem... Por quien», con que empieza la siguiente doxología, que es al mismo tiempo una BENDICION DE LAS OFRENDAS.

Con qué sencillez tan sublime ha sabido formular la liturgia primitiva la más perfecta GLORIFICACION DE JESUCRISTO: JESUCRISTO CAUSA Y FUENTE DE TODA LA CREACION: «POR QUIEN oreas siempre, olí Señor, todos estos bienes...»; «JESUCRISTO CAUSA Y FUENTE DE TODA SANTIFICACION: POR QUIEN los santificas...»; «JESUCRISTO, CAUSA Y FUENTE DE TODA VIDA»; «POR QUIEN los vivificas...», y en fin, JESUCRISTO, CAUSA Y FUENTE DE TODA BENDICION: «POR QUIEN los bendices y nos los repartes con inagotable y divina sobreabundancia».

El mejor comentario de esta doxología lo hallará el lector en «LOS NOMBRES DE CRISTO», del Maestro Fray Luis de León: léase uno de sus capítulos más soberanos, el tercero del Libro 1: «Es llamado Cristo PIMPOLLO, y explícase como le conviene este nombre...».

BENDICION DE LAS OFRENDAS: para comprender mejor esta Fórmula, recuérdese lo que ya indicamos al estudiar el Ofertorio: v. n. 193: las ofrendas que no se escogían para la Misa, quedaban sobre la «mesa del sacrificio: prothesis», para ser después distribuidas entre los pobres o aplicadas a otros usos cristianos ; pero antes de darles ese destino, esas ofrendas y otras que también el pueblo presentaba ahora después del «Nobis quoque peccatoribus», como las primicias de los frutos, del trigo, aceite, legumbres, uvas, etc., recibían aquí, al terminar el Canon, esta bendición tan breve y hermosa.

De esta manera, no sólo la Iglesia militante — Mementos I, II y V —, y la triunfante — Memento III —, y la paciente — Memento IV —, sino también la misma naturaleza con su rica y hermosa variedad de frutos, atraída por los brazos del Redentor del mundo, venía a colocarse en torno al Sacrificio de la Cruz; «Cuando fuere levantado sobre la tierra, todo lo atraeré a mi mismo»... ¿No estaban suspirando todas las criaturas y como con dolores de parto por recibir esta bendición redentora? Cfr. Rom. 8, 22 y Colos. I, 20; v. n. 211.

229. GLORIFICACION DEL PADRE Y DEL ESPIRITU SANTO por mediación de JESUCRISTO.

El Canon de la Misa, antología incomparable de las más hermosas plegarias y de los ritos más expresivos de la Liturgia Católica, toca ya a su fin y va a clausurarse coronándose con esta celeberrima y antiquísima DOXOLOGIA, en honor del PADRE Y DEL ESPIRITU SANTO...: como esos magníficos retablos españoles que, después de haber situado en su centro — como está en el

centro del mundo y de la teología — la divina figura del CRUCIFIJO, colocan allá, en lo más alto de sus frontones y cresterías, cual digno remate y excelso coronamiento de toda su rica y afiligranada obra artística, la representación venerable del PADRE ETERNO y la simbólica paloma del ESPIRITU SANTO.

El celebrante descubre ahora el Cáliz y como, va a tocar la Hostia consagrada, la adora primero con una genuflexión— genuflexión que repetirá desde ahora, siempre que tenga que tocar las Sagradas Especies —; toma aquélla con su mano derecha, la coloca sobre la copa del Cáliz y allí, sobre la sangre de Jesucristo, con profundo y claro simbolismo, traza tres cruces que son la reafirmación plástica y solemne del INFINITO PODER GLORIFICADOR DEL SACRIFICIO DE LA CRUZ: «POR EL MISMO», es decir, por Jesucristo, nuestro único y verdadero mediador, fórmula que ha garantizado y asegurado nuestras oraciones y que ahora viene a avalorar en grado infinito esta nuestra glorificación... Cfr. n. 170.

«Y CON EL MISMO», o sea, unidos todos con Jesucristo, como los sarmientos con la vid, como los miembros con su cabeza y como los granos de trigo con el pan y las uvas con el vino... Cfr. la Didaje: n. 62.

«Y EN EL MISMO», esto es, EN CRISTO JESUS, fórmula paulina que es como el latido — tantas veces la repite en todas sus Epístolas — de aquel gran corazón, cuya vida era Cristo... Cfr. n. 176.

A continuación, entre el cáliz y su propio pecho, señala otras dos nuevas cruces: «A TI, DIOS PADRE OMNIPOTENTE, EN UNIDAD DEL ESPIRITU SANTO.

CONCLUSION DEL CANON: Doxologías

Glorificación de Jesucristo. Por quien creas siempre, oh Señor, todos estos bienes, les santificas, los vivificas, los bendices y nos los repartes. Glorificación del Padre y del E. S. por mediación de Jesucristo: pequeña elevación. Por El mismo, y con El mismo y en El mismo, a TI Dios Padre Omnipotente, en unidad del E. S. es dada toda honra y gloria.

Y elevando juntos el CALIZ Y LA HOSTIA, ahora sólo un poco — cfr. 11. 221—, por eso se llama pequeña elevación; pero antiguamente mucho más para que los viera y adorara el pueblo, termina la doxología con estas palabras:

«ES DADA TODA HONRA Y GLORIA.»

En muchas iglesias sigue tocándose ,la campanilla en estos momentos: es un recuerdo de la antiquísima y única elevación, que tenía lugar en la Misa aquí al terminar el Canon.

230. AMEN FINAL DEL CANON.

Vuelve el sacerdote a depositar sobre los Corporales la Hostia consagrada, adora las Sagradas Especies, se levanta y elevando la voz para comunicarse de nuevo con el pueblo que, en silencio, le ha venido acompañando desde el Prefacio, exclama con la emoción de quien acaba de realizar lo más grande y sublime que en la tierra y en el cielo -puede realizarse:

«POR TODOS LOS SIGLOS DE LOS SIGLOS».

¡Es el final del Canon! ¡El Sacrificio está realizado!

El pueblo escucha estas palabras, y con la adhesión más consciente, unánime y absoluta al acto sacrifica! que acaba de llevarse a cabo, adhesión que es un acto de fe en la presencia de Jesucristo sobre el altar y al mismo tiempo una confirmación de todas las oraciones del celebrante y, en fin, un anhelo incontenible de participar por la Comunión de la Víctima divina que acaba de mostrársele, exclama con la misma emoción que embarga a su sacerdote:

AMEN: ASI ES».

Cercado como se llalla en la actualidad por diversos ritos y ceremonias que en épocas posteriores se le han ido sobreponiendo, reducida casi a la mínima expresión la elevación de Especies que le acompaña y, sobre todo, absorbida en gran parte su solemnidad por la Consagración que con sus elevaciones y genuflexiones — introducidas en el siglo XIII—, ha, reclamado para sí en nuestras Misas el lugar más preeminente del Santo Sacrificio: es realmente difícil para nosotros llegar a comprender todo el fervor y entusiasmo religioso que este final del Canon despertaba en la asamblea cristiana; fervor religioso que, remansado durante toda la prolongada recitación de la gran Plegaria Eucarística, ahora se desbordaba al ver realizado el Santo Sacrificio y arrancaba de todos los pechos el grito de fe más popular y sincero, el AMEN más antiguo — ya lo menciona San Justino: v. n. 136 (6) — y el más importante y significativo de toda la liturgia.

CAPITULO X MISA DE LOS FIELES PARTE TERCERA

Números 230-257

COMUNION

231 COMUNIÓN o BANQUETE del SACRIFICIO

Preparación

a) Preparación general (fórmulas en plural)

Plegaria a DIOS PADRE:

1.- «Padrenuestro»

Pedimos a Nuestro Padre el Pan Eucarístico

«Padre Nuestro que estás en los cielos... el pan nuestro de cada día, dánosle hoy».

2.- «Fracción del Pan»

Nuestro Padre parte el Pan para distribuirlo entre sus hijos: «Tomad y comed...»

«Señor, danos siempre este Pan». (San Juan VI, 34)

Plegaria a DIOS HIJO :

3.- «Agnus Dei»

Clamores de misericordia al Cordero de Dios inmolado y desmenuzado ya sobre el altar

«Y perdónanos nuestras deudas»

4.-Beso de Paz

Como testimonio de que pertenecemos a la misma Familia nos besamos:

«SALUDAOS CON EL OSCULO SANTO» (I Petr. V,14)

b) Preparación privada (fórmulas en singular)

5.- «Señor mío Jesucristo... Hijo de Dios...»

los tres frutos de la Comunión

«Y no nos dejes caer en la tentación»

6.- «La Comunión de tu Cuerpo»

temores en el favor

«Mas líbranos del mal»

232. LA COMUNION, BANQUETE DEL SACRIFICIO.

Acabamos de realizar el Sacrificio: por medio de la Consagración que ha divinizado nuestras ofrendas de pan y de vino, hemos podido ofrecer a Dios una oblación, un don de valor infinito: el Cuerpo y la Sangre de Jesucristo que fueron ofrecidos sobre la Cruz. Cfr. nn. 5-14.

Realizado, pues, el Sacrificio, procede ahora celebrar el BANQUETE DEL SACRIFICIO: LA COMUNION.

¿No recordamos lo que se hacía en los sacrificios antiguos? v. n. 37: el cordero, la víctima ofrecida por una familia, después de ser inmolada por el sacerdote, se dividía en tres partes: todo él pertenecía ya a Dios, pero el Señor se contentaba con una de sus partes, con la primera que allí mismo, sobre el altar, consumida por el fuego, como «sacrificio de olor agradable», subía en espirales de humo hacia el cielo. Con las otras dos partes, la infinita amabilidad de Dios convidaba a los oferentes — al sacerdote y a los donantes —, los sentaba a su mesa y les hacía comer, participar, comulgar, de aquel manjar que era ya suyo, de Dios; y con este acto de «camaradería» — permítasenos la palabra, hoy algo rebajada, pero muy expresiva —, Dios manifestaba su agrado y complacencia en el sacrificio de aquel cordero.

También la gran familia humana ofrece a Dios, en el Sacrificio de la Misa, un cordero... ¡pero qué cordero! «el Cordero de Dios que quita y borra con su sangre todos los pecados del mundo», y cuya inmolación sangrienta sobre el ara de la Cruz, se reproduce ahora de modo incruento sobre nuestros altares... Dios, como no podía menos, quiere manifestar del modo más claro, palpable y emocionante sus divinas e infinitas complacencias sobre este Cordero que le ofrecemos — como que es SU PROPIO HIJO —; y nos invita al BANQUETE DEL SACRIFICIO, convidándonos, no ya como en los sacrificios antiguos, con un manjar que era de Dios, consagrado a Dios; sino con un manjar que es el mismo Dios, y todo entero y perfecto como está en el cielo, con su cuerpo, sangre, alma y divinidad.

Eso es la COMUNION: EL BANQUETE DEL SACRIFICIO.

Colocada aquí, en su sitio, la Comunión, dentro de la Misa y teniendo como marco el Santo Sacrificio, ¡cuánta más luz recibe y cuánta mayor sublimidad inspira!: cfr. n. 44.

233. PREPARACION PARA LA COMUNION O BANQUETE DEL SACRIFICIO.

«Todas las plegarias que van del Pater noster al Domine, non sum dignum, forman lo que en los manuales de devoción se ha llamado: Preparación para la Comunión, Pero cuán diversa de muchas preparaciones, hechas a base de puntos de exclamación, de puntitos suspensivos, de interjecciones más o menos sentimentales y de pensamientos no siempre fuertes. Aquí el estilo es siempre el mismo: el romano, esto es, sobrio, incisivo, robusto con un contenido siempre substancioso y nutritivo. Cada proposición una verdad». Ser. di Franza: o. c., p. 97.

PREPARACION GENERAL (fórmulas en plural).

234. EL PADRE NUESTRO.

¿Cuál es la primera, oración que pone en nuestros labios la liturgia católica para prepararnos a la Comunión?

Es la «Oración del Señor», el PADRE NUESTRO, con su PROLOGO y su EPILOGO.

El PADRE NUESTRO, ya desde un principio fue considerado como la plegaria eucarística por excelencia, sobre todo en los primeros siglos de la Iglesia, allá en la infancia del Cristianismo, cuando la Eucaristía era verdaderamente «el pan nuestro de cada día» con que crecían y se robustecían en la fe y en las virtudes más heroicas aquellas doradas generaciones de mártires, de vírgenes, de confesores; esta oración era muchas veces la única que acompañaba el rito consecratorio, como que llegó a atribuírsele hasta cierto poder de consagración; los asistentes al Sacrificio la recitaban en voz alta o la cantaban juntamente con el celebrante, uso que todavía subsiste entre los griegos; en ella veían una especial eficacia contra los pecados veniales y la mejor purificación del alma que se acercaba a los divinos misterios; y, en fin, era tal la veneración y cariño con que se miraba al Padre Nuestro, que solamente los bautizados tenían permiso para rezarlo: por eso se la llamaba «la oración de los creyentes», y por eso mismo se ocultaba a los paganos, no se la ponía por escrito y se enseñaba oralmente a los catecúmenos.

Fue el Papa S. Gregorio Magno, quien señaló al Padre Nuestro el lugar que hoy ocupa en la Misa; pues al principio se decía después de la Fracción del Pan y antes del Beso de Paz: v. n. 48. Ahora, al colocarlo inmediatamente después del Canon, pretendía el Santo — como él mismo escribe a Juan de Siracusa—, «que se recitara sobre el Cuerpo y la Sangre del Redentor esta oración que El mismo había compuesto y que los Apóstoles decían al consagrar la hostia...»: Epist. IX, 12. No podía haberle señalado lugar más honorífico: como sello y complemento divino de todo el Canon, el Padre Nuestro con sus siete peticiones es el resumen y el compendio, HECHO POR EL MISMO JESUCRISTO, de todos los frutos del Santo Sacrificio... Ahora mismo va a desprenderse el más hermoso de esos frutos: la COMUNION.

Este mismo respeto y singular veneración al Padre Nuestro resalta de modo admirable en el breve PROLOGO o introducción que el celebrante, con las manos juntas, recita ahora, apenas se han apagado los ecos jubilosos del AMEN final del Canon. Es como un permiso, como una humilde excusa y una justificación, pues echamos por delante el precepto y las enseñanzas de Jesucristo:

Mt. VI, 9-13 y Luc. II, 1-4..., al tratar a Dios con la familiaridad más íntima que se conoce, como hijos con su Padre.

Para comprender aún mejor toda la razón de este PROLOGO, que en todas las Liturgias precede al Padre Nuestro, y que es mencionado ya por S. Cipriano (muerto el 258), no dejemos de colocarlo en su marco histórico: la antigüedad cristiana, recién salida del yugo servil de la Ley antigua, donde el trato del hombre con Dios era el del esclavo con su Señor, podía comprender todavía mejor que nosotros las sublimes alturas a donde nos elevaba el Padre nuestro; criada en el espíritu de temor y de servidumbre, al oír ahora de labios de los Apóstoles este lenguaje tan filial con Dios, despertaba a un mundo completamente nuevo y desconocido, y no acababa de salir de su asombro al poder llamar a Dios: «PADRE... PADRE NUESTRO». Cfr. Rom. 8, 15.

Un prólogo parecido se halla en todas las Liturgias: he aquí el empleado por los maronitas: «Señor Dios, abrid nuestra boca y nuestros labios, purificad nuestras inteligencias, para que, suplicantes, podamos clamar hacia Vos: ¡Oh, Dios, Padre de las misericordias!, a fin de que podamos orar y decir: Padre Nuestro, que estás en los cielos...» En la liturgia mozárabe variaba cada día, y la galicana poseía unas cincuenta fórmulas diversas.

El celebrante, pues, con los ojos fijos en la Sagrada Hostia, y con las manos extendidas, comienza a recitar en voz alta el Padre Nuestro, o a cantarlo con una de esas melodías clásicas en la Liturgia por su sencillez y belleza.

BREVE EXPLICACION DEL PADRE NUESTRO por escenas o cuadros simbólicos:

INVOCACION: «Padre nuestro que estás en los cielos».

Escenas: Un niño, de rodillas, con las manos juntas y los ojos levantados hacia el Padre Celestial, que aparece en el cielo, entre las nubes. Un niño en los brazos de su madre... Otro, huérfano, perdido en la calle...

PETICIONES: I. «Santificado sea el tu nombre».

Escena: Un globo terrestre: el mundo con sus mares, continentes, islas, montes, valles, ríos, pueblos y ciudades, y sobre ese globo como un sol esplendoroso, que quiere iluminarlo todo con su luz y su brillo, EL NOMBRE SANTO DE DIOS.

II. «Venga a nos el tu reino».

Escenas: Los cielos abiertos... Dios en su trono y alrededor los ángeles y gran multitud de santos con vestiduras blancas — santidad, inocencia—, y con palmas — martirio — y azucenas — pureza, virginidad — en sus manos. Un misionero con el Crucifijo en el pecho y una concha en la mano está bautizando a unos chinos... ; otro está predicando a los pieles rojas o a los esquimales... San Francisco Javier muriendo a la vista de la China y pidiendo: «¡Almas... Almas !».

III. «Hágase tu voluntad así en la tierra como en el cielo». Escenas: Los ángeles volando de una parte a otra, cumpliendo las órdenes de Dios, y cantando alegres: GLORIA A DIOS EN LAS ALTURAS... IV. «El pan nuestro de cada día dánosle hoy».

Escenas: Una familia; se sientan a la mesa el padre, la madre, los hijos... se reza el Padre nuestro: el padre va partiendo y distribuyendo el pan a sus hijos... Un niño dando un pedazo de pan a otro niño pobre.

Primera Comunión: Un niño muy alegre, con su lazo de primera comunión, se arrodilla por vez primera en el comulgatorio..., comienza a alimentarse con «el Pan del cielo y el manjar de los fuertes»..., sus padres, tiernamente emocionados, le acompañan en este acto..., San Tarsicio estrechando fuertemente contra su pecho «el pan de los mártires».

V. «Y perdónanos nuestras deudas, así como nosotros perdonamos a nuestros deudores...»

Escenas: N. S. Jesucristo en la CRUZ: «Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen...». San Esteban, apedreado, mira al cielo y ruega por sus verdugos. Jesucristo perdonando a la Magdalena, al buen Ladrón, a San Pedro...; un sacerdote en el confesonario trazando una cruz y absolviendo a un penitente... El padre del Hijo Pródigo perdonando y abrazando a su hijo. VI. «Y no nos dejes caer en la tentación»

Escenas: Eva dando oídos a la serpiente que le ofrece la manzana... LA VIRGEN INMACULADA escoltada de ángeles y aplastando la cabeza de la serpiente... EL ANGEL DE LA GUARDA dando la mano a un niño que va a pasar un puente... UN VALIENTE condecorado con la Laureada de San Fernando...

VII. «Mas líbranos de mal».

Escenas: Una ovejita, perseguida del lobo y protegida por el BUEN PASTOR, que la toma con cariño y se la pone sobre sus hombros. Una serpiente... un precipicio... un automóvil... La CRUZ ROJA.

Esta última petición, que es como un resumen de todas las demás — pues al pedir la liberación de todo mal, pedimos por lo mismo la concesión de todo bien —, la canta o recita en voz alta todo el pueblo: es un vestigio del antiguo rito del Padre Nuestro, cuando era recitado a coro por todos los fieles y el celebrante. En tiempos del Papa Clemente III (1187-1191), cuando los Cruzados combatían por la conquista de la Tierra Santa, se acostumbraba a rezar aquí, después del Padre Nuestro, el salmo «Deus venerunt gentes». Más tarde Juan XXII (1316-1334) decretó que, en este mismo lugar, se recitase el salmo «Lactatus sum», para extirpar cismas y herejías. El «Amén» que el celebrante añade ahora, en voz baja, es una adición de la Edad Media; como se ve, interrumpe momentáneamente el EPILOGO, que continúa con las mismas palabras y desarrolla la misma idea de esta séptima petición.

EL PADRE NUESTRO

PROLOGO: Oremos: Amonestados con preceptos saludables e informados por la enseñanza divina, nos atrevemos a decir:

PADRE NUESTRO que estás en los cielos — santificado sea el tu nombre — venga a nos el tu reino — hágase tu voluntad así en la tierra como en el cielo —. El pan nuestro de cada día dánosle hoy — y perdónanos nuestras deudas, así como nosotros perdonamos a nuestros deudores — y no nos dejes caer en la tentación, mas líbranos de mal. (Amén, responde el sacerdote en voz baja.)

El celebrante toma ahora entre los dedos, índice y medio de la mano derecha, la patena que en el Ofertorio había colocado a su lado derecho, parcialmente cubierta con los Corporales, y apoyándola de canto sobre el purificador recita en voz baja — antiguamente, en voz alta, como en la Misa del Viernes Santo — el EPILOGO del Padre Nuestro, hermosa y antiquísima oración romana, recogida ya por los Ordines más primitivos.

El eco de la última petición el comentario detallado, minucioso de todos los males de que deseamos vernos libres: males pasados, como consecuencia o castigo del pecado, malas inclinaciones, debilidad en el bien, tibieza... ; males presentes que nos afligen a nosotros, que azotan a nuestra familia y a la sociedad, que preocupan y angustian a la Iglesia... ; males futuros que nos amenazan, que van a caer sobre la sociedad, sobre las naciones, sobre el mundo que se desliza en el materialismo, en la apostasía, en la impiedad..., y pidiendo al mismo tiempo la intercesión de los Santos — particularmente se nombran a los cuatro primeros del Comunicantes, y en la Edad Media se podían añadir otros más — se formula, en fin, la misma insistente plegaria por la PAZ: «DA PROPITIUS PACEM...», que aquí también, como en la Plegaria sacrif. I, v. n. 219— , insertó el gran Papa, San Gregorio I...; que siempre fue patrimonio de los Vicarios de Jesucristo en la tierra propiciar la PAZ entre los pueblos y repetir a las naciones el programa del PRINCIPE DE LA PAZ: «Gloria a Dios en las alturas y paz en la tierra...». Esta Plegaría por la PAZ, por la PAZ interior, en nuestra conciencia, libre de pecado y de toda perturbación; y por la PAZ exterior en el mundo y en la Iglesia, la sella el celebrante con la CRUZ, santiguándose con la patena, pues con la CRUZ restableció Jesucristo la PAZ entre el cielo y la tierra: Colos. 1, 20; y añade, además, un beso a esa misma patena que, para el gran rito que se inicia ahora, va a recibir el Cuerpo de Jesucristo.

EPILOGO del Padre Nuestro.

Líbranos, Señor, te rogamos, de todos los males pasados, presentes y venideros; y por la intercesión de la bienaventurada y gloriosa Virgen, Madre de Dios, María, con tus santos Apóstoles Pedro y Pablo y Andrés, y de todos los Santos, danos propicio la paz en nuestros días; para que ayudados con el auxilio de tu misericordia, vivamos siempre libres de pecado, y seguros de toda perturbación.

235. FRACCION DEL PAN.

En el «Padre Nuestro» acabamos de pedir a nuestro Padre el Pan Eucarístico: y nuestro Padre inmediatamente se pone a partir ese Pan para distribuirlo entre sus hijos. Cfr. n. 47.

RITO PRIMITIVO: la Fracción del Pan era la escena más íntima y familiar de la Misa primitiva, el rito más popular y conocido en aquellos tiempos eucarísticos, en los que la Misa se llamaba así sencillamente: «la Fracción del Pan». V. n. 25.

Los fieles que asisten al Santo Sacrificio, todos de pie, en actitud firme y respetuosa — hay que notar que hasta el siglo XVII la costumbre era comulgar de pie—, están rodeando (circumstantes: v. n. 217, 2) la Mesa eucarística: en medio, un anciano obispo como padre de aquella gran familia, como Jesucristo en la Última Cena y en el Castillo de Emaús — la Fracción del Pan era, como se ve en estos casos, prerrogativa del Señor o del huésped: Mt. 26, 26; Mar. 14, 22... Luc. 24, 80—, va materialmente rompiendo, frangere, aquellos grandes y gruesos panes, colocados en anchos platos o patenas ministeriales (v. n. 109), y ayudado de los presbíteros y diáconos va separando para cada uno de los hijos de Dios su ración correspondiente; y esto con abundancia, con generosidad, pues además de que hay que llevar este «alimento que no disminuye: alimentum indeficiens» a los hermanos cautivos en las cárceles (v. n. 45) y a los enfermos e impedidos; muchos de los que asisten a la Fracción y viven muy lejos, quieren también llevárselo para comulgarse a sí mismos en sus casas. Cfr. nn. 45 y 54. Para más detalles, véase el capítulo 2: n. 47.

Este rito fue desapareciendo casi al mismo tiempo que la Ofrenda popular: v. n. 196; sobre todo, desde el siglo XI, al generalizarse en el Santo Sacrificio el uso del pan ázimo o sin levadura — y prevaleció en Occidente esta clase de pan, porque se sabía que con él había consagrado N. S. Jesucristo —, comenzaron a elaborarse, como ya se venía haciendo en los monasterios, panes pequeños y cada vez más menudos para la comunión de los fieles; de tal manera que ya en el siglo XII se nos dice que las hostias para la comunión tenían la forma y tamaño de un denario, es decir, que eran ya poco más o menos como las nuestras. Debió de introducirse también entonces la costumbre de dar la comunión directamente en la boca, por el peligro de que, siendo tan pequeñas y delgadas las hostias, se cayeran al suelo si seguían colocándose en las manos. Cfr. Rojo: o. c. p. 446.

La elaboración del pan que ha de servir para la Eucaristía fue siempre considerada como un acto sagrado y religioso. «He visto con mis propios ojos — nos dice Paladio — a Cándida, mujer de Trajano, generalísimo de las armadas de Valero, trabajar toda la noche en moler con sus propias manos el pan de la oblación». S. Wenceslao, duque de Bohemia, cultivaba él mismo su campo, lo sembraba, recogía la mies, molía el grano y cocía los panes para el altar. Era ocupación reservada generalmente a los sacerdotes y con la que se honraban los príncipes y grandes personajes cristianos. En muchos monasterios había un campo especialmente escogido para el trigo de la Eucaristía, campo que se llamaba del Corpus Domini. Y según las «Costumbres de Udalrico», en Cluny, tres sacerdotes en ayunas y después de haber rezado Laudes y los siete salmos penitenciales, se revestían de albas para preparar las hostias.

RITO ACTUAL: Comprende: 1, la Fracción de la Hostia del sacerdote; 2, la mezcla de un trozo de esa Hostia con el Sanguis; y 3, el Agnus Dei.

236. 1. LA FRACCION DE LA HOSTIA:

El celebrante divide la Hostia en dos partes iguales, mientras dice estas palabras de la fórmula final del Epílogo del Padre nuestro: «por el mismo Señor nuestro, Jesucristo, Hijo tuyo»; y dejando una de estas mitades — la que ha quedado en su mano derecha — sobre la patena, corta de la parte inferior de la otra mitad, que tiene en la mano izquierda, un pedacito, diciendo estas otras palabras de la misma conclusión: «que vive y reina contigo en unidad del Espíritu Santo».

Estas Fracciones de la Hostia, desde la Edad Media para mayor precaución, vienen realizándose sobre el Cáliz; pues antes la Fracción, lo mismo que la Consagración — esta última tiene ahora lugar sobre el Corporal —, se verificaban sobre la patena.

237. 2. LA MEZCLA DE LAS ESPECIES CONSAGRADAS:

Teniendo sobre el Cáliz la partícula que acaba de cortar, exclama, elevando la voz:

«Por todos los siglos de los siglos.» «Así sea», responde el pueblo...

Y en seguida traza con esta partícula, de labio a labio del Cáliz, tres cruces con la siguiente fórmula que es ya un anuncio del BESO DE PAZ, rito que viene a cerrar la preparación general para la Comunión:

«La PAZ del Señor sea siempre con vosotros.» «Y con tu espíritu», contestan los fieles.

El celebrante deja caer entonces dentro del Cáliz la partícula sagrada para que se mezcle con la Sangre de Jesucristo.

238. Simbolismo de la fracción y de la mezcla de la Hostia con el Sanguis:

Para tratar de comprender el significado de estos dos ritos, a los que tan distintas interpretaciones se han dado, vamos a remontarnos a sus orígenes históricos. EN UN PRINCIPIO NO EXISTE MAS QUE UNA SOLA FRACCION: la Fracción del Pan Eucarístico para distribuirlo entre el clero y los fieles que asisten al Sacrificio.

EL SIMBOLISMO DE LA FRACCION estaba clara y hermosamente expresado en las oraciones que la acompañaban): SIMBOLIZABA LA UNION Y CARIDAD ENTRE TODOS LOS CRISTIANOS.

«El pan que partimos — nos dice San Pablo: I Cor. X, 16, 17—, ¿no es la participación del Cuerpo del Señor? Porque todos participamos del mismo pan, y aunque muchos, venimos a ser un solo pan, un solo cuerpo.»

Y la Didaje — v. n. 62 — nos ha conservado la Fórmula más primitiva que se conoce para la Fracción del Pan: «Te damos gracias, Padre nuestro, por la vida y la ciencia que nos diste a conocer por medio de Jesús, tu Hijo, gloria a Ti por los siglos. Como este pan fraccionado se halla disperso

por las montañas, y reunido fue uno solo: de igual suerte reúnanse tu Iglesia desde los confines de la tierra en tu reino. Porque tuyos son la gloria y el poder, por Jesucristo, durante los siglos. Nadie coma, ni beba de vuestra Eucaristía, sino los bautizados en el nombre del Señor; que acerca de esto ha dicho el Señor: No déis lo santo a los perros».

MAS YA EN LA MISA PAPAL ROMANA de los siglos V al IX, hallamos TRES FRACCIONES del Pan y DOS MEZCLAS de las especies consagradas:

Primera mezcla:

Al comenzar la Misa, dos acólitos presentaban al Pontífice un cofrecito que guardaba un trozo de Pan consagrado en la Misa anterior: era lo que se llamaba «SANCTA»...

Proseguía la Misa, y al llegar la FRACCION DEL PAN, se anunciaba primero el BESO de PAZ con el «PAX DÓMINI»: el Papa echaba entonces en el Cáliz aquel «SANCTA» de la Misa anterior que se le había presentado al principio; esta mezcla fue, naturalmente, en sus orígenes, una medida práctica, pues el Pan fermentado, al cabo de algunos días, tenía que endurecerse, y para consumirlo era necesario ablandarlo en el vino consagrado.

Primera fracción:

Venía ahora el BESO DE PAZ, y a continuación también el Papa, por su parte, cortaba de su Hostia un pedazo que colocaba sobre el altar y que había de servir de «SANCTA» para la Misa siguiente.

Segunda fracción:

Inmediatamente tenía lugar la FRACCION PROPIAMENTE DICHA, la Fracción del Pan consagrado que iba a repartirse entre el clero y los fieles.

Tercera Fracción: Segunda mezcla:

Por fin, el Papa volvía a partir de su Hostia otra partícula que sumergía en el Cáliz al mismo tiempo que decía: «Esta mezcla y consagración...».

SIMBOLISMO DEL «SANCTA»: Como brote espontáneo y natural floración del primitivo rito de la FRACCION del PAN, el «SANCTA» venía también a poner de relieve la gran UNIDAD CRISTIANA: y así como la FRACCION simbolizaba la unión entre todos los cristianos, el «SANCTA» representaba la UNION ENTRE TODOS LOS SACRIFICIOS, la continuidad del mismo y único Sacrificio a través del tiempo y del espacio, la soldadura y el enlace de todas las misas entre sí, desde la última hasta la primera celebrada el día de Jueves Santo: así como para reafirmar y robustecer la unidad de la Iglesia e intercomuniación del Santo Sacrificio, es decir, para mostrar a los sacerdotes todos celebrando sus Misas en comunión con sus Obispos, y a éstos celebrándolas en comunión con el Papa, se usó hasta el siglo IX el envío del FERMENTUM: v. n. 63.

MEZCLA DE LAS ESPECIES CONSAGRADAS: S. Por todos los siglos de los siglos. P. Asi sea.

S. La Paz del Señor sea siempre con vosotros. P. Y con tu espíritu. S. Esta mezcla y consagración del Cuerpo y de la Sangre de Nuestro Señor Jesucristo sea para nosotros, que la recibimos, prenda de vida eterna. Amén.

EN NUESTRA MISA ACTUAL todas estas fracciones y mezclas de la Misa papal romana han venido a fusionarse en una sola fracción y en una sola mezcla.

Al omitirse la Fracción propiamente dicha — segunda Fracción —, nuestra Fracción corresponde a la vez a la primera y a la tercera Fracción de la Misa papal; y al desaparecer la costumbre del «SANCTA», nuestra mezcla de las especies consagradas ha venido, naturalmente, a ocupar el lugar de la primera mezcla, aunque la plegaria: «Esta mezcla... es la de la segunda mixtión. No se ha llegado aún a comprender en nuestros días toda la profundidad de la significación contenida en esta segunda mezcla... ¿Era una preparación para la comunión de los laicos, en la que el Cuerpo del Señor, mezclado con la sangre consagrada, se les presentaba, sacada del Cáliz con una cucharita?... Se comprenderían entonces las palabras del sacerdote: «Que la mezcla y la consagración del Cuerpo y de la Sangre de N. S. Jesucristo sea para nosotros, que la recibimos, prenda de vida eterna». Oh. Parsch: o. c., pp. 261-267.

239. 3. EL AGNUS DEI.

Rito: El celebrante cubre el cáliz, hace genuflexión, se levanta e inclinado hacia el Sacramento golpéase el pecho tres veces, diciendo el «Agnus Dei».

¿Cuándo y con qué fin se introdujo el Agnus Dei en la Misa romana? Se introdujo en tiempo del Papa Sergio I (697-701), con el fin de llenar el prolongado rito de la Fracción del Pan.

No es, como se ve, tan primitivo el Agnus Dei, por lo menos en la Misa romana: por eso no lo tiene la antiquísima del Sábado Santo, y algunas liturgias, p. e., la mozárabe, no lo conocen.

Era un verdadero «confractorium» — v. n. 47 — que clero y pueblo repetían indeterminado número de veces todo el tiempo que duraba la Fracción; más tarde, hacia el siglo XII, al simplificarse aquel rito, se limitó a tres el número de Agnus Dei, y por fin, el Papa Inocencio III (1198-1216), en vista de las serias perturbaciones que entonces agitaban a la Iglesia, cambió el tercer «miserere» por el «dona nobis pacem». De esta suerte alejóse un poco de su sitio el Agnus Dei y alteróse algún tanto su significación litúrgica, acercándolo y relacionándolo con el BESO DE PAZ.

¿Dónde está inspirado el Agnus Dei?

Este cántico de comunión, de origen griego, está inspirado en las palabras de San Juan Bautista: quien hallándose bautizando a las muchedumbres en las márgenes del Jordán, vió pasar ante sus ojos al Mesías, y al punto se lo señaló con el dedo a sus discípulos: «He ahí el Cordero de Dios, he ahí el que quita — el que lleva o carga sobre si, según el texto original — los pecados del mundo».

Jo. I. 29 y 36. Y el Santo Precursor se inspiró a su vez, en los Profetas — Isai. 53, 7; Jerem. 11, 19—, quienes con los rasgos más patéticos describen a Jesucristo como CORDERO: «Cordero por la mansedumbre de su condición: mansedumbre que tiene así en el trato como en el sufrimiento, así en lo que por nosotros sufrió como en lo que cada día nos sufre; Cordero por la pureza e inocencia de su vida, y Cordero en fin, por la satisfacción de su sacrificio y ofrenda». Fr. L. de León: Los Nombres de Cristo, lib. III, c. 4.

La Liturgia católica, al colocar el Agnus Dei en la Fracción del Pan, en el momento del Sacrificio en que el verdadero Cordero de Dios está ya inmolado y desmenuzado sobre el altar para ser comido por los comulgantes, aludía al Cordero Pascual, que también era desmenuzado y comido por los que lo ofrecían. Cfr. n. 41.

LA SUPLICA «MISERERE NOBIS» es la de tantos enfermos y desgraciados, que al ver pasar a Jesús, gritaban con fe y confianza: «Jesús, hijo de David, ten misericordia de nosotros».

Así en la Misa se han ido engastando con acertado encaje y perfecto ajustamiento las perlas más bellas de los Libros sagrados.

240. EL BESO DE PAZ.

Antes de sentarnos a la Mesa Eucarística, como testimonio de que pertenecemos a la misma familia, nos damos el Beso de PAZ.

Rito primitivo: Ya queda descrito en el cap. II, n. 48.

Rito actual: El sacerdote, con las manos juntas sobre el altar, recita la «Oración por la Paz», oración ligada ahora al Agnus Dei por el «dona nobis pacem».

Esta bellísima oración de origen mozárabe o español, está inspirada en la cariñosa despedida de Jesucristo en el Cenáculo, To. 14, 27, y también en la primera oración del Canon: Te igitur (v. n. 216), en la que pedimos, como aquí y con las mismas palabras, «pacificare et adunare», la PAZ Y LA UNIDAD DE LA IGLESIA.

Como sólo se aplica a la Iglesia militante, ella y el Beso de paz, se omiten en las Misas de difuntos. Tampoco se dice el Jueves Santo, sin duda por no evocar el triste recuerdo del beso traidor de Judas.

EN LAS MISAS SOLEMNES: Mientras el celebrante recita esta plegaria, el diácono va al lado derecho de aquél; besan los dos el altar — antes se besaba la misma Hostia, o el Cáliz, o la patena—, símbolo de Cristo, como para sacar de allí la corriente de Paz cristiana, mansa y fertilizadora que, en mutuos abrazos como en ondas sucesivas de caridad, va desde el celebrante hasta el diácono, desde el diácono hasta el subdiácono y desde este último hasta todos los demás, sacerdotes y fieles que llenan el templo en las grandes solemnidades católicas.

Todavía en las humildes iglesias de aldea, sigue usándose el «porta-paz», placa metálica con la Cruz u otro grabado religioso que, después de recibir del celebrante el primer beso de PAZ, la va repartiendo por los labios de todos los fieles.

EL BESO DE PAZ: Señor mío Jesucristo que dijiste a tus Apóstoles: «La paz os dejo, mi paz os doy», no mires mis pecados, sino la fe de tu Iglesia, y dignate pacificarla y aunarla según tu voluntad; Tú que como Dios vives y reinas por todos los siglos de los siglos. Amén.

241. PREPARACION PRIVADA (Fórmulas en singular).

Hasta aquí la preparación que podemos llamar general: sus fórmulas, redactadas en plural, tienden a disponer a toda la asamblea para el banquete del Sacrificio. Esta preparación que, como acabamos de ver, se polariza toda ella en la PAZ Y EN LA UNIDAD CRISTIANA, acaba de llegar a su punto culminante en el BESO DE PAZ. Formando, pues, un solo corazón y una sola alma, la gran familia católica se sienta a la Mesa eucarística para comulgar, primero, el padre de familia, el sacerdote y, después, los hijos, los fieles...

Así era en los tiempos primitivos: la Comunión seguía inmediatamente al BESO DE PAZ; mas ya a partir del siglo IX aparecen en los Misales de la época varias oraciones preparatorias para la Comunión, dos de las cuales, las más antiguas y hermosas, fueron conservadas en el Misal oficial de S. PIO V.

242. ¿De dónde proceden estas oraciones?

De la devoción privada de piadosos sacerdotes, quienes durante el canto del Agnús y el Beso de Paz, se preparaban con ellas, recitándolas en particular.

Por eso estas oraciones presentan todos los caracteres de coloquios íntimos y privados con Jesucristo: son oraciones dirigidas a Dios Hijo, y sus fórmulas están en singular, aplicadas a una sola persona, contrastando así con todas las demás oraciones de la Misa que, además de ir generalmente dirigidas a Dios Padre, por Jesucristo, rebosan siempre amplitud de miras, catolicismo y universalidad en sus peticiones.

PREPARACION PRIVADA

Señor mió Jesucristo, Hijo de Dios vivo, que por la voluntad del Padre, cooperando el Espíritu Santo, vivificaste al mundo con tu muerte; por este tu sacrosanto Cuerpo y Sangre líbrame de todos mis pecados y de todos los males: haz que siempre esté adherido a tus mandamientos y no permitas que jamás me aparte de Ti, que como Dios vives y reinas con el mismo Dios Padre en unidad del Espíritu Santo por los siglos de los siglos. Amén.

243. ¿Qué se pide en estas oraciones?

EN LA PRIMERA, después de una solenne invocación a Jesucristo «Hijo de Dios vivo», que recuerda la valiente profesión de fe de San Pedro, Mt. 16, 16, y después del motivo de la oración: la Redención obrada por toda la Santísima Trinidad, el Padre con su decreto, el Espíritu Santo con su cooperación y el Hijo con su muerte vivificadora, el comulgante pide para sí a Jesucristo:

1. La liberación de todos sus pecados y males.
2. Que no se desvie del recto sendero de sus mandamientos.
3. Que no permita que jamás se aparte de EL.

Son los tres frutos más preciosos de la Comunión: la última gracia, sobre todo, encierra el gran DON DE LA PERSEVERANCIA FINAL: perseverancia que supone la muerte en estado de gracia, y que por lo mismo es un don, un beneficio especialísimo de Dios, que nosotros no podemos merecer «de condigno», es decir, de justicia, porque se nos deba por derecho, en virtud de la promesa de Dios; pues Dios no ha prometido al hombre esa gracia; don tan grande que la Iglesia en sus colectas, en el Ave María y, sobre todo, aquí, en el momento de la Comunión, nos enseña a pedir insistentemente a Dios N. S.

En cuanto a la forma de esta oración vemos que presenta el mismo corte y estilo de las colectas — v. n. 170—: Invocación, Motivo, Súplica y Fórmula final.

En cuanto a su contenido, el «no permitas que jamás me separe de Ti» — que parece suponer que ya se ha comulgado — y el puesto que se le señaló en muchos misales antiguos, indican con bastante claridad que era una oración para después de la Comunión.

244. LA SEGUNDA ORACION es un eco de aquellas serias amonestaciones de S. Pablo a los fieles de Corinto: I Cor. XI, 27 – 30.

«El que comiere de este pan o bebiere el cáliz del Señor indignamente, reo será del cuerpo y de la sangre del Señor. Por tanto, examínese el hombre a si mismo y de esta suerte, con la conciencia pura, coma de aquel pan y beba de aquel cáliz. Porque quien lo come y bebe indignamente se traga y bebe su propia condenación, no haciendo el debido discernimiento del cuerpo del Señor. Por eso — por haber recibido indignamente el cuerpo del Señor — hay entre vosotros muchos enfermos y sin fuerzas, y muchos mueren.»

Saludablemente estremecido por el horror a la Comunión sacrilega y a la eterna condenación con que aquélla se castiga — in iudicium et condemnationem—, el cristiano que se atreve a recibir el Cuerpo del Señor, se abandona confiado a la bondad de Jesús — pro tua pietate—, y de ella espera que la Comunión sea: 1, defensa de su alma y de su cuerpo, y 2, medicina espiritual para su naturaleza caída y lisiada por el pecado.

Estos «temores en el favor», inspiraron al sacerdote-poeta uno de sus más delicados sonetos:

<http://sededelasabiduria.es/2018/07/09/catecismo-historico-liturgico-sobre-la-misa-110/>

Cuando en mis manos, Rey eterno, os miro,
y la cándida víctima levanto,
de mi atrevida indignidad me espanto,
y la piedad de vuestro pecho admiro.

Tal vez el alma con temor retiro,
tal vez la doy al amoroso llanto,
que arrepentido de ofenderos tanto
con ansias temo y con dolor suspiro.

Volved los ojos a mirarme humanos;
que por las sendas de mi error siniestras
me despeñaron pensamientos vanos.

No sean tantas las miserias nuestras
que a quien os tuvo en sus indignas manos
Vos le dejéis de las divinas vuestras.

Lope de Vega.

La percepción de tu cuerpo, oh Señor Jesucristo, que yo indigno me atrevo a recibir, no me sea motivo de juicio y de condenación; sino que por tu bondad me aproveche para defensa del alma y del cuerpo, y de medicina saludable. TU que, como Dios, vives y reinas con Dios Padre en unidad del Espíritu Santo por todos los siglos de los siglos. Amén.

245. COMUNION.

Comunión del Celebrante

Oraciones jaculatorias I

Es el lenguaje de las emociones más vivas

Las emociones de la Comunión

1 – «Tomaré el Pan Celestial»———Emoc. de confianza y fortaleza 2- «Señor, yo no soy digno»
——— » de humanidad y de fe

3-«El Cuerpo de N.S. J-C . .» ——— » de Vida eterna y divina

4 – «Qué daré yo en cambio»——— » de gratitud y asombro

———

5- «Recibiré el Cáliz»——— » de confianza y fortaleza

6- La Sangre de N.S. J-C .. «——— » de Vida eterna y divina

Comunión de los fieles

Rito Antiguo——— Véase cap. 2

Rito Actual ——— Especie de misa abreviada

Procede originar, del rito de la Comunión de los enfermos.

246. Y llegó, por fin, el momento.

El celebrante, rodilla en tierra, adora a Jesucristo: alborozado porque va a tomar en sus manos el Pan Eucarístico, deja escapar de su pecho frases entrecortadas, ardientes jaculatorias... Las jaculatorias son el lenguaje de las emociones más vivas. ¡Qué bien lo sabe la liturgia católica y cómo las ha colocado — desde el siglo XI — en el momento de las emociones más puras e intensas que puede el alma recibir en esta vida... las emociones de la Comunión.

LA PRIMERA DE ESTAS JACULATORIAS ha sido, en parte, sacada de un salmo eucarístico o de acción de gracias, del salmo 115, v. 13.

«Tomaré el pan celestial e invocaré el nombre del Señor.»

Toma, en efecto, la Hostia y la patena con la mano izquierda, y algo inclinado hacia el Sacramento, golpéase con la mano derecha tres veces el pecho, al mismo tiempo que dice devota y humildemente:

«Señor, yo no soy digno...»

En verdad os digo que ni en Israel he encontrado tanta fe..., había dicho Jesucristo, admirado al oír estas palabras de labios de un pagano: Mt. VIII, 8. Pues si tanto le agradaron estas palabras aplicadas entonces a una morada terrestre y a la curación de un criado, ¡cuánto más le complacería a Jesús oírlas desde la Hostia consagrada, tratándose ahora de la morada de nuestro pecho y de la curación de nuestra alma!

Por eso la Iglesia católica, que, como tantas veces hemos observado, al llegar los puntos más importantes de la Misa, nos toma como madre cariñosa en sus brazos para elevarnos con las más sublimes oraciones, ritos y ceremonias a las alturas del momento litúrgico en que nos hallamos, colocó aquí, y sólo modificándola ligerísimamente, esta magnífica profesión de fe y humildad, esta breve oración jaculatoria del Centurión romano de Cafarnaum.

Al «Domine non sum dignus» alude ya Orígenes en el siglo II: «Cuando coméis el Cuerpo del Señor, entonces entra el Señor bajo vuestro techo. Debéis, pues, vosotros, también humillaros imitando al Centurión, y decir: Señor, yo no soy digno...» Homil. V. in Div. loca Evang; y en el s. IV, San Juan Crisóstomo: «Digamos a nuestro Redentor: Señor, yo no soy digno de que Vos entréis en la casa de mi alma, pero, sin embargo, porque Vos deseáis venir con nosotros, animados por vuestra misericordia, nos acercamos a Vos.» Homil. de Santo Tomás Ap. (Citados por Lefebvre: Para comprender la Misa, p. 107.)

En seguida el celebrante pasa a la mano derecha la sagrada Hostia, y dándose la bendición con ella a sí mismo — se signans, dice la rúbrica—, pronuncia la FORMULA DE LA COMUNION:

«El Cuerpo de N. S. Jesucristo guarde mi alma para la vida eterna.»

Fórmula de VIDA, y de VIDA ETERNA y DIVINA que expresa el fin principal de la Comunión: «guardar el alma para la vida eterna».

Esta fórmula, sencilla y profunda sobre toda ponderación, repite y compendia lo que tantas veces inculcó Jesucristo: «Yo soy el Pan de vida que he descendido del cielo... Quien come mi carne y bebe mi sangre, tiene vida eterna y Yo le resucitaré en el último día; porque mi carne verdaderamente es manjar y mi sangre verdaderamente es bebida... Este es el Pan que ha bajado del cielo: quien come este pan vivirá eternamente» (Cfr. Jo. 6). La fórmula completa— no su comienzo, «Cuerpo de Cristo», que como hemos visto (núm. 49) es de los primeros siglos — se remonta al siglo XI.

«Guarde mi alma»: como se guarda el tesoro más precioso que hay en el hombre: protegiéndola, santificándola, vivificándola y fecundándola a ella y a cada una de sus facultades... las espirituales: mi inteligencia y mi voluntad; las que posee en común con el cuerpo: mi memoria, mi imaginación y mi sensibilidad... influyendo en todo mi ser, que del alma recibe su vida.

«Para la vida eterna»: para la vida eterna del alma inmortal, contemplando, amando soberanamente a Dios... ; para la vida eterna del cuerpo resucitado, ya que la Comunión es la premia de la resurrección futura. Cfr. Vigourel: *La Liturgie et la vie chretienne*, pp. 205-206.

¡Qué momento aquél! — dice el P. Coloma, hablando del santo Viático—: ¡Jesucristo, la verdadera vida, está allí, en la hostia consagrada, frente a frente de la muerte! Y sobre aquella lengua seca, trabada, borrosa, que apenas si acierta a balbucir: ¡Señor, no soy digno de que entres en mi morada!..., se desliza la hostia pura, la hostia santa, la hostia inmaculada hasta ponerse junto a aquel corazón que bate el pecho con aleteos de pájaro moribundo, ¡Ay!, yo creo que si aplicáramos los oídos del alma en el momento mismo en que la hostia se sepulta en aquel semicadáver, oiríamos a Jesucristo decir con voz suavísima al moribundo: —¡No temas!, ego sum resurrectio et vita...! Yo soy la resurrección y la vida. ¡Qué grandioso, qué sublime, qué divino ese dejar la Eucaristía, como semilla de vida entre las mismas garras de la muerte!... ¡Allí está la Eucaristía! y porque está allí, aquellos ojos volverán a mirar, aquellas mejillas volverán a colorearse, aquella boca volverá a sonreír, aquellos brazos volverán a estrecharnos, aquella lengua volverá a hablarnos para decirnos: —¡No llores más, aquí estoy!... Si está allí, en la Eucaristía, la vida, ¡cómo ha de triunfar la muerte!...» Coloma, G., S. J. : *Sermones varios*, tom. IV: *La Eucaristía*, serna. 3, VII,

Y reclinado sobre el altar, se comulga a sí mismo... reposa unos instantes con las manos juntas en la meditación del Smo. Sacramento...: después descubre el cáliz, hace genuflexión y, mientras recoge con la patena las partículas que hayan podido desprenderse de la Hostia y purifica la misma patena sobre el Cáliz, respirando satisfacción y gratitud, manifiesta con otra jaculatoria del salmo 115, que no sabe cómo expresar al Señor todo su reconocimiento:

«Qué daré yo en cambio al Señor por todos los beneficios que me ha hecho?...»

Mas al punto en su interior oye la respuesta: A Dios se pagan sus dones, disponiéndose a recibir de su mano otros mayores... Así es Dios de generoso y sólo para eso quiere El nuestro agradecimiento. Una comunión, sólo puede dignamente pagarse con otra comunión más fervorosa, y la comunión del Cuerpo de Jesucristo sólo puede pagarse con la comunión o participación de la Sangre del mismo Jesucristo.

Esta es la acción de gracias que nos enseña la Liturgia de la Misa: y ¿puede haber otra más racional, más fructuosa, más sublime?...

Y eso es lo que expresa esta otra jaculatoria, también del mismo salmo:

«Recibiré el Cáliz de salvación e invocaré el nombre del Señor.» «Con alabanzas invocaré al Señor, y me veré libre de mis enemigos.»

Y en seguida, con la misma bendición y fórmula que usó para la comunión del Cuerpo, aplica sus labios a la Sangre preciosa de Jesucristo.

Pocos Santos han expresado con más ternura los efectos de la Comunión como el mártir S. Ignacio, obispo de Antioquía: «Mi amor, dice escribiendo a los fieles de Roma, se ha fijado en la cruz; el fuego que me consume es un fuego vivificador, que me repite sin cesar, desde el fondo del corazón: Ignacio, llega a tu Padre. Ya no hallo gusto en los manjares más exquisitos, ni en los vinos más deliciosos; el pan que yo deseo es la carne de Jesucristo, hijo de David; y el solo vino que puede templar mi sed es su sangre, principio de la inmortal caridad. Nada me retiene en la tierra, y ya no me considero como un viviente entre los hombres.» Epist. ad Rom., c. 7, P. G., t. V, c. 694.

247. COMUNION DE LOS FIELES.

«Ha comulgado el padre de familia, el sacerdote: ahora deben hacerlo los hijos, los fieles.

RITO PRIMITIVO: Véase cap. 2, nn. 49-50.

RITO ACTUAL: Hoy los fieles, al acercarse a comulgar, lo mismo fuera que dentro de la Misa, rezan el «Confíteor»; el sacerdote recita sobre ellos las fórmulas absolutorias, repite el «Agnus Dei», pronuncia tres veces el «Domine non sum dignus» y distribuye, en fin, la comunión con el mismo rito y fórmula que ya conocemos.

¿POR QUE ESTE GRUPO DE ORACIONES —nos ocurre preguntar en seguida — para preparar a los fieles que van a comulgar dentro de la Misa, y a quienes con toda razón suponemos plenamente identificados con el celebrante durante el Sacrificio?... ¿Por qué esta especie de Misa abreviada, que viene a repetir lo que ya se dijo antes?...

Si consultamos el «Ordinario de la Misa», que nada nos dice de estas oraciones y supone que los fieles, sin más, comulgan a continuación del celebrante, todavía se confirma más nuestra sospecha de que nos hallamos ante la curiosa intromisión, y bastante reciente por cierto, de un rito que en otra parte debe tener su plena razón y significado.

En efecto: estas oraciones comenzaron a decirse en la comunión de los enfermos; como éstos no habían podido asistir al Santo Sacrificio, nada mejor que prepararlos para la comunión con una especie de Misa abreviada... Confíteor, Absoluciones, Agnus Dei, Elevación de la Hostia, Domine non sum dignus, etc. ; de la comunión de los enfermos pasó a la comunión fuera de la Misa; y de aquí, sin duda por la disminución gradual de la parte activa de los fieles en la Misa, se introdujo este rito paulatina e insensiblemente en la Misa hacia el sigloXIV.

Los Cartujos, como conservan su antiguo rito, no dicen el «Confíteor» en la comunión: ni tampoco se dice en las Misas de ordenación, de consagración del obispo, de bendición del abad: ni lo recitan el diácono y subdiácono en la Misa pontifical.

248. Comunión: ACCION DE GRACIAS.

Acción de gracias Tiende a pedir la perseverancia en nosotros de los efectos de la Comunión.

Estos efectos se pedían en las oraciones preparatorias de la Comunión.

A).- PARTE INVARIABLE (durante las abluciones)

1 – «Haz, Señor, que recibamos con corazón puro»

Oración preparatoria 6 » La Comunión de tu Cuerpo... no me sea motivo de condenación»

«Que la Comunión sea remedio eterno»

«Que me aproveche para defensa y de medicina saludable»

2 – «Tu Cuerpo... adhiérase a mis entrañas...»

Oración prepar. 5 «No permitas que me aparte de Ti»

«Que no quede mancha alguna de pecado en mi»

«Líbrame de todos mis pecados»

B) : PARTE VARIABLE (Después de las abluciones)

3 – COMMUNIO: antes cántico durante la Común. ; hoy antif. restos de un Salm.

«Gustad y ved cuan suave es el Señor.»

4 – POSTCOMMUNION: «Oración ad complendum, o sea, complemento final del Sacrif.

PLEGARIA OFICIAL para que se cumpla en nosotros la gracia de la Comunión

La Misa termina ahora rápidamente: lo cual bajo el punto de vista psicológico, como advierten los liturgistas, está perfectamente fundado...: ¿no es la rápida caída del telón, en las representaciones dramáticas, el mejor punto final de las escenas más impresionantes? Con todo, en esta brevísima acción de gracias litúrgica de la Misa tenemos, claramente esbozada, la idea directriz de lo que debe ser toda acción de gracias después de la comunión: la perseverancia en nosotros de sus efectos maravillosos.

249. ¿Cuál es la razón de las abluciones o purificaciones de los dedos y del cáliz que ahora realiza el celebrante?

La razón estriba en esta verdad dogmática: que N. S. J. C. está presente todo entero bajo cada uno de los fragmentos o partículas de la Hostia consagrada, lo mismo que bajo cada una de las gotitas más menudas del Sanguis.

Recuérdese el diligente cuidado que en este punto recomendaba a sus fieles S. Cirilo de Jerusalén: v. n. 61. En la Edad Media las abluciones generalmente no tenían lugar en el altar, y el agua empleada en la purificación de las yemas de los dedos no se tomaba, sino que se vertía en la «piscina», lugar en que hoy se echan las materias residuos sacramentales.

250. ¿Qué oraciones de acción de gracias se recitan durante estas abluciones?

Durante la purificación del cáliz — sólo con vino—, se reza la oración: «Haz, Señor, que recibamos con corazón puro»; y en la ablución de los dedos — con vino y con agua — se recita la oración: «Tu Cuerpo, Señor, que he recibido».

Si comparamos ambas oraciones, observamos que la primera es de puro estilo romano por su forma – ritmo, paralelismo y antitesis —, y por su latín clásico; y tan antigua que ya se halla en el Sacramentario leoniano (v. n. 119); aunque en ese y en otros Sacramentarios figura como una «post-comunión», como todavía la vemos hoy en la Misa del Jueves de la Semana de Pasión. La segunda en cambio, es menos antigua, como lo prueba, entre otras razones, el uso del número singular, que, además de indicar que procede de la devoción privada, supone que en el tiempo en que fue introducida en la Misa, ya era sólo el celebrante quien comulgaba bajo ambas especies.

ACCION DE GRACIAS Haz, Señor, que recibamos con corazón puro lo que hemos tomado con la boca; y que este don temporal se nos convierta en remedio eterno. Tu Cuerpo, Señor, que he tomado y tu Sangre que he bebido se adhieran a mis entrañas; y haz que no quede mancha alguna de pecado en mi, a quien han alimentado estos puros y santos sacramentos: Tú que vives y reinas por los siglos de los siglos. Amén.

251. LA ANTIFONA LLAMADA «COMUNIÓN»

El celebrante, después de haber cubierto el cáliz, se dirige al lado de la Epístola para leer en el Misal la antifona llamada «comunión».

¿Cuál es el origen de esta antifona?

En la Misa primitiva había nada menos que cuatro procesiones, y cada una acompañada de su respectivo canto... ¡Así palpitaban aquellas Misas de animación y de vida por la participación activa que en ellas tomaba el pueblo!

Existía: 1. La procesión del INTROITO, es decir, la que se formaba al entrar solemnemente el Papa o el Obispo en la gran basílica cristiana. V. nn. 159-161.

Por cierto que el canto, correspondiente a esta procesión, aunque muy recortado hoy día y desencajado de su sitio en las Misas rezadas, todavía conserva su lugar de honor en las Misas cantadas, cuando los cantores, sin tener en cuenta las preces al pie del altar, entonan con reposada y majestuosa melodía la antífona del INTROITO, ya al salir el celebrante de la sacristía y aproximarse al altar.

2. La procesión del EVANGELIO con las alegres notas del ALELUIA y que todavía reviste máxima solemnidad en las misas cantadas: v. nn. 181-186.

3. La procesión del OFERTORIO, hoy ya imperceptible: v. n. 193; y por fin,

4. La procesión de la COMUNION; era la más alegre y esperada de los fieles: ¡cuántas veces ocurrían escenas tan deliciosas como aquella que nos refiere el autor de la Vida de S. Gregorio el Grande!: Una señora de la aristocracia romana que acostumbraba asistir los domingos a la Misa del Papa, al acercarse a comulgar y en el momento de ir a recibir en su dominical — v. n. 49 — el Pan Eucarístico, no pudo reprimir una espontánea sonrisa de satisfacción... San Gregorio, que advierte aquella irreverencia, pasa de largo y no le da la comunión. Pero al terminar la Misa ordena comparecer en su presencia a la matrona romana... «Es que caí en la cuenta— dijo ella algo ruborizada — que el Pan que ibais a darme era el mismo que yo con mis propias manos había elaborado y traído para la OFRENDA». (Paul. diac.: Gregor. Vita, 23; citado por Rojo del Pozo; o. c., p. 444).

LOS FIELES SE ACERCABAN A COMULGAR CANTANDO UN SALMO, especialmente escogido para este acto: el 22 «Dominus regit me», el 84: «Benedixisti, Domine, terram tuam», y sobre todo el 33: «Benedicam Dominum in omni tempore», por su precioso verso 9: «Gústate el videte quoniam suavis est Dominus» (v. n. 47). Los versículos de esos salmos alternaban con una antífona que, a modo de estribillo, repetía el pueblo todo el tiempo que duraba la distribución de la comunión. Pero durante la Edad Media, con la gradual disminución del número de los comulgantes y la propagación de la comunión fuera de la Misa, fuése acortando el salmo hasta quedar sola la antífona, y ésta fuera de su lugar, aunque conservando su nombre de pila y, en la mayoría de los casos, su aplicación más o menos próxima a la Eucaristía.

Los Cominunios más antiguos se refieren al tiempo eclesiástico, o a la fiesta que se celebra, o se está preparando; muchos son frases selectas del Evangelio o de la epístola del día y vienen a subrayar una idea capital; pero la mayoría, casi la mitad (2/5), están tomados de los salmos.

LA POSTCOMUNION:

252. ¿Cuál es la plegaria oficial de la ACCION DE GRACIAS?

Es la oración llamada ahora «Postcommunio», porque se recita después de la Comunión y que, antiguamente, se denominaba «complenda», u «oratio ad complendum», porque con ella se terminaba el Sacrificio.

La «Postcommunio», que ya figura en el Sacramentado leoniano (v. n. 119), está estrechamente enlazada con la Colecta y la Secreta en cuanto a su número y a su conclusión, aunque difiere en su estructura, menos perfecta que la de las Colectas, y en su contenido, que, a la idea central de la fiesta o del tiempo eclesiástico, añade la representación sucinta, el ruego concreto para que en nosotros se cumpla la gracia de la Comunión.

Como un resumen magnífico de los varios motivos que la Liturgia va desarrollando en las diversas postcomuniones del año, véase la oración «por los vivos y los difuntos», que suele rezarse en tercer lugar, durante la Cuaresma, cuando no hay conmemoración de algún Santo: aquí también, como en las grandes oraciones de la Misa, aparecen cariñosamente abrazadas y unidas por la oración eucarística las tres Iglesias, la del cielo, la de la tierra y la del purgatorio: «Que nos purifiquen, te rogamos, Omnipotente y misericordioso Dios, los sacramentos que hemos recibido; y por la intercesión de todos tus santos haz que este tu sacramento no sea para nosotros reato de pena, es decir, ocasión de faltas que expiar, sino intercesión saludable de perdón; sea ablución de nuestros pecados, fortaleza para nuestra debilidad, protección contra todos los peligros del mundo, y para los vivos y difuntos remisión de todos sus pecados».

LA ORACION «SOBRE EL PUEBLO»

Esta oración que en Cuaresma, en las misas feriales, se añade a las poscomuniones, va precedida del aviso ritual: «Humiliate capita vestra Deo», o como se dice en el rito mozarabe: «Humiliate vos benedictioni: inclinaos para recibir la bendición»; como se ve por estas últimas palabras, era una bendición que solían darse a los que no habían comulgado, antes de introducirse la actual bendición con la señal de la Cruz. Cfr. 256.

253. FIN DE LA MISA. 1- «Ite Missa est»: Despedida del celebrante a los fieles 2- «Placeat tibi»: Resumen de los fines del Sacrificio 3- «Benedicat vos Omnipotens...» Despedida de Dios a sus hijos. Epílogo de la Misa:

ULTIMO EVANG. o Prólogo de S. Juan -JESUCRISTO- Lleno de gracia-Misa de los fieles

Lleno de verdad-Misa de los catecúmenos DEO GRATIAS

254. «ITE: MISSA EST».

Hasta el siglo XI, ¿cómo terminaba la Misa? Terminaba con el envío o despedida de los fieles, anunciado solemnemente por el diácono que en nombre del Papa o del Obispo celebrante, invitaba a la asamblea a retirarse con esta fórmula, ya en uso desde el siglo II, y que dió su nombre al Santo Sacrificio (v. n. 26): ITE: MISSA EST; IDOS: ES EL ENVIO o despedida. A lo que el pueblo respondía con la fórmula litúrgica: DEO GRATIAS, tan significativa sobre todo en estos momentos, después de haber recibido de Dios el mayor de los beneficios: la Redención, cuyo recuerdo vivo acaba de conmemorarse en la Misa.

Los mismos gentiles usaban una fórmula de contenido parecido cuando se habían de alejar de sus templos, después de terminados los misterios paganos: «I LICET», clamaba el heraldo, es decir, sin contracción: «IRE LICET», OS ES PERMITIDO PARTIR.

El BENEDICAMITS DOMINO: En la antigua liturgia el anuncio del ITE Missa est revestía tal solemnidad, que era exclusivo de las Misas celebradas por el Papa o los Obispos; y como la recitación del GLORIA fue en aquellos tiempos algo también propio de la Misa episcopal — v. n. 167 —, establecióse entre ambos cierta relación que todavía subsiste en nuestros días; la supresión del GLORIA en la Misa, lleva también consigo la omisión del ITE MISSA EST.

En estos casos al ITE substituye el BENEDICAMUS DOMINO, aclamación con que terminan las HORAS del Breviario y que los simples sacerdotes, dejando el alto honor del ITE MISSA EST a los Obispos, comenzaron a usar también como conclusión de la Misa. Como se ve, pues, la omisión del ITE MISSA EST, aunque generalmente coincide con Misas de penitencia — Adviento, Cuaresma, Cuatro Témoras, Rogaciones, algunas vigiliass... —, no implica de suyo ni tristeza ni alegría. El ITE MISSA EST también cede su lugar, en las Misas de difuntos, al «REQUIESCANT IN PACE», que expresa un deseo de circunstancias y es un inspirado resumen de toda la misa en favor de los difuntos.

255. «PLACEAT TIBI».

Con el ITE MISSA EST o una expresión parecida — «vayamos en paz en el nombre de Cristo —Id en paz —Gloria a Ti, Cristo, nuestro Dios y nuestra esperanza...», terminaba la Misa en los diez primeros siglos. Pero hacia el siglo XI aparecen en los misales de la época dos nuevos elementos: la oración de origen galicano «Placeat tibi» y la BENDICION.

¿De dónde procedía la oración «Placeat tibi»? Procedía, como se advierte por su carácter individual, del tesoro de la devoción privada, y solían recitarla los sacerdotes, en la sacristía, antes o después de haberse quitado los ornamentos. Es un brevísimo resumen de los fines del Santo Sacrificio y una como réplica de la plegaria del mismo origen galicano, dirigida también a la Santísima Trinidad, que se recitó en el OFERTORIO: véase núm. 203.

ORACION «PLACEAT TIBI»: Séate agradable, ¡oh Santa Trinidad!, el homenaje de mi servidumbre: y haz Que el sacrificio Que yo, aunque indigno, he ofrecido a los ojos de tu majestad, te sea acepto; y Que por tu misericordia sea propiciatorio para mí y para todos aquellos por quienes lo he ofrecido. Por Cristo, Señor nuestro. Así sea.

256. LA BENDICION.

En seguida nos ocurre preguntar: ¿por qué a la BENDICION de la Misa ha precedido el ITE MISSA EST o despedida de los fieles? ¿No es más natural el orden inverso: primero la BENDICION y después la despedida?

Efectivamente, antes de introducirse la actual bendición con la Cruz en la Misa, la única bendición que en ésta se daba estaba colocada antes de la despedida de los fieles: ése, precisamente, era el objeto de la «Postcommunio», que tiene todo el carácter y forma de una bendición final — ad complendum — para los que han comulgado en la misa — y entonces eran todos los asistentes a ella —; más tarde, en tiempos de frialdad eucarística y cuando en las ferias de Cuaresma el concurso del pueblo que no comulgaba era más numeroso, para que éste no quedara sin alguna bendición, introdujose la Oración super populum, que, como ya dijimos — v. n. 251—presenta también el carácter de bendición, pero ya sin estar restringida a los que han comulgado.

Un hecho histórico pone muy de relieve la alta estima que el pueblo cristiano tenía de esta bendición, contenida y como plasmada en la «poscomunión»: «Nadie era despedido de la Iglesia sin bendición, nos dice el Card. Schuster en su obra *Liber Sacramentorum*, I. p. 112 (cit. por Ser di Franza o. c., p. 128): tanto que, cuando los Bizantinos, el día de Santa Cecilia, después de la comunión arrebataron al Papa Vigilio del altar de la Mártir Transtiberina y lo arrastraron a la nave que lo esperaba allí, cerca del río, para conducirlo a Constantinopla, el pueblo, que sin embargo nada simpatizaba con Vigilio, levantó un tumulto para que se le concediese, al menos, tiempo para poner fin a la Misa estacional y recitar la última plegaria ad complendum, en que dejara su bendición a la asamblea. El Papa Vigilio (537-555) sobre el puente de la nave pronunció la última colecta (plegaria de la bendición), a la cual los circunstantes respondieron: AMEN. Sólo entonces pudo partir la nave para conducir al Pontífice al destierro».

¿De dónde procede la actual bendición con la Cruz?

Procede de una antigua costumbre de la Misa pontifical: entonces, como ahora, el pueblo fiel no salía inmediatamente del templo al terminar el Santo Sacrificio, sino que esperaba la salida del Obispo para recibir de él la bendición — bendición que al principio había comenzado a darse en la sacristía y únicamente a los clérigos que habían intervenido en la Misa.

Como esta bendición era entonces considerada como acto propio y exclusivo de los Obispos, al disminuir el número de éstos, se hizo a los fieles muy duro irse del templo sin aquélla, y así la reclamaron y obtuvieron de los simples sacerdotes, que comenzaron a darla antes de abandonar el altar y con el mismo rito de los Obispos, es decir, con tres cruces.

Esta misma bendición con tres cruces aparece prescrita en el misal de S. Pío V; pero ya su sucesor, Clemente VIII, reservó esta forma de bendición para uso exclusivo de los Obispos.

257. ULTIMO EVANGELIO.

La liturgia de la misa termina ahora, desde el siglo XVI, con la lectura de un segundo Evangelio, que suele ser, salvo rarísimas excepciones, el Prólogo del Evangelio de S. Juan.

Es la página más bella que se ha escrito: todas las revelaciones divinas están compendiadas en estas palabras: «Y EL VERBO SE HIZO CARNE».

La ENCARNACION aparece como el punto culminante de la teología, como la llave de la historia.

Ante estas pocas líneas confesaban su impotencia los ingenios más esclarecidos:

«Necesitaría — nos dice Orígenes — haber descansado sobre el pecho de Jesús, haber recibido a María por madre, ser otro Juan para penetrar el sentido del cuarto Evangelio, de su prólogo sobre todo». In. Jo. t. I, n. 6.

Y San Agustín: «Me atrevo a decir, hermanos míos, el mismo Juan no ha hablado de estos misterios como ellos son, sino en la medida que puede hacerlo un hombre». In .To. t. I, n. 1... «En el seno de Jesús es donde Juan ha sacado lo que nos da a beber; las palabras que nos dice son de la misma fuente donde él apagó su sed»... Ibid. n. 7. Y en «La Ciudad de Dios», nos habla de un filósofo platónico que deseaba se grabase este Prólogo en el frontispicio de las iglesias. De Civit. Dei. X, c. XXIX, 2.

Sabemos, en fin, por S. Juan Crisóstomo — s. IV— y por Santo Tomás (2-2, q. 96, a. 4), que los cristianos transcribían ciertas palabras, del Evangelio para llevarlas consigo; y Maldonado dice expresamente de su tiempo, que estas filacterias estaban casi siempre sacadas de los primeros versículos de S. Juan. Cfr. Durand, Alfred: Evang. S. Jo., Introd. Cfr. n. 186.

Dada esta singularísima veneración al Prólogo de San Juan, nada de extraño tiene que en el siglo XIII comenzaran algunos sacerdotes a decirlo por devoción al terminar la misa, mientras venían del altar a la sacristía, y que muy pronto la devotísima plebe, algo así como ahora se hace con los responsos en favor de los difuntos, empezara a rogar a sus sacerdotes les leyeran por sus intenciones particulares esta página evangélica, a la que atribuían el valor de un sacramental; singularmente, las madres pedían a los sacerdotes la recitaran «sobre sus hijos», como una bendición o una suerte de exorcismo que alejara de sus pequeñuelos todo mal, y todavía en ciertos países se lee en familia durante las tempestades.

Esta fe popular en el poder y eficacia del Prólogo de San Juan fué desde un principio reconocida y estimulada por la Iglesia, que no se contentó con colocarlo en varias bendiciones, sobre todo en la bendición de los niños enfermos, sino que, en el siglo XVI, en la reforma del Misal de S. PIO V, prescribió oficialmente su lectura al fin de la Misa.

En España es costumbre recitarlo después de las ceremonias del Bautismo.

ULTIMO EVANGELIO

A — Texto.

JESUCRISTO

I.—Existiendo antes del mundo.

a) En el principio existía el Verbo. Y el Verbo estaba junto a Dios. Y el Verbo era Dios. El estaba al principio junto a Dios.

b) Todas las cosas han sido hechas por El y sin El nada se hizo de lo que fue hecho.

c) En El estaba la Vida, y la Vida era la luz de los hombres, y la luz brillaba entre las tinieblas.

Y las tinieblas no la sofocaron.

B) Comentario

a) Como Dios: eterno e igual al Padre.

b) Como Creador; crear es algo propio de Dios, y el Verbo, Jesucristo, es la causa ejemplar y como instrumental de la creación.

c) Como Redentor; es la VIDA, la VIDA DIVINA y fuente de la vida sobrenatural en nosotros, que logramos así la suprema aspiración del cristianismo: «VIVIR DE DIOS PARA DIOS» (San Agustín)

II — Entrando en el mundo.

a) Existió un hombre enviado por Dios: su nombre era Juan. Este vino como testigo para dar testimonio de la luz, para que por él todos creyesen. El no era la luz; pero venía para dar testimonio de la luz.

b) Vino al mundo la luz verdadera que brilla, iluminando a todo hombre (asi el texto original). El estaba en el mundo. Y el mundo ha sido hecho por El. Y el mundo no le conoció.

c) Vino a los suyos. Y los suyos no le recibieron.

d) Pero a aquellos que le recibieron dióles poder de llegar a ser hijos de Dios; a los que creen en su nombre que han nacido no de la sangre ni del instinto de la carne ni de la voluntad de los hombres, sino de Dios.

Comentario

II— Entrando en el mundo.

a) Precedido de un Precursor: ésta era la misión del Bautista: ser testigo, decir la verdad — por ella ha de morir —: señalar con el dedo al Mesías, a la Luz en la que todos deben creer; y después, disminuir, irse desvaneciendo como la aurora que anuncia la aparición del sol.

b) Grandes progresos habían realizado los cuatro colosales imperios del mundo: los Asirios, los Persas, los Griegos, los Romanos... ¡Grandes pasos habían dado!, hay que reconocerlo, exclama San Agustín: *Magnae vires, cursus celerrimus... praeter viam* (Enarr. in Ps. 31; n. 4. M. L. 36), pero FUERA DEL CAMINO, de espaldas a la Luz verdadera que, sin embargo, iluminaba entonces y sigue iluminando ahora a toda razón natural y brilla y resplandece lo mismo en la estrella de mayor magnitud, que en la más diminuta de las luciérnagas... *Cursus celerrimus... praeter viam!* ¡Grandes pasos! Grande fué la sabiduría de los griegos, pero lo más que pudieron conocer de esta LUZ fue confesar que la desconocían; por eso, entre los mil altares que levantaron a sus errores — altares que eran tientos de ciego que, palpando a las criaturas, buscaba al Creador de todas ellas —, erigieron uno en el que escribieron estas dos palabras, triste compendio de la historia del paganismo: DEO IGNOTO: AL DIOS DESCONOCIDO...

c) Vino a los suyos, a los judíos, llamó a sus puertas, y... —No había lugar para El en la posada... No tenía donde reclinar su cabeza.

d) Pero a todos aquellos — judíos, muy pocos; paganos, muchísimos — que le recibieron, creyendo en El, les dió el poder sublime de llamarse y de ser HIJOS DE DIOS: mas esta filiación divina es efecto del poder de Dios; no intervienen en ella ni sangre o raza, ni poder o voluntad de hombres, pues los fariseos enseñaban erróneamente que nadie podía entrar en el cielo, ni participar de los dones mesiánicos, si no era judío, descendiente de Moisés.

III. — Viviendo en el mundo.

a) Y el Verbo se hizo Carne

b) Y estableció su tienda de campaña entre nosotros.

c) Y hemos visto su gloria, gloria como la del Unigénito del Padre lleno de gracia y de verdad.

Comentario

III. — Viviendo en el mundo.

a) ¡Rodilla en tierra! Adoración profunda... Es el mejor comentario: nos arrodillamos, seguimos el movimiento de bajada, de anonadamiento de Dios. Llegaremos tan abajo...

b) Alusión a las costumbres de los beduinos: así como éstos despliegan y plantan su tienda en el desierto y al poco tiempo la levantan para irse a otro lugar, así Jesucristo vivió entre nosotros

poco tiempo. A nosotros nos parecen algo 33 años... al Discípulo amado, que le vió y le trató, parecióle tan breve como una parada de los beduinos en el desierto.

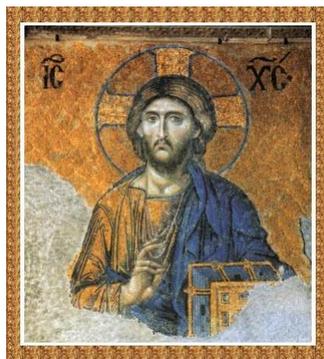
c) Sus resplandores de Hijo de Dios, las señales de su divinidad, sus milagros, su doctrina... ,y esa gloria era tal cual convenía al Unigénito de Dios. Reunión y cúmulo de todas las gracias, Jesucristo es la Verdad: 1, como doctor y maestro, como luz de los hombres, a quienes descubre los misterios y verdades ; 2, como Mesías que cumplió las profecías, y 3, como BIEN verdadero para nosotros. Bien que no engaña «vitis vera, panis verus, lux vera».

Antonio Rubinos S.J.

CATECISMO HISTORICO LITURGICO DE LA MISA

ÍNDICE

ACERCA DEL AUTOR	2
Capitulo I.- Excelencias- Frutos y Nombres de la Misa.	3
CAPITULO II LA MISA Y LA COMUNION.....	18
CAPITULO III EL TEMPLO CATÓLICO.....	27
CAPITULO IV ORNAMENTOS Y VASOS SAGRADOS. EL MISAL.....	41
CAPITULO V ORIGENES DE LA MISA.....	55
CAPITULO VI MISA DE LOS CATECUMENOS O ANTE-MISA.....	66
CAPITULO VII MISA DE LOS FIELES PARTE PRIMERA.....	86
CAPITULO VIII MISA DE LOS FIELES PARTE SEGUNDA.....	96
CAPITULO IX MISA DE LOS FIELES PARTE SEGUNDA.....	114
CAPITULO X MISA DE LOS FIELES PARTE TERCERA	129



La recopilación de la página web
fuente lo realizó la asociación de
fieles Missio Domini

2021

